







LIBRO

**DE LA ORACION
Y MEDITACION.**

EN EL CUAL SE TRATA DE LA CONSIDERACION DE LOS
PRINCIPALES MISTERIOS DE NUESTRA FÉ, Y DE LAS PARTES
Y DOCTRINA PARA LA ORACION.

POR

EL V. P. M. FR. LUIS DE GRANADA,
del orden de Santo Domingo.

EDICION ILUSTRADA. — CON LICENCIA DEL ORDINARIO.



Imprenta de D. Juan de la Cuesta. — 1860.

SUMARIO DE INDULGENCIAS.

El Emmo. Sr. Cardenal D. Pascual de Aragon, Arzobispo de Toledo, tiene concedidos para siempre cien dias de indulgencia á los que leyeren ú oyeren leer cualquier capitulo, párrafo ó periodo de lo que escribió el V. P. Mtro. Fr. Luis de Granada. Los Ilmos. y Rmos. Sres. Arzobispos de Sevilla, Santiago, Búrgos, Granada, Tarragona, Valencia y Zaragoza; y los Ilmos. Sres. Obispos de Cuenca, Sigüenza, Córdoba, Plasencia, Jaen, Málaga, Pamplona, Calahorra, Segovia, Osma, Cartagena, Avila, Coria, Zamora, Oviedo, Leon, Cádiz, Salamanca, Badajoz, Astorga, Tuy, Orense, Palencia, Lugo, Almeria, Guadix, Barcelona, Tortosa, Lérida, Urgel, Gerona. Vique, Solsona, Mallorca, Orihuela, Albarracin, Barbastro y Jaca, tienen concedidos cada uno cuarenta dias de indulgencia.

El Excmo. é Ilmo. Sr. D. Luis de la Lastra y Cuesta, 1.^{er} Arzobispo de Valladolid, en 25 de Abril de 1860, concedió ochenta dias de indulgencia en los mismos términos que los anteriores.

BREVE BIOGRAFIA DEL AUTOR.

El V. P. M. Fr. LUIS DE GRANADA, insigne predicador y escritor ascético, nació en la ciudad de Granada en el año 1504; de padres pobres pero honrados, de quienes recibió una cristiana educación. A la edad de 19 años tomó el hábito en la religion de Santo Domingo en el convento de Santa Cruz de dicha ciudad: pasado el año de noviciado hizo su profesion y estudió la filosofía con sumo aprovechamiento, y en seguida fué nombrado colegial del insigne colegio de San Gregorio de Valladolid, donde siguió su carrera de teología. Concluidos sus estudios regresó á Granada, y en 1534, el General de la orden le encargó la restauracion del convento de Escala-Celi, fundado por el B. Álvaro, en la áspera sierra de Córdoba. Los frailes de este convento, ya fuese por la austeridad de sus costumbres, ya porque el sitio no les probase, no quisieron vivir en él. Fr. Luis, obediente como buen religioso, emprendió su comision, y en poco tiempo consiguió con sus virtudes y ejemplo restaurar la observancia regular, y allí fué donde empezó á escribir el libro de la ORACION Y MEDITACION. En 1554 fué nombrado por el Provincial para el convento de Badajoz, y despues pasó á Portugal con el distinguido empleo de reformador; fué nombrado Provincial, y concluido el tiempo de sus funciones, se quedó en el convento de Lisboa, donde residió lo restante de su vida. Catalina, viuda de Juan III y Regenta de Portugal, le nombró su director y su consejero, premiando además sus virtudes con el arzobispado de Braga, que Fr. Luis renunció por no ser compatible con su humildad: pero como Catalina exigiera que la designase á lo menos un sugeto capaz para tan elevado empleo, Fray Luis indicó á Fr. Bartolomé de los Mártires, que rivalizaba con él en virtudes y sabiduría, como lo probó la experiencia. Granada rehusó tambien el capelo con que el papa Sixto V quiso honrarle, y algunos años despues se separó de toda funcion pública, para poderse dedicar con mas libertad á la composi-

cion de sus obras, á la predicacion y á satisfacer los deseos de varios personajes eminentes, que le consultaban con frecuencia sobre diferentes negocios. Desde esta época nadie como él sabia distribuir el tiempo: oraba, meditaba, leia y escribia en horas proporcionadas, conservando este régimen hasta su muerte, acaecida el 31 de Diciembre de 1588, á la edad de 84 años, en el mismo convento de Lisboa. Compuso Fr. Luis de Granada multitud de obras que han merecido el aplauso de los españoles y extranjeros. Aunque todas son dignas de la atencion de los lectores, citaremos las mas principales: Sermones de Tempore et sanctis. Obras dogmáticas, la mas considerable de este género es: su Catecismo ó introduccion al símbolo de la fé. Obras morales: Tratado de la oracion y meditacion: Memorial de la vida cristiana: Adiciones al memorial de la vida cristiana: Guia de pecadores: La vida del P. Mtro. Avila, de sus virtudes y grandes predicaciones: Diálogo de la encarnacion de nuestro Señor; Sermon que predicó á los portugueses, persuadiéndoles que les convenia que el Portugal se uniese á Castilla: Vida de doña Elvira de Mendoza: Vida de Milicia Fernandez, portuguesa. Varias traducciones, tales como la Escala espiritual de san Juan Clímaco: Retórica eclesiástica sive de rationi condicionandi: por ella mereció el sobrenombre de «Ciceron cristiano.» Dionisio Sanchez ha dado en español la edicion mas completa de las obras de este célebre ascético en tres tomos en folio, Madrid.



A cristiano y piadoso lector el P. Fr. DIONISIO
SANCHEZ MORENO, del orden de santo Domingo.

1. Grande y maravillosa es la virtud de la devoción: consiste, según la define el angélico doctor de la Iglesia santo Tomás, en tener voluntad pronta y poderosa para obrar las cosas del servicio de Dios (D. Th. 2. 2. q. 82. art. 1. in corp.) *devotio est quædam voluntas, promptè tradendi se ad ea, quæ pertinent ad Dei famulatum.* Este maravilloso efecto tenía David cuando decía que corría por el camino de la guarda de los mandamientos divinos (Ps. 118): *viam mandatorum tuorum cucurri cum dilatasti cor meum.*

2. La causa principal extrínseca de esta celestial virtud, dice santo Tomás que es Dios (D. Th. 2. 2. loc. cit.) *causa extrinseca et principalis Deus est.* Y que la intrínseca de nuestra parte es necesario que sea la meditacion: *causa intrinseca ex parte nostra necesse est quod sit meditatio.* Esta meditacion, que ha de producir y causar la devoción, ha de tener por materia la divina bondad y beneficios de Dios, y propios defectos, dejada la presunción, la cual impide la sujecion que debemos á Dios. Asi lo dice el sol de la Iglesia santo Tomás (D. Th. 2. 2. q. 82. art. 3. in corp.) *ad hoc inducit duplex consideratio, una ex parte divinæ bonitatis, et beneficiorum ipsius. Et hæc consideratio excitat dilectionem, quæ est proxima devotionis causa. Alia est ex parte hominis considerantis suos defectus, ex quibus indiget, ut Deo*

imitatur. Et hæc consideratio excludit præsumptionem, per quam aliquis impeditur ne Deo se subijciatur dum succè virtuti innititur. Por falta de esta consideracion, decía el profeta Jeremías, estaba destruida y asolada toda la tierra (Jer. 42. v. 44): *désolatione désolata est omnis térra, quia nullus est qui recogitet corde.*

5. Y por falta de consideracion de la inmensa bondad, misericordia y caridad de Dios para con el hombre en haberle comunicado los inmensos beneficios de la creacion, gobernacion, redencion, vocacion y demas beneficios particulares y ocultos; y por no considerar la muchedumbre de nuestras culpas, su gravedad y facilidad en cometerlas: las miserias de esta vida; el riguroso juicio que esperamos; la terrible sentencia y penas que se darán á los malos; y la gustosa sentencia y gloria que se dará á los buenos, está en nuestros miserables tiempos, tan olvidada la virtud en muchos, y la que hay en algunos otros tan poco fundada y radicada en el conocimiento propio, negacion y aborrecimiento santo, y amor de los trabajos. Y hay tanta falta de temor santo de Dios, de amor suyo y del prójimo, y tanta abundancia de culpas y pecados, que parece se verifica en nuestros tiempos lo que dice nuestro Salvador por S. Mateo, que por multiplicarse tanto las culpas se habia resfriado tanto la caridad: *quoniam abundavit iniquitas, refrigescet charitas multorum* (Matth. 24. v. 12). Pues quien quisiere ocurrir á tantos males, y evitarlos, y conseguir tantos bienes como se siguen al alma con la pronta y poderosa voluntad de hacer y obrar lo que es del agrado de Dios, en que consiste la verdadera devocion, como queda dicho, dejadas las muchas devociones vocales voluntarias, debe ejercitarse todos los dias en dichas meditaciones, con que se engendrará en su alma la devocion y otras virtudes. Asi lo dice el eminentísimo cardenal Cayetano sobre el dicho artículo tercero de santo Tomás: *et hujusmodi namque*

meditationibus, quæ quotidiane esse debent religiosis, et spiritualibus personis (omisso vocalium orationum multiloquio voluntario) devotio aliæque consequenter gignuntur virtutes.

4. Y yo, cristiano y piadoso lector, por darte manual remedio de tantos bienes como se le siguen al alma que posee la verdadera devocion, quise en este pequeño libro poner las admirables y dilatadas meditaciones que el V. P. Mtro. Fr. Luis de Granada puso en el libro de Oracion y Meditacion, por haberlas escogido este doctor místico para producir en el alma conocimiento propio con la meditacion de los pecados. El menosprecio de las cosas de este mundo, con la meditacion de las miserias de esta vida. El aborrecimiento del pecado, amor á la virtud, y el temor santo de Dios, con las meditaciones de la muerte, juicio, infierno y gloria; y las meditaciones de los beneficios divinos, y especialmente de los inestimables de la pasion y resurreccion de nuestro Salvador, para criar en nuestras almas el amor de Dios, conocimiento de sus perfecciones, y tener presente un ejemplar de todas las virtudes, y una regla cierta y segura del acierto de nuestra vida.

5. Con que aquí tienes copiosa materia para considerar la bondad de Dios, sus inefables beneficios, y los defectos humanos. Y si estas consideraciones, como queda dicho con santo Tomás, causan en quien con debida disposicion y continuacion las medita prontitud y aliento para obrar bien los mandamientos de Dios, y cosas de su agrado, se seguirá quien quisiere aconsejar acertadamente al alma para que deje los pecados, se aliente á obrar las virtudes, y caminar á la perfeccion, le haya de instruir en estas meditaciones. Y el que quisiere conseguir estos maravillosos efectos, se habrá de ejercitar en ellas; y esto es lo que hacen las sagradas religiones, las cuales, para sus continuos ejercicios de la oracion tan fructuosos, leen estas meditaciones del V. P. M. Fr. Luis

de Granada, y con ellas crian sus hijos tan agradables á Dios, que son resplandecientes estrellas en el firmamento de la iglesia. Y esto mismo debemos hacer todos, si queremos el acierto en nosotros y en las almas que corrieren por nuestra cuenta.

6. Pues para que se tuviese mas á la mano lo que tan continuamente se ha de procurar estampar en el alma, quise imprimirlas aparte en este pequeño tomo, por ser mas fácil de llevar consigo al lugar de la oracion que el tomo en cuarto; y tambien porque no todos tienen para comprarle, y les será mas fácil comprar este pequeño.

7. Porque la materia de la meditacion no se pudiese tan desnuda de doctrina, y tuviese el alma alguna noticia de las partes que pueden intervenir en la oracion; de las dudas y dificultades que suele haber en ella; de las cosas que ayudan ó impiden á la devocion, y tentaciones que suelen ocurrir en el ejercicio de la oracion, y de sus remedios quise poner aquí los capítulos que breve y compendiosamente tratan de estas materias, tomándolas literalmente del Compendio de doctrina espiritual que compendió de sus obras el V. P. Maestro para que se cumpliese el argumento de este libro, y en él no hubiese cosa que no fuese de dicho V. P. Mtro. Fr. Luis de Granada. Estima este libro, cristiano y piadoso lector, por el autor que tanto se lo tiene merecido por haberse desvelado y gastado toda su vida en escribir libros para tanto provecho tuyo y de la iglesia. Y á mí te suplico me encomiendes á Dios para que me dé el espíritu que debemos tener todos los que vestimos el hábito de nuestro padre y patriarca santo Domingo, que es en todo mirar por el bien de las almas. *Vale.*

INDICE.

Al cristiano y piadoso lector el P. Fr. Dionisio Sanchez Moreno:	<i>al principio.</i>	
CAP. I. Del fruto que se saca de la Oracion y meditacion.	<i>Pág.</i>	1
CAP. II. De seis cosas que pueden intervenir en el ejercicio de la oracion.		6
§ I. De la preparacion que se requiere para antes de la oracion.		8
§ II. De la leccion.		9
§ III. De la meditacion.		11
§ IV. Del hacimiento de gracias.		14
§ V. Del ofrecimiento.		16
§ VI. De la peticion.		17
CAP. III. De la materia de la meditacion.		20
CAP. IV. Del tiempo y fruto de las primeras siete meditaciones para los dias de la semana por la noche.		22
<i>Siete meditaciones para los dias de la semana en la noche, por las cuales han de empezar los que de nuevo se vuelven á Dios.</i>		
CAP. V. Meditacion del conocimiento propio, y memoria de los pecados, para el Lunes en la noche.		25
CAP. VI. § I. Tratado de la consideracion de los pecados, y de las virtudes que nacen de esta consideracion, en el cual se declara mas por estenso la meditacion pasada.		32
§ II. De la muchedumbre de los pecados de la vida pasada.		33
§ III. De los pecados y defectos en que el		

hombre puede haber caído despues de haber conocido á Dios. Contiene doctrina muy provechosa para el conocimiento propio, y caminar á la perfeccion.

§ IV. De la acusacion de la propia conciencia, y del aborrecimiento y desprecio de si mismo.

CAP. VII. Meditacion de la condicion y miserias de la vida humana, para el Martes en la noche.

CAP. VIII. § I. Tratado de la consideracion de las miserias de la vida humana, y de cuán grandes sean éstas, en el cual se declara mas por estenso la meditacion pasada.

§ II. De las miserias de esta vida, y primero del origen y nacimiento del hombre, y de las condiciones de la vida que despues vive.

§ III. De las miserias y condiciones de esta vida, y primero de la brevedad de ella.

§ IV. De cómo es incierta nuestra vida.

§ V. De cuán frágil sea nuestra vida.

§ VI. De cuán mudable sea nuestra vida.

§ VII. De cómo es engañosa nuestra vida.

§ VIII. De cuán miserable sea nuestra vida.

§ IX. De la última de las miserias humanas, que es la muerte.

§ X. Del fruto que se saca de la consideracion de las miserias de la vida humana.

CAP. IX. Meditacion de la muerte, para el Miércoles en la noche.

CAP. X. § I. Tratado de la consideracion

58

45

52

58

59

64

70

73

78

81

84

91

93

97

de la muerte, y de tres cosas parã que ayuda en gran manera, donde se trata mas por entenso la meditacion pasada. 105

§ II. De cómo es incierta la hora de la muerte, y de la pena que dá el apartamiento de las cosas que viene con ella. 112

§ III. Del horror de la sepultura, y temor de la suerte que nos ha de caber. 115

§ IV. De cómo al morir se conocen los yerros y ceguedades de la vida pasada, y del temor de la cuenta. 120

§ V. De la Extremauncion y agonia de la muerte. 127

§ VI. De la fealdad del cuerpo muerto, del enterramiento, de la sepultura y salida del ánima. 150

CAP. XI. Meditacion del juicio final, para el Jueves en la noche. 141

CAP. XII. § I. Tratado de la consideracion del juicio final, de los grandes efectos que obra en el alma el temor de Dios, y de lo que ayuda para alcanzarlo la consideracion y memoria de los juicios divinos, donde se trata mas por estenso la meditacion pasada. 149

§ II. De cuán riguroso haya de ser el dia del juicio. 153

§ III. De las señales que precederán al dia del juicio final. 156

§ IV. Del fin del mundo, y de la resurreccion de los muertos. 161

§ V. De la venida del Juez, y de la materia del juicio, y de los testigos y acusadores de él. 166

CAP. XIII. Meditacion de las penas del infierno, para el Viernes en la noche.	177
CAP. XIV. § I. Tratado de la consideracion de las penas del infierno, y de las cosas para que ayuda en gran manera, donde se trata mas estenso la meditacion pasada.	183
§ II. De dos maneras de penas que hay en el infierno.	185
§ III. Del tormento de los sentidos y potencias interiores del ánima.	192
§ IV. De la pena que llaman de daño.	198
§ V. De las penas particulares de los condenados.	200
§ VI. De la eternidad de las penas del infierno.	202
CAP. XV. Meditacion de la bienaventuranza de la gloria, para el Sabado en la noche.	207
CAP. XVI. § I. Tratado de la consideracion de la gloria del paraíso, y de cuánta utilidad sea ésta para animarnos á todos los trabajos; donde se trata mas por estenso la meditacion pasada.	214
§ II. De la hermosura y escelencia del lugar de la gloria.	216
§ III. Del segundo gozo que el ánima recibirá con la compañía de los santos.	222
§ IV. Del tercer gozo que el ánima recibirá con la vision clara de Dios.	229
§ V. Del cuarto gozo que el ánima recibirá con la gloria del cuerpo.	252
§ VI. Del quinto gozo, que es la duracion de la eternidad de la bienaventuranza de la gloria.	254

- CAP. XVII. Meditacion de los beneficios divinos para el Domingo en la noche. 255
- CAP. XVIII. § I. Tratado de la consideracion de los beneficios divinos, y cuánto siente Dios el desagradecimiento de ellos, en que se declara mas por estenso la meditacion pasada. 240
- § II. Del beneficio de la creacion. 245
- § III. Del beneficio de la conservacion. 248
- § IV. Del beneficio de la redencion. 253
- § V. Del beneficio de la vocacion. 259
- § VI. De los beneficios particulares. 265
- CAP. XIX. De las otras siete meditaciones de la sagrada Pasion, y de la manera que hemos de tener en meditarlas. 268
- Siete meditaciones de la sagrada Pasion de nuestro Salvador, para los dias de la semana por la mañana.*
- CAP. XX. Meditacion del lavatorio de los pies de los discipulos, y de la institucion del Santisimo Sacramento, para el Lunes por la mañana. 271
- § I. El texto de los Evangelistas. 273
- § II. Meditacion primera del lavatorio de los pies de los discipulos. 275
- § III. Meditacion segunda del Santisimo Sacramento del altar, y de las causas por qué fué instituido. 285
- CAP. XXI. Meditacion de la oracion del huerto y prision del Salvador, para el Martes por la mañana. 301

§ I. El texto de los Evangelistas.	301
§ II. Meditacion primera de la oracion que el Salvador hizo en el huerto.	305
§ III. Meditacion segunda de la prision del Salvador.	313
§ IV. Meditacion tercera de los que espiritualmente atan las manos á Cristo nuestro Redentor.	318
CAP. XXII. Meditacion de la presentacion de nuestro Redentor Jesucristo ante los pontifices y jueces, y de los azotes que padeció atado á la columna, para el Miércoles por la mañana.	320
§ I. El texto de los Evangelistas.	321
§ II. Meditacion primera de la presentacion de nuestro Redentor Jesucristo ante los pontifices Anás y Caifás.	325
§ III. Meditacion segunda de los trabajos que el Salvador pasó en aquella noche de su pasion, y de la negacion de san Pedro.	329
§ IV. Meditacion tercera de los azotes que el Señor recibió en la columna.	337
CAP. XXIII. Meditacion de la corona de espinas del Hijo de Dios, del Ecce homo, y de cómo llevó la cruz acuestas, para el Jueves por la mañana.	345
§ I. El texto de los Evangelistas.	id.
§ II. Meditacion primera de la corona de espinas del Hijo de Dios.	348
§ III. Meditacion segunda del Ecce homo.	355
§ IV. Meditacion tercera de cómo el Salvador llevó la cruz acuestas.	361
CAP. XXIV. Meditacion del sagrado misterio	

- de la cruz de nuestro Salvador, y de las siete palabras que en ella habló, para el Viernes por la mañana. 369
- § I. El texto de los Evangelistas. id.
- § II. Meditacion primera del monte Calvario. 373
- § III. Meditacion segunda de lo que padeció nuestro Redentor Jesucristo en el monte Calvario. 376
- § IV. Meditacion tercera de cómo fué Cristo enclavado en la cruz á vista de su santísima Madre. 381
- § V. Meditacion cuarta de la compasion del Hijo á la Madre, y de la Madre al Hijo en la cruz. 383
- § VI. Meditacion quinta de la doctrina que se aprende al pie de la cruz. 386
- § VII. Meditacion sexta de la paciència que habemos de tener en los trabajos á imitacion de Cristo. 391
- CAP. XXV. Meditacion de la lanzada que se dió al Salvador, del descendimiento de la cruz, llanto de nuestra Señora, y officio de la sepultura, para el Sábado por la mañana. 395
- § I. El texto de los Evangelistas. id.
- § II. Meditacion primera de algunos motivos que hay para consolar á nuestra Señora en su soledad, y de la lanzada que se dió al Salvador en el costado. 397
- § III. Meditacion segunda del descendimiento de la cruz, y llanto de la Virgen. 401
- § IV. Meditacion tercera, en que se declara por qué la sagrada Virgen, y por qué to-

dos los justos son afligidos en esta vida con diversas tribulaciones. 414

CAP. XXVI. Meditacion de cómo descendió el Salvador al limbo; de su gloriosa Resurreccion, y del aparecimiento á nuestra Señora, á la Magdalena, y á los discípulos, para el Domingo por la mañana. 421

§ I. El texto de los Evangelistas. id.

§ II. Meditacion primera de las escelencias del dia de la gloriosa Resurreccion del Salvador, y de su descendencia al limbo. 424

§ III. Meditacion segunda de la resurreccion del cuerpo del Salvador. 431

§ IV. Meditacion tercera de como el Salvador apareció á su Madre santísima la Virgen nuestra Señora. 454

CAP. XXVII. De algunos avisos que se deben tener en el santo ejercicio de la oracion mental. 458

CAP. XXVIII. Qué cosa sea la devocion. 436

CAP. XXIX. De nueve cosas que ayudan á alcanzar la devocion. 450

CAP. XXX. De nueve cosas que impiden la devocion. 453

CAP. XXXI. De las tentaciones más comunes que suelen fatigar á los que se dan á la oracion. 456

LIBRO DE LA ORACION Y MEDITACION,

en el cual se trata de la Consideracion de los principales misterios de nuestra Fé, y de las Partes y Doctrina para la Oracion.

CAPÍTULO PRIMERO.

Del fruto que se saca de la Oracion y Meditacion.

1. **P**orque este libro habla de la oracion y meditacion, será bien al principio decir en pocas palabras el fruto que de este santo ejercicio se puede sacar, porque con mas alegre corazon se ofrezcan los hombres á él.

2. Notoria cosa es que uno de los mayores impedimentos que el hombre tiene para alcanzar su última felicidad y bienaventuranza, es la mala inclinacion de su corazon, y la dificultad y pesadumbre que tiene para bien obrar; porque á no estar esta de por medio, facilísima cosa le seria correr por el camino de las virtudes, y alcanzar el fin para que fué criado. Por lo cual dijo el Apóstol: «Huélgo-me con la ley de Dios, segun el hombre interior; pero veo otra ley é inclinacion en mis

miembros, que contradice á la ley de mi espíritu, y me lleva tras sí cautivo á la ley del pecado. Esta es, pues, la causa mas universal que hay de nuestro mal.»

3. Pues para quitar esta pesadumbre y dificultad, y facilitar este negocio, una de las causas que mas aprovechan es la devocion; porque como dice santo Tomas (*D. Th. 2. 2. q. 82, art. 1*); no es otra cosa devocion, sinó una prontitud y ligereza para bien obrar, la cual despide de nuestra alma toda esta dificultad y pesadumbre, y nos hace prontos y ligeros para todo bien, porque ella es una refeccion espiritual, un refresco y rocío del cielo, un soplo y aliento del Espíritu Santo, y un acto sobrenatural, el cual de tal manera regala, esfuerza y trasforma el corazon del hombre, que le pone nuevo gusto y aliento para las cosas espirituales, y nuevo disgusto y aborrecimiento de las sensuales. Lo cual nos muestra la experiencia de cada dia, porque al tiempo que una persona espiritual sale de alguna profunda y devota oracion, allí se le renuevan todos los buenos propósitos; allí son los fervores y determinacion del bien obrar; allí el deseo de agradar y amar á un Señor tan bueno y tan dulce, como allí se ha mostrado; y de padecer nuevos trabajos y

asperezas, y aún de derramar sangre por él, y allí finalmente reverdece y se renueva toda la frescura de nuestra alma.

4. Y si me preguntas, ¿por qué medios se alcanza este tan poderoso y tan noble afecto de devoción? Te responde el mismo santo Doctor, diciendo (*D. Th. 2. 2. q. 82, art. 3*): Que por la meditación y contemplación de las cosas divinas; porque de la profunda meditación y consideración de ellas redunda este afecto y sentimiento en la voluntad, que llamamos devoción, el cual nos incita y mueve á todo bien. Y por eso es tan alabado y encomendado este santo y religioso ejercicio de todos los Santos, porque es medio para alcanzar la devoción; la cual aunque no es mas que una sola virtud, nos habilita y mueve á todas las otras virtudes, y es como un estímulo general para todas ellas. Y si quieres ver como esto es verdad, mira cuan abiertamente lo dice San Buenaventura por estas palabras:

5. « Si quieres sufrir con paciencia las adversidades y miserias de esta vida, seas hombre de oración. Si quieres alcanzar virtud y fortaleza para vencer las tentaciones del enemigo, seas hombre de oración. Si quieres mortificar tu propia voluntad con todas sus aficiones y apetitos, seas hombre de oración.

Si quieres conocer las astucias de Satanás y defenderte de sus engaños, seas hombre de oracion. Si quieres vivir alegreménte, y caminar con suavidad por el camino de la penitencia y del trabajo, seas hombre de oracion. Si quieres ojear de tu ánima las moscas importunas de los vãos pensamientos y cuidados, seas hombre de oracion. Si la quieres sustentar con la grosura de la devocion, y traerla siempre llena de buenos pensamientos y deseos, seas hombre de oracion. Si quieres fortalecer y confirmar tu corazon en el camino de Dios, seas hombre de oracion. Finalmente, si quieres desarraigar de tu ánima todos los vicios, y plantar en su lugar las virtudes, seas hombre de oracion; porque en ella se recibe la uncion y gracia del Espíritu Santo, la cual enseña todas las cosas. Y demas de esto, si quieres subir á la alteza de la contemplacion y gozar de los dulces abrazos del Esposo, ejercítate en la oracion; porque este es el camino por donde sube el ánima á la contemplacion y gusto de las causas celestiales.

« ¿ Ves, pues, de cuanta virtud y poder sea la oracion? Y para prueba de todo lo dicho, dejando á parte el testimonio de las Escrituras divinas, esto basta ahora por suficiente probanza: que habemos oido y visto, y vemos

cada dia muchas personas simples , las cuales han alcanzado todas estas cosas susodichas y otras mayores , mediante el ejercicio de la oracion. » Hasta aquí son palabras de san Buenaventura. Pues , ¿ qué tesoro , qué tienda se puede hallar mas rica , ni mas llena de todos los bienes que esta ?

6. Oye tambien lo que dice á este propósito otro muy religioso santo Doctor, hablando de esta misma virtud. « En la oracion, dice él, se limpia el ánima de los pecados, apaciéntase la caridad, certifícase la fé, fortalécese la esperanza , alégrase el espíritu , derrítense las entrañas , pacificase el corazon , descúbrese la verdad , véncese la tentacion , huye la tristeza , renuévanse los sentidos y repárase la virtud enflaquecida , despídese la tibieza , consúmese el orín de los vicios , y en ella saltan centéllas vivas de deseos del cielo , entre los cuales arde la llama del divino amor. Grandes son las excelencias de la oracion, grandes sus privilegios. A ella están abiertos los cielos, á ella se descubren los secretos, á ella están siempre atentos los oidos de Dios ». Esto baste ahora, para que en alguna manera se vea el fruto de este santo ejercicio.

CAPÍTULO II.

De seis cosas que pueden intervenir en el ejercicio de la Oracion.

1. A este ejercicio de la oracion y meditacion pueden preceder algunas cosas y seguirse despues otras, que están anejas y son como vecinas de ellas.

2. Porque primeramente ántes que entremos en la oracion, es necesario aparejar el corazon para este santo ejercicio que es como quien temple la vihuela para tañer. Despues de la preparacion se sigue la leccion del paso que se ha de meditar en aquel dia, segun el repartimiento de los dias de la semana, como abajo lo trataremos: lo cual sin duda es necesario á los principios, hasta que el hombre sepa lo que ha de meditar. Luego se sigue la meditacion de lo que se ha leído; donde debemos recogernos á considerar, rumiarse y pensar con toda la atencion que pudiéremos lo que hemos leído, con intencion de sacar los afectos y deseos, de que necesita el alma, para apartarse del vicio y seguir la virtud. Despues de la meditacion se puede seguir un devoto hacimiento de gracias por los beneficios recibidos, y luego el ofrecimiento de

toda nuestra vida y de la de Cristo nuestro Salvador, en recompensa de nuestros pecados y beneficios recibidos. La última parte es la petición, que propiamente se llama oracion, en la cual pedimos todo aquello que conviene, así para nuestra salud, como para la de nuestros prójimos y de toda la Iglesia.

3. Estas seis cosas pueden intervenir en la oracion, las cuales, entre otros provechos, tienen tambien este; que dan al hombre mas copiosa materia de meditar, poniéndole delante todas estas diferencias de manjares, para que si no pudiere comer de uno, coma de otro, y para que, si en una cosa se le acabare el hilo de la meditacion, entre luego en otra donde se le ofrezca otra cosa en que meditar.

4. Bien veo que ni todas estas partes, ni este orden es siempre necesario: mas todavía servirá esto para los que comienzan, para que tengan algun orden ó hilo por donde se puedan al principio regir. Y por esto de ninguna cosa que aqui dijere, quiero que se haga ley perpetua, ni regla general: porque mi intento no fué hacer ley, sinó introduccion para imponer á los nuevos en este camino, en el cual despues que hubieren entrado, el uso y el Espíritu Santo les enseñará lo demás.

§ I. — *De la Preparacion que se requiere para antes de la Oracion.*

5. Ahora será bien que tratemos en particular de cada una de estas partes susodichas, y primero de la preparación que es la primera de todas. Puesto en el lugar de la oracion de rodillas ó en pie, ó en cruz, ó postrado ó sentado, si de otra manera no pudiese estar, hecha primero la señal de la cruz, recoja su imaginacion, y apártela de todas las cosas de esta vida, y levantará su entendimiento arriba, considerando que lo mira nuestro Señor. Y estará allí con aquella atencion y reverencia, como si realmente le tuviera presente, y con general arrepentimiento de sus pecados. Si es la oracion de la mañana, dirá la confesion general; y si es la oracion de la noche, examinará su conciencia de todo lo que aquel dia hubiere pensado, hablado, obrado y oido; y del olvido que de nuestro Señor ha tenido: y doliéndose de los defectos de aquel dia y de todos los de la vida pasada, humillándose delante de su divina Majestad, ante quien está, dirá aquellas palabras del santo Patriarca.

6. «Hablaré á mi Señor, aunque sea polvo y ceniza;» y con el fundamento de estas dos

palabras, se puede un poco detener, pensando quien es él y quien es Dios, para humillarse profundamente ante tan grande Majestad, porque él es un abismo de infinitos pecados y miserias, y Dios un abismo infinito de riquezas y grandezas; y con esta consideracion le hará una grande reverencia, y se humillará delante de tan grande Majestad.

7. Y junto con esto suplique á este Señor le dé gracia, para que esté allí con aquella atencion y devocion, y con aquel recogimiento interior, y con aquel temor y reverencia que conviene, para estar ante tan soberana Majestad; y que así gaste aquel tiempo de la oracion, que salga de ella con nuevas fuerzas y aliento para todas las cosas de su servicio: porque la oracion que no pare luego este fruto, muy imperfecta es y de muy bajo valor.

§ II. — *De la leccion.*

8. Acabada la preparacion, se sigue luego la leccion de lo que se ha de meditar en la oracion, la cual no ha de ser apresurada ni corrida, sinó atenta y sosegada: aplicando á ella no solo el entendimiento para entender lo que se lee, sinó mucho mas la voluntad para gustar lo que se entiende. Y cuando hallare al-

gun paso devoto; deténgase algo mas en él para mejor sentirlo.

9. Y no sea muy larga la leccion, para que se dé mas tiempo á la meditacion, que es tanto de mayor provecho, quanto rumia y penetra las cosas muy despacio y con mas afectos. Pero cuando tuviere el corazon tan distraido, que no pueda entrar en la oracion, puédese detener algo mas en la leccion, ó juntar en uno la meditacion con la leccion leyendo un paso y meditando sobre él; y luego otro, y otro de la misma manera: porque yendo de esta suerte atado el entendimiento á las palabras de la leccion, no tiene tanto lugar para deramarse por diversas partes, como cuando va libre y suelto: aunque mejor seria pelear en desechar los pensamientos, y perseverar y luchar como otro Jacob toda la noche en el trabajo de la oracion: porque al fin acabada la batalla se alcanza la victoria, dándole nuestro Señor la devocion; ú otra gracia mayor, la cual nunca se niega á los que fielmente pelean por su amor.

§ III. — *De la meditacion.*

10. Despues de la leccion se sigue la meditacion del paso que hemos leído; y esta, unas veces es de cosas que se pueden figurar con la imaginacion, como son todos los pasos de la vida y pasion de Cristo, el juicio final, el infierno y el paraíso: otras de cosas que pertenecen mas al entendimiento que á la imaginacion; como es la consideracion de los beneficios de Dios, de su bondad y misericordia, ó cualquiera otra de sus perfecciones.

11. Esta meditacion se llama intelectual, y la otra imaginaria: y de la una y de la otra solemos usar en estos ejercicios, segun que la materia de las cosas lo requiere. Y cuando la meditacion es imaginaria, habemos de figurar cada cosa de estas de la manera que ella es, ó de la manera que pasaria, y hacer cuenta que en el propio lugar donde estamos, pasa todo aquello en presencia nuestra; para que con esta representacion de las cosas sea mas viva la consideracion y sentimiento de ellas: mas ir á meditar las cosas como pasaron en sus propios lugares, es cosa que suele enflaquecer, hacer daño á las cabezas, y por esta misma razon no debe el hombre hincar mu-

cho la imaginacion en las cosas que piensa, para no fatigar en esto la cabeza.

12. Y porque la principal materia de la meditacion es la sagrada pasion, advertimos aqui que en este misterio se pueden considerar cinco principales puntos ó circunstancias que en él intervinieron, conviene á saber: quién es el que padece? qué es lo que padece? por quién padece? de qué manera padece? y por qué causa padece?

13. Pues cuanto á lo primero, que es quién padece? digo: que padece el Criador del cielo y de la tierra, el Hijo de Dios, suma bondad y sabiduría: el inocentísimo y santísimo Hijo de la Virgen. Quanto á lo segundo, qué es lo que padece? digo, que padece gravísimos dolores, así en el alma como en el cuerpo: porque en el alma padeció una incomprendible angustia, considerando la ingratitud de los hombres acerca de este sumo beneficio, la compasion de su inocentísima y santísima Madre, los pecados del mundo presentes, pasados y venideros, por los cuales padecía: mas en el cuerpo padeció frio, calor, hambre, cansancio, vigiliias, injurias y traiciones: fué vendido de sus discípulos, sudó gotas de sangre: fué escupido, abofeteado tantas veces: atado, desamparado, calumnia-

do, falsamente acusado, azotado, escarnecido, vestido con vestidura de loco, coronado de espinas, tenido en menos de Barabás; inicuaamente condenado, llevó la cruz acuestas, fué crucificado entre dos ladrones, bebió hiel y vinagre; y al cabo murió muerte afrentosa en el monte Calvario en el dia de la mayor solemnidad.

14. Lo tercero se debe considerar, por quién padeció? y cómo nos haber padecido por el hombre desobediente é ingrato, criado de nada, que de sí no puede, ni sabe, ni vale nada: por una criatura, de la cual Él jamás habia tenido, ni habia de tener necesidad alguna: por una criatura que le habia ofendido, y que le habia de ofender y desobedecer tantas veces.

15. Lo cuarto se debe considerar, como padeció? y hallaremos que padeció con tanta paciencia y mansedumbre, que jamás se indignó contra nadie: con tanta humildad, que escogió la mas ignominiosa muerte de aquel tiempo: con tanta prontitud, que salió al encuentro á sus contrarios: con tanta caridad, que llamó amigo al que le vendió, sanó la oreja de quien le prendia, miró con ojos de misericordia al que le negó, y rogó por los que le crucificaban.

16. Lo quinto , se debe considerar , por qué causa padeció? y cóstanos haber padecido por satisfacer á la justicia divina y aplacar la ira del Padre ; por cumplir las promesas hechas á los patriarcas y profetas; por librarnos del infierno y hacernos capaces del paraíso: por mostrarnos el camino del cielo con su perfecta obediencia, para confundir los demonios, que por soberbia perdieron lo que los hombres ganaron por humildad.

§ IV.—*Del hacimiento de gracias.*

17. Despues de la meditacion se sigue el hacimiento de gracias. Para lo cual se debe tomar ocasion de la meditacion pasada , haciendo gracias á nuestro Señor por el beneficio que en aquella nos hizo; como si la meditacion fué de la pasion , debe dar muchas gracias á nuestro Señor , porque nos redimió con tantos trabajos. Y si fué de los pecados , porque lo esperó tanto tiempo á penitencia; y si de las miserias de esta vida , por las muchas de que le ha librado ; y si del paso de la muerte , porque le libró de los peligros de ella y esperó á penitencia: y si de la gloria del paraíso, porque lo crió para tanto bien ; y así de los demás.

18. Con estos beneficios juntará todos los otros de que abajo tratamos, que son el beneficio de la creacion, conservacion, redencion, vocacion, etc. Y así dará gracias á nuestro Señor, porque le hizo á su imágen y semejanza, le dió memoria, para que se acordase de Él; entendimiento, para que le conociese; y voluntad, para que le amase: y porque le dió un ángel que le guardase de tantos trabajos y peligros; de tantos pecados mortales y de la muerte, cuando estaba en ellos, que no fué menos que librarle de la muerte eterna; y porque le hizo nacer de padres cristianos, y le dió el sagrado bautismo, y en él su gracia, prometió su gloria y le recibió por hijo.

19. Y con estos beneficios junte los demás beneficios generales y particulares, que conoce haber recibido de nuestro Señor; y por estos y por todos los otros, así públicos como secretos, le dé todas cuantas gracias pudiere, y convide todas las criaturas, así del cielo como de la tierra, para que le ayuden á este oficio, y con este espíritu podrá decir aquel cántico: *Benedicite omnia opera Domini Domino, laudate et superexaltate, etc.*: ó el Salmo: *Benedic, ánima mea, Domino, et omnia, quæ intra me sunt, nomini sancto ejus. Benedic, anima mea, Domino; et*

noli oblivisci omnes retributiones ejus. Qui propitiatur omnibus iniquitatibus tuis: qui sanat omnes infirmitates tuas. Qui redimit de interitu vitam tuam: qui coronat te in misericordia, et miserationibus, etc.

§ V. — *Del ofrecimiento.*

20. Dadas de todo corazon al Señor las gracias por todos estos beneficios, luego naturalmente prorumpe el corazon con aquel afecto del profeta David, diciendo: «¿Qué daré yo al Señor por todas las mercedes que me ha hecho?» A este deseo satisface el hombre en alguna manera, dando y ofreciendo á Dios de su parte todo lo que tiene y puede ofrecerle.

21. Y para esto primeramente debe ofrecerse á sí mismo por perpetuo esclavo suyo, resignándose y poniéndose en sus manos, para que haga de él todo lo que quisiere; y ofrecerá juntamente todas sus palabras, obras, pensamientos y trabajos, que es todo lo que hiciere y padeciere; para que todo sea á gloria y honra de su santo Nombre.

22. Lo segundo ofrezca al Padre los méritos y servicios de su Hijo, y todos los trabajos que en este mundo por su obediencia padeció, desde el pesebre hasta la cruz; pues

todos ellos son hacienda nuestra y herencia que Él nos dejó en el nuevo Testamento, por el cual nos hizo herederos de todo este gran tesoro. Y así como no es menos mio lo dado de gracia que lo adquirido por mi lanza, así no son menos míos los méritos y el derecho que Él me dió, que si yo los hubiera sudado y trabajado por mí. Y por esto no menos puede ofrecer el hombre esta segunda ofrenda que la primera, recontando por su orden estos servicios y trabajos, y todas las virtudes de su vida santísima, su obediencia, su paciencia, su humildad, su caridad con todas las demás: porque esta es la mas rica y mas preciosa ofrenda que le podemos ofrecer.

§ VI. — *De la peticion.*

23. Ofrecida esta tan rica ofrenda, seguramente podemos luego pedir mercedes por ella. Primeramente pidamos con gran afecto de caridad, y con celo de la honra de nuestro Señor, que todas las gentes y naciones del mundo le conozcan, alaben y adoren como su único y verdadero Dios y Señor, diciendo de lo íntimo de nuestro corazón aquellas palabras del Profeta: «*Confiéssente los pueblos, Señor, confiéssente los pueblos.*»



24. Roguemos tambien por los prelados de la Iglesia, como son Papas, Cardenales, Obispos, con todos los otros ministros, y prelados inferiores, para que el Señor los rija y alumbre de tal manera, que lleguen todos los hombres al conocimiento y obediencia de su Criador; y asimismo debemos rogar, como lo aconseja san Pablo, por los Reyes y por todos los que están constituidos en dignidad, para que, mediante su providencia vivamos vida quieta y reposada, porque esto es acepto delante de Dios nuestro Salvador, el cual quiere que todos los hombres se salven y vengan al conocimiento de la verdad.

25. Roguemos tambien por todos los miembros de su cuerpo místico: por los justos, que el Señor los conserve: y por los pecadores, que los perdone; y por los difuntos, que los saque misericordiosamente de tanto trabajo, y los lleve al descanso de la vida perdurable. Roguemos tambien por todos los enfermos, encarcelados, cautivos, etc, que Dios por los méritos de su Hijo los ayude y libre de mal.

26. Y despues de haber pedido para nuestros prójimos, pidamos luego para nosotros; y qué sea lo que habemos de pedir, su misma necesidad lo enseñará á cada uno, si bien se conociere; y con esto pidamos por los mé-

ritos y trabajos de este Señor, perdon de todos nuestros pecados y enmienda de ellos; y especialmente pidamos favor contra todas aquellas pasiones y vicios, á que somos mas inclinados y mas tentados, descubriendo todas estas llagas á aquel Médico celestial, para que Él las sane y cure con la uncion de su divina gracia.

27. Despues de esto acabe con la peticion del amor de Dios; y en esta se detenga y ocupe la mayor parte del tiempo, pidiendo al Señor esta virtud con entrañables afectos y deseos, pues en esta consiste todo nuestro bien.

CAPÍTULO III.

De la materia de la meditacion.

1. Visto de cuánto fruto sea la oracion y meditacion, y las partes que pueden intervenir en este ejercicio, veámos ahora cuales sean las cosas que debemos meditar.

2. A lo cual se responde, que por quanto este santo ejercicio se ordena á criar en nuestros corazones amor y temor de Dios, y guarda de sus mandamientos, aquella será mas conveniente materia de este ejercicio, que mas hiciere á este propósito. Y aunque sea

verdad que todas las cosas criadas, y todas las Escrituras sagradas nos mueven á esto: pero, generalmente hablando, los misterios de nuestra fé, que se contienen en el símbolo, que es el Credo, son los mas eficaces y provechosos para esto: porque en él se trata de los beneficios divinos, del juicio final, de las penas del infierno y de la gloria del paraíso, que son grandes estímulos para mover nuestro corazon al amor y temor de Dios: y en él tambien se trata de la vida y pasion de Cristo nuestro Salvador, en la cual consiste todo nuestro bien. Estas dos cosas señaladamente se tratan en el símbolo, y estas son las que ordinariamente rumiamos en la meditacion. Por lo cual, con mucha razon se dice, que el símbolo es materia propísima de este santo ejercicio, aunque tambien lo será para cada uno lo que mas moviere su corazon al amor y temor de Dios.

3. Pues segun esto, para introducir á los nuevos y principiantes en este camino, á los cuales conviene dar el manjar como digerido y masticado, señalaré aquí dos maneras de meditaciones para todos los dias de la semana: unas para la noche y otras para la mañana, sacadas por la mayor parte de los misterios de nuestra fé, para que así como damos á nues-

tro cuerpo dos refecciones cada dia, así tambien las demos al ánima, cuyo pasto es la meditacion y consideracion de las cosas divinas. De estas meditaciones las unas son de los misterios de la sagrada pasion y resurreccion de Jesucristo, y las otras de los otros misterios que ya digimos. Y quien no tuviere tiempo para recogerse dos veces al dia, á lo menos podrá una semana meditar los unos misterios y otra los otros, ó quedarse con solos los de la pasion y vida de Jesucristo nuestro Salvador, que son los mas principales, aunque los otros no conviene que se dejen al principio de la conversion, porque son mas convenientes para este tiempo, donde principalmente se requiere temor de Dios, dolor y detestacion de los pecados.

CAPÍTULO IV.

Del tiempo y fruto de las primeras siete meditaciones para los dias de la semana por la noche.

1. En las primeras siete meditaciones siguientes puedes, cristiano lector, filosofar y ocupar tu pensamiento por los dias de la semana: no porque no puedas tambien pensar en otras cosas y en otros dias allende de estos, porque como ya digimos, cualquiera cosa que



incite nuestro corazon á amor y temor de Dios y guarda de sus mandamientos, es materia de meditacion. Pero señálanse los pasos, que tengo dichos, lo uno porque son los principales misterios de nuestra fé, y los que, cuanto es de su parte, mas nos mueven á lo dicho; y lo otro porque los principiantes que han menester leche, tengan aquí masticadas y digeridas las cosas que pueden meditar, porque no anden como peregrinos en extraña region, discurriendo por lugares inciertos, tomando unas cosas y dejando otras, sin tener estabilidad en alguna.

2. Tambien es de saber que las meditaciones de esta semana son muy convenientes, como ya digimos, para el principio de la conversion, que es cuando el hombre de nuevo se vuelve á Dios; porque entónces conviene comenzar por todas aquellas cosas que nos pueden mover á dolor, y aborrecimiento del pecado, temor de Dios y menosprecio del mundo, que son los primeros escalones de este camino. Y por esto deben los que comienzan, perseverar por algun espacio de tiempo en la consideracion de estas cosas, para que así se funden mas en las virtudes y afectos susodichos.

Comienzan las siete Meditaciones para los dias de la semana en la noche, por las cuales han de empezar los que de nuevo se vuelven á Dios.

CAPÍTULO V.

Meditacion del conocimiento propio, y memoria de los pecados para el lunes en la noche.

1. Este dia, hecha la señal de la cruz con la preparacion que se puso en el capítulo 2.º, entenderás en el conocimiento de tí mismo y en la memoria de los pecados, que es el camino por donde se alcanza la verdadera humildad de corazon y la penitencia, que son las dos primeras puertas y fundamentos de la vida cristiana.

2. Para esto debes primero pensar en la muchedumbre de los pecados de la vida pasada; especialmente en aquellos, que hiciste en el tiempo que menos conocias á Dios: porque si lo sabes bien mirar, hallarás que se han multiplicado sobre los cabellos de tu cabeza, y que viviste en aquel tiempo como un gentil, que no sabe qué cosa es Dios.

3. Discurre, pues, brevemente por los diez mandamientos y por los siete pecados mortales.

les, y verás que ninguno de ellos hay en que por ventura no hayas caído muchas veces por obra ó por palabra ó por pensamiento. De un solo árbol vedado comió aquel primer hombre, (*Gen. 3*) cuando hizo el mayor de los pecados del mundo; y tú en todos has puesto los ojos y las manos infinitas veces.

4. Discurre otrosi por todos los beneficios divinos y por los tiempos de la vida pasada, y mira en qué los has empleado: porque si de todos ellos has de dar cuenta, es bien que tú te la tomes primero y entres en juicio contigo, porque no seas despues juzgado de Dios (*I. Cor. 2*) Pues dime ahora: ¿En qué gastaste la niñez? ¿En qué la mocedad? ¿En qué la juventud? ¿En qué finalmente todos los días de la vida pasada? ¿En qué ocupaste los sentidos corporales y las potencias del ánima, que Dios te dió para que le conocieses y sirvieses? ¿En qué se emplearon tus ojos, sinó en ver la vanidad? ¿En qué tus oídos, sinó en oír la mentira? ¿En qué tu lengua, sinó por ventura en todos los juramentos, y murmuraciones y deshonestidades del mundo? En qué tu gusto y tu oler y tocar, sinó en regalos y blanduras sensuales? ¿Cómo te aprovechaste de los Sacramentos que Dios ordenó para tu remedio? ¿Cómo le diste gracias por sus beneficios? ¿Cómo respondiste á sus ins-

piraciones? ¿En qué empleaste la salud, y las fuerzas, y las habilidades de naturaleza, y los bienes que dicen de fortuna y los aparejos y oportunidades que Dios te dió para bien vivir? ¿Qué cuidado tuviste del prójimo que te encomendó, y de aquellas obras de misericordia que te señaló para con él? Pues ¿qué responderás en aquel día de la cuenta, cuando Dios te diga (*Luc. 16*): Dame cuenta de tu mayordomía y de la hacienda que te entregué, porque ya no quiero que trates mas en ella? ¡O árbol seco, y aparejado para los tormentos eternos! ¿Qué responderás en aquel día, cuando te pidan cuenta de todo el tiempo de tu vida, y de todos los puntos y momentos de ella?

5. Lo segundo piensa en los pecados que has hecho y haces cada día, despues que abriste mas los ojos al conocimiento de Dios; y hallarás que todavía vive en tí Adam, con muchas de las raices y costumbres antiguas. Para lo cual puedes discurrir por las negligencias y faltas en que cada día caes para con Dios, y para con el prójimo y para contigo mismo, que en todo te hallarás muy defectuoso.

6. Considera, pues, cuán desacatado eres para con Dios, cuán ingrato á sus beneficios, cuán rebelde á sus inspiraciones, cuán pere-

zoso para las cosas de su servicio, las cuales nunca haces ni con aquella presteza y diligencia que debes, ni con aquella pureza de intencion como deberias, sinó por otros respetos é intereses del mundo.

7. Considera otrosí cuán duro eres para con el prójimo, y cuán piadoso para contigo: cuan amigo de tu propia voluntad, y de tu carne, y de tu honra y de todos tus intereses. Mira como todavía eres soberbio, ambicioso, airado, súbito; vanaglorioso, envidioso, malicioso, regalado, mudable, liviano, sensual, amigo de tus recreaciones, y conversaciones, y risas y parlerías. Mira otrosí, cuán inconstante eres en los buenos propósitos, cuán inconsiderado en tus palabras, cuán desproveído en tus obras, y cuán cobarde y pusilánime para cualesquier graves negocios

8. Lo tercero considerada ya por esta orden la muchedumbre de tus pecados, considera luego la gravedad de ellos, para que veas como por todas partes es crecida tu miseria. Para lo cual debes primeramente considerar estas tres circunstancias en los pecados de la vida pasada, conviene á saber: contra quién pecaste, por qué pecaste, y en qué manera pecaste. Si miras contra quien pecaste, hallarás que pecaste contra Dios, cuya bondad y ma-

jestad es infinita, y cuyos beneficios y misericordias para con el hombre sobrepujan á las arenas de la amar; en quien solo se hallan todas las excelencias; y todos los títulos y obligaciones que tenemos á todas las criaturas en sumo grado de obligacion. Mas, ¿por qué causa pecaste? Por un punto de honra, por un deleite de bestias, por un cabello de intereses, y por otras cosas de aire. De esto se queja Él gravemente por un profeta, diciendo: (*Ezech. 13*): Deshonrábanme en presencia de mi pueblo por un puñado de cebada y por un mendrugillo de pan. Mas, ¿en qué manera pecaste? Con tanta facilidad, con tanto atrevimiento, tan sin escrúpulo, tan sin temor y á veces con tanto contentamiento y alegría, como si pecáras contra un Dios de palo, que ni sabe ni vé lo que pasa en el mundo. ¿Pues esta era la honra que se debia á tan alta Majestad? ¿Este es el agradecimiento de tantos beneficios? ¿Así se paga aquella sangre preciosa que se deramó en la cruz, y aquellos azotes y bofetadas que se recibieron por tí? ¡O miserable de tí por lo que perdiste; y mucho mas por lo que hiciste: y muy mucho mas si con todo esto no sientes tu perdicion!

9. Considera tambien el aborrecimiento espantoso que Dios tiene del pecado y los cas-

tigos tan grandes que tiene hechos contra él, para que por aquí entiendas mas claro cuanta sea la malicia de él, segun que adelante se declarará.

10. Pues consideradas todas estas cosas susodichas, siente de tí lo mas bajamente que sea posible. Piensa que no eres mas que una cañavera que se muda á todos vientos, sin peso, sin virtud, sin firmeza, sin estabilidad y sin ninguna manera de ser (*Mat. 11, Joan 2*). Piensa que eres un Lázaro de cuatro dias muerto, y un cuerpo hediondo y abominable, lleno de gusanos; que todos cuantos pasan, se tapan las narices y los ojos por no verlo. Parézcate que de esta manera hiedes delante de Dios y de sus Angeles; y tente por indigno de alzar los ojos al cielo, y de que te sustente la tierra, y de que te sirvan las criaturas, y del mismo pan que comes, y de la luz y aire que recibes. Y si de esto eres indigno, mira cuanto mas lo serás de hablar con Dios, y mucho mas de las consolaciones del Espíritu Santo, y de los regalos y tratamientos de los hijos de Dios. Tente por una de las mas pobres y miserables criaturas del mundo, y del que peor usa de todos los beneficios divinos: y piensa que si en Tiro (*Matt. 2.*) y Sidon, (esto es en otros muy grandes pecadores) hubiera Dios obrado lo que

en tí, que ya hubieran hecho penitencia en cilicio y en ceniza. Conoce que eres muy mas malo de lo que tú puedes imaginár, y que por mucho que ahondes en este cienó, y no hayas, llegado ya al cabo, cada dia hallarás mas en que ahondar. Da voces á Dios, y dile: Señor, nada tengo, nada valgo y nada soy, y nada puedo haer sin tí. Derríbate con aquella pública pecadora (*Luc. 7*) á los piés del Salvador, y cubierta tu cara de confusion, con aquella vergüenza con que pareceria una mujer delante de su marido cuando le hubiese hecho traicion, preséntate delante de aquel Esposo del cielo contra quien has cometido tantos y tan vergonzosos adulterios y con mucho dolor y arrepentimiento de tu corazon pídele perdon de tus yerros, y que por su infinita piedad y misericordia haya por bien de volverte á recibir en su casa.

11. Acabada la meditacion, síguese luego el hacimiento de gracias, el ofrecimiento y peticion, como arriba se dijo en el capítulo 2.º

Tratado de la consideracion de los pecados, en el cual se declara por extense la meditacion pasada.

CAPÍTULO VI.

§ I. — *De las virtudes que nacen de la consideracion de los pecados, á cuyos fines se ha de enderezar esta consideracion.*

1. La primera tabla despues del naufragio, dice S. Gerónimo, que es la penitencia. Este es el primer paso de esta subida, y la primera piedra de este espiritual edificio. Para alcanzar esta virtud, (demás de la divina gracia, cuyo don es la verdadera penitencia), aprovecha considerar la muchedumbre de nuestros pecados, así presentes como pasados, y la gravedad y malicia de ellos; porque de esta consideracion procede la compuncion y arrepentimiento de ellos.

2. Y no solo esta virtud, mas otras muchas y muy altas virtudes nacen de esta misma consideracion; porque de aquí nace el conocimiento de sí mismo, (de que tambien se trata en la meditacion siguiente), y el desprecio de sí mismo, y el temor de Dios, y el aborrecimiento del pecado, y otros semejantes afec-

tos, en los cuales consiste muy gran parte de la perfeccion. Pues á todos estos fines debes aplicar y enderezar este ejercicio, para que te sea mas provechoso, procurando sacar todos estos frutos tan dulces de la raiz amarga de esta consideracion. Mas porque para alcanzar tales frutos es necesaria la divina gracia, la cual principalmente se da á los humildes y devotos, (*Jac. 4*) pide tu ahora al Señor esta humildad y devocion, para que recogido en lo íntimo de tu corazon, puedas imitar á aquel santo Rey (*Isai. 38*), que decia: Pensaré, Señor, delante de tí todos los años de mi vida con amargura de mi corazon.

§ II. — *De la muchedumbre de los pecados de la vida pasada.*

3. Pues si quieres saber qué tantos sean los pecados que en los tiempos pasados tienes hechos, discurre brevemente por todos los mandamientos y pecados mortales; y hallarás por cierto que apenas hay mandamiento que no hayas quebrantado, ni pecado mortal en que no hayas caido.

4. El primer mandamiento es honrar á Dios, el cual como dice san Agustin, se honra con aquellas tres virtudes teologales, fé, esperanza

y caridad. Pues, ¿qué manera de fé tenia, quien vivia tan rotamente como si creyera que todo lo que predica la fé era mentira? ¿Qué esperanza tenia, quien ni se acordaba de la otra vida, ni en sus trabajos supo que cosa era llamar á Dios, ni asegurarse con Él? ¿Qué caridad tenia, quien amaba mas el puntillo de la honra, y la paja del interes y el cieno del deleite, que al mismo Dios, pues por cada cosa de estas le despreciaba y ofendia? ¿Qué reverencia tenia á aquella soberana Majestad, quien estaba acostumbrado á traer arrastrado aquel nombre de tanta veneracion, jurando y perjurando por Él á cada paso y por cada nonada? ¿Cómo santificaba sus fiestas, quien esperaba estos dias para ofenderle mas en ellos, y para jugar y para pasear, y para escandalizar la inocente doncella, y para andar en malos tratos y compañías?

5. Despues de esto considera cuan duro y descomedido hayas sido para con tus padres, y cuan desobediente á los mayores; cuan descuidado para con tus subditos, para imponerlos en lo bueno y encaminarlos á Dios. Pues los odios, y pasiones y deseos de venganza que has tenido, ¿quién los contará? Y si estos no se pueden explicar, ¿quién explicará la muchedumbre de las fealdades y torpezas, en

que has caído por obras, por palabras y por deseos? ¿Qué ha sido tu corazón, sinó un cenagal y revolcadero de puercos? ¿Qué tu boca sinó, como dice el Profeta (*Psal. 5*), una sepultura abierta, por donde salían los malos olores del ánima, que está dentro muerta? ¿Qué tus ojos, sinó ventanas de perdición y de muerte? ¿Qué se ofreció á esos ojos, que no lo codiciases y procurases, sin acordarte jamás que tenias á Dios presente, y que te habia puesto entredicho en ese árbol? Al hombre fornicador, dice el Sábio (*Eccl. 25*), todo pan es dulce; pues su apetito y hambre es tan insaciable, que en todo pica y en todo halla sabor sin acordarse que tiene Dios. Demas de esto, ¿quién podrá esplicar la grandeza de tu avaricia y los hurtos de tus deseos, los cuales estaban tan léjos de contentarse con lo que Dios te daba, que les parecia poco todo el mundo? Y si el que desea lo ageno, es ladron delante de Dios, ¿cuántas horcas tiene merecidas quien con el corazón cometió tantos hurtos? Pues las mentiras y las murmuraciones y los juicios temerarios, tampoco tienen cuento como lo demas, porque apenas te juntabas á hablar con otros, que no fuese la principal parte de la plática la vida agena, y la viuda, y la doncella, y el sacerdote y

el lego, sin perdonar á órden ni condicion alguna.

6. De esta manera pues guardaste los mandamientos divinos. Veamos ahora como te apartaste de los pecados. La soberbia de tu corazon, ¿qué tal fué? El deseo de honra y alabanza, ¿hasta dónde llegó? La presuncion y estima de tí mismo, y el desprecio de los otros, ¿quién lo explicará? ¿Qué diré de la vanagloria y de la liviandad de tu corazon, pues una sola pluma de la gorra, y una calza justa y una faja de seda bastaba para levantarte los piés del suelo, y desear ser mirado de todos? ¿Qué paso dabas? qué obra hacias? qué palabra hablabas, que no fuese vestida de vanidad y deseo de la propia estimacion? El vestido, el servicio, el acompañamiento, la mesa, la cama, las cortesías, y finalmente casi todos tus pasos y meneos tenian olor de soberbia, y todos iban vestidos de vanidad. Pues la ira, como de una serpiente: la gula, como de un lobo tragador: la pereza, como de un asno flojo: la envidia, mas que de una vívora. Y en todo finalmente, si bien te miras, te hallarás muy estragado y perdido.

7. Discurre luego por los sentidos; y no solo por los sentidos, sinó por todos los beneficios que Dios te ha hecho, y mira de qué

manera has usado de ellos; y hallarás por cierto que de todas estas cosas, con las cuales habias de servir mas al Dador de todo, has hecho armas para mas ofenderle. En esto se gastaron las fuerzas, y la salud, y la hacienda, y la vida, y el entendimiento, y la memoria, y la voluntad, y la vista, y la lengua y todo lo demas.

8. Estos y otros muchos peores males habrás cometido en la vida pasada: por donde con mucha razon podrás decir con aquel gran pecador, aunque penitente (2. Par. 33): Pecado hé, Señor, sobre el número de las arenas del mar, y por todas partes se han estendido mis pecados, haciendo muchas abominaciones y multiplicando las ofensas. Y habiendo tantas cosas, que fuera razon te pusieran algun freno y temor de Dios, como era la muchedumbre de sus beneficios y la grandeza de su bondad y justicia; nunca por sus beneficios le reconocistes, ni por su bondad le amaste, ni por su justicia le temiste; sinó olvidado de todo y cerrados los ojos á todo, te derramaste por todo género de vicios. Y si fueran grandes los intereses y motivos que tenias para pecar, pudieran por ventura tener alguna manera de excusa tus ofensas. Mas, ¿qué diré? Que por cosas de aire, por juguetes de niños, y muchas veces sin ningun interés, sinó de bal-

de, por solo desprecio de Dios, pecaste. Y otros cuando pecan, suelen pecar con algun temor y remordimiento de conciencia á lo menos: sienten el mal, despues que le han hecho; y tú por ventura estarias tan ciego, y tan insensible, que harias mil cuentos de pecados sin ninguna manera de temor, ni remordimiento de conciencia, no mas que si no creyeras que habia Dios, ó creyendo que lo habia, mas de la manera que lo creian aquellos que dijeron: No verá el Señor lo que acá pasa; ni lo entenderá el Dios de Jacob (*Ps. 93*). Este es uno de los mayores males del mundo; porque entre aquellas seis cosas que Salomon dice ser aborrecidas de Dios, una de ellas es, los pies ligeros para correr al mal (*Prov. 6*), que es la facilidad y ligereza que los malos tienen en pecar.

§ III. — *De los pecados y defectos en que el hombre puede haber caido despues que ha conocido á Dios.*

9. En estos y otros muchos pecados es cierto que caerias antes que conocieses á Dios, mas despues que le conociste, (si por ventura le has conocido), pídele que te abra un poco los ojos, y hallarás todavía muchas reliquias de aquel hombre viejo, y muchos Jebuséos que te habrán quedado en la tierra de pro-

mision, por haber tú sido muy piadoso para con ellos.

10. Mira, pues, como en todo eres defectuoso; conviene á saber, en lo que debes á Dios, al prójimo y á tí mismo. Mira lo poco que has aprovechado en el servicio de tu Criador al cabo de tanto tiempo como ha que te llamó, cuán vivas se están todavía las pasiones, cuán poco has alcanzado de las virtudes, y como te estás siempre en un mismo ser, como árbol anudado y revejido, que nunca medra: antes por ventura habrás vuelto hácia atrás: pues en el camino de Dios el no ir adelante es volver atrás. A lo menos en el fervor y devocion de espíritu, no será mucho que estés ahora muy lejos de lo que por ventura otros tiempos estuviste.

11. Mira tambien la poca penitencia que has hecho por tus pecados: el poco amor, y temor y esperanza que tienes en Dios. El poco amor se vé en lo poco que por Él trabajas: el poco temor en las muchas culpas que contra Él cometes: mas la poca confianza el tiempo de la tribulacion la declara, y las grandes olas y trabajos que padeces en cualquier tormenta, por no estar tan perfectamente aferrado tu corazón con las áncoras de la esperanza.

12. Demas de esto, mira cuán mal respon-

des á las inspiraciones divinas, como eres rebelde á la lumbre del cielo, como entristeces al Espíritu Santo, y le dejas dar tantas voces en vano; pues por no contradecir á tu propia voluntad, contradices á la suya. Él te llama á un camino; tú sigues otro: Él quiere que le sirvas en una obra; y tú quieres en otra. Y aunque sientas claramente cual sea la voluntad de Dios, si la tuya acierta á ser contraria, sirvesle en lo que tú quieres, y no en lo que Él quiere que le sirvas. Él por ventura te llama á los ejercicios interiores, tú acudes á los exteriores; Él te llama á la oracion, tú acudes á la leccion; Él quiere que primero entiendas en tí, que en los otros; tú olvidado de tí mismo, dejas tu propio aprovechamiento por el de los otros: de donde viene á ser que ni aprovechas á tí, ni á ellos. Finalmente, cada vez que se contradice tu voluntad con la divina, siempre la tuya es vencedora y cae vencida la divina.

13. Y si por ventura haces algunas obras buenas, ¿cuántos son los defectos que haces en ellas? Si eres dado á la oracion; ¿cuántas veces estás allí distraido, y enfadado, y soñoliento, y perezoso y sin reverencia de aquella divina Majestad con quien estás hablando, no viendo ya la hora de acabar aquella tarea, para

entender en otras cosas que son mas á tu gusto? Pues si haces otras buenas obras, ¿con cuánta tibieza las haces y con cuántos defectos? Y si es cierto que no mira Dios tanto al cuerpo de la buena obra, quanto á la intencion con que se hace, ¿cuántas buenas obras habrás hecho que vayan límpias de polvo y paja, sin que las haya esquilnado la vanidad y el mundo? ¿Cuántas se habrán hecho por sola importunidad de otros ó por cumplimiento? ¿Cuántas por tu propio honor y reputacion? Cuántas por agradar á los hombres? Cuántas por tu propio gusto y contentamiento? ¿Y cuan pocas serán las que se habrán hecho puramente por Dios sin pagar algunos de estos tributos al mundo?

14. Pues si miras cómo has cumplido con los prójimos, hallarás que ni los has amado como Dios lo manda, ni sentido sus trabajos como los tuyos, ni procurado ayudarles en sus trabajos, ni aún compadecídate siquiera de ellos. Y por ventura en lugar de compasion, les habrás hecho pago con indignacion y murmuracion de sus hechos: como quiera que sea verdad, que la verdadera justicia tenga compasion y la falsa indignacion. A lo menos aquella liga de amor, que tantas veces pide el Apóstol (*Ephes. 4*), mandando que nos amemos

unos á otros , como miembros de un mismo cuerpo, pues todos participamos de un mismo espíritu ! ¿qué tan lejos has estado de tenerla? ¿Cuántas veces habrás dejado de socorrer al pobre acudir al enfermo, y ayudar á la viuda é intervenir por el que poco puede? ¿A cuántos habrás escandalizado con tus palabras, con tus obras y con tus respuestas? ¿Cuántas veces te habrás antepuesto á tus iguales , y despreciado á los menores, y lisonjeado á los mayores, haciéndote para con los unos hormiga y para con los otros elefante?

15. Ya , pues , si miras á tí mismo y metes la mano en tu seno, ¡o cuán leprosa la sacarás, y cuán hondas llagas atentarás! (*Exod. 4*) ¿Qué vivas hallarás en tí las raíces de la soberbia, y el amor de la honra, y el sentimiento de la vanagloria y la hipocresía disimulada, con la cual procuras de encubrir tus defectos, y parecer muy otro de lo que eres! ¿Cuán amigo eres de tu interes y del regalo de tu carne, á la cual muchas veces socolor de necesidad no provees, sinó sirves, no sustentas, sinó regalas? Pues ya si el que era tu igual te echa un poco el pié delante, cuán presto brotan las raíces de la envidia! Y si otro te toca en un punto de honra, cuán acelerada sale la ira!

16. Mas entre todos estos males, ¿quién

explicará la soltura de tu lengua, la liviandad de tu corazón, la dureza de la propia voluntad y la inconstancia en los buenos propósitos? ¿Cuántas palabras salen de esa lengua perdidas, cuántas vanas, cuántas en perjuicio del prójimo y en alabanza de tí mismo? ¿Cuán pocas veces se niega esa propia voluntad y suelta la presa en que está cebada, por cumplir la de Dios ó del prójimo? Mira bien en ello; y hallarás que muy raras son las veces que alcanzas victoria de tí mismo, siendo siempre necesario alcanzarla para ser perfectamente virtuoso. Pues de la inconstancia de los buenos propósitos, ¿qué diré sinó concluir en pocas palabras, que no hay veleta de tejado que así se mueva á todos vientos, como tú te mueves con el menor soplo de cualquier ocasion que se te ofrezca? ¿Qué es toda tu vida sinó un juego de niños, y un tejer y destejer, proponiendo á la mañana y quebrantando á la tarde, si ya no es luego á la misma hora? Pues ¿qué es esto sinó ser aquel lunático del Evangelio á quien los discípulos del Salvador no pudieron sanar, por ser tan recia esta enfermedad? (*Matth. 17*).

17. Pues la liviandad de tu corazón, sus mudanzas, su inestabilidad y pusilanimidad tampoco se puede explicar, pues está claro que

tantas figuras y semblantes muda, cuantos accidentes se le ofrecen á cada hora, sin tener alguna estabilidad ni firmeza. ; Cuán presto se distrae con cualquier negocio, y cuán presto vierte todo lo que tiene, y cuán pequeños trabajos bastan para apretarlo, y congojarlo y ahogarlo!

18. Finalmente, echada bien la cuenta, y visto lo que tienes y lo que te falta, hallarás muy gran razon para temer no sea todo lo que tienes engaño y sombra de virtud, y falsa justicia; pues no hay en tí mas que un gustillo de Dios, que puede ser quizá mas de carne que de espíritu, y con esto te parece por ventura que estás ya seguro, y aun quizá dirás con el Fariseo (*Luc. 18*), que no eres como los otros hombres, porque no sienten lo que tú sientes; teniendo por otra parte los senos de tu ánima llenos de amor propio y de tu propia voluntad, y todos los otros defectos y pasiones que arriba digimos. De manera que todo tu caudal es decir (*Mat. 7*): Señor, Señor, y no hacer la voluntad de Dios, lo cual es imitar la falsa justicia de los fariseos, y ser aquel tibio del Apocalipsi (*Apoc. 3*), que Dios lanza de su boca.

19. Todas estas cosas debes considerar diligentemente, y enderezar esta consideracion

al dolor y sentimiento de tus pecados, y al conocimiento de tu propia miseria, para que por lo uno pidas perdon al Señor de lo que le ofendiste, y por lo otro virtud y gracia para nunca mas ofenderle.

§ IV.— *De la acusacion de la propia conciencia y del aborrecimiento y desprecio de si mismo.*

20. Considerada pues asi la muchedumbre de los pecados, y viéndose el hombre por todas partes tan cargado de ellos, debe humillarse y compungirse cuanto le sea posible, y desear ser despreciado de todas las criaturas, pues él asi despreció al Criador de todas. Para todo esto le podrá aprovechar una muy devota consideracion de S. Buenaventura, en la cual hablando de esta confusion de la conciencia y desprecio de sí mismo, dice asi:

21. Miremos, hermanos, nuestra gran vileza y la grandeza de la divina ofensa, y humillémonos ante Dios cuanto nos sea posible. Temamos alzar nuestros ojos al cielo, é hiramus nuestros pechos con aquel publicano del Evangelio (*Luc. 18*), para que el Señor se apiade de nosotros. Esforcémonos, y tomemos armas contra nuestra misma malicia, y hagámonos jueces de nosotros mismos, dicién-

do cada uno dentro de sí: si por los pecados que yo hice, mi Señor fué tan envilecido y afligido, ¿cómo dejaré yo de abatirme y despreciarme, siendo yo el mismo que pequé? Lejos sea de mí presumir otra cosa mas que de un muladar vilísimo y abominable, cuyo hedor yo mismo no pueda comportar. Yo soy aquel que menosprecié á Dios, y el que le volví otra vez á poner en cruz. Ya parece que toda la máquina de este mundo da voces contra mí, diciendo: este es el que ofendió y despreció á nuestro comun Señor. Este es el perverso y desconocido, que mas se movió por los embaimientos del dèmonio, que por los beneficios de Dios: á quien mas agradó la malicia diabólica, que la bienquerencia divina. Este nunca pudo ser atraído al bien con los alhagos divinos, ni atemorizado con sus juicios. Este es el que (cuanto en si fué) deshizo y escarneció el poder y la sabiduría y la bondad de Dios. Mas temió ofender á un hombre flaco, que á la omnipotencia de Dios. Mas vergüenza tuvo de hacer una cosa torpe ante un vilísimo rústico, que ante la presencia de Dios. Mas quiso abrazar un poco de estiércol hediondo, que el sumo Bien. Este es el que puso sus ojos en la podre y corrupcion de las criaturas, y volvió las espaldas al Criador. ¿Qué

diré? Ninguna cosa torpe ni abominable dejó de cometer en presencia de Dios, sin tener respeto ni vergüenza de tan grande Majestad.

22. Dan pues voces contra mí en su manera todas las criaturas, y dicen: este es el que usó mal de todas nosotras, pues habiendo de ordenarnos al servicio y gloria de nuestro Criador, nos hizo servir á la voluntad del enemigo, volviendo en injuria del Criador lo que Él habia criado para su servicio. Estaba su ánima hermoçada con la imágen de Dios, y él, borrando esta imágen divina, vistióse de nuestra vil imágen y semejanza. Mas terrenal fué que la tierra: mas deleznable que el agua: mas mudable que el viento: mas encendido en sus apetitos, que el fuego; mas endurecido que las piedras: mas cruel contra sí mismo que las fieras; y mas ponzoñoso contra los otros que los mismos basiliscos. ¿Qué diré? Que ni temió á Dios, ni hizo caso de los hombres: y asi derramó (cuanto en él fué) su ponzoña sobre muchos, atrayéndolos á la compañía de sus maldades. No se contentó con ser él solo el que injuriase á Dios, sinó quiso tambien tener muchos ayudadores y compañeros en sus injurias. ¿Pues qué diré de los otros males? Fue tan grande su soberbia, que no se quiso sujetar á Dios, ni inclinar las cervices al yugo de su obediencia.

cia; antes quiso vivir como á él se le antojase, y hacer en todo su voluntad, levantándose (cuanto le fue posible) contra Dios. Si Dios no cumpliera con sus apetitos, ó le enviaba algunas adversidades, así se airaba contra Él como contra uno de sus criados. En todas las cosas que hacía quiso ser alabado, así en las malas como en las buenas, como si él fuera Dios, á quien solo pertenece que por todo sea alabado, pues todo lo que hace es bueno, ú ordenado para bien. ¿Qué mas diré? Mas soberbio fué en alguna manera que Lucifer (*Isai. 14*), mas presuntuoso que Adán (*Gén. 3*): porque aquellos como estaban llenos de claridad y hermosura tuvieron algun motivo para presumir de sí; mas éste, siendo un muladar sucio y hediondo, ¿qué razon tenia para estimarse en algo?

25. Dan pues voces justamente contra mí todas las criaturas, y dicen: venid, y destruyamos á este injuriador de nuestro Criador. La tierra dice: ¿por qué lo sustento? El agua dice: ¿por qué no lo ahogo? El aire dice: ¿por qué lo doy huelgo? El fuego dice: ¿por qué no lo abraso? El infierno dice: ¿por qué no lo trago y lo atormento? ¡Ay, ay, pues, miserable de mí! ¿qué haré? ¿Adónde iré, pues todas las cosas están armadas contra mí? ¿Adónde me acogeré? ¿Quién me recibirá, pues

á todas las cosas tengo ofendidas? A Dios menosprecié, á los Angeles enojé, á los Santos deshonré, á los hombres ofendí y escandalicé, y de todas las criaturas usé mal. ¿Mas para qué es tan largo discurso? Por el mismo caso que ofendí al Criador de todas las cosas, ofendí á todas ellas juntas. No sé pues, miserable de mí, adonde vaya, pues de todas las cosas he hecho enemigos contra mí, de tal manera, que en todo lo que veo al rededor de mí, no hallo quien esté de mi parte, porque hasta mi misma conciencia ladra contra mí, y todas mis entrañas me acusan y despedazan.

24. Lloraré pues como miserable (*Thren. 2*), sin poner fin á mis lágrimas, mientras viviere en este valle de miserias, esperando si por ventura tendrá por bien volver los ojos sobre mí aquel piadosísimo Salvador. Derríbame hé á sus pies, y con toda la humildad y vergüenza que pudiere, decirle hé: Señor, yo soy aquel grande enemigo tuyo, que en presencia de tus ojos divinos hice cosas abominables. Conózcome por tan culpado delante de Tí, que aunque solo padeciese toda aquella pena infernal que los demonios y los hombres condenados padecen, no pagaria con todo esto suficientemente lo que merecen mis pecados.

Estiende pues, Señor, sobre este miserable el palio de tu misericordia: pueda mas que mi maldad la grandeza de tu bondad. Gócese el Padre dulcísimo con la vuelta del hijo pródigo, y el buen Pastor con la oveja perdida, y la piadosa mujer con la pieza de oro hallada (*Luc. 15*). ¡Oh cuán dichoso será aquel dia cuando tendieres tus brazos sobre mi cuello, y me dieres besos de paz!

25. Pues para alcanzar este bien, ya sé lo que haré. Tomaré armas contra mí mismo, y seré para mí el mas cruel de todos y mas riguroso. Afligirme hé por todas partes con trabajos y penas, y despreciarme hé asi como un cieno hediondo. Alegrarme hé en mis desprecios y deshonoras por cualquier parte que me vengan. Gozarme hé cuando se descubriere y publicáre mi confusion. Y porque yo solo no basto para aborrecerme y despreciarme, juntaré toda la universidad de las criaturas, y de cada una desearé ser afligido y despreciado, pues yo desprecié al Criador de todas. Este me será un tesoro muy deseado, amontonar penas y desprecios contra mí, y amar con entrañable corazon á los que en esto me ayudaren. Todas las consolaciones y honras de esta vida me serán tormento, y á todas ellas tendré por amigos engañosos y

lisongeros. Creo firmemente que si así lo hiciera, inclinaré todas las cosas (aunque por mí ofendidas) á compadecerse de mí, y las que antes daban voces contra mí, ahora en su manera rogarán y abogarán por mí. Corran pues por todas partes deshonras y azotes, para que por todas me lleven á mi dulcísimo Señor. Toda honra y todo deleite vaya lejos de mí, y no se oiga en mi morada. En todas las cosas no busque yo sinó la honra sola de mi Señor, y mi propio desprecio y confusion.

26. Hasta aquí son palabras de S. Buena-ventura, las cuales ayudarán mucho al que devotamente las meditáre á engendrar en él estos cuatro nobilísimos afectos; conviene saber: dolor de los pecados, temor de Dios, ódio santo de sí mismo, y deseo de ser menospreciado por Dios. Del primer afecto nace la penitencia, que lava todos los pecados pasados: en el segundo está el temor de Dios que escluye todos los venideros: por el tercero se alcanza el aborrecimiento de sí mismo contra el amor propio; y por el cuarto la verdadera humildad contra el deseo de la gloria del mundo. Quienquiera que estas cuatro virtudes desea alcanzar, en estas y otras semejantes consideraciones se debe ejercitar. Mas particularmente por aquí se alcanza este

odio santo de sí mismo, el cual tiene por oficio no solo huir los regalos del cuerpo, y buscar los trabajos, sinó mucho mas despreciar toda dignidad y honra del mundo, y amar todo menosprecio y deshonra por Dios; y este afecto pertenece propiamente á la humildad, la cual es un menosprecio entrañable de sí mismo, que nace del verdadero conocimiento de sí mismo y de sus propios pecados. Digo esto para que sepan los amadores de la verdadera humildad que de esta misma fuente, de donde se coge agua para criar el aborrecimiento de sí mismo, se coge tambien para sustentar y regar el árbol de la verdadera humildad, de donde nacen todas las virtudes.

CAPÍTULO VII.

Meditación de la condicion y miserias de la vida humana, para el martes en la noche.

1. Este dia, hecha la señal de la cruz, con la preparacion que se puso en el capítulo segundo, pensarás en la condicion y miserias de esta vida, para que por ellas veas cuán vana sea la gloria del mundo, pues se funda sobre tan flaco cimiento, y en cuán poco debe tener el hombre á sí mismo, pues á tantas miserias está sujeto

2. Pues para esto considera primeramente la vileza del origen y nacimiento del hombre, conviene saber : la materia de que es compuesto, la manera de su concepcion , las injurias y dolores del parto , la fragilidad y miserias de su cuerpo , segun que adelante se tratará.

3. Lo segundo considera las grandes miserias de la vida que vive , y señaladamente estas siete. Primeramente considera cuán breve sea esta vida , pues el mas largo término de ella es setenta ú ochenta años , porque todo lo demás (si algo queda) es trabajo y dolor ; y si de aqui se saca el tiempo de la niñez , que mas es vida de bestias que de hombres , y el que se gasta durmiendo , cuando no usamos de los sentidos ni de la razon , hallaremos aún ser mas breve de lo que parece. Y si sobre todo esto la comparas con la eternidad de la vida advenidera , apenas te parecerá un punto. Por donde verás cuán desvariados son los que por gozar de este soplo de vida tan breve , se ponen á perder el descanso de aquella que para siempre durará.

4. Lo tercero considera cuan incierta sea esta vida (que es otra miseria sobre la pasada), porque no basta ser de suyo tan breve como es , sinó que eso poco que hay de vida no está seguro , sinó dudoso. Porque ¿ cuántos llegan

¿ á estos setenta ú ochenta años que digimos? ¿ Á cuántos se corta la tela en comenzándose á tejer? ¿ Cuántos se van en flor, como dicen, ó en agráz? No sabeis, dice el Salvador (*Marc. 13*). cuándo vendrá vuestro Señor, si á la mañana, si al medio dia, si á la media noche, si al canto del gallo. Esto es, no sabeis si vendrá en el tiempo de la niñez ó de la mocedad, ó de la juventud ó de la vejez. Aprovechate há para mejor sentir esto, acordarte de la muerte de muchas personas que habrás conocido en este mundo; especialmente de tus amigos y familiares, y de algunas personas ilustres y señaladas, á las cuales salteó la muerte en diversas edades, y dejó burlados todos sus propósitos y esperanzas. Conozco yo una persona que tenia hecho un memorial de todas las personas señaladas que en este mundo habia conocido en todo género de estados, que eran ya difuntas y alguna vez lo leía ó pasaba por la memoria, y en cada uno de ellos se le representaba sumariamente toda la tragedia de su vida, y la burlería y engaño de este mundo, y el paradero y fin de las cosas humanas. Por lo cual entendia, con cuánta razon habia dicho el Apóstol (*1. Cor. 7*) que se pasa la figura de este mundo: en lo cual quiso dar á enten-

der el poco ser que tienen las cosas de esta vida, pues no las quiso llamar cosas verdaderas, sinó solamente figuras que no tienen ser, sinó parecer, por donde aun son mas engañosas.

5. Lo cuarto piensa cuan frágil y quebradiza sea esta vida, y hallarás que no hay vaso de vidrio tan delicado como ella es: pues un aire, un sol, un jarro de agua fria, un vaho de un enfermo basta para despojarnos de ella, como parece por las esperiencias cotidianas de muchas personas, á las cuales en lo mas florido de su edad bastó para derribar cualquier ocasion de las sobredichas.

6. Lo quinto considera cuan mudable es, y cómo nunca permanece en un mismo ser. Para lo cual debes considerar cuanta sea la mudanza de nuestros cuerpos, los cuales nunca perseveran en una misma disposicion, y cuánto mayor la de los ánimos, que siempre andan como la mar alterados con diversos vientos y olas de pasiones, que á cada hora nos perturban: y finalmente, cuánta la de todo el hombre que está sujeto á todos los vaivenes de la fortuna, la cual nunca permanece en un mismo ser, sinó siempre rueda de un lugar en otro. Y sobre todo esto considera cuán continuo sea el movimiento de nuestra vida, pues dia y noche nunca para, sinó que siem-

pre va perdiendo de su derecho, y gastándose como una vestidura con el uso, y acercándose cada hora mas y mas á la muerte. Segun esto, ¿qué es nuestra vida sinó una candela que siempre se está gastando, y mientras mas arde y resplandece, mas se gasta? ¿Qué es nuestra vida sinó una flor que se abre á la mañana, y al medio dia se marchita, y á la tarde se seca? Asi la comparó el Profeta en el salmo cuando dijo (*Ps.* 89): la mañana de la niñez se pasa como una yerba: á la mañana florece, y luego pasa: y á la tarde cae-sele la flor, y endurecese, y sécase.

7. Lo sexto considera cuán engañosa es (que por ventura es lo peor que tiene), porque por esta via nos engaña, pues siendo fea, nos parece hermosa; y siendo breve, á cada uno la suya le parece larga; y siendo tan miserable parecen tan amable, que no hay peligro ni trabajo, ni pérdida á que no se pongan los hombres por ella, aunque sea haciendo cosas por donde vengán á perder la vida perdurable.

8. Lo séptimo considera como demas de ser tan breve etc. (segun está dicho), eso poco que hay de vida está sujeto á tantas miserias, así del ánima como del cuerpo, que toda ella no es otra cosa sinó un valle de lágrimas, y un viélago de infinitas miserias. Escribe S. Geró-

nimo, que Jerges, aquel poderosísimo rey que derribaba los montes, y allanaba los mares, como se subiese á un monte alto á ver desde allí un ejército que tenia ayuntado de infinitas gentes; despues que lo hubo bien mirado, dice que se puso á llorar. Y preguntado ¿por qué lloraba? respondió: lloro porque de aqui á cien años no estará vivo ninguno de cuantos aqui veo presentes. Sobre lo cual dice S. Gerónimo: ¡oh si pudiésemos subirnos á alguna atalaya tan alta, que desde ella pudiésemos ver toda la tierra debajo de nuestros pies! desde ahí verías las caidas y miserias de todo el mundo, y gentes destruidas por gentes, y reinos por reinos. Verias cómo á unos atormentan, á otros matan; unos se ahogan en la mar, otros son llevados cautivos. Aqui verías bodas, allí llanto; aqui nacer unos, allí morir otros; unos abundar en riquezas, otros mendigar. Y finalmente verias no solo el ejército de Jerges, sinó á todos los hombres del mundo que ahora son, los cuales de aqui á pocos dias acabarán.

9. Discurre tambien por todas las enfermedades y trabajos de los cuerpos humanos, y por todas las aflicciones y cuidados de los espíritus, y por los peligros que hay así en todos los estados como en todas las edades de

los hombres , y verás aun mas claro cuántas sean las miserias de esta vida , para que viendo tan claramente cuán poco es todo lo que el mundo puede dar , mas fácilmente lo menosprecies.

10. A todas estas miserias sucede la última , que es el morir ; la cual asi para lo del cuerpo como para lo del ánima es la última de todas las cosas terribles , pues el cuerpo será en un punto despojado de todas las cosas , y del ánima se ha de determinar entónces lo que para siempre ha de ser.

11. Acabada la meditacion , síguese luego el hacimiento de gracias , el ofrecimiento y peticion , como arriba se dijo en el capítulo segundo.

CAPÍTULO VIII.

Tratado de la consideracion de las miserias de la vida humana en el cual se declara mas por extenso la meditacion pasada.

§ I. — *De cuán grandes sean las miserias de la vida humana.*

1. Qué tan grandes sean las miserias en que la naturaleza humana quedó por el pecado no hay lengua que lo pueda explicar. Muy bien dijo S. Gregorio , que solos aquellos dos pri-

meros hombres que conocieron por esperiencia aquella noble condicion y estado en que Dios crio al hombre, sabian las miserias del hombre: porque acordándose de las prosperidades de la vida que habian vivido, veian mas claro las miserias del destierro en que habian quedado. Mas los hijos de estos miserables, como nunca supieron qué cosa era buena ventura. y siempre se criaron en miserias, no saben qué cosa es miseria, porque, nunca supieron qué cosa era buena ventura. Antes muchos de ellos están como frenéticos, tan sin sentido, que querrian (si les fuese posible) perpetuarse en esta vida, y hacer del destierro patria, y de la carcelería morada, porque no sienten los males de ella. Donde asi como los acostumbrados á estar en lugares de mal olor no reciben ya pena de esto, por la costumbre que de ello tienen, asi estos miserables no sienten las miserias de esta vida, por estar tan hechos á vivir en ellas.

§ II. — *De las miserias de esta vida, y primero del origen y nacimiento del hombre, y de las condiciones de la vida que despues vive.*

2. Pues para que tú no caigas en este engaño, ni en otros mayores que de aquí se siguen, considera con atencion la muchedumbre de

estas miserias , y primero las del origen y nacimiento del hombre , y despues las condiciones de la vida que vive.

3. Comenzando pues este negocio por sus principios , considera primeramente de qué materia sea compuesto el cuerpo del hombre: porque de la nobleza ó bajeza de la materia se suele muchas veces conocer la condicion de la obra. Dice la escritura divina (*Gen. 2*), que crió Dios al hombre del cieno de la tierra. Entre todos los elementos el mas bajo es la tierra ; y entre todas las partes de la tierra, la mas baja es el cieno : segun lo cual, parece haber criado Dios al hombre de la mas vil y baja cosa del mundo. De manera que los Reyes y los Emperadores, y los Papas, por muy altos y esclarecidos que sean , cieno son. Entendian muy bien esto los egipcios, de los cuales se escribe , que celebrando cada un año la fiesta de su nacimiento , traían en las manos unas yerbas que nacen en las lagunas cenagosas , para significar la semejanza y parentesco que los hombres tenemos con la paja y con el cieno, que es el comun padre de entrambos. Pues si tal es la materia de que somos compuestos , ¿de qué te ensoberbeces , polvo y ceniza? ¿De qué te ensoberbeces , paja y cieno?

4. Pues la manera y artificio con que se edificó la obra de esta materia, no es para escribirse ni para mirarse; sinó para pasar adelante cerrados los ojos, por no ver cosa tan fea. Si los hombres supiesen tener vergüenza de lo que era razón, de ninguna cosa se afrentarian mas que de ver la manera en que son concebidos. Solamente diré una cosa, y es, que aquel tan piadoso Señor que vino á este mundo á tomar sobre sí todas nuestras miserias para descargarnos de ellas, sola ésta fue la que en ninguna manera quiso tomar. Y no le pareciendo cosa fea ser abofeteado y escupido, y tenido por el mas bajo de los hombres, sola ésta le pareció indigna de su Majestad, si fuese concebido de la manera que ellos; pues ya la substancia de que se sustentan estos cuerpos antes que nazcan, no es tan limpia, que se deba hacer memoria de ella, ni tampoco de otras muchas suciedades que al tiempo del nacer se ven cada dia.

5. Vengamos al parto. Dime: ¿qué cosa mas miserable que ver parir una mujer? ¿Qué dolores tan agudos, qué vueltas, qué vaivenes tan peligrosos, qué ahullidos y gritos tan lastimeros! Dejo de decir de los partos monstruosos y revesados, porque esto seria nunca

acabar. Y con todo esto, ya que sale á luz la criatura, sale llorando, pobre, desnuda, flaca y miserable, y necesitada de todas las cosas, é inhabilitada para todas. Los otros animales nacen calzados y vestidos, unos de lanas, otros de escamas, otros de plumas, otros de cueros, otros de conchas; hasta los árboles nacen vestidos de sus cortezas, y estas á veces dobladas. Solo el hombre nace desnudo, sin ningun género de vestidura, sinó una piel sucia y asquerosa en que sale revuelto. Con estos atavíos sale al mundo el que, despues de salido, por su soberbia no cabe en el mundo.

6. Demas de esto, los otros animales á la hora que nacen luego saben buscar lo que les cumple, y tienen habilidades para ello. Unos andan, otros nadan, otros vuelan, y cada uno finalmente sin maestro sabe buscar lo que le es necesario. Solo el hombre ninguna cosa sabe ni puede hacer sinó en brazos ajenos. ¿Cuántos dias gasta en aprender á andar? y aun esto primero en cuatro pies que en dos. ¿Cuanto tiempo está sin poder hablar? y no solamente hablar, mas ni aun comer sabe, si no se lo muestran. Una sola cosa sabe hacer por sí mismo, que es llorar. Esta es la primera que hace, y la que solo sabe hacer sin

maestro, y el reir que por sí tambien lo sabe hacer, 'no lo sabe hacer hasta los cuarenta dias despues de nacido como quiera que siempre llore; para que entiendas que mas pronta está la naturaleza para lágrimas, que para alegría. ¡Oh locura de los hombres, dice un Sábio, que con tales y tan bajos principios creen haber nacido para soberbia!

7. Pues el mismo cuerpo del hombre, (de que tanto se precian los hombres), querria que mirases con buenos ojos, qué tal es, por muy hermoso que por de fuera parezca. Dime, ruégote, ¿Qué otra cosa es el cuerpo humano, sinó un vaso dañado, que todos cuantos licores echan en él, luego los aceda y corrompe? ¿Qué es el cuerpo humano sinó un muladar cubierto de nieve, que por defuera parece blanco y dentro está lleno de inmundicias? ¿Qué muladar hay tan sucio? ¿Qué albañal, que tales cosas eche de sí por todos sus desagüaderos? Los árboles y las yerbas, y aún algunos animales dan de sí muy suaves olores; mas el hombre tales cosas echa de sí que no parece ser otra cosa sinó un manantial de saciedad.

8. De un gran filósofo, llamado Plótino, se escribe, que se afrentaba de la condicion y bajeza de su cuerpo, y que oía de mala gana

que se hablase de su linaje, y nunca se pudo acabar con él que consintiese sacar al natural un retrato de su figura, diciendo: Que bastaba traer consigo una cosa tan fea y tan indigna de la generosidad de su ánimo todo el tiempo de su vida, sin obligarle á que para siempre quedase memoria perpetua de su deshonra.

9. Del Abad Isidoro se escribe, que estando una vez comiendo, no se podia contener de lágrimas; y preguntado ¿por qué lloraba? Respondió: Lloro, porque me avergüenzo de estar aquí comiendo manjar corruptible de bestias, habiendo sido criado para estar en compañía de Ángeles y comer con ellos el mantenimiento divino.

§ III. — *De las miserias y condiciones de esta vida, y primero de la brevedad de ella.*

10. Despues de esto, considera las miserias grandes de la vida humana, y principalmente estas siete, conviene á saber, cuán breve sea esta vida, cuán incierta, cuán frágil, cuán inconstante, cuán engañosa, y finalmente cuán miserable; y despues el fin á que vienen á parar, que es la muerte.

11. Considera, pues, primeramente la brevedad de nuestra vida, la cual consideraba el

santo Job, cuando decia (14). Breves son, Señor, los dias del hombre, y el número de los meses que ha de vivir, tú lo sabes. ¿Qué tanto es ahora setenta ú ochenta años de vida? Pues ese es el comun término de la vida de los hombres, que no se tienen por muy malogrados, como lo significó el Profeta (*Psal.* 68), cuando dijo: Los dias del hombre, cuando mucho son setenta años; y si á mas tirar llegan á ochenta; lo que de ahí se sigue todo es trabajo y dolor.

12. Y si quieres tomar esta cuenta por menudo y no así á carga cerrada, no me parece que debes tomar en cuenta de vida el tiempo de la niñez y menos el que se pasa durmiendo, porque la vida de la niñez, cuando no ha venido aun el uso de la razon que nos hace hombres, no se puede llamar vida de hombres, sinó vida de bestias, como es la de un cabritillo, que se anda por ahí saltando: especialmente constándonos, que en toda aquella edad, ni se aprende, ni se hace cosa digna de hombre. Pues el tiempo que se duerme no veo yo como se puede llamar tiempo de vida: pues lo principal de la vida es usar de los sentidos y de la razon: y entonces lo uno y otro está suspenso y como muerto.

13. Por donde dijo un filósofo, que de la

mitad de la vida no habia diferencia del feliz al infeliz; porque en el tiempo que se duerme, todos los hombres son iguales, por estar entónces como muertos. Claro está que si un rey estuviese cautivo por espacio de un año, ó de dos, que no podriamos decir con verdad que aquel tiempo reinó, pues ni gozó del reino ni lo gobernó. Pues ¿cómo se podrá decir que el hombre vive cuando duerme, pues en todo este tiempo está suspenso el señorío y uso de la razon y de los sentidos por quien vivimos? Por esta causa un poeta llamó al sueño pariente de la muerte; y otro; hermano; por la semejanza que entendian haber entre lo uno y lo otro. Pues si tanta parte de la vida se duerme, ¿qué tanta será la que no se vive? Y si lo comun es dormirse la tercera parte del dia, que son ocho horas (aunque algunos hay que ni con esto se contentan), síguese por esta cuenta que la tercera parte de la vida se duerme; y por consiguiente que no se vive; porque por aquí veas cuán grande pedazo de tan breve vida nos lleva el sueño de cada dia. Pues hecha esta cuenta, que es verdadera, ¿cuánto es lo que quedará de verdadera vida aún á los muy vivos?

14. Por cierto muy gran razon tuvo aquel

filósofo, que preguntado, qué le parecía de la vida del hombre, dió una vuelta delante de los que esto le preguntaban, y luego desapareció; dando á entender que no era mas que solo aquello nuestra vida. No es mas que una carrera de un apresurado cometa, que en un punto pasa y se consume, y de ahí á poco aún aquel rastro que dejó en pos de sí desaparece; porque muy pocos dias despues de acabada la vida se acaba tambien con la vida la memoria, por muy resplandeciente que haya sido la persona. Finalmente, parecia tan breve á muchos de aquellos sabios antiguos esta vida, que uno de ellos la llamó sueño; y otro no contento con esto, la llamó sueño de sombra, pareciéndole que era mucho llamarla sueño de cosa verdadera, no siendo á su juicio mas que sueño de cosa vana.

15. Pues si esto poco que resta de vida lo comparamos con la vida advenidera, ¿cuánto menos aún parecerá? Muy bien dijo el Eclesiástico (*Eccli. 18*): los dias del hombre, á mas tirar, son cien años. Pues ¿qué es todo esto comparado con la eternidad sinó una gota de agua comparada con la mar? Y está clara la razon; porque si una estrella (que es mucho mayor que toda la tier-

ra) comparada con lo restante del cielo parece tan pequeña, ¿qué parecerá la vida presente, que es tan breve, comparada con la venidera que no tiene cabo? Y si (como dicen los astrólogos) toda la tierra comparada con el cielo no es mas que un punto, porque la grandeza inestimable de los cielos la hace parecer tan pequeña, ¿qué parecerá este sople de vida tan breve comparado con la eternidad, que es infinita? Sin duda parece nada; porque si mil años (*Psalm. 89*) delante de Dios son como el dia de ayer que ya pasó, ¿qué parecerán delante de él cien años de vida sinó nada?

16. Eso mismo parece á aquellos malaventurados cuando hacen comparacion de la vida que dejaron, con la eternidad de los tormentos que para siempre padecen, como ellos mismos lo confiesan en el libro de la Sabiduría (*Sap. 5*), por estas palabras: ¿qué nos aprovechó nuestra soberbia y la pompa de nuestras riquezas? Pasáronse todas estas cosas como sombra que vuela, y como correo de posta, ó como el navío que va por las aguas, que no deja rastro de su camino, ó como saeta arrojada á cierto lugar, que asi como el aire se abrió y le hizo camino, luego se volvió á cerrar, sin que se supiese por donde pasó;

así nosotros , luego en naciendo , dejamos de ser , sin dejar rastro ni señal de ninguna virtud. Mira pues cuán breve les parecerá allí á los miserables todo el tiempo de esta vida, pues claramente confiesan que no vivieron, sinó que en naciendo , luego en ese punto dejaron de ser. Pues si esto es así , ¿ qué locura mayor puede ser , que por gozar este sueño momentáneo de tan vanos deleites, querer ir á padecer tormentos eternos? Item , si tan breve es el plazo de esta vida , y tan largo el de la otra , ¿ qué locura es , proveyéndonos de tantas cosas para vida tan breve, no proveer de algo para aquella tan larga? ¿ Qué locura sería , si determinándose un hombre de vivir en España , gastasē todo cuanto tiene en comprar raíces y edificar casas en Indias, y no proveyese nada para la tierra donde se va á morar? Pues ¿ cuanto mayor es la de aquellos que todo su caudal emplean en proveerse para esta vida , donde tan poco han de vivir, y ninguna cosa aparejan para aquella donde para siempre han de morar? especialmente teniendo tan gran aparejo para trasladar á ella todos sus bienes por manos de pobres, como dijo el Sábio : echa tu pan sobre las aguas que corren , que despues de mucho tiempo lo vendrás á hallar (*Eccles. 11*).

§ IV. — *De cómo es incierta nuestra vida.*

17. Mas ya que la vida tiene tan cortos los plazos; si estos plazos fuesen ciertos, y todo este tiempo tuviésemos seguro (como lo tuvo el rey Ezequías (*Isai. 38*), á quien Dios otorgó quince años mas de vida), aún sería mas tolerable nuestra miseria. Mas no es así, sinó que siendo la vida tan breve como hemos dicho, eso que hay de vida, tanto cuanto, no está cierto, sinó dudoso; porque como dice el Sabio, (*Eccles. 9*) no sabe el hombre el dia de su fin, sinó que así como á los peces, cuando mas seguros están, los prenden en un anzuelo, y á los pájaros en un lazo, asi saltea la muerte á los hombres en el tiempo malo. Muy sabida es aquella sentencia que dice: *que ni hay cosa mas cierta que la muerte, ni mas dudosa que la hora del morir.* Por esto comparaba un filósofo las vidas de los hombres á las campanillas ó burbujicas que se hacen en los charcos de agua cuando llueve, de las cuales unas se deshacen luego en cayendo, otras duran un poquito mas, y luego se deshacen, otras tambien duran algo mas, y otras menos. De manera, que aunque todas ellas duran poco, en eso poco hay grande variedad.

18. Pues si tan dudoso es el término de nuestra vida, y la hora de nuestra cuenta, ¿cómo vivimos con tanto descuido y negligencia? ¿Cómo no advertimos aquellas palabras del Salvador, que dicen: *velad, porque no sabeis cuándo vendrá el Hijo del hombre* (Matth. 24)? ¡Oh si supiesen los hombres pesar la fuerza de esta razón! Porque no sabeis (dice Él) la hora, velad, y estad siempre apercebidos. Como si mas claro dijera: porque no sabeis la hora, velad en toda hora; y porque no sabeis el mes, velad en todos los meses; y porque no sabeis el año, estad apercebidos en todos los años; porque aunque no sepais de cierto cuál de estos es el año en que os han de llamar, es cierto que en alguno de ellos os llamarán.

19. Mas porque mejor se vea la fuerza de esta razón, pongamos un ejemplo. Dime: si te pudiesen en una mesa treinta ó cuarenta manjares, y te avisasen de cierto que uno de ellos tenia ponzoña, ¿osarias por ventura comer de alguno de ellos aunque tuvieses mucha hambre? Claro está que nó, porque el temor de encontrar con aquel uno, solo te haría abstener de todos los otros. Pues veamos cuántos años, á mas tirar, te pueden quedar de vida. Dirás por ventura que á bien librar podrán

ser treinta ó cuarenta. Pues si es cierto que en uno de esos años está tu muerte, y no sabes en cuál, ¿por qué no temes en cada uno de ellos, pues es cierto que uno de ellos te ha de matar? No osas llegar á ninguno de los cuarenta platos, aunque mueras de hambre, porque sabes que en uno está la muerte; ¿y no temerás en cada uno de esos cuarenta años, pues tan cierto es que en uno de ellos has de morir? ¿Qué se puede responder á esta razon?

20. Oye aún otra no menos eficaz. Dime, ¿por qué se vela siempre un castillo, cuando está en frontera de enemigos? No por mas, de porque no saben cuando vendrán á dar sobre él. El no saber cuando, los hace velar en todo tiempo: porque si supiesen el tiempo cierto de su venida, podrian descuidarse en el entretanto, y guardar para entónces la diligencia de la vela. Pues por amor de Dios te pido, seas ahora buen juez de lo que diré. Veamos, si por estar dudoso si vendrán hoy, si mañana, si este año ó si ese otro los enemigos, velas cada noche tu castillo, ¿cómo no velas continuamente sobre tu ánima, pues no sabes cuando ha de llegar su hora? La misma duda que hay allí, hay aquí y mucho mayor: y el negocio y lo que importa, sin ninguna

comparación es mayor. Pues ¿en qué juicio cabe velar allí siempre, y aquí siempre dormir? ¿Qué cosa puede ser mas contra razon? Mira, que vale mas tu ánima, que todos los castillos y reinos del mundo; y si miras al precio por qué fué comprada, mas aún que todos los Angeles. Mira que tienes mayores enemigos, que dia y noche andan por saltarla. Mira que por ninguna via se puede saber el dia, ni la hora de este salto. Mira que todo el punto de este negocio está en tomarte apercebido ó desapercibido en esta hora: pues segun la parábola del Evangelio, las vírgenes que estaban aparejadas, entraron con el esposo á las bodas (*Matt. 25*) y las no aparejadas se quedaron fuera. ¿Pues qué falta aquí, por donde no hayas siempre de velar, pues la duda es mayor y el peligro mayor; y la causa mayor y todo lo demás sin comparacion mayor?

§ V. — *De cuán frágil sea nuestra vida.*

21. Mas no solo es incierta nuestra vida, sinó tambien frágil y quebradiza. Sinó, dime: ¿qué vidrio hay tan delicado y tan ligero de quebrar como la vida del hombre? Un aire basta muchas veces, un sereno, y un sol recio para despojarnos de la vida. Mas qué digo

sol? Los ojos y la vista sola de una persona bastan muchas veces para quitar la vida á una criatura. No es menester sacar espada, ni menear armas; solo mirar basta para matar. Mira que castillo este tan seguro; en que se guarda el tesoro de nuestra vida; pues solo mirarlo desde léjos, basta para batirlo por tierra.

22. Mas no es esto tanto de maravillar en la edad de los niños, cuando el edificio es tan nuevo y tan tierno. Lo mas admirable es que despues de asentada y fraguada ya la obra de muchos años, poco menores causas bastan para derribarla. Si preguntas, ¿de que murió fulano ó fulana? Responderte han que de un jarro de agua fria que bebió; ó de una cena demasiada que cenó, ó de algun placer ó pesar grande que tomó; y á las veces no hay causa que dar, sinó que acostándose el hombre sano, al otro dia amanece al lado de su mujer finado. ¿Hay vidrio en el mundo, hay vaso de barro mas quebradizo, que este? Y no es cierto de maravillar, que sea tan quebradizo, pues él tambien es de barro; antes es mas de maravillar, como siendo de tal materia y tal hechura, puede durar tanto tiempo quanto dura. ¿Por qué se desconcierta tantas veces un reloj? La causa es, porque

tiene tantas ruedas y puntos, y tanto artificio, que aunque sea, como lo es, de hierro, cualquiera cosa basta para desconcertarlo. Pues ¿cuanto es mas delicado el artificio de nuestros cuerpos y cuánto mas frágil la materia de nuestra carne? Pues si el artificio es mas delicado y la materia mas frágil, ¿de qué nos maravillamos, que se embarace algun punto de estas ruedas, y así pare el movimiento de nuestra vida? Antes es de maravillar, no como los hombres se acaban tan presto, sinó como duran tanto, siendo tan delicado este artificio y de tan flaca materia compuesto.

25. Esta es aquella miserable fragilidad, que significó Isafas por estas palabras: Dijo Dios á este profeta: da voces. Responde el profeta: ¿qué dire? dícele Dios: toda carne es heno y toda la gloria de ella es como la flor del campo. Secóse el heno y cayóse la flor; mas la palabra de Dios permanece para siempre (*Isai. 40*). Sobre las cuales palabras dice san Ambrosio: Verdaderamente así es; porque así florece la gloria del hombre en la carne, como el henõ, la cual aunque parece grande, es pequeña como yerba, temprana como flor, caduca como heno; y así no tiene mas que frescura en el parecer; pero no firmeza ni estabilidad en el fruto. Porque, ¿qué firmeza

puede haber en materia de carne? Ni ¿qué bienes, que sean durables en tan flaco sugeto? Hoy verás un mancebo en lo mas florido de su edad, con grandes fuerzas y con muy buen parecer; y si esta noche le saltea una enfermedad, otro dia le verás con un rostro tan mudado, que el que antes parecia muy agradable y hermoso, ahora parece del todo miserable y feo. Pues ¿qué diré de los otros accidentes y mudanzas de nuestros cuerpos? Á unos quebrantan las trabajos, á otros enflaquece la pobreza, á otros atormenta la indigestion, á otros corrompe el vino, á otros debilita la vejez, á otros hacen muelles los regalos y á otros trae descoloridos la lujuria. Pues segun esto, ¿no es verdad que se sêcó el heno, y se le cayó la flor? Vereis otros de muy nobles abuelos y bisabuelos, de muy esclarecida sangre, de muy antiguo solar, muy llenos de amigos y muy acompañados ambos los lados de criados, llevando y trayendo consigo muy grande familia y compañía; y si un poquito se le trastorna el viento de la fortuna, á la hora es dejado de sus amigos, y maltratado de sus iguales y desamparado de todos. Vereis otro lleno de riquezas, volando por las bocas de todos con fama de liberal y dadivoso, esclarecido con honra, levantado con poderes,

subido en tribunales y tenido por bienaventurado de todos; y acaecerá que llevándolo ahora con voces y pregones magníficos por la ciudad, se revuelvan de tal manera los tiempos, que venga á parar en la misma cárcel, donde él tenia encarcelados á otros. ¿A cuántos acaece llevar ahora con toda la pompa del mundo á sus casas y una noche que se atraviesa de por medio obscurece, el resplandor de toda aquella gloria, y un solo dolor de costado que sobreviene, deshace toda aquella fábula compuesta? ¡Oh engañosas esperanzas de los hombres, (dice Tulio,) y fortuna frágil, y vanas todas nuestras contiendas y porfias, que muchas veces á medio camino se quiebran y caen, y primero se hunden en la carrera, que puedan llegar á ver el puerto! Pues, ¿qué locura es la de los hijos de Adán; que sobre tan flajcos cimientos edifican torres tan altas, y no miran que edifican sobre arena, y que al mejor tiempo se llevará el viento todo lo mal cimentado? ¡O qué malas cuentas echan á veces los hombres, por no querer volver los ojos hácia dentro, y hacer primero cuenta consigo!

24. Y si esta es tan grande ceguera, ¿cuánto mayor es la de aquellos malaventurados, que están muchos años en pecado, sabiendo

que no hay entre ellos y el infierno mas que esta vida tan quebradiza? Imaginemos ahora que estuviese un hombre colgado de un hilo delgado, y que tuviese debajo de sí un pozo muy profundo, de tal manera puesto, que en quebrándose aquel hilo hubiese luego de caer en él. Dime: ¿qué tal estaría el que así se viese? ¿cuán temeroso? ¿cuán turbado? ¿y cuán aparejado para dar cuanto tuviese para salir de aquel peligro? pues tú, miserable, que osas contra las leyes de Dios perseverar tantos dias y años en pecado, ¿cómo no miras que estás en este mismo peligro? En quebrándose este hilo tan frágil de la vida, estás para dar contigo en el profundo del infierno. Pues, ¿cómo duermes, ¿cómo juegas? ¿como ries? ¿cómo nunca echas de ver un tan grande peligro?

§ VI. — *De cuán mudable sea nuestra vida.*

25. Tiene aún otro defecto nuestra vida, que es ser mudable y nunca permanecer en un mismo ser, segun que lo afirma el santo Job (*Job. 14*): en un triste memorial que hace de las miserias de la vida humana, por estas palabras: el hombre nace de mujer, vive pocos dias, es lleno de muchas miserias, sale

como una flor, y luego se marchita: huyen sus dias asi como sombra, y nunca permanece en un mismo estado. Pues dejadas ahora esas miserias, ¿qué cosa hay en el mundo mas mudable? Dicen que el camaleon muda en una hora muchos colores, y el mar Euripo es infamado de muchas mudanzas, y la luna tiene para cada dia su figura: ¿mas qué es todo esto para las mudanzas, del hombre? ¿Qué Proteo mudó jamás tantas figuras como muda el hombre á cada hora? Ya enfermo, ya sano, ya contento, ya descontento, ya triste, ya alegre, ya temeroso, ya confiado, ya sospechoso, ya seguro, ya pacífico, ya airado, ya quiere, ya no quiere, y muchas veces él á sí mismo no se entiende. Finalmente, tantas son sus mudanzas, cuantos accidentes se levantan á cada hora; porque cada uno le trastorna de su manera; lo pasado le dá pena, lo presente le turba, y lo venidero le congoja. Si no tiene hacienda, vive con trabajo: si la tiene, con soberbia: si la pierde, con dolor. Pues ¿qué lunas ni qué mares están sujetos á tantas alteraciones y mudanzas? La mar no se muda sinó cuando se revuelven los vientos; mas acá con los vientos y con la calma siempre hay mudanzas y tormenta.

26. Pues ¿qué diré del continuo movimiento de nuestra vida? ¿Qué punto de tiempo hay en que no demos un paso hácia la muerte? ¿Qué piensas tú que es el movimiento de los cielos sinó un torno muy ligero en que se está siempre hilando nuestra vida? Mira de la manera que se hila un copo de lana en un torno, que á cada vuelta que da el torno, se recoge un poco, y á otra vuelta otro poco, hasta que se acaba toda: que de esa misma manera se está siempre hilando en el torno de los cielos nuestra vida, pues á cada vuelta que dan, se recoge un pedazo de ella. Por esto dijo el santo Job (*Job. 9*), que sus dias eran mas ligeros que el correo que va por la posta; porque el correo, por mucha priesa que lleve, alguna vez la necesidad le hace parar; mas nuestra vida nunca pára, ni se nos hace jamas gracia de una hora. Esto (dice S. Gerónimo) que ahora ordeno, esto que escribo, y que vuelvo á releer y enmendar, se me está quitando de la vida; y cuantos puntos escribe el notario, tantos son los daños y menoscabos de mi vida. De manera, que asi como los que van en un navío, aunque estén asentados ó acostados siempre caminan, y siempre se van acercando mas y mas al término de su navegacion, asi

en esta vida todo el tiempo que vivimos, caminamos, y nos vamos acercando mas al comun puerto de esta navegacion, que es la muerte.

27. Pues si no es otra cosa nuestro vivir, sinó caminar á la muerte; y si esta hora de la muerte es tambien hora de nuestro juicio, ¿qué será luego vivir sinó caminar al tribunal de Dios, y acercarnos mas á su juicio? Pues ¿qué desvario puede ser mayor, que yendo actualmente á ser juzgados, ir por el camino ofendiendo al que nos ha de juzgar, y provocando mas su ira contra nós? Abre los ojos, miserable, mira el camino que llevas, y á dónde vas, y ten vergüenza ó lástima siquiera de tí mismo, y considera cuán mal concuerda eso que haces, con lo que vas á hacer.

§ VII. — *De cómo es engañosa nuestra vida.*

28. Mas todos estos males perdonaria yo á esta vida, si no tuviese otro (á mi juicio) mayor, que es ser engañosa, y parecer muy otra de lo que es. Porque asi como suelen decir que la santidad fingida es doblada maldad, asi tambien es cierto que la felicidad engañosa es doblada miseria. Porque si esta vida pareciese lo que es, y no nos mintiese nada, está claro que ni nos perderiamos por

ella, ni nos fiáramos de ella, y siempre viviríamos apercebidos contra ella; mas ella es tan llena de hipocresía y engaño, que siendo fea, se nos vende por hermosa; y siendo breve, nos parece larga; y mudándose á cada hora, se nos figura que siempre permanece en un mismo ser. ¿Sientes por ventura (dice S. Gerónimo) cuándo te haces niño, y cuándo mozo, y cuándo hombre, y cuándo viejo? Cada dia morimos, y cada dia nos mudamos, y con todo esto creemos que somos eternos.

29. De aqui nacia aquellos soberbios edificios de los Megarenses, de los cuales dijo un filósofo que edificaban como si siempre hubiesen de vivir, y vivian como si al otro dia hubiesen de morir. ¿De dónde nace tanto olvido de Dios, tanta avaricia, tanta vanidad, tanto cuidado en amontonar riquezas, y tanto descuido en aparejarnos para la muerte, sinó de creer que será muy larga nuestra vida? Esta falsa imaginacion nos hace creer, que para todo tendremos tiempo: para el mundo, y para la vanidad, y para los vicios, y para otros muchos vanos y curiosos ejercicios, y que despues quedará tambien su parte de tiempo para Dios. De la manera que echaríamos la cuenta sobre una pieza de paño que tuviésemos sobre

una mesa, señalando un pedazo para uno, y otro para otro, así la echamos sobre nuestra vida, como si tuviésemos nosotros el señorío y presidencia de los tiempos y de ella.

30. Este engaño nace de una tácita persuasión y crédito que cada uno tiene dentro de sí mismo, no de alguna razón, ni fundamento verdadero, sinó de solo el amor propio, el cual así como aborrece la muerte, así ni se quiere acordar de ella, ni creer que tan presto vendrá por su casa, por la pena que recibiría si esto creyese. Y de aquí nace que de los otros fácilmente cree que presto se podrán morir; porque como no los ama tanto, no le amarga tanto el crédito de esta verdad; mas de sí es otra cuenta, porque como se ama mucho, no puede dejar de recibir pena si viniere á creer cosa que así le lastima. Mas muchas veces se hallan estos burlados, y se les vuelve el sueño al revés; porque los otros, de cuyas vidas desconfiaban, se quedan acá; y ellos que pensaban quedarse acá, les llevan la delantera. De manera que les acaece como á los que comienzan á navegar, que en saliendo del puerto, se les figura que la tierra y los edificios de ella se les van desviando; y no es así, sinó al contrario; que ellos son los que se mueven, y la tierra se está queda en su lugar.

§ VIII. — *De cuán miserable sea nuestra vida.*

31. Mas aunque nuestra vida tiene todas estas miserias susodichas, si esto que hay de vida fuera todo vida, algo fuera; mas lo que escede toda miseria es, que eso que hay de vida (tanto cuanto) está sujeto á tantas miserias y trabajos asi de espíritu como de cuerpo, que mas se puede llamar muerte que vida; (pues como dice un poeta) no es vivir, sinó pasarlo bien la vida. De manera que aunque en todas las cosas sea esta vida estrecha y breve, en solos trabajos y miserias es rica y larga. Breve es sin duda para vivir, y breve para gozar, y breve para alcanzar sabiduría; mas con ser para todas las cosas buenas breve, para una sola la hallo larga, que es para penar. ¡ Oh peligroso estrecho, que cuanto tienes menos de término en el espacio, tanto tienes mas peligro en el pasage! Ciertamente si ojos tuviésemos para mirarnos, siempre habiamos de andar llorándonos, como hombres por justo juicio de Dios condenados á tan grandes males. Mas porque por todas partes fuésemos miserables, esta miseria se habia de añadir á las otras, que á manera de frenéticos, estando cuales estamos, no sintiese-

mos nuestro daño. Mejor lo sentian aquellos dos filósofos (aunque gentiles) Heráclito y Demócrito, de los cuales el uno dicen que siempre andaba llorando, y el otro siempre riendo, porque veian claro como toda nuestra vida no era otra cosa sinó pura vanidad y miseria.

32. Si no, dime; ¿cuántos son los cuidados en que viven los hombres, las congojas, los temores, las lágrimas, las pasiones, las sospechas, las malicias, con todas las otras tribulaciones y aflicciones del ánima? A las cuales pasiones está el hombre tan sujeto, que muchas veces se apasiona sin causa, y teme donde no hay que temer; y cuando le falta quien le atormente de fuera, él mismo se es tormento de dentro, como decia el santo Job (*Job 7*): ¿por qué me pusiste, Señor, contrario á tí, y soy hecho pesado á mí mismo?

33. Pues las miserias exteriores del cuerpo ¿quién las contará? ¿Cuánto trabajo es menester para ganar un pedazo de pan con que sustentar la vida? Los pajarillos y los brutos animales sin ningun oficio ni trabajo se mantienen, y el hombre ha menester sudar noche y dia, y revolver la mar y la tierra para este fin. Esta es aquella miseria que lloraba el Profeta

cuando decia (*Psalm. 89*): los dias de nuestra vida gastamos como las arañas; porque asi como este animal trabaja noche y dia en aquella tela que hace, desentrañándose y consumiéndose por darle cabo, y todo este trabajo tan largo y tan costoso no se ordena á mas que á hacer una red muy delicada para cazar moscas, asi el hombre miserable ninguna cosa hace sinó trabajar noche y dia con espíritu y cuerpo, y todo este trabajo no sirve mas que para cazar moscas, que son cosas de aire y de muy poco valor. Y algunas veces acaece que despues de muchos caminos y trabajos, acabada ya la tela, un viento recio que sobreviene, se lleva la tela y á su dueño tambien con ella; y asi perece el trabajo y el trabajador, todo junto, en un momento.

34. Y aún si con todos estos trabajos estuviere la vida segura, no seria tan grande nuestra miseria; mas ya que la vida esté segura de hambre, no lo está de pestilencia y de otros infinitos peligros y enfermedades que á cada paso la saltean. ¿Quién podrá contar cuántos géneros de enfermedades tiene aparejados la naturaleza para el cuerpo de un hombre? Llenos están los libros de los médicos de enfermedades y de remedios, y cada dia crece la doctrina con la novedad de los males,

y escede ya al ingenio de los pasados el número de los males presentes: y entre todos estos remedios apenas hay uno deleitable; y muchos hay mas penosos que la misma dolencia; de manera que no se pueda desechar un tormento grande sin otro mayor.

35. Y si alguna complexion hay tan dichosa que no haya lidiado con estos males, no está segura de otros acaecimientos con que cada dia peligran aquellos á quien las enfermedades perdonan. ¿Cuántos millares de hombres se bebe cada dia la mar? ¿Cuántos se tragan las guerras? ¿Cuántos han peligrado con temblores de tierras, con crecientes de rios, con caidas de casas, con picaduras y heridas de bestias ponzoñosas? ¿Cuántas mujeres en el parto compraron las vidas que dieron á los hijos con sus propias muertes?

36. Y ya que las bestias pelean contra nosotros, y casi todas las cosas que fueron criadas para nuestro servicio no menos son para nuestro daño que para nuestro servicio (antes parece que todas ellas se han conjurado contra nosotros), ya que esto es asi, fuera algun remedio si los hombres se hicieran á una, y fueran tan conformes en la paz como lo son en naturaleza. Mas no es asi, sinó que ellos mismos han vuelto sus armas contra sí mismos,

y entre todas las criaturas no hay otro contra quien mas se encruelezca el hombre que contra el consorte de su misma naturaleza. ¿Cuántos géneros de máquinas, de municiones y de armas han inventado los hombres para ofender y defenderse de otros hombres? ¿A cuántos despoja cada dia de la vida la espada cruel del enemigo? ¿Cuántas amenazas, robos, injurias, heridas, muertes, deshonoras, cautiverios padecen cada dia unos hombres de otros hombres? Ni la tierra, ni la mar, ni los caminos, ni las plazas públicas están seguras de ladrones, de salteadores, de corsarios y de enemigos. Adonde quiera halla aparejo la ira cruel para tomar de su enemigo dulce venganza. ¿Qué quiere decir tanta espada, tanta artillería, tanta municion, tanta pólvora, tantos maestros é inventores de nuevos pertrechos y ardidés de guerra, sinó multiplicarse por todas partes las calamidades del género humano, para que cuando el aire y el cielo nos perdonaren, nos persigan los compañeros de nuestra misma naturaleza? De un solo hombre llamado Julio César (que entre todos los Emperadores fué muy alabado de clemencia) se escribe que él solo con sus ejércitos mató en diversas batallas un cuento y ciento y tantos mil hombres. Mira tú cuánto

mas mal hiciera si fuera cruel, pues tanto hizo el alabado de piadoso.

37. Tulio hace memoria de un filósofo insigne que escribió un libro de las muertes de los hombres, en el cual cuenta muchas causas de mortandades que ha habido en el mundo, como fueron diluvios, pestilencias, destrucciones, concurso de bestias fieras, que viniendo súbitamente sobre algunas gentes, del todo las acabaron y consumieron. Y despues de esto viene á concluir que mucho mayor número de hombres ha sido destruido por otros hombres, que por todas las otras maneras de calamidades ayuntadas en uno. Pues ¿qué cosa puede ser de mayor dolor y admiracion? Este es aquel animal político y sociable, nacido sin uñas, sin armas y sin ponzoña para vivir con los otros animales en paz y concordia.

38. ¿Pues qué será sobre todo esto si discurremos por las miserias de todas las edades y estados de esta vida? ¿Cuán llena de ignorancia es la niñez, cuán liviana la mocedad, cuán arrebatada la juventud, y cuán pesada la vejez? ¿Qué es el niño sinó un animal bruto en figura de hombre? ¿Qué es el mozo sinó un caballo desbocado y sin freno? ¿Qué el viejo ya pesado sinó un saco de enfermedades y dolores? El mayor deseo que tienen los hom-

bres, es de llegar á esta edad, donde el hombre está mas necesitado que en toda la vida, y menos socorrido. Al viejo desampara el mundo, y desamparan sus deudos, y desamparan hasta sus miembros y sentidos; y él mismo se desampara á sí, pues ya le falta el uso de la razon, y solamente le acompañan enfermedades. Este es el blanco adonde tiene puestos los ojos la felicidad humana, y la ambicion de la vida.

39. De los estados no acabariamos de decir el poco contentamiento que hay en ellos, y el deseo que cada uno tiene de trocar el suyo por el ageno, creyendo que en él tendria mas reposo; y asi andan los hombres como el enfermo, que no hace sinó dar vuelcos en la cama á una parte y á otra, creyendo que con estas mudanzas hallará mas descanso del que él tenia, y no halla, porque dentro de sí tiene la causa de su desasosiego, que es la dolencia.

40. Finalmente tal es esta vida, que pudo con muy gran razon decir el sábio (*Eccli.* 40): grande y pesado es el yugo que traen acuestas los hijos de Adan desde el dia que salen del vientre de sus madres, hasta el dia de la sepultura, que es comun madre de todos. Y S. Bernardo osó decir, que le parecia á él poco

menos mal esta vida que la del infierno, si no fuera por la esperanza que en ella tenemos de poder ganar el cielo.

41. Y aunque todo esto fué castigo del pecado, pero fué castigo piadoso y medicinal; porque todo esto ordenó así aquella soberana Providencia para apartar nuestros corazones del amor desordenado de esta vida. Por esto nos puso tanto acibar en sus pechos, para destetarnos de ella: por eso nos la afeó tanto; porque no pusiésemos nuestro amor en ella: por eso quiso que recibiésemos tantos malos tratamientos en ella; porque de mejor gana la dejásemos, y suspirásemos siempre por la vida verdadera. Porque si aún con ser tal cual es, la dejamos de tan mala gana, y todavía lloramos por las frutas y carnes de Egipto (*Num. 11*) ¿qué hiciéramos si toda ella fuera deleitable y á nuestro gusto? ¿Quién la menospreciará por Dios? ¿Quién la trocará por el cielo? ¿Quién dijera con S. Pablo (*Philip. 1*): deseo ser desatado de esta carne, y verme con Cristo?

§ IX. — *De la última de las miserias humanas, que es la muerte.*

42. A todas estas miserias sucede la última y la mas terrible, que es el morir. Esta

es aquella miseria que lloraba un poeta diciendo: el mejor dia de los mortales, ese es el que primero huye, y luego cargan enfermedades, y con ellas la triste vejez y el trabajo continuo; y sobre todo la aspereza de la muerte cruel. Este es el paradero de la vida humana, de quien dice Job (*Job 30*): bien sé que me has de entregar, Señor, á la muerte, adonde está aparejada casa para todo viviente.

43. Cuántas sean las miserias que encierra en sí esta sola miseria, no me atreveré yo al presente á contarlas; solamente diré lo que un doctor, exclamando contra la muerte, dice por estas palabras: ¡oh muerte, cuán amarga es tu memoria, cuán presta tu venida, cuán secretos tus caminos, cuán dudosa tu hora, y cuán universal tu señorío! Los poderosos no te pueden huir; los sábios no te saben evitar; los fuertes contigo pierden las fuerzas; para contigo ninguno hay rico, pues ninguno puede comprar la vida por dineros. Todo lo andas, todo lo cercas, y en todo lugar te hallas. Tú paces las yerbas, bebes los vientos, corrompes los aires, mudas los siglos, truecas el mundo, y no dejas de sorber la mar. Todas las cosas tienen sus crecientes y menguantes, mas tú siempre permaneces en un mismo ser. Eres un martillo que

siempre hiere, espada que nunca se embota, lazo en que todos caen, cárcel en que todos entran, mar donde todos peligran, pena que todos padecen, y tributo que todos pagan.

44. ¡O muerte cruel! ¿cómo no tienes lástima de venir al mejor tiempo, é impedir los negocios encaminados á bien? Robas en una hora lo que se gana en muchos años, cortas la sucesion de los linages, dejas los reinos sin herederos, hinchas el mundo de horfandades, cortas el hilo de los estudios, haces malogrados los buenos ingenios, juntas el fin con el principio, sin dar lugar á los medios. Finalmente, eres tal, que Dios lava sus manos de tí, y se justifica diciendo (*Sap. 1 et 2*); que él no te hizo, sinó que por envidia y arte del diablo tuviste entrada en el mundo.

§ X. — *Del fruto que se saca de la consideracion de las miserias de la vida humana.*

45. Estas y otras infinitas son las miserias de nuestra vida, cuya consideracion debe el hombre enderezar á dos fines principales entre otros: el uno al conocimiento y desprecio de la gloria del mundo, y el otro al conocimiento y desprecio de sí mismo; porque para lo uno y para lo otro sirve grandemente esta consideracion. ¿Quieres saber en una palabra

qué tal sea la gloria del mundo? Mira con atencion las condiciones de la vida humana, y por ahí verás qué tal sea la gloria de ella. Dime: ¿puede ser mas larga ni mas firme la gloria del hombre que la vida del hombre? Claro está que no; porque esta gloria es como un accidente que se funda sobre el sugeto de esta vida, y faltando el sugeto, es por fuerza que han de faltar sus accidentes; y por esto ningunas riquezas ni deleites pueden llegar mas que hasta la sepultura, porque aquí viene á faltar el fundamento que las sostenía, que es la vida. Pues dime ahora: si esta vida es tal, cual aqui has oido, conviene saber, breve, incierta, frágil, inconstante, engañosa y miserable, ¿qué tanto podrá durar el edificio que se armare sobre este cimiento, y los accidentes que se fundaren sobre tan flaca sustancia? A bien librar durarán tanto quanto ella; y á las veces antes de ella se acabarán, como lo suelen hacer muchas veces los bienes de fortuna, que se acaban primero que la misma vida.

46. Pues si es verdad lo que decia aquel poeta (*Pindarus*), que esta vida no era mas que un sueño de sombra, ¿qué te parece que será la gloria mundana, pues aún es mas breve que ella? ¿Qué caso harías de un hermoso edificio, si estuviese armado sobre un

falso cimiento? ¿Qué caso harías de una imagen de cera muy ricamente labrada si estuviese puesta al sol, donde así como se derritiese la cera, se deshiciese luego esta figura? ¿Por qué tenemos en poco la hermosura de las flores, sinó porque están en sugetos tan flacos, que en apartándolas de su tronco luego pierden su hermosura? No es posible hallarse hermosura firme en materia frágil y corruptible. Será luego la gloria del hombre tal, cual es la vida del hombre; porque aunque después de la vida permanezca todavía la gloria, ¿qué aprovecha esa gloria al que nada siente de ella? ¿Qué provecho le viene á Homero que le alabes tú ahora mucho sus Iliadas? No otro sin duda, sinó aquel que dice S. Gerónimo, hablando de Aristóteles: ¡ay de tí, Aristóteles, que eres alabado donde no estás, que es en el mundo, y eres atormentado donde estás, que es en el infierno!

47. Otros inestimables provechos sacarás de esta misma consideracion. Porque si consideras atentamente todas estas miserias susodichas, luego se te abrirán los ojos y maravillarte has de la ceguedad de los hombres, y comenzarás á decir: pues ¿de qué se ensoberbece este miserable linage de Adán? ¿De dónde tanta hinchazon de ánimo, tanta alti-

vez de corazones , tan gran menosprecio de los otros , tanta estima de sí mismo , y tanto olvido de Dios? ¿De qué te ensoberbeces, polvo y ceniza? ¿Por qué te magnificas y engrandeces , hombrecillo de tierra? ¿Cómo no deshaces la rueda de tu vanidad , mirándote á los pies , que es á la vileza de tu condicion? ¿Qué tienes por donde buscar con tanto cuidado la gloria del mundo , pues está aguada con tantas miserias? ¿Qué cosa puede haber tan dulce, que no se haga amarga con la mezcla de tantas amarguras?

48. Item, si esta vida es un valle de lágrimas , una cárcel de culpados y un destierro de condenados , ¿cómo dicen con el lugar de lágrimas tanta vanidad , tanta pompa del mundo , tantos aderezos de casa y familia , tantas risas y placeres , tantas fiestas y locuras , tanto allegar para acá , tanto olvido de lo de allá , como si de todo punto nacieras para vivir acá con las bestias , y no tuvieras parte en el cielo con los ángeles? Gran linage de miseria es que tantos argumentos de miserias no basten para abrirte los ojos y sacarte de tan gran ceguera.

CAPÍTULO IX.

Meditacion para el Miércoles en la noche.

Este dia será la meditacion de la muerte.

1. Este dia, hecha la señal de la cruz, con la preparacion que se puso en el capítulo segundo, pensarás en el paso de la muerte, que es una de las mas provechosas consideraciones que un cristiano puede tener, así para alcanzar la verdadera sabiduría, como para huir el pecado; como tambien para comenzar con tiempo á aparejarse para la hora del morir.

2. Mas para que esta consideracion te sea provechosa, debes pedir á nuestro Señor te dé á sentir algo de lo que en esta última batalla se pasa: para que de tal manera ordenes tus cosas y tu vida, como entónces querrias haber vivido; y para que mejor puedas sentir algo de esto, no lo pienses como cosa agena, sinó como tuya propia, haciendo cuenta que estás acostado en una cama, desahuciado ya de los médicos, y entendido cierto que has de morir.

3. Piensa pues primeramente cuán incier-

CAPÍTULO IX.



BURGOS

ta es aquella hora en que te ha de saltar la muerte; porque no sabes en qué dia, ni en qué lugar, ni en qué disposicion te tomará. Solamente sabes que has de morir; todo lo demas es incierto, sinó que ordinariamente suele sobrevenir esta hora al tiempo que el hombre está mas descuidado y olvidado de ella.

4. Lo segundo piensa en el apartamiento que alli se ha de hacer, no solo entre todas las cosas que se aman en este mundo, sinó tambien entre el ánima y el cuerpo, compañía tan antigua y tan amada. Si se tiene por grande mal el destierro de la pátria y de los aires en que el hombre se crió, pudiendo el desterrado llevar consigo todo lo que ama, ¿cuánto mayor será el destierro universal de todas las cosas, de la casa, de la hacienda, de los amigos, del padre, de la madre, de los hijos, de esta luz y aire comun, y finalmente de todas las cosas? Si un buey dá bramidos cuando lo apartan del otro buey con quien araba, ¿qué bramido será el de tu corazon cuando te aparten de todos aquellos con cuya compañía tragiste acuestas el yugo de las cargas de esta vida?

5. Considera tambien la pena que el hombre alli recibe cuando se le representa en lo que han de parar cuerpo y ánima despues de la

muerte ; porque del cuerpo ya se sabe , que por muy honrado que haya sido , no le puede caber otra suerte mejor que un hoyo de siete pies en largo , en compañía de los otros muertos ; mas del ánima no se sabe cierto lo que será , ni qué suerte le ha de caber ; porque aunque la esperanza de la divina misericordia lo esfuerza , la consideracion de sus pecados le desmaya. Juntase tambien con esto la grandeza de la justicia de Dios , y la profundidad de sus juicios , el cual muchas veces cruza los brazos , y trueca las suertes de los hombres. El ladron sube de la cruz al paraíso (*Luc. 23, Matth. 27*) ; Judas cae en el infierno de la cumbre del apostolado ; Manasés halló lugar de penitencia despues de tantas abominaciones (*2. Parc. 33 et 36*), y Salomón no sabemos si lo halló despues de tantas virtudes (*3. Reg. 11*). Esta es una de las mayores congojas que allí se padecen : saber que hay gloria y pena para siempre , y estar tan cerca de lo uno y de lo otro , y no saber cuál de estas dos suertes tan desiguales nos ha de caber.

6. Tras de esta congoja se sigue otra no menor , que es la cuenta que allí se ha de dar , la cual es tal que hace temblar aún á los muy esforzados. Del abad Arsenio se escribe , que

estando ya para morir comenzó á temer, y como sus discípulos le dijesen: Padre, ¿y tú ahora temes? Respondió: hijos, no es nuevo en mí este temor, porque siempre viví con él. Allí pues, se le representan al hombre todos los pecados de la vida pasada como un escuadron de enemigos que viene á dar sobre él; y los mas grandes, y en que mayor deleite recibió, esos se representan mas vivamente, y le son causa de mayor temor. Allí viene á la memoria la doncella deshonorada, la casada solicitada, el pobre despojado ó maltratado, y el prójimo escandalizado. Allí dará voces contra mí, no la sangre de Abél (*Gen. 4, Hebr. 12*), sinó la sangre de Cristo, la cual yo derramé y desperdicié cuando al prójimo escandalicé. Y si esta causa se ha de sentenciar segun aquella ley que dice: *ojo por ojo, diente por diente, y herida por herida* (*Exod. 21*), ¿qué espera quien echó á perder un ánima, si lo juzgas por esta ley? ¡O cuán amarga es allí la memoria del deleite pasado que en otro tiempo parecia tan dulce! Por cierto con mucha razon dijo el Sábio: no mires al vino cuando está dorado, y cuando resplandece en el vidrio su color; porque aunque al tiempo del beber parece blando, mas á la postre muerde como culebra, y

derrama su ponzoña como basilisco (*Prov. 25*).
 ¡ O si supiesen los hombres cuán grande verdad es esta que aquí se nos dice ! ¿ Qué picadura hay de culebra que así lastime ; como aquí lastimará la memoria del deleite pasado (*Apoc. 17*) ? Estas son las heces de aquel brebaje ponzoñoso del enemigo ; este es el deajo que tiene aquel cáliz de Babilonia (*Jerem. 51*), por defuera dorado.

7. Despues de esto suceden los sacramentos de la Confesion y Comunión , y en cabo el de la Estremauncion , que es el último socorro con que la Iglesia nos puede ayudar en aquel trabajo. Y asi en éste como en los otros debes considerar las ánsias y congojas que alli el hombre padecerá por haber vivido mal, y cuánto quisiera haber llevado otro camino, y qué vida haria entónces si le diesen tiempo para eso, y cómo alli se esforzará á llamar á Dios, y los dolores y la priesa de la enfermedad apenas le darán lugar.

8. Mira tambien alli aquellos postreros accidentes de la enfermedad, que son como mensageros de la muerte, cuán espantosos son, y cuán para temer. Levántase el pecho, enronquécese la voz, muérense los pies, hiélanse las rodillas, afílanse las narices, húndense los ojos, y párase el rostro difunto,

y la lengua no acierta ya á hacer su oficio: y finalmente con la priesa del ánima que se parte, turbados todos los sentidos, pierden su valor y virtud. Mas sobre todo el ánima es la que allí padece mayores trabajos, la cual está entónces batallando y agonizando, parte por la salida, y parte por el temor de la cuenta; porque ella naturalmente rehusa la salida y ama la estada, y teme la cuenta.

9. Salida ya el ánima de las carnes, aún te quedan dos caminos por andar: el uno acompañando al cuerpo hasta la sepultura, y el otro siguiendo al ánima hasta la determinacion de su causa; considerando lo que á cada una de estas partes acaecerá. Mira pues cuál queda el cuerpo despues que su ánima lo desampara, y cuál es aquella noble vestidura que le aparejan para enterrarlo, y cuán presto procuran echarlo de casa. Considera su enterramiento con todo lo que en él pasará: el doblar de las campanas, el preguntar todos por el muerto, los oficios y cantos dolorosos de la Iglesia, el acompañamiento y sentimiento de los amigos, y finalmente todas las particularidades que alli suelen acaecer, hasta dejar el cuerpo, en la sepultura, donde quedará sepultado en aquella tierra de perpetuo olvido. Y segun vemos que se muda el curso de las

cosas humanas, podrá ser que algun tiempo venga á hacerse algun edificio par de tu sepultura, por muy esclarecida que sea, y que saquen de ella tierra para hacer una pared, y vendrá tu pobre cuerpo hecho tierra á ser despues una tapia, aunque ahora sea el mas noble y regalado del mundo. Si no, dime; cuántos cuerpos de Reyes y Emperadores habrán venido á parar en esta dignidad?

10. Pues dejado el cuerpo en la sepultura, vete luego en pos del ánima, y mira el camino que llevará por aquella nueva region, y en lo que finalmente parará, y cómo será juzgada. Imagina que estás ya presente á este juicio, y que toda la corte del cielo está aguardando el fin de esta sentencia, donde se hará el cargo y el descargo de todo lo recibido hasta el cabo del agujeta. Alli se pedirá cuenta de la vida, de la hacienda, de la familia, de las inspiraciones de Dios, de los aparejos que tuvimos para bien vivir, y sobre todo de la sangre de Cristo, y del uso de sus Sacramentos; y alli será cada uno juzgado segun la cuenta que diere de lo recibido.

11. Acabada la meditacion, síguese luego el hacimiento de gracias, el ofrecimiento y peticion, como arriba se dijo en el capítulo segundo.



CAPÍTULO X.

Tratado de la consideracion de la muerte, donde se trata mas por estenso la meditacion pasada.

§ I. — *De tres cosas que ayudan en gran manera para la meditacion de la muerte.*

1. Para muchas cosas es en gran manera provechosa la consideracion de la muerte, y especialmente para tres. La primera para alcanzar la verdadera sabiduria, que es saber el hombre regir y ordenar su vida. Porque (como dicen los filósofos) en las cosas que se ordenan á algun fin, la regla y medida para encaminarlas se toma del mismo fin. Y por esto los que edifican, los que navegan, y finalmente todos los que algo quieren hacer, siempre ponen los ojos en el fin que pretenden, y conforme á él encaminan todo lo demas. Pues como entre los fines y términos de nuestra vida uno de ellos sea la muerte (donde todos vamos á parar), el que quisiere acertar á encaminar bien su vida, ponga los ojos en este blanco, y conforme á él encamine todo lo que hubiere de hacer. Mire cuán pobre y desnudo ha de salir de aqui y cuán récio juicio ha de pasar allí, y

cuán hollado y olvidado ha de estar en la sepultura; y conforme á esto mire cómo ordena su vida. De esta manera la ordenaba un filósofo que decia: *desnudo salí del vientre de mi madre, y desnudo tengo de volver á la sepultura: pues ¿para qué quiero perder tiempo en allegar riquezas, si el fin ha de ser desnudo?* De no mirar este fin, nacen todos nuestros yerros. De aqui nace nuestra presuncion, nuestra soberbia, nuestra codicia, nuestros regalos, y las torres de viento que edificamos sobre arena. Porque si pensásemos cuáles nos habemos de ver de aqui á pocos dias en aquella pobre casa, mas humilde y mas templada seria nuestra vida. ¿Cómo tendria presuncion quien alli mirase como es polvo y ceniza? ¿Cómo tendria por Dios á su vientre quien alli mirase como es manjar de gusanos? ¿Quién levantaria tan altos sus pensamientos, viendo cuán flaco es el cimiento sobre que se fundan? ¿Quién andaría perdido buscando riquezas por mar y por tierra, viendo que le han de hacer alli pago con una pobre mortaja? Finalmente, todas las obras de nuestra vida se corregirian si todas las midiésemos con esta regla.

2. Por esto decian los filósofos que la vida del Sábio no era otra cosa sinó un continuo

pensamiento de la muerte. Porque esta consideracion enseña al hombre lo que es algo, y lo que es nada; lo que debe seguir, y lo que debe huir, conforme al fin en que ha de parar. De aquellos filósofos que llamaban Bracmanos, se escribe, que eran tan dados á este pensamiento, que tenian las sepulturas abiertas á las puertas de sus casas, para que entrando y saliendo por ellas siempre se acordasen de este paso. Al profeta Jeremías (*Jerem. 18*) dijo Dios, que descendiese á la casa donde se labraba el barro, porque queria hablar alli con él. Bien pudiera Dios hablar en otro cualquier lugar con su Profeta; mas quísole hablar en éste: para dar á entender, que la casa del barro (que es la sepultura) es la escuela de la verdadera sabiduría, donde Dios suele enseñar á los suyos su doctrina. Allí les enseña cuán grande sea la vanidad del mundo, la miseria de la carne, la brevedad de la vida, y sobre todo alli les enseña á conocer á sí mismos, que es una de las mas altas filosofías que se puede saber. Desciende pues ¡ó hombre! con el espíritu á esta casa, y ahí verás quién eres, y de qué eres, y en qué has de parar, y en qué para la hermosura de la carne, y la gloria del mundo, y asi aprenderás á despreciar todo lo que el mundo adora, por no saber

mirarlo: pues no mira mas que á la cara de Jeza-
bel (4. Reg. 9), que asoma por la ventana muy
compuesta, y no á los extremos miserables de
ella; los cuales, despues de comido el cuerpo,
quiso Dios que quedasen enteros , para que por
aqui viésemos cuán otra cosa es el mundo de lo
que parece; y para que de tal manera le miráse-
mos á la cara que tambien nos acordásemos de
los extremos dolorosos en que pára su gloria.

3. Lo segundo aprovecha esta considera-
cion para apartarnos del pecado , segun que
lo testifica el Eclesiástico diciendo (*Eccli. 7*):
acuérdate de tus postrimerías, y nunca ja-
más pecarás. Gran cosa es no pecar, y gran
remedio es para esto acordarse el hombre que
ha de morir. S. Juan Clímaco escribe de un
monge que siendo gravemente tentado de la
hermosura de una mujer que él habia visto
en el mundo, como viniese á saber que era ya
muerta, fuese á la sepultura donde estaba, y
refregó un pañizuelo en el cuerpo hediondo de
la difunta; y todas las veces que el demonio
le volvía á convidar con aquel mal pensamien-
to, poníase aquel pañizuelo en las narices,
y decia: cata aquí, miserable, lo que amas,
y cata aquí en que paran los deleites y her-
mosuras del mundo. Gran remedio era este
para vencer el pecado, y no es menor la pro-

funda consideracion de la muerte, segun aquello que dice San Gregorio: no hay cosa que asi mortifique los apetitos de esta carne perversa, como considerar qué tal ha de estar ella misma despues de muerta.

El mismo Santo cuenta de otro monge que teniendo ya la mesa puesta para comer, y dar un poco de refrigerio al cuerpo fatigado, le sobrevino á deshora la memoria de la muerte; y como si este pensamiento fuera un alguacil, de tal manera lo atemorizó y sobresaltó, que finalmente le hizo dejar la comida. Mira cuánto puede en el corazon del justo la memoria de esta cuenta, pues le hace abstener de una obra tan lícita y necesaria para la vida.

4. Verdaderamente una de las cosas mas espantosas que hay en el mundo, es saber los hombres tan de cierto la cuenta que en esta hora se les ha de pedir, y tener tanta facilidad en pecar. Si un caminante que no lleva mas que un solo maravedí en la bolsa, entrase en una venta, y asentado á la mesa pidiese al huésped perdices, gallinas y capones, y finalmente todo cuanto hay en la posada, y cenase muy á su placer, sin acordarse que habia de haber hora de cuenta, ¿quién no tendría á este por burlador, ó por loco? Pues ¿qué mayor locura que la de aquellos que tan des-

enfrenadamente se derraman por todos los vicios, y duermen tan á su sabor en ellos, sin acordarse que de ahí á poco espacio, al salir de la posada, se les ha de pedir tan estrecha cuenta de toda aquella soltura?

5. Por esto es de creer cierto que el demonio trabaja quanto puede por hacernos perder esta memoria, porque sabe él muy bien cuánto ganariamos con ella. Porque de otra manera ¿cómo seria posible olvidarse los hombres de una cosa tan terrible y tan espantable, y que tan de cierto saben que ha de venir por sus casas? Un recelo de una pérdida muy pequeña de hacienda ó de otra cosa semejante nos trae muchas veces desvelados, y nos hace perder el sueño y la salud. Pues ¿cómo no hace esto la memoria de la muerte, que asi para lo del cuerpo como para lo del ánima es la cosa mas horrible de cuantas nos pueden venir? Por grandísima maravilla tengo que estando los hombres tan cuidadosos en cosas de paja, vivan tan descuidados en cosa que tanto va.

6. Lo tercero aprovecha esta consideracion no solo para bien vivir (como está dicho), sino además de esto para bien morir. Grande ayuda es el apercibimiento para las cosas árduas y dificultosas. Un tan grande salto como es el de la muerte, que llega desde esta vida

á la otra, no se puede bien saltar, si no se toma muy de atrás y muy de lejos la corrida. Ninguna cosa grande se hace bien de la primera vez. Y pues tan grande cosa es el morir, y tan necesaria el bien morir, muramos muchas veces en la vida, para que acertemos á morir bien aquella vez en la muerte. La gente que ha de pelear tiene primero sus estudios y ejercicios, con los cuales aprende en tiempo de paz lo que ha de hacer en tiempo de guerra. El caballero que ha de pasar la carrera, primero la pasea y anda toda, y reconoce los pasos de ella, por no hallarse nuevo al tiempo de la corrida. Y pues á todos nos es forzado pasar esta carrera (pues no hay hombre que viva que no haya de ver la muerte) (*Psalm. 88*), y el camino es tan oscuro y tan fragoso como todos sabemos, y el peligro tan grande, que el que cayere, ha de ir á dar consigo en el profundo del infierno, bien será que paseemos ahora todo este camino, y miremos todos los pasos que hay en él uno por uno, porque en todos ellos hay mucho que considerar. Y no nos contentemos con mirar solamente lo que pasa por de fuera al derredor de la cama del doliente, sinó mucho mas debemos trabajar por entender lo que pasa dentro de su corazón.

§ II. — *De cómo es incierta la hora de la muerte, y de la pena que dá el apartamiento de todas las cosas que viene con ella.*

7. Comenzando pues ahora desde el principio de esta batalla, mira cómo la muerte (cuando haya de venir) vendrá cuando mas seguro estés, y menos pienses en su venida, como suele acaecer á muchos. El dia del Señor (dice el Apóstol 1. *Thess.* 5) vendrá como ladrón, el cual aguarda siempre á venir cuando los hombres estan muy descuidados y seguros, para hacer mejor su salto. Pues asi suele las mas veces acaecer, que al tiempo que el hombre menos piensa que ha de morir, y mas olvidado está de este paso, echando sus cuentas adelante, y proponiendo negocios de muchos dias y años, súbitamente viene la muerte, y corta el hilo de todas estas esperanzas y devaneos, y deja burlados todos los consejos humanos. De esta manera viene á cumplirse lo que dijo aquel santo Rey (*Isai.* 58): fué cortada mi vida asi como la tela que el tegeador corta antes de tiempo: apenas estaba comenzada á tejer: al mismo tiempo que se urdía, se cortó.

8. El primer golpe con que suele herir la

muerte, es el temor del morir. Recia cosa es esta para el que ama la vida. Duele tanto esta palabra, que muchas veces la disimulan los amigos de la carne, aunque sea con perjuicio del ánima miserable. Esforzado ánimo tenia el rey Saul (1. Reg. 28), mas despues que se le apareció aquella sombra de Samuel, y le dijo como habia de morir en la batalla, y al cabo añadió diciendo: mañana tú y tus hijos os vereis acá conmigo, fue tan grande el temor y espanto que recibió, que á la hora, perdido todo el esfuerzo, cayó en tierra como muerto. Pues ; qué sentirá el amador de esta vida cuando le den á él semejante nueva que ésta? Allí luego se le representará el apartamiento y destierro perpetuo de este mundo y de todo cuanto hay en él. Allí verá el hombre como es ya llegada la hora, y como amaneció ya aquel dia por su casa en que se ha de apartar de todo lo que amaba en esta vida. El cuerpo morirá una vez; mas el corazón morirá tantas veces cuantos amores de cosas piensa perder, pues entre todas ellas pondrá la muerte cuchillo de division. Tanto mas suele doler la muela al tiempo del sacarla, cuanto mas encarnada estaba en las encías. Pues como el corazón del malo esté tan arraigado en el amor de las cosas de esta vida, no puede dejar de

sentir muy grave dolor, cuando vé que es llegada ya la hora en que se ha de apartar de cada una de ellas. Entónces las cosas mas amadas hieren mas agudamente el corazón; y lo que suele ser consuelo de los trabajos, en aquella hora es verdugo mas cruel. Cuenta san Agustin que al tiempo que deliberaba apartarse del mundo y de todos sus deleites, que le parecía que todos ellos se le ponian delante, y le decian: ¿cómo, y para siempre nos has de dejar, y nunca mas nos has de ver? Pues mira tú qué sentirá un corazón de carne cuando las cosas que mas ama, se le pongan en aquella hora delante, y se vea despojar de todas, de tal manera que le sea forzado decir: ya no habrá mas mundo para mí, ni mas aire, ni sol, ni cielo para mí, ni mas hijos y mujer y regalos para mí. Del todo quedo desnudo, de todo me ha de despojar ahora la muerte. Llegada es ya mi vez, cumplido es el número de mis dias: ahora moriré á todas las cosas, y todas ellas á mí. Pues ¡oh mundo! quedaos á Dios: heredades y hacienda mia, quedaos á Dios: amigos y mujer é hijos, quedaos á Dios, que ya en carne mortal no nos veremos jamás.

9. Otro apartamiento hay aún mas temeroso despues de éste, que es el del ánima y

del cuerpo, compañía tan antigua y tan amada. De todas las cosas habia despojado el demonio al santo Job (*Job. 2*), sinó era de la vida, y parecíale que en comparacion de este despojo todos los otros eran livianos; y asi dijo: piel por piel, y todo lo que el hombre posee dará por la vida. Esta es la cosa que naturalmente mas se ama, y cuyo apartamiento mas se siente. Si apartarse un caminante de otro cuando han caminado un poco de tiempo juntos, causa tristeza y soledad, ¿qué será apartarse dos tan grandes amigos y compañeros como son el ánima y el cuerpo, que juntos han caminado desde el vientre de la madre hasta aquella hora, y que con tan grandes beneficios se tienen obligados uno á otro? ¿Qué será cuando el espíritu diga á la carne: sin tí me tengo de ver solo, y la carne diga al espíritu: pues qué tal quedaré yo sin tí, que todo el ser que tenia lo recibia de tí?

§ III. — *Del horror de la sepultura, y temor de la suerte que nos ha de caber.*

10. Despues de esto luego naturalmente se representa al hombre en lo que ha de parar su cuerpo despues que el ánima se parta de él. Vé pues que la mejor suerte que le puede

caber no es mas que una pequeña sepultura. Maravíllase de tan baja suerte como ésta, porque considerando por una parte la estima en que él tenia su cuerpo, y viendo por otra á cuán bajo y miserable lugar ha de venir á parar, no acaba de maravillarse de esto. Mira cuán estrecha es aquella casa que se le apareja en la tierra, cuán oscura, cuán hedionda, cuán acompañada de gusanos, de huesos y calaveras de muertos, y cuán horrible, aún de solo mirar, á los vivos. Y como vé que aquel cuerpo á quien él solia tratar con tanto regalo, y aquel vientre á quien él tenía por su Dios, y aquel paladar á cuyos deleites servian la mar y la tierra, y aquella carne para quien se tegia el oro y la seda, y se aparejaba la cama blanda y regalada, ha de ser echada en tan miserable muladar, y alli ha de ser pisada y comida de gusanos, y alli ha de venir á tener la misma figura que tiene un rocín que se muere por esos campos, que el caminante se tapa las narices, y se da priesa á caminar por no olerlo: cuando todo esto considera, y vé que á la cama blanda sucede la tierra dura, y á la vestidura preciosa la pobre mortaja, y á los suaves olores la podre y la hediondez, y en lugar de tantos manjares y servidores ha de haber

tantos gusanos y comedores , no puede (si algun juicio tiene) dejar de maravillarse viendo á cuán baja suerte desciende tan noble naturaleza , y con quien es igualado en aquella hora el que con tanta desigualdad vivia en la vida.

11. No es de los sábios maravillarse , y la costumbre de cada dia quita á las cosas grandes su admiracion , y con todo esto se maravillaba aquel gran Sábio de esta miseria (aunque tan cotidiana y tan usada) cuando decia (*Eccles. 2 et 3*): si de una manera muere el hombre y la bestia , ¿ qué me aprovecha haber trabajado mas en buscar la sabiduría ? Si el cuerpo en este apartamiento viniera á parar en alguna cosa que fuera de precio ó de provecho , parece que fuera esto alguna manera de consuelo ; mas esto es cosa de admiracion que venga á parar una tan excelente criatura en la más deshonorada y abominable cosa del mundo. Esta es aquella gran miseria de que con mucha razon se maravillaba el santo Job cuando decia (*Job. 14*): el árbol , despues de cortado , tiene esperanza de revivir , y volver á reverdecer ; y si se envejeciere en la tierra su raíz , y el tronco estuviere muerto en el polvo , con la frescura del agua vuelve á retoñecer y á criar hojas como

cuando de nuevo fué plantado; mas el hombre, despues de muerto, despojado y consumido, ruégote que me digas, ¿dónde está? Grande fué sin duda el tributo que se cargó sobre los hijos de Adan por el pecado. Bien entendió aquel eterno Juez la penitencia que daba al hombre cuando dijo (*Gen. 3*): polvo eres, y en polvo te volverás.

12. Mas no es esta la mayor causa que hay allí para temer: mucho mas es cuando el ánima tiende los ojos adelante, y comienza á pensar los peligros de la otra vida, y se pone á imaginar lo que adelante será. Porque esto es ya como alejarse de la lengua del agua, y meterse en alta mar, donde no se vé sinó cielo y agua por todas partes, que para los nuevos navegantes suele ser causa de mayor temor. Porque cuando el hombre mira aquella eternidad de siglos que se sigue despues de la muerte, y aquella nueva region no conocida ni hollada de los vivos, por donde ya quiere comenzar á caminar; y aquella gloria ó pena perdurable que allí le ha de caber, y vé que á donde quiera que el madero cayere, allí estará para siempre (*Eccles. 11*), y no sabe hácia cual de las dos partes ha de caer, no puede dejar de tener aqui grande turbacion. Estaba Benadad, rey de Siria, enfermo

(4. *Reg.* 8), y dábale tanta pena el no saber si habia de morir de aquella enfermedad ó no, que envió al príncipe de su ejército con cuarenta camellos cargados de riquezas al profeta Eliseo, pidiéndole con palabras de grande humildad que lo sacase de aquella perplejidad en que estaba, haciéndole saber de cierto, si sanaria de aquella enfermedad ó no. Pues si en tan gran cuidado pone á un hombre el amor de una vida tan breve como ésta, ¿qué tan grande será el que tendrá un sábio cuando se vea en tal paso, que pueda decir con verdad: de aqui á dos horas me darán una de dos cosas, ó vida para siempre, ó muerte para siempre, y no sé cierto cual de estas dos ha de ser? ¿Qué martirio puede ser igual á esta congoja? Dime, si un rey estuviese preso en tierra de turcos, é yendo sus embajadores á rescatarlo, concertasen los infieles que aquel negocio se determinase por suertes, y que si le cupiese buena suerte, fuese rescatado y llevado por sus embajadores á su reino; y si la contraria, que luego fuese echado en una grande hoguera que ya estuviese allí encendida delante de él; dime: cuando estuviesen ya echando las suertes; cuando estuviesen ya metiendo la mano en el cántaro, y todo el mundo suspenso y aguardando lo que

saldria , y el mismo Rey presente esperando aquella tan dudosa fortuna que le habia de caber , ¿ cuál te parece que estaria? Cuán turbado , cuán temeroso y cuán aparejado para prometer y ofrecer á Dios todo lo posible por salir bien de aquel trabajo ? Pues ¿ qué es todo esto (por mucho que sea) sinó una sombra si se compara con el peligro de que hablamos ? ¿ Cuánto mayor es el reino que nosotros pretendemos , y cuánto mayor la hoguera que tememos , y cuánto mas penosa la perplejidad de este negocio ? Pues por una parte nos estarán aguardando los ángeles para llevarnos al reino del cielo , y por otra los demonios para echarnos en la hoguera del infierno : y nadie sabe cual de estas dos suertes de ahí á una hora le ha de caber. Mira pues cual estará tu corazon en este paso , cuán temeroso , cuán humilde , cuán derribado ante la cara de aquel que solo puede sacarte de este peligro. No me parece que hay lengua en el mundo que pueda declarar esto como es.

§ IV. — *De cómo al morir se conocen los yerros y ceguedades de la vida pasada , y del temor de la cuenta.*

13. Tras de esta congoja se sigue otra no menor (especialmente en aquellos que han vivido mal) , que es venir á caer tarde en la

cuenta de sus engaños y en los yerros de la vida pasada. ¡ O cuán confusos se hallarán allí los malos , cuando les habra los ojos el dolor de la pena , los cuales habia cerrado antes el amor de la culpa ! ¡ Qué claro verán entonces cuán falsos eran aquellos dioses á quien servian , y cuán engañosos aquellos bienes tras que andaban , y como por el camino que pensaban hallar descanso , ballaron su perdición ! Venian los criados del rey de Siria á prender al profeta Eliseo , y como Dios los cegase á todos por la oracion del profeta (4. Reg. 6) , despues de ya ciegos , díjoles el Profeta : andad acá conmigo , y mostráros hé lo que venís á buscar. Y dicho esto , llevólos en pos de sí hasta Samaria , y púso-los en la plaza de la ciudad en medio de todos sus enemigos , é hizo otra vez oracion , y dijo : abre , Señor , los ojos de estos miserables para que vean donde están. Pues dime , ruégote , cuando estos abriesen los ojos , y viesen donde habían venido á parar , creyendo que iban á hallar buen recaudo de lo que buscaban , ¿ qué espantados quedarian , y qué confusos ? Pues ¿ qué cosa puede representar mas al propio el discurso y los engaños de nuestra vida ? Todos andamos en este mundo por el camino de nuestros apetitos y codicias :

unos á buscar oro, otros honra, otros deleites, otros oficios y dignidades; y á cada uno le parece que va bien encaminado para alcanzar lo que desea. Mas cuando la presencia de la muerte y el peligro de la cuenta descubre la vanidad de nuestras esperanzas, entónces, como nos hallamos alcanzados de cuenta, conocemos claramente nuestro engaño, y vemos que por el camino que pensábamos hallar descanso, hallamos nuestra perdicion. ¡O miserables de nosotros, qué ciegos andamos ahora, y qué ojos tendremos entónces! ¡Cuán diferentes serán allí los juicios, y cuán otros los pareceres! Allí veremos cuán miserable cosa sea todo lo que hay en este mundo, cuán falsos sus bienes, cuán desvariados sus caminos, cuán mentirosas sus promesas, cuán amargos sus placeres, cuán breve su gloria. Allí conoceremos (aunque tarde) como sus riquezas eran espinas, y sus deleites ponzoña; y finalmente como cerrados los ojos, sin saber adónde íbamos, al cabo de la jornada nos hallamos en la plaza de Samaria y en la tela del juicio divino, cercados de todos nuestros enemigos. Pues ¿cuán confusos se hallarán los malos en aquella hora, y cuán burlados? ¿Cuán de veras podrá cada uno decir allí: miserable de mí, qué provecho me traen ahora todos

mis placeres pasados sinó tener indignado contra mí para esta hora el Juez que me ha de sentenciar? Ya los placeres se acabaron, y no queda de ellos ni reliquia ni memoria para hecho de alegrarme (no mas que si nunca fueran), y por otra parte quedan como espigas que atraviesan mi corazon, y hacen mi causa dudosa, y atormentan ahora mi ánima, y por ventura para siempre la atormentarán. Este es el fruto que he cogido de mis deleites; esta es la dentera que me causan ahora mis golosinas pasadas. Los deleites ya dejaron de ser; fuéronse, y nunca mas volverán: y por ventura por deleites que duraron un punto, se me apareja eterno tormento. Pues ¿qué ceguedad pudo ser mayor? ¿Cuánto mejor me fuera nunca haber nacido, que haber ofendido á quien para esta hora tanto habia menester? ¿Cuánto mejor fuera que la tierra se abriera y me tragàra antes que pensàra en ofenderle? ¡O dia desdichado! ¡O hora malaventurada en que yo, Señor, te ofendí! ¿Cómo no miré por esta hora? ¿Cómo no me acordé de este juicio? ¿Cómo se cegaron mis ojos con tan pequeño resplandor? ¿Este es el camino que yo tenia por acertado? ¿En esto paran las honras del mundo? ¿Tan poco vale para esta hora todo lo que en él se estima?

14. De esta congoja se sigue otra no menor, que es el temor de la cuenta que se nos ha de pedir. Este es uno de los mayores trabajos que alli se pasan. Porque demas de ser cosa tan temerosa entrar en juicio con Dios, acrecientan los mismos demonios este temor en aquella hora, los cuales antes lo deshacian con la esperanza de la misericordia divina. Alli traen á la memoria la grandeza de los juicios de Dios y de su justicia, la cual muestran ser tan grande (*Rom. 8*), que á su mismo Hijo no perdonó por los pecados ajenos. Pues si esto se hace en el madero verde (*Luc. 23*), en el seco (dicen) ¿qué se hará? Alli pues comenzará el malo á temblar, y decir entre sí: miserable de mí, si es verdad lo que toda la escritura clama, que Dios ha de dar á cada uno segun sus obras; yo que tan malas obras tengo hechas, qué espero recibir? Si el Evangelio dice (*Matt. 3. et 7. Luc. 6*), que conforme al fruto que diere el árbol, será juzgado; quien tan malos frutos tiene dados como yo, ¿qué juicio puede esperar? Si el Profeta dice (*Ps. 23*), que no subirá al monte de Dios sinó el que tuviere las manos inocentes y el corazon limpio; yo que tan malas manos he tenido y tan sucio corazon, ¿adónde iré? Si el Sábio dice (*Proverb. 28*) que el que cierra

sus orejas por no oír la ley clamará, y no será oído, ¿qué espera quien tan cerradas las ha tenido para Dios, y tan abiertas para las mentiras del mundo? Pues ¡ó Dios mio! ¿con qué cara pareceré ahora delante de tí, y te pediré que me oigas, pues tú tantas veces me llamaste, y no te oí? ¿Cómo te pediré que me recibas en tu casa, pues tú tantas veces llamaste á la mia, y te dí con las puertas en la cara? ¿Cómo te hallaré yo ahora al tiempo del menester, pues tú tantas veces me hubiste menester, y no me hallaste? ¿Con qué título te pediré al cabo de la jornada que me des el cielo, habiendo empleado toda la vida en servicio de tu enemigo? O cuán justamente me podrás, Señor, allí decir: al mundo y al demonio servisté; ve á esos que te den el galardón. De esta manera respondió el profeta Eliseo al rey Joram; el cual habiendo empleado toda la vida en servicio y culto de los ídolos, en el tiempo de la necesidad acogiése al profeta de Dios para que le diese remedio (4. Reg. 3); al cual el santo Profeta respondió: ¿qué tienes tú que ver conmigo, rey Joram? Corre, ve á los profetas de tu padre y madre, á quien has seguido, y pídeles que te den ahora remedio. ¡O cuántos imitamos á este mal rey en vida y en muerte! En la vida ser-

vimos al mundo , y en la muerte llamamos á Dios. Pues ¿ qué respuesta esperamos en aquella hora, sinó la que tiene Él ya respondida en semejante causa? ¿ Qué tienes tú que ver conmigo , pues que nunca me serviste? Corre , ve á los consejeros que seguiste , y á los ídolos á quien amaste , y serviste y adoraste , y diles que te den el pago de tu servicio. Cuando clamares (dice Dios por Isaiás) vengan á socorrerte tus valedores (*Isai. 57*), á los cuales todos soplará el viento, y se los llevará el aire.

15. Aquí comienza el hombre á desear espacio de penitencia, y parécele (si se lo diesen) que no se contentaria con cualquier penitencia, sinó que haria la mas áspera vida del mundo. Y como vé que no se lo dan, y se acuerda del tiempo y de los aparejos que antes tuvo para esto , y como los dejó pasar en vano, duélese en gran manera de esta pérdida , y conoce que tal castigo merece quien tan mal cobro puso en lo que tenia. ¡ Oh á cuántos de nosotros acaece esta misma burla , que gastamos el tiempo que Dios nos dá en vanidad y burlerías , y despues viene á faltarnos cuando mas era menester! Y asi nos acaece como á los pagedillos ó mozos de palacio, que les dan una vela para acostarse, y ellos gástanla en jugar toda la noche, y despues vienen á acostarse á oscuras.

§ V. — *De la Extremauncion, y agonía de la muerte.*

16. Llegada ya la enfermedad á lo postremo, comienza la Iglesia á ayudar á sus hijos con oraciones y Sacramentos, y con todo lo que puede. Y porque la necesidad es tan grande (pues en aquel punto se ha de determinar lo que para siempre ha de ser) dase priesa á llamar á todos los Santos para que todos le ayuden en tan gran peligro. ¿Qué otra cosa es aquella letanía que alli se manda rezar sobre el que muere, sinó que la Iglesia, como piadosa madre, congojada por el peligro de su hijo, llama á todas las puertas del cielo, y dá voces á todos los Santos para echarlos por rogadores ante el acatamiento divino por la salud de aquel necesitado?

17. Luego el sacerdote unge todos los sentidos y miembros del doliente con aquel sagrado óleo, pidiendo á Dios le perdone todo lo que pecó con eualquiera de ellos. Y asi, ungiendo los ojos, dice: por esta uncion, y por su divina misericordia, te perdone Dios todo lo que pecaste con la vista. Y de esta manera unge todo lo demas. Pues si el pecador miserable ha sido suelto de la vista ó de la lengua, ó de alguno de los otros sentidos,

y se le representan en aquella hora todas estas solturas pasadas, y vé el poco fruto que le queda en las manos de ellas, y el aprieto en que se vé por ellas, ¿cómo podrá dejar de sentir entrañable dolor? ¿Qué diera por nunca haber alzado los ojos del suelo, ni haber abierto la boca para hablar palabra mala?

18. Tras de esto llega el agonía de la muerte, que es la m̄yor de las batallas de la vida: cuando ya encienden la candela, y comienzan á aparejar el hábito ó la mortaja y dicen al doliente que es llegada ya la hora de la partida, que comience á encomendarse á Dios, y á llamar á su bendita Madre, que suele socorrer en aquella hora á los que la llaman: cuando ya comienzan á sonar en las orejas del enfermo los gritos y gemidos de la pobre mujer, que comienza á sentir los daños de la nueva viudez y soledad: cuando ya comienza á despedirse el ánima de las carnes; y al tiempo del despedirse cada uno de los miembros hace sentimiento por su salida. Entónces es cuando se renuevan los cuidados del ánima: entónces es cuando está ella batallando y agonizando, no tanto por la salida, cuanto por la hora de la cuenta que se le viene acercando. Aquí es el temer y temblar aún de los muy esforzados. Estando en este paso

el bienaventurado Hilarion, comenzó á temblar y rehusar la salida; y el santo varon esforzábase diciendo: sal fuera, ánima, sal fuera: ¿de qué temes? Setenta años há que sirves á Cristo, ¿y aún temes la muerte? Pues si temia esta salida quien tantos años habia servido á Cristo, ¿qué hará quien ha por ventura otros tantos que le ofende? Adónde irá? ¿A quién llamará? ¿Qué consejo tomará? ¡O si pudiesen los hombres entender hasta dónde llega esta perplejidad y congojas! Ruégote imagines ahora qué tal estaria el corazon del patriarca Isaac cuando su padre le tenia sobre la leña atado de pies y manos para sacrificarle (*Gen. 22*). Encima de sí veia relucir el cuchillo del padre: debajo de sí veia arder la llama del fuego: los mozos que le pudieran socorrer, habiansé quedado á la subida del monte: él estaba atado de pies y manos para no poder huir ni defenderse: pues ¿qué tal estaria entónces el corazon de este santo mozo cuando así se viesse? Pues mucho mas apretada estará el ánima del malo en esta hora, porque á ninguna parte volverá los ojos que no vea causas de turbacion y de temor. Si mira hácia arriba, vé la espada de la divina justicia que le está amenazando: si mira hácia abajo, vé la sepultura abierta que

le está esperando : si mira dentro de sí , vé la conciencia que le está remordiendo : si mira al rededor de sí , barrunta que estan allí los Ángeles y los demonios , aguardando y esperando cada una de las partes á quien ha de caer la presa. Si vuelve los ojos hácia atrás , vé cómo ya los criados y los parientes , y los bienes de esta vida se quedan acá , y no son parte para socorrerle , pues él solo sale de ésta vida , y todo lo demás se queda en ella. Finalmente , si despues de todo eso vuelve los ojos hácia dentro , y mira á sí mismo , espántase de verse , y (si posible fuese) querria huir de sí. Salir del cuerpo es intolerable : quedarse en él es imposible : dilatar la salida no le es concedido. Lo pasado le parecerá un soplo , y lo venidero (como ello es) parece infinito. Pues ¿qué hará el miserable cercado de tantas angustias ? ¡O locura y ceguera de los hijos de Adan , que para tal trance no se quieren con tiempo proveer !

§ VI. — *De la fealdad del cuerpo muerto , del entierramiento , de la sepultura y salida del ánima.*

19. Finalmente , acabada ya esta tan larga contienda , arráncase el ánima de las carnes , y sale de su antigua morada , y queda el cuerpo despojado de todo el bien que tenia.

20. Ahora consideremos cuál sea la suerte que á cada una de estas dos partes ha de caber. Primeramente considera qué tal queda el cuerpo despues que el ánima se parte de él. ¿Qué cosa mas estimada que el cuerpo de un Príncipe cuando vive? Y ¿qué cosa mas desestimada y mas vil que el mismo cuerpo cuando muere? ¿Dónde está aquella antigua majestad, aquella gentileza, aquella autoridad, aquel temblar todos delante de él, y aquel hablarle de rodillas y con tantas reverencias? ¿Qué presto se deshace toda aquella pompa como si fuera una cosa soñada, ó un negocio de farsa que se deshace en una hora!

21. Luego se apareja la mortaja, que es la mas rica joya que se puede sacar de esta vida, con la cual se hace pago al mas rico de los hombres en aquella hora. Por lo cual con mucha razon dijo el Profeta (*Ps. 48.*): no temas cuando el hombre enriqueciere mucho, y vieres que se multiplica la gloria de su casa; porque cuando muriere no llevará consigo sus cosas, ni descenderá con él su gloria.

22. Luego abren un hoyo de siete ú ocho pies en largo (aunque sea para Alejandro Magno, que no cabia en el mundo), y con solo esto se da allí el cuerpo por contento. Allí le dan casa para siempre: allí toma solar per-

petuo en compañía de los otros muertos: allí le salen á recibir los gusanos; y allí finalmente lo depositan en una pobre sábana, cubierto el rostro con un sudario, y atados los pies y manos (en valde, porque bien seguro está que no huirá de la cárcel, ni se defenderá de nadie). Allí lo recibe la tierra en su regazo, y le dan paz los huesos de los finados, y le abrazan los polvos de sus antepasados, y le convidan á aquella mesa y á aquella casa que está constituida para todo viviente. Y la postrera honra que le puede hacer el mundo en aquella hora es echarle encima una capa de tierra, y cobijarle muy bien con ella, para que no vean las gentes su hediondez y su deshonra. Y el mayor beneficio que le puede allí hacer el mayor de sus amigos, es honrarle con un puñado de tierra. Y por esto los fieles suelen usar de esta ceremonia con los difuntos, porque Dios depare quien haga otro tanto con ellos. ¿Qué mayor confusión se puede tomar de nuestra miseria que ver aquí los hombres prevenirse con tiempo para no carecer de un tan pequeño beneficio? ¡O avaricia de vivos, y pobreza de muertos! ¿Cómo desea tanto para tan breve vida quien con tan poco espera contentarse en aquella hora?

23. Luego el enterrador toma el azada y

pison, y comienza á trastornar huesos sobre huesos, y tapiar encima la tierra muy tapiada. De manera que el mas lindo rostro del mundo, y mas curado y mas guardado del sol y aire, andará allí debajo del pison del rústico cavador, que no tiene empacho de darle con él en la frente, y quebrarle los cascos, y sumirle los ojos y las narices, porque quede bien acompañado de tierra. Y sobre el otro gentil hombre, que cuando vivia, no le habia de tocar el aire, ni caer un pelico en la ropa sin que luego anduviese la escobilla por encima, le echarán aqui un muladar de basura: y el otro que andaba lleno de ámbar y olores, se verá aqui cubierto de hediondez y de gusanos. Este es pues el paradero de las galas y de toda la gloria del mundo.

24. De esta manera le dejarán aposentado sus amigos en aquella casa tan estrecha, en aquella tierra de olvido, y en aquella cárcel tenebrosa, en la cual quedará acompañado de perpetua soledad. ¡O mundo! y ¿qué es de tu gloria? Riquezas, ¿qué es de vuestro poder? Amigos, ¿dónde me habeis dejado? ¿Cómo desapareció tan presto una tan antigua compañía? ¿Cómo se deshizo tan presto la rueda de tan grande felicidad? Los que vieron á la reina Jezabel (4. Reg. 9), por justo

juicio de Dios, comida de perros, y que no quedó otra cosa mas de toda aquella su hermosura, que la calavera y los extremos de los pies y manos, como la habian conocido antes en tanta gloria, y entónces la veian en tal figura, maravillados de tan gran mudanza, preguntaban y decian: ¿esta es aquella Jezabel? Y todos cuantos pasaban por aquel camino, y la miraban asi comida de perros como estaba, repetian aquella misma exclamacion, diciendo: ¿esta es aquella Jezabel? ¿esta es aquella gran Reina y Señora de Israel? ¿esta es aquella tan poderosa, que se enseñoreaba de las haciendas de sus vasallos con la sangre de sus dueños? ¿Á tan baja suerte puede traer la muerte á los poderosos?

25. Pues desciende tú ahora, hermano, con el espíritu á las sepulturas de los Principes y grandes Señores que habrás oido ó conocido en este mundo, y mira aquella tan horrible y disforme figura que allí se muestra, y verás cómo tienes tú tambien razon para exclamar con las mismas palabras, y decir: ¿esta es aquella Jezabel? ¿Esta es aquella cara que yo conocí tan viva, estos aquellos ojos claros, esta es aquella lengua tan ligera, este es aquel cuerpo tan pulido? ¿En esto paran los cetros y las coronas? ¿Este es el

fin de la gloria del mundo? ¡O cuántas veces, dice un Sábio, me acaece entrar en los sepulcros de algunos muertos, y maravillado y atónito de lo que veo, pongo los ojos en aquella figura, meneo los huesos, junto las manos, concierto los labios, y póngome á decir entre mí: mira aquellos pies, cuántos caminos anduvieron? aquellas manos, cuánto apañaron y guardaron? aquellos ojos, cuántas vanidades miraron? para aquella boca, cuántas golosinas se guisaron? aquellos huesos de la cabeza cuántas torres de viento fabricaron? por el deleite de aquellos polvos y pellejos tan sucios, cuántos pecados se hicieron? Por los cuales el ánima de este cuerpo por ventura estará ahora penando para siempre. Salgo despues de aquel lugar atónito; y encontrando con algunos hombres, pongo los ojos en ellos, y miro que estos tambien, y yo con ellos, nos hemos de ver presto de aquella manera y en aquella misma vileza. Pues ¡oh miserable de mí! ¿Para qué son las riquezas, si aqui me tengo de ver tan desnudo? ¿Para qué las galas y atavíos, pues aqui me tengo de ver tan feo? ¿Para qué los deleites y comidas, pues aqui tengo de ser manjar de gusanos?

26. Ahora dejemos el cuerpo en el sepulcro, y veamos el camino que lleva el ánima



por aquel nuevo mundo , que es como otro emisferio , donde hay cielo nuevo y tierra nueva , y otra suerte de vida , y otro modo de entender y conoçer. Salida pues de la carne , entra en esta nueva region , por donde nunca jamas anduvieron los vivos , llena de espanto y de sombras de muerte. Pues ¿ qué hará aqui el nuevo peregrino en tierra tan estraña , si no tiene merecida para este tiempo la guarda y la defension angélica ? ¡ Oh ánima mia ! (dice S. Bernardo) ¿ cuál será aquel dia cuando sola entrarás en aquella region no conocida , donde te saldrán al camino aquellos mónstruos tan temerosos y tan terribles ? ¿ Quién volverá por tí ? ¿ Quién te defenderá ? ¿ Quien te librárá de aquellos leones que rabian de hambre , y están aparejados para tragar ?

27. Temeroso es por cierto este camino ; mas muy mas temeroso es el juicio que allí se ha de celebrar. ¿ Quién podrá declarar cuán estrecha sea la tela de este juicio , cuán derecho el Juez , cuán solícitos los acusadores , cuán pocos los padrinos , cuán menuda la cuenta , y cuán largo el proceso de nuestra vida ? Pues si el justo (como dice S. Pedro) apenas se salvará (1. *Petr.* 4) , el pecador y malo ¿ dónde parecerá ? Y es cosa

muy para notar, que en esta tan grande necesidad, donde parece que las cosas que mas amamos, y por quien mas hicimos, nos habian mas de ayudar, no solamente no nos ayudarán, sinó antes ellas serán las que mas allí nos apretarán. La cosa que mas amaba y preciaba aquel hermoso Absalon, eran sus cabellos (2. Reg. 14 et 18), y esos mismos ordenó Dios por su justo juicio que le causasen la muerte. Este mismo juicio se apareja á los malos en aquella hora, que las cosas que mas amaron en esta vida, y por quien mas ofendieron á Dios, esas vengan entónces á hacer su pleito mas dudoso, y darles mayor tormento. Allí los hijos que por fas y por nefas procuraron enriquecer; allí la mala mujer, por cuyo amor quebrantamos la ley de Dios; allí la hacienda y la honra y los deleites, que fueron nuestros ídolos, se harán nuestros verdugos, y nos atormentarán mas crudamente. Allí hará Dios su juicio en todos los dioses de Egipto (*Isai. 19*), ordenando que aquellas mismas cosas en que nosotros teniamos puesta nuestra gloria, esas vengan allí á ser causa de nuestra perdicion.

28. Pues el golpe de aquella sentencia divina, si es conforme á nuestras culpas, ¿quién lo podrá esperar? Decia uno de aque-

llos Padres del yermo, que de tres cosas vivía siempre con gran temor. La primera cuando había su ánima de salir de las carnes: la segunda cuando había de ser presentada ante el juicio de Dios: y la tercera cuando había de ser pronunciada la sentencia de su causa. Pues ¿qué será sobre todo esto, si al cabo se dá por sentencia que sea para siempre condenado? ¿Qué angustias serán aquellas para tí, y qué día de fiesta para tus enemigos? Cómo se cumplirán entónces aquellas palabras del Profeta que dicen (*Tren 2*): abrieron su boca sobre tí tus enemigos; silvaron y regañaron con sus dientes, y dijeron: tragaremos; este es el día que esperábamos: hallámoslo, vímoslo.

29. Mas tú, oh buen Jesus, alumbrá los ojos de mi ánima, porque no duerma yo en la muerte, porque nunca diga mi enemigo: prevalecido he contra él (*Psalm. 12*). Amen.



L. BUNDES

CAPÍTULO XI.

Meditacion para el Jueves en la noche.

Este dia será la meditacion del juicio final.

1. Este dia, hecha la señal de la cruz, con la preparacion que se puso en el capítulo segundo, pensarás, en el juicio final, para que por esta consideracion se despierten en tu ánima aquellos dos tan principales afectos que debe tener todo fiel cristiano; conviene á saber, temor de Dios, y aborrecimiento del pecado.

2. Piensa pues primeramente cuán terrible será aquel dia, en el cual se averiguarán las causas de todos los hijos de Adan, y se concluirán los proeesos de nuestras vidas, y se dará sentencia difinitiva de lo que para siempre ha de ser.

3. Aquel dia abrazará en sí los dias de todos los siglos presentes, pasados y venideros; porque en él dará el mundo cuenta de todos estos tiempos, y en él derramará Dios la ira y saña que tiene recogida en todos los siglos. Pues ¡qué tan arrebatado saldrá entónces aquel tan caudaloso rio de la indignacion divina, teniendo tantas acogidas de ira y saña, cuántos

pecados se han hecho desde el principio del mundo hasta ahora! Por esto con mucha razon dice el Profeta (*Sophon. 1*): aquel dia será dia de ira, dia de calamidad y de miseria: dia de tinieblas y oscuridad: dia de nieblas y de torbellinos: dia de trompeta y de sonido sobre las ciudades fuertes y sobre las altas esquinas.

4. Lo segundo considera las señales espantosas que precederán á este dia; porque como dice el Salvador (*Luc. 21*), antes que venga este dia, habrá señales en el sol, y en la luna y en las estrellas, y finalmente en todas las criaturas del cielo y de la tierra; porque todas ellas sentirán su fin antes que fenezcan, y se estremecerán y comenzarán á caer primero que del todo caigan. Mas los hombres, dice, que andarán secos y ahilados de muerte, oyendo los bramidos espantosos de la mar, y viendo las grandes olas y tormentas que levantará; baruntando por aqui las grandes calamidades y miserias que amenazan al mundo tan temerosas señales. Y así andarán atónitos y espantados, las caras amarillas y desfiguradas, antes de la muerte muertos, y antes del juicio sentenciados, midiendo los peligros con sus temores, y tan ocupados cada uno con el suyo, que no se acordará del ageno, aunque sea padre de hijo, ni hijo de padre, nadie habrá

para nadie, porque nadie bastará para sí solo. Las Sibilas dicen, que en este tiempo andarán las bestias dando bramidos por los campos y por las ciudades, y que los árboles sudarán sangre, y que la mar dejará en seco sus pescados. Mas si esto no se recibe, mucho mas es lo que en el Evangelio se nos dice; porque mas es secarse los hombres que secarse la mar: y mas es moverse las virtudes de los cielos que todas las criaturas de la tierra.

5. Lo tercero considera aquel diluvio universal de fuego (*Ps. 49 et 96. 2. Pet. 3, 1. Thessal. 4*) que vendrá delante del Juez, y aquel sonido temeroso de la trompeta que tocará el Arcángel para convocar todas las generaciones del mundo á que se junten en un lugar, y se hallen presentes en juicio; y sobre todo la majestad espantable con que ha de venir el Juez, la cual describe el profeta Nahum por estas palabras (*Nahum 1*): el Señor vendrá como una tempestad y torbellino arrebatado, y sus pies levantarán una grande polvareda delante de sí. Indignése contra la mar, y secóse; y todos los rios de la tierra se agotaron. El monte Basan y Carmelo se marchitaron, y la flor del Líbano se cayó. Los montes se estremecieron delante de Él, y los collados quedaron asolados. La tierra tem-

bló de su presencia, y el mundo y todos los moradores de él. ¿Quién parecerá delante la cara de su indignacion? Y ¿quién resistirá á la ira de su furor? Su indignacion se derramó como fuego, y las piedras se hicieron polvo delante de Él.

6. Despues de esto considera cuán estrecha será la cuenta que allí á cada uno se pedirá. Verdaderamente (como se dice en Job (*Job 4, 15 et 25*) no podrá ser el hombre justificado, si se compara con Dios; y si se quiere poner con Él en juicio, de mil cargos que le haga, no le podrá responder á solo uno. Pues ¿qué sentirá entónces cada uno de los malos, cuando entre Dios con él en este examen, y allá dentro de su conciencia le diga asi: ven acá, hombre malaventurado, ¿qué viste en Mí porque asi me despreciaste, y te pasaste al bando de mi enemigo? Yo te levanté del polvo de la tierra, y te crié á mi imagen y semejanza, y te dí virtud y socorro con que pudieses alcanzar mi gloria; mas tú, menospreciando los beneficios y mandamientos de vida que yo te dí, quisiste mas seguir la mentira del engañador que el consejo saludable de tu Señor. Para librarte de esta caída descendí del cielo á la tierra, donde padecí los mayores tormentos y deshonoras que

jamás se padecieron. Por tí ayuné, caminé, velé, trabajé, y sudé gotas de sangre. Por tí sufrí persecuciones, azotes, blasfemias, escarnios, bofetadas, deshonras, tormentos y cruz. Por tí finalmente nací en mucha pobreza, viví con muchos trabajos, y morí con gran dolor. Testigos son esta cruz y clavos que aquí parecen: testigos estas llagas de pies y manos que en mi cuerpo quedaron: testigos el cielo y la tierra, delante de quien padecí, y testigos el sol y la luna, que en aquella hora se eclipsaron. Pues ¿qué hiciste de esta ánima tuya, que yo con mi sangre hice mía? ¿En cuyo servicio empleaste lo que yo compré tan caramente? ¿O generacion loca y adúltera! ¿por qué quisiste más servir á ese enemigo tuyo con trabajo, que á Mí, tu Criador y Redentor, con alegría? Espantaos, cielos (*Jerem. 2*), sobre este caso, y vuestras puertas se caigan de espanto, porque dos males ha hecho mi pueblo. A Mí desampararon, que soy fuente de agua viva, y desampararonme por otro Barrabás (*Joann 19*). Llaméos tantas veces, y no me respondistes: toqué á vuestras puertas, y no despertastes: estendí mis manos en la cruz, y no las mirastes (*Proverb. 1*); menospreciastes mis consejos, y todas mis promesas y amenazas. Pues decid ahora vosotros

Angeles; juzgad vosotros, jueces, entre mí y mi viña: ¿qué mas debí yo hacer por ella de lo que hice? (*Isai. 5*)

7. Pues ¿qué responderan aquí los malos, los burladores de las cosas divinas, los mofadores de la virtud, los menospreciadores de la simplicidad, los que tuvieron mas cuenta con las leyes del mundo que con las de Dios, los que á todas sus voces estuvieron sordos, á todas sus inspiraciones insensibles, á todos sus mandamientos rebeldes, y á todos sus azotes y beneficios ingratos y duros? ¿Qué responderán los que vivieron como si creyeran que no habia Dios, y los que con ninguna ley tuvieron cuenta, sinó con solo su interés? ¿Qué hareis los tales dice Isaías (10.) en el dia de la visitacion y calamidad que os vendrá de lejos? ¿Á quién pedireis socorro? Y ¿qué os aprovechará la gloria de vuestras riquezas, para que no seais llevados en hierros, y caigais entre los muertos?

8. Despues de todo esto considera la terrible sentencia que el Juez fulminará contra los malos, y aquella temerosa palabra que hará reteñir las orejas de quien la oyere. Sus lábios dice Isaías (30.), están llenos de indignacion, y su lengua es como fuego que traga. ¿Qué fuego abrasará tanto como

aquellas palabras (*Matth.* 25): apartaos de mí, malditos, al fuego perdurable? Esta es la mas recia palabra que se puede decir á una criatura; porque por este apartamiento se entiende la pena que dicen de daño, que es un despojo universal de todas las cosas, y una privacion de aquel sumo bien en quien están todos los bienes. Pues ¿adónde irán, Señor, los que de tí se apartaren? ¿Á qué puerto se acogerán? ¿A qué Señor servirán? (*Jerem.* 17) Los que de tí se apartaren serán escritos en la tierra, porque desampararon la vena de las aguas vivas, que es el Señor. La mayor pena con que castigaban los romanos á un ciudadano por algun gravísimo delito, era desterrándolo de aquella noble ciudad y policia de Roma, echándolo en algunas islas apartadas entre gente bárbara. Pues si tan gran pena era carecer de Roma, ¿qué será carecer de la compañía de Dios y de todos los escogidos, é ir para siempre desterrado á la compañía de Satanás y de aquellos bárbaros infernales?

9. Apartaos (dice) malditos. Como si dijera: roguéos con la bendicion, y no la quisisteis: ahora tomad la maldicion á vuestro pesar. Amó el malo, dice el Profeta (*Ps.* 108), la maldicion, y comprenderle há; y desechó la bendicion que Dios le ofrecía, y alejar-

se há de él. Maldijo Dios á la higuera, y secáronse luego no solamente las hojas (*Matth.* 21), sinó tambien el tronco y las raices para nunca jamás fructificar; y de esta manera comprenderá la maldicion á estos miserables, quitándoles del todo la esperanza de salud y de todo fruto y merecimiento para siempre jamás.

10. ¿Mas adónde, Señor, los enviais? Al fuego perdurable. ¿Qué cama esta para delicados y regalados! ¿Quién de vosotros, dice el profeta Isaias (33), podrá morar con los ardores sempiternos? ¿Quién podrá hacer vida con el fuego abrasador? ¿Qué mayor maldicion puede ser que esta? ¿Qué calamidad, qué sentencia, qué desventura se puede comparar con la sombra de esta? Este es aquel terrible y espantoso fuego que encarece Isaias (34) por estas palabras: volverse han sus arroyos en pez derretida, y el polvo de la tierra en piedra azufre, y la misma tierra será toda una pez ardiente. Nunca dejará de arder noche y dia, ni dejará jamás de subir á lo alto el humo de ella: de generacion en generacion será destruida, y en los siglos de los siglos no habrá quien pase por ella.

11. Acabada la meditacion, sígase luego el nacimiento de gracias, el ofrecimiento y peticion, como arriba se dijo en el capítulo segundo.

CAPÍTULO XII.

Tratado de la consideracion del juicio final, donde se declara mas por extenso la meditacion pasada.

§ I. — *De los grandes efectos que obra en el alma el temor de Dios, y de lo que ayuda para alcanzarlo la consideracion y memoria de los juicios divinos, y mayormente el final, que se ha de hacer en el fin del mundo.*

1. Grandes son los efectos que obra en el ánimo el temor de Dios. Al que teme á Dios, dice el Eclesiástico (2), irá bien en sus postrimerías, y en el dia de la muerte le vendrá la bendición. Y en otro lugar (*Idem cap. 25*): ¡cuán grande es (dice él) el que ha llegado á la cumbre de la sabiduría y de la ciencia! Mas por muy grande que sea, no es mayor que el que teme á Dios; porque el temor de Dios sobre todas las cosas puso su silla. Bienaventurado el varon á quien es dado temer al Señor. El que este temor tiene ¿con quién le compararemos? Porque el temor de Dios es principio de su amor. Todas estas son palabras del Eclesiástico, por las

cuales parece claro como el temor de Dios es principio de todos los bienes (pues lo es de su amor), y no solo principio, sino tambien llave y guarda de todos ellos, como lo testifica S. Bernardo, diciendo: verdaderamente he conocido que ninguna cosa hay tan eficaz para conservar la divina gracia, como vivir en todo tiempo con temor, y no tener altos pensamientos.

2. Pues para alcanzar esta joya tan preciosa aprovecha mucho la consideracion y memoria continua de los juicios divinos, y mayormente de aquel supremo juicio que se ha de hacer en el fin del mundo, el cual es la mas horrible cosa de cuantas nos anuncian las escrituras divinas; porque son tan espantosas las nuevas que de este dia se nos dan, que si no fuera Dios el que las dice, del todo fueran increíbles, por donde el Salvador, despues de haber predicado algunas de ellas á sus discipulos, porque la grandeza de ellas parecia esceder la comun credulidad y fé de los hombres, acabó la materia con esta afirmacion diciendo (*Marc. 13, Luc. 21*): en verdad os digo, que no se acabará el mundo sin que todas estas cosas se cumplan; porque el cielo y la tierra faltarán, mas mis palabras no faltarán.

3. En los Actos de los Apóstoles se escribe (*Actos. 24*), que predicando S. Pablo de las cosas de este dia delante del presidente de Judea, el mismo presidente comenzó á temblar de lo que el Apóstol decia, puesto caso que como gentil no tenia fé ni crédito de este misterio; por donde parece cuán terribles cosas deberian ser las que el Apóstol predicaba, pues el sonido de ellas bastó para causar tan grande espanto y temblor en un hombre que no las creía. Pues el cristiano que las cree y las tiene por fé, ¿qué será razon que sienta en esta parte?

4. Y no piense nadie escusarse con su inocencia, diciendo que estas amenazas no dicen á él, sinó á los hombres injustos y desalmados; porque justo era S. Gerónimo, y con todo eso decia, que cada vez que se acordaba del dia del juicio, le temblaba el corazón y el cuerpo. Justo era tambien David, y hombre hecho á la condicion de Dios, y con todo eso temia tanto la cuenta de este dia, que decia en un salmo (*Psalm. 142*): no entres, Señor, en juicio con tu siervo, porque no será justificado delante de tí ninguno de los vivientes. Justo era tambien el inocentísimo Job, y con todo eso era tan grande el temor con que vivia, que dice de sí

(*Job. 31*): de la manera que teme el navegante en medio de la tormenta, cuando vé venir sobre sí las olas hinchadas y furiosas, asi yo siempre temblaba delante de la Majestad de Dios, y era tan grande mi temor, que ya no podia sufrir el peso de él. Mas sobre todo, aún era mas justo el apóstol S. Pablo, y con todo eso decia (*1. Cor. 4*): no me remuerde la conciencia de cosa mal hecha, mas no por eso me tengo por seguro, porque el que me ha de juzgar el Señor es. Como si dijera: muchas veces puede acaecer que nuestros ojos no hallen cosa que tachar en nuestras obras, y que la hallen los ojos de Dios; porque lo que se esconde á los ojos de los hombres, no se esconde á los de Dios. A un pintor grosero parecerá muy perfecta una pintura que tiene hecha, en la cual un pintor famoso hallará muchos defectos que notar. Pues ¿cuánto mayores los hallará aquella suma bondad y sabiduría en una criatura tan mal inclinada como el hombre, el cual, como se escribe en Job (*Job 15*), bebe asi como agua la maldad? Y si la espada de Dios halló tanto que cortar en el cielo, ¿cuánto mas hallará en la tierra, que no lleva sinó cardos y espinas? ¿Quién habrá que tenga todos los rincones de su ánima tan barridos y límpios

que no tenga necesidad de decir con el Profeta (*Psalm. 18*): de mis pecados ocultos líbrame, Señor?

5. Así que á todos conviene vivir con temor de este dia, por muy justificadamente que vivan; pues el dia es tan temeroso, y nuestra vida tan culpada, y el Juez tan justo, y sobre todo sus juicios tan profundos, que nadie sabe la suerte que le ha de caber; sinó que como dice el Salvador (*Luc. 17*), dos estarán en el campo, á uno tomarán, y á otro dejarán: dos en una misma cama, á uno tomarán, y á otro dejarán: dos moliendo en un molino, á uno tomarán, y á otro dejarán. En las cuales palabras se da á entender que de un mismo estado y manera de vida unos serán llevados al cielo y otros al infierno; porque ninguno se tenga por seguro mientras vive en este mundo.

§ II. — *De cuán riguroso haya de ser el dia del juicio.*

6. Para pensar en la grandeza de este juicio has primero de presuponer que no hay lengua en el mundo que sea bastante para explicar el menor de los trabajos de este dia.

7. Por donde el profeta Joel (*Joel 1*), que-

riendo hablar de la grandeza de él, hallóse tan atajado de razones, y tan embarazado, que comenzó á tartamudear como niño, y decir: ¡ ah, ah, ah, qué dia será aquel! De esta manera de hablar usó Jeremías (*Jerem. 1*) cuando Dios le queria enviar á predicar: para significar que era niño, y del todo inhábil para aquella embajada tan grande que Dios lo escogia. De esta misma usa ahora este profeta, para dar á entender que no hay lengua en el mundo que no sea como de niño tartamudo para significar lo que ha de ser en este dia.

8. En este dia reducirá Dios á su debida hermosura toda la fealdad que los malos han causado en el mundo con sus malas obras. Y como estas hayan sido tantas, asi la enmienda ha de ser proporcionada con ellas, para que á costa del malo quede el mundo tan hermo-seado con su pena, cuanto antes estuvo afeado con su culpa. Cuando un hombre da alguna gran caida, y se le desconcierta un brazo, tanto cuanto mayor fué el desconcierto, tanto con mayor dolor se viene despues á concertar y poner en su lugar. Pues como los malos hayan desconciertado todas las cosas de este mundo, y puéstolas fuera de su lugar natural, cuando aquel celestial Reformador venga á restituir el mundo con el castigo de tantos

desconciertos, ¿ qué tan grande será el castigo, pues tantos y tales fueron los desconciertos?

9. No solo se llama este dia de ira, sinó tambien dia de Dios, como lo llama el profeta Joel (*Joel 1*), para dar á entender que todos estotros han sido dias de hombres, en los cuales hicieron ellos su voluntad contra la de Dios; mas este se llama dia de Dios, porque en él hará Dios su voluntad contra la de ellos. Tú ahora juras y perjuras y blasfemas, y calla Dios. Dia vendrá en que rompa Dios el silencio de tantos dias y de tantas injurias, y responda por su honra. De manera, que no hay mas que dos dias en el mundo, uno de Dios, y otro del hombre. En este su dia puede el hombre hacer todo lo que quisiere, y á todo ello callará Dios. En este dia puede el rey Sedecías mandar empozar al profeta de Dios (*Jerem. 38. 2, Paralip. 36*), y darle á comer pan por onzas, y hacer todo cuanto se le antojare, y á todas estas injurias callará Dios. Mas tras este dia vendrá otro dia, y tomará Dios al rey Sedecías, y quitarle há el reino, y destruirá á Jerusalem, y llevarlo há en hierros delante del rey de Babilonia; y allí matará á todos sus amigos é hijos en presencia de él, y luego le mandará sacar los ojos,

guardados para ver tanto mal, y tras de esto le hará llevar preso á Babilonia, y poner en una cárcel hasta que muera. De manera, que asi como el hombre tuvo licencia para hacer en su dia todo cuanto se le antojó, sin que nadie le fuese á la mano, asi la tendrá Dios para hacer en este dia todo lo que quisiere, sin que nadie se lo estorbe.

§ III. — *De las señales que precederán el dia del juicio final.*

10. Finalmente si quieres saber cuál será este dia, párate á considerar las señales que le precederán, porque por las señales conocerás lo señalado, y por la víspera y vigilia la fiesta del dia.

11. Primeramente, aquel dia cuando haya de ser nadie lo sabe (*Mat. 24, 1. Thessal. 5*); ni los Angeles del cielo, ni el Hijo (para haberlo de revelar á nadie), sinó solo el Padre. Mas todavia precederán antes de él algunas señales por las cuales puedan pronosticar los hombres no solo la vecindad de este dia, sinó tambien la grandeza de él; porque como dijo el Salvador (*Mat. 24*), primero que este dia venga, habrá grandes guerras y movimientos en el mundo; levantarse han gentes contra gentes,

y reinos contra reinos , y habrá grandes temblores de tierra en muchas partes, y pestilencia y hambres , y cosas espantosas que parecerán en el aire , y otras grandes señales y maravillas.

12. Y sobre todos estos males vendrá aquella persecucion tantas veces denunciada (*Dan. 9, Apoc. 13, Mat. 24, Isai, 11*) del mayor perseguidor de cuantos ha tenido la iglesia , que es el Anticristo , el cual no solo con armas y tormentos horribles, sinó tambien con milagros aparentes y fingidos hará la mas cruel guerra contra la iglesia que jamás se hizo. Piensa pues ahora tú , como dice S. Gregorio, qué tiempo será aquel cuando el piadoso mártir ofrecerá sus miembros al verdugo , y el verdugo hará milagros delante de él. Finalmente será tan grande la tribulacion de estos dias , dice el Salvador (*Matth. 24*), cual nunca fué desde el principio del mundo , ni jamás será. Y si no proveyese la misericordia de Dios (*Marc. 13*) que se abreviasen estos dias , no se salvaria en ellos toda carne ; mas por amor de los escogidos se abreviarán.

13. Despues de estas señales (*Luc. 21, Matth. 24*) habrá otras mas espantosas y mas vecinas á este dia , las cuales parecerán en el sol , en la luna y en las estrellas ; de

las cuales dice el Señor por Ezequiel (*Ezech.* 32): haré que se oscurezcan sobre tí las estrellas del cielo, y cubriré el sol con una nube, y la luna no resplandecerá con su luz, y á todas las lumbreras del cielo haré que se entristezcan y hagan llanto sobre tí, y enviaré tinieblas sobre toda tu tierra. Pues habiendo tan grandes señales y alteraciones en el cielo, ¿qué se espera que habrá en la tierra, pues toda se gobierna por él? Vemos cuando en una república se revuelven las cabezas que la gobiernan, que todos los otros miembros y partes de ella se revuelven y descoñiertan, y que toda ella hierve en armas y disensiones. Pues si todo este cuerpo del mundo se gobierna por las virtudes del cielo, estando estas alteradas y fuera de su orden natural, ¿qué tales estarán todos los miembros y partes de él? Así estará el aire lleno de relámpagos, torbellinos y cometas encendidos. La tierra estará llena de aberturas y temblores espantosos, los cuales se cree que serán tan grandes que bastarán para derribar no solo las casas fuertes y las torres soberbias, mas aún hasta los montes y peñas arrancarán y trastornarán de sus lugares. Mas la mar sobre todos los elementos se embravecerá y serán tan altas sus olas y tan furiosas, que parecerá

que han de cubrir toda la tierra. Á los vecinos espantará con sus crecientes, y á los distantes con sus bramidos, los cuales serán tales, que de muchas leguas se oirán.

14. ¡Cuáles andarán entónces los hombres! Cuán atónitos, cuán confusos, cuán perdido el sentido, la habla y el gusto de todas las cosas! Dice el Salvador (*Luc. 21 — Math. 24*) que se verán entónces las gentes en grande aprieto, y que andarán los hombres secos y ahilados de muerte, por el temor grande de las cosas que han de sobrevenir al mundo. ¿Qué es esto? (dirán) ¿Qué significan estos pronósticos? ¿En qué ha de venir á parar esta preñez del mundo? ¿En qué han de parar estos tan grandes remolinos y mudanzas de todas las cosas? Pues así andarán los hombres espantados y desmayados, caídas las alas del corazon y los brazos, mirándose los unos á los otros; y espantarse han tanto de verse tan desfigurados, que esto solo bastaria para hacerlos desmayar, aunque no hubiese mas que temer. Cesarán todos los oficios y granjerías, y con ellos el estudio y la codicia de adquirir; porque la grandeza del temor traerá tan ocupados sus corazones, que no solo se olvidarán de estas cosas, sinó tambien del comer y del beber y de todo lo necesario para la vi-

da. Todo el cuidado será andar á buscar lugares seguros para defenderse de los temblores de la tierra, de las tempestades del aire y de las crecientes de la mar. Y asi los hombres se irán á meter en las cuevas de las fieras, y las fieras se vendrán á guarecer en las casas de los hombres, y asi todas las cosas andarán revueltas y llenas de confusion. Afligirlos han los males presentes, y mucho mas el temor de los venideros, porque no sabran en que fines hayan de parar tan dolorosos principios. Faltan palabras para encarecer este negocio, y todo lo que se dice, es menos de lo que será. Vemos ahora que cuando en la mar se levanta alguna brava tormenta, ó cuando en la tierra sobreviene algun grande torbellino ó terremoto, cuáles andan los hombres, cuán medrosos, cuán cortados, cuán pobres de esfuerzo y de consejo: pues cuando entónces el cielo y la tierra, la mar y el aire ande todo revuelto, y en todas las regiones y elementos del mundo haya su propia tormenta; cuando el sol amanezca con luto y la luna con sangre, y las estrellas con sus caidas, ¿quién comerá? Quién dormirá? Quién tendrá un solo punto de reposo en medio de tantas tormentas? ¡O desdichada suerte la de los malos, á cuya cabeza amenazan

todos estos pronósticos: y bienaventurada la de los buenos, para quienes todas estas cosas son favores y regalos, y buenos anuncios de la prosperidad que les ha de venir! ¡Cuán alegremente cantarán entónces con el Profeta (*Psalm. 45*): Dios es nuestro refugio y nuestra firmeza; y por esto no temerémos, aunque se trastorne la tierra y se arranquen los montes, y vengan á caer en el corazon de la mar! Asi como entendeis dice el Salvador (*Luc. 21,*) que cuando la higuera y todos los árboles comienzan á florecer y dar su fruto, se llega ya el verano; asi cuando viéredes estas cosas, sabed que se acerca el reino de Dios. Entónces podreis abrir los ojos y levantar la cabeza, porque se llega el dia de vuestra redencion. ¡Cuán alegre estará entónces el bueno, y por cuán bien empleados dará todos sus trabajos! Y por el contrario, ¡cuán arrepentido el malo, y por cuán condenados tendrá todos sus pasos y caminos!

§ IV. — *Del fin del mundo, y de la resurreccion de los muertos.*

15. Despues de todas estas señales, acercarse há la venida del Juez, delante del cual vendrá un diluvio universal de fuego que abra-

se y vuelva en ceniza toda la gloria del mundo (*Ps.* 96. — 2. *Petr.* 5). Este fuego á los malos será comienzo de su pena, y á los buenos principio de su gloria, y á los que algo tuvieren por pagar, purgatorio de su culpa. Aquí fenecerá toda la gloria del mundo: aquí espirará el movimiento de los cielos, el curso de los planetas, la generacion de las cosas, la variedad de los tiempos, con todo lo demás que de los cielos depende. Y así escribe S. Juan en el Apocalipsis (10) que vió un Ángel poderoso, vestido de una nube resplandeciente, el cual tenia el rostro como el sol, y el arco del cielo por corona en su cabeza, y los pies como columnas de fuego, de los cuales el uno tenia puesto sobre la mar, y el otro sobre la tierra. Y este Ángel, dice, que levantó el brazo hácia el cielo, y juró por el que vive en los siglos de los siglos, que de ahí adelante no habria mas tiempo: es á saber, ni movimiento de cielos, ni cosa que se gobierne por ellos, y lo que mas es, ni lugar de penitencia, ni de mérito, ni de demérito para la otra vida.

16. Despues de este fuego vendrá (como dice el Apóstol (1. *Thessa.* 4) un Arcángel con grande poder y majestad, y tocará una trompeta que es una grande y espantosa voz

que sonará por todas las partes del mundo, con la cual convocará todas las gentes á juicio. Esta es aquella temerosa voz de que dice S. Gerónimo: ahora coma, ahora beba, siempre parece que me está sonando á las orejas aquella voz que dirá: *Levantaos, muertos, y venid á juicio.* ¿Quién apelará de esta citacion? ¿Quién podrá recusar este juicio? ¿Á quién no temblará la contera con esta voz? Esta voz quitará á la muerte todos sus despojos, y le hará restituir todo lo que tiene tomado al mundo. Y así dice S. Juan (*Apoc.* 20) que allí la mar entregó los muertos que tenia, y asimismo la muerte y el infierno entregaron los que tenian. Pues ¿qué cosa será ver allí parir á la mar y á la tierra por todas partes tantas diferencias de cuerpos, y ver concurrir en uno tantos ejércitos y tantas suertes y maneras de naciones y gentes? Allí estarán los Alejandros, allí los Gerges y Artagerges, allí los Daríos y los Césares de los Romanos, y los Reyes poderosísimos, con otro hábito y otro brio, y con otros pensamientos muy diferentes de los que en este mundo tuvieron; y allí finalmente se juntarán todos los hijos de Adán, para que dé cada uno razon de sí, y sea juzgado segun sus obras.

17. Mas aunque todos resuciten para nun-

ca más morir, será grande la diferencia que habrá entre cuerpos y cuerpos. Porque los cuerpos de los justos resucitarán hermosos y resplandecientes como el sol (1. *Thessal* 4 *Matth.* 13-1. *Cor.* 15-*Joel.* 2 - *Isai* 13); mas los de los malos oscuros y feos como la misma muerte. Pues ¿qué alegría será entonces para las ánimas de los justos ver del todo ya cumplido su deseo, y verse juntos los hermanos tan queridos y tan amados á cabo de tan largo destierro? Cómo podrá entonces decir el ánima á su cuerpo: O cuerpo mio y fiel compañero mio, que así me ayudaste á ganar esta corona, que tantas veces conmigo ayunaste, velaste, sufriste el golpe de la disciplina, el trabajo de la pobreza, la cruz de la penitencia y las contradicciones del mundo! ¿Cuántas veces te quitaste el pan de la boca para dar al pobre? ¿Cuántas quedaste desahogado por vestir al desnudo? ¿Cuántas renunciaste y perdiste de tu derecho por no perder la paz con el prójimo? Pues justo es que te quepa ahora parte de esta hacienda, pues me ayudaste á ganarla, y que seas compañero de mi gloria, pues tambien lo fuiste de mis trabajos. Allí pues se ayuntarán en un supuesto los dos fieles amigos, no ya con apetitos y pareceres contrarios, sinó con li-

ga de perpetua paz y conformidad, para que eternamente puedan cantar y decir (*Psalm.* 132): mirad cuán buena cosa es, y cuán alegre, morar ya los hermanos en uno. Mas por el contrario, ¿qué tristeza sentirá el ánima del condenado, cuando vea su cuerpo tal, cual allí se le ofrecerá, oscuro, sucio, hediondo y abominable? ¡O malaventurado cuerpo! (dirá ella). ¡O principio y fin de mis dolores! ¡O causa de mi condenacion! ¡O no ya compañero mio, sinó enemigo; no ayudador, sinó perseguidor; no morada, sinó cadena y lazo de mi perdicion! ¡O gusto malaventurado, qué caro me cuestan ahora tus regalos! ¡O carne hedionda, que á tales tormentos me has traído con tus deleites! ¿Este es el cuerpo por quien yo pequé? ¿De este eran los deleites por quien yo me perdí? ¿Por este muladar podrido perdí el reino del cielo? ¿Por este vil y sucio tronco perdí el fruto de la vida perdurable! ¡O furias infernales, levantaos ahora contra mí, y despedazadme, que yo merezco este castigo! ¡O malaventurado el dia de mi desastrado nacimiento, pues tal hubo de ser mi suerte, que pagase con eternos tormentos tan breves y momentáneos deleites!

18. Estas y otras mas desesperadas palabras dirá la desventurada ánima á aquel cuer-

po que en este mundo tanto amó. Pues dime ahora, ánima miserable, ¿por qué tanto aborreces lo que tanto amaste? ¿No era esta carne tu querida? ¿No era este vientre tu Dios? ¿No era este rostro el que curabas y guardabas del sol y aire, y pintabas con tan artificiosos colores? ¿No eran estos los brazos y los dedos que resplandecían con oro y diamantes? ¿No era este el cuerpo para quien servía la mar y la tierra, para tenerle la mesa delicada, la cama blanca, y la vestidura preciosa? Pues ¿quién ha trocado tu oficio? ¿Quién ha hecho tan aborrecible lo que antes era tan amable? Pues hé aquí, hermano, en qué pára la gloria del mundo con todos los deleites y regalos del cuerpo.

§ V. — *De la venida del Juez, de la materia del juicio, y de los testigos y acusadores de él.*

19. Pues estando ya todos resucitados y juntos en un lugar, esperando la venida del Juez, descenderá de lo alto aquel á quien Dios constituyó por Juez de vivos y muertos (*Act. 10*); y así como en la primera venida vino con grandísima humildad y mansedumbre, convidando á los hombres con la paz, y llamándolos á penitencia, así en la segunda vendrá con

grandísima majestad y gloria, acompañado de todos los poderes y principados del cielo, amenazando con el furor de su ira á los que no quisieron usar de la blandura de su misericordia. Aquí será tan grande el temor y espanto de los malos que, como dice Isaías (2) andarán á buscar las aberturas de las piedras y las concavidades de las peñas para esconderse en ellas, por la grandeza del temor del Señor, y por la gloria de su magestad, cuando venga á juzgar la tierra.

Finalmente será tan grande este temor que, como dice S. Juan (*Apoc.* 20) los cielos y la tierra huyeron de la presencia del Juez, y no hallaron lugar donde esconderse. Pues ¿por qué huis, cielos? ¿Qué habeis hecho? ¿Por qué temeis? Y si por cielos se entienden aquellos soberanos espíritus que moran en los cielos; vosotros, bienaventurados espíritus, que fuisteis criados y confirmados en gracia, ¿por qué huis? ¿Qué habeis hecho? ¿Por qué temeis? No temen cierto su peligro, sinó temen por ver en el Juez una tan grande magestad y saña, que bastará para poner en espanto y admiracion á todos los cielos. Cuando la mar anda brava, todavía tiene su espanto y admiracion el que está seguro á la orilla; y cuando el padre anda hecho un leon por

casa castigando al esclavo, todavia teme el hijo inocente, aunque sabe que no es contra él aquel enojo. Pues ¿qué harán entónces los malos, cuando los justos así temerán? Si los cielos huyen, ¿qué hará la tierra? Y si aquellos que son todo, espíritu tiemblan ¿qué harán los que fueron del todo carne? Y si como dice el profeta (*Isai. 64*) los montes en aquel dia se derretirán delante la cara de Dios, ¿cómo nuestros corazones son mas duros que las peñas, pues aun con esto no se mueven?

20. Delante del Juez vendrá el estandarte real de la Cruz, para que sea testigo del remedio que Dios envió al mundo, y de como el mundo no lo quiso recibir. Y asi la santa Cruz justificará allí la causa de Dios, y á los malos dejará sin consuelo y sin excusa. Entónces dice el Salvador (*Matth. 24*), llorarán y plantearán todas las gentes de la tierra; y todas ellas herirán y darán golpes en los pechos. ¿O cuántas razones allí tendrán para llorar y plantear! Llorarán porque ya no pueden hacer penitencia, ni huir de la justicia, ni apelar de la sentencia. Llorarán las culpas pasadas, la vergüenza presente, y los tormentos advenideros. Llorarán su mala suerte, su desastrado nacimiento y su malaventurado fin. Por estas y por otras muchas causas llorarán y

plantearán; y como atajados por todas partes, y pobres de consejo y de remedio, darán golpes y herirán sus pechos, como dice el Evangelista (*Luc. 23*).

21. Entónces el Juez hará division entre malos y buenos, y pondrá los cabritos á la mano siniestra, y las ovejas á la diestra; ¿Quién serán estos tan dichosos que tal lugar y honra como ésta recibirán? Atribúleme, Señor, aqui, aquí mata, aquí corta, aquí abrasa, porque allí me pongas á tu mano derecha. Luego comenzará á celebrarse el juicio, y tratarse de las causas de cada uno, segun lo escribe el profeta Daniel por estas palabras (*Dan. 7, et Apoc. 1*): estaba yo (dice él) atento, y ví poner unas sillas en sus lugares, y un anciano de dias se asentó en una de ellas, el cual estaba vestido de una vestidura blanca como la nieve, y sus cabellos eran tambien blancos asi como una lana limpia. El trono en que estaba asentado eran llamas de fuego, y las ruedas de él como fuego encendido, y un rio de fuego muy arrebatado salia de la cara de él. Millares de millares entendian en servirle, y diez veces cien mil millares asistian delante de él. Miraba yo todo esto en aquella vision de la noche, y ví venir en las nubes uno que parecia hijo de hombre. Hasta aqui son palabras de Da-

niel, á las euales añade san Juan, (*Apoc. 20*): y dice: y ví todos los muertos, asi grandes como pequeños, estar delante de este trono; y fueron abiertos alli los libros, y otro libro se abrió, que es el libro de la vida; y fueron juzgados los muertos segun lo contenido en aquellos libros, y segun sus obras. Hé aquí, hermano, el arancel por donde has de ser juzgado: Hé aqui las tañas y precios por donde se ha de apreciar todo lo que hiciste, y no por el juicio loco del mundo, que tiene el peso falso de Canaan (*Oseæ 12*) en la mano, donde tan poco pesan la virtud y el vicio. En estos libros se escribe toda nuestra vida con tanto recaudo, que aún no has echado la palabra por la boca, cuando ya está apuntada y asentada en su registro.

22. Mas ¿de qué cosas (si piensas) se nos ha de pedir cuenta? Todos los pasos de mi vida tienes, Señor, contados, dice Job (*31*). No ha de haber ni una palabra ociosa, ni un solo pensamiento de que no se haya de pedir cuenta en aquel juicio (*Matth. 12*); y no solo de lo que pensamos ó hicimos, sinó tambien de lo que dejamos de hacer cuando éramos obligados. Si dijeres: Señor, yo no juré, dirá el Juez: juró tu hijo ó tu criado, á quien tú debieras castigar. Y no solo de las obras

malas, sinó tambien de las buenas daremos cuenta con qué intencion y de qué manera las hicimos. Finalmente (como dice S. Gregorio) de todos los puntos y momentos de nuestra vida se nos ha de pedir allí cuenta en qué y cómo los gastamos. Pues si esto ha de pasar así, ¿de dónde nace en los que esto creemos tanta seguridad y descuido? ¿En qué confiamos? ¿Con qué nos satisfacemos y lisonjamos en medio de tantos peligros? ¿En qué va esto, que los que mas tienen por qué temer, menos teman, y los que menos tenian por qué temer; vivan con mayor temor? Justo era el bienaventurado Job (*Job 2*), pues por tal fue pronunciado por la boca de Dios, y con todo esto vivia con tan gran temor de esta cuenta, que decia: ¿Qué haré cuando se levantáre Dios á juzgar? Y cuando comience á preguntarme (*Job 31*) ¿qué le responderé? Palabras son estas de corazon grandemente afligido y congojado. ¿Qué haré? dice, como si dijese: un cuidado me fatiga continuamente, un clavo traigo hincado en el corazon, que no me deja reposar. ¿Qué haré, adónde iré, que responderé cuando entre Dios en juicio conmigo? ¿Por qué temes, bienaventurado Santo? ¿Por qué te congojas? (*Ib. 29 et 27*) ¿No eres tú el que digiste: padre era yo de pobres, ojo

de ciegos, y pies de cojos? ¿No eres tú el que digiste que en toda tu vida tu corazón te reprendió de cosa mala? Pues un hombre de tanta inocencia, ¿por qué teme? Porque sabía muy bien este Santo que no tenía Dios ojos de carne, ni juzgaba como juzgan los hombres, en cuyos ojos muchas veces resplandece lo que ante Dios (*Luc. 16*) es abominable. ¡O verdaderamente justo, que por esto eres tan justo, porque vives con tan gran temor! Este temor, hermanos, condena nuestra falsa seguridad: esta voz deshace nuestras vanas confianzas. ¿A quién habrá alguna vez quitado la comida ó el sueño este cuidado? Pues los que esto sienten como se debe sentir, algunas veces llegan á perder el sueño y la comida, y algo mas. En las vidas de los padres leemos que como uno de aquellos santos varones viese una vez reír á un discípulo suyo le reprendió ásperamente diciendo: ¿cómo, y habiendo de dar á Dios cuenta delante del cielo y de la tierra te osas reír? No le parecia á este santo que tenía licencia para reírse quien esperaba esta cuenta.

25. Pues acusadores y testigos tampoco faltarán en esta causa. Porque testigos serán nuestras mismas conciencias, que clamarán contra nosotros; y testigos serán también to-

das las criaturas de quien mal usamos, y sobre todo será testigo el mismo Señor á quien ofendimos, como él mismo lo significa por un Profeta diciendo (*Jerem. 29 - Malach. 3*); yo seré testigo apresurado contra los hechiceros, adúlteros y perjuros, y contra los que andan buscando calumnias para quitar al jornalero su jornal, y contra los que maltratan á la viuda y al huérfano, y fatigan á los peregrinos y extranjeros que poco pueden, y no miraron que estaba yo de por medio, dice el Señor.

24. Acusadores tampoco faltarán (*Apoc. 12*), y bastará por acusador el mismo demonio, que (como S. Agustin escribe) alegará muy bien ante el juez de su derecho, y decirle há: justísimo Juez, no puedes dejar de sentenciar y dar por míos estos traidores, pues ellos han sido siempre míos, y en todo han hecho mi voluntad. Tuyos eran ellos, porque tú los criaste é hiciste á tu imágen, y semejanza, y redimiste con tu sangre; mas ellos borraron tu imágen, y se pusieron la mia: desecharon tu obediencia, y abrazaron la mia: menospreciaron tus mandamientos, y guardaron los míos. Con mi espíritu han vivido, mis obras han imitado; por mis caminos han andado, y en todo han seguido mi partido. Mira cuánto han sido mas míos que tuyos, pues

sin darles yo nada, ni prometerles nada, y sin haber puesto mis espaldas en la cruz por ellos, siempre han obedecido á mis mandamientos, y no á los tuyos. Si yo les mandaba jurar, perjurar, robar, matar, adulterar y renegar de tu santo Nombre, todo esto hacian con grandísima facilidad. Si yo les mandaba poner hacienda, vida y alma por un punto de honra que yo les encarecía, ó por un deleite falso á que yo les convidaba, todo lo ponian á riesgo por mí: y por tí, que eres su Dios, su Criador y su Redentor, que les diste la hacienda, la salud y la vida, que les ofrecias la gracia, les prometías la gloria, y sobre todo esto, que por ellos padeciste en una cruz; con todo esto nunca se pusieron al menor de los trabajos del mundo por tí. ¿Cuántas veces te aconteció llegar á sus puertas llagado, pobre y desnudo, y darte con ellas en la cara, teniendo mas cuidado de engordar sus perros y caballos, y vestir sus paredes de seda y oro, que de tí? Y pues esto es así, justo es que algun dia sean castigadas las injurias y desprecios de tan grande Majestad.

25. Pues oida esta acusacion, pronunciará el Juez contra los malos aquella terrible sentencia, que dice (*Matth. 25*): id, malditos, al fuego eterno, que está aparejado para Satanás y para sus ángeles; porque tuve ham-

bre, y no me distes de comer, tuve sed, y no me distes de beber etc. Y así irán los buenos á la vida eterna, y los malos al fuego eterno. ¿Quién podrá explicar aquí lo que los malaventurados sentirán con estas palabras? Allí es donde darán voces á los montes (*Matth. 24, Luc. 23*) para que cayan sobre ellos, y á los collados que los cubran. Allí blasfemarán y renegarán, y pondrán su boca sacrilega en Dios, y maldirán siempre el día de su nacimiento y su malaventurada suerte. Allí del todo se acabará su día, fenecerá su gloria, y se volverá la hoja de su prosperidad, y en los cuerpos comenzará para siempre el día de su dolor, como lo significó S. Juan en su Apocalipsi (18), debajo del nombre de Babilonia, por estas palabras: llorarse han, y harán llanto sobre sí los reyes de la tierra que gozaron de los regalos y deleites de Babilonia, y fornicaron con ella, cuando vean el humo que sale de sus tormentos, y ponerse han lejos por el temor de ellos, y dirán: ¡ay, ay de aquella ciudad grande de Babilonia, que en una hora le vino su juicio! Y los mercaderes de la tierra llorarán porque ya no habrá quien compre mas sus mercaderías de oro, plata y piedras preciosas, y harán llanto sobre ella, y dirán: ¡ay, ay de aquella ciudad grande que se vestia de Holanda, grana y

carmesí, y se cubria de oro y piedras preciosas, que en una hora perecieron tantas riquezas!

26. Pues, ó hermanos míos, si esto ha de pasar así, proveámonos con tiempo, y tomemos el consejo que nos dá aquel que primero quiso ser nuestro Abogado que nuestro Juez. No hay quien mejor sepa lo que es necesario para aquel dia que el que ha de ser Juez de nuestra causa. Él pues nos enseña brevemente lo que nos conviene hacer, por estas palabras: mirad dice Él por (S. Lucas 21) no se carguen y opriman vuestros corazones con demasiadas comidas y bebidas, y con cuidados y negocios de esta vida, y os venga de rebato aquel temeroso dia, porque así como lazo ha de venir sobre todos los que moran en la haz de la tierra. Y por esto velad y haced oracion en todo tiempo, porque merezcáis ser librados de todos estos males que han de venir y parecer delante del Hijo del hombre. Pues considerando esto, hermanos, venid, y levantémonos de este sueño tan pesado antes que caiga sobre nosotros la noche oscura de la muerte: antes que venga este tan temeroso dia, de quien dice el Profeta (*Malach. 3*): ya viene, ¿y quién le esperará? Y ¿quién podrá sufrir el dia de su venida? Aquel por cierto podrá esperar este dia de juicio (1. *Cor. 11*) que hubiere tomado la mano al Juez, y juzgado primero á sí mismo.

CAPÍTULO XIII.

Meditacion para el Viernes en la noche.

Este dia será la meditacion de las penas del infierno.

1. Este dia, hecha la señal de la cruz, con la preparacion que se puso en el capítulo segundo, meditarás en las penas del infierno, para que con esta meditacion, tambien como con la pasada, se confirme mas tu ánima en el temor de Dios y aborrecimiento del pecado, que allí digimos.

2. Estas penas dice S. Buenaventura que se deben imaginar debajo de algunas figuras y semejanzas corporales que los Santos nos enseñaron. Por lo qual será cosa conveniente imaginar el lugar del infierno (segun él mismo dice) como un lago oscuro y tenebroso puesto debajo de la tierra; ó como un pozo profundísimo lleno de fuego; ó como una ciudad espantable y tenebrosa, que toda se arde en vivas llamas: en la cual no suena otra cosa sinó voces y gemidos de atormentadores y atormentados, con perpetuo llanto y crugir de dientes.

3. Pues en este malaventurado lugar se padecen dos penas principales: la una que llaman de sentido, y la otra de daño. En quanto



á la primera , piensa cómo no habrá allí sentido ninguno dentro ni fuera del hombre, que no esté penando con su propio tormento. Porque así como los malos ofendieron á Dios con todos sus miembros y sentidos , y de todos hicieron armas para servir al pecado , así ordenará Él , que todos sean allí atormentados , y cada uno de ellos padezca su propio tormento , y pague su merecido. Allí pues los ojos deshonrados y carnales serán atormentados con la vision horrible de los demonios : los oidos con la confusion de las voces y gemidos que allí sonarán : las narices con el hedor intolerable de aquel sucio lugar : el gusto con rabiosísima hambre y sed : el tacto y todos los miembros del cuerpo con frio y fuego insupportable. La imaginacion padecerá con la apprehension de los dolores presentes : la memoria con la recordacion de los placeres pasados : el entendimiento con la consideracion de los bienes perdidos y de los males advenideros.

4. Finalmente , allí se hallarán en uno todos los males y tormentos que se pueden pensar. Porque (como dice S. Gregorio) allí habrá frio que no se pueda sufrir , fuego que no se pueda apagar , gusano inmortal , hedor intolerable , tinieblas palpables , azotes de atormentadores , vision de demonios , confusion

de pecados, y desesperacion de todos los bienes. Pues dime ahora, si el menor de todos estos males que se padeciese acá por muy pequeño espacio de tiempo, sería tan recio de llevar, ¿qué será padecer allí en un mismo tiempo toda esta muchedumbre de males en todos los miembros y sentidos interiores y exteriores, y esto no por espacio de una noche sola ni de mil, sinó de una eternidad infinita? ¿Qué sentido, qué palabras, qué juicio hay en el mundo que pueda sentir ni encarecer esto como es?

5. Pues no es esta la mayor de las penas que allí se pasan: otra hay sin comparacion mayor, que es la que llaman los teólogos pena de daño, la cual es haber de carecer para siempre de la vista de Dios y de su gloriosa compañía. Y aunque esta pena sea comun á todos los dañados, però muy mas grave será á aquellos que mayor aparejo tuvieron para gozar de este bien, como son primeramente todos los cristianos, á quien se predicó el Evangelio, y despues todos los malos Religiosos y Sacerdotes, los cuales asi como tuvieron mas á la mano este bien, asi se angustiarán mas por haberlo perdido.

6. Estas son las penas que generalmente competen á todos los condenados. Mas allen-

dē de estas penas generales hay otras particulares que allí padecerá cada uno conforme á la calidad de su delito. Porque una será allí la pena del soberbio, y otra la del envidioso, y otra la del avariento, y otra la del lujurioso, y así de los demás. En lo cual resplandecerá maravillosamente la sabiduría y la justicia divina; la cual en tan grande infinidad de culpas y de culpados sabrá tan perfectamente todos los excesos de cada uno, y medirá como con una balanza la pena de su delito, como dijo el Sábio (*Proverb. 16*): los juicios del Señor son peso y medida. ¡O qué cosa tan dolorosa para los malos, ver como allí les acertará Dios en las coyunturas! Y ¡qué cosa tan deleitable para los buenos, ver aquella tan maravillosa proporcion y consonancia de penas en tan grande muchedumbre de culpas! Allí se tasará el dolor conforme al deleite recibido; y la confusion conforme á la presuncion y soberbia; y la desnudez conforme á la demasia y abundancia; y la hambre y sed conforme al regalo y á la hartura pasada. Asi mandó Dios que fuese castigada aquella mala mujer del Apocalipsi (*17 et 18*) que estaba sentada sobre las aguas del mar, con un cáliz en la mano lleno de ponzoñosos deleites, contra la cual se fulminó aquella sentencia del cielo, que

decía: cuanto se ensalzó y gozó de sus deleites, tanto le dad de tormento y llanto.

7. A todas estas penas acompaña la eternidad del padecer, que es como el sello y llave de todas ellas; porque todo esto seria tolerable, si fuese finito; porque ninguna cosa es grande, si tiene fin. Mas pena que no tiene fin, ni alivio, ni declinacion, ni madanza, ni hay esperanza que se acabará jamas ni la pena, ni el que la da, ni el que la padece, sinó que es como un destierro preciso y como un sambenito irremisible que nunca jamas se quita, esto es cosa para sacar de juicio á quien atentamente lo considera.

8. De aqui nace aquel ódio rabiosísimo que los malaventurados tienen contra Dios, y aquellos reniegos y blasfemias que dicen contra Él. Porque como ellos tienen perdida ya la esperanza de su amistad, y saben que ya no han de volver mas en su gracia, ni se les ha de aflojar nada de la pena, y ven que Dios es el que los azota y el que los enclava desde lo alto, y el que los tiene presos en aquella cadena, embraécense en tanta manera contra Él, que dia y noche nunca cesan de blasfemar su santo Nombre.

9. Acabada la meditacion, sígase luego el hacimiento de gracias, el ofrecimiento y petition, como arriba se dijo en el capítulo segundo.

CAPÍTULO XIV.

Tratado de la consideracion de las penas del infierno en el cual se declara mas por extenso la meditacion pasada.

§ I. — *De las cosas para que ayuda en gran manera la consideracion de las penas del infierno.*

1. La consideracion de las penas del infierno es en gran manera provechosa para muchas cosas. Lo primero para movernos á los trabajos y asperezas de la penitencia, como se movia el bienaventurado S. Gerónimo; el cual dice de sí mismo, que por el gran miedo que habia concebido de las penas del infierno, se habia condenado á hacer tan áspera penitencia como él alli describe que hacia morando en el desierto.

2. Aprovecha tambien (como dice Ricardo) para vencer las tentaciones del enemigo, quando á la primera entrada del mal pensamiento ponemos luego delante el horror de estas penas, y apagamos la llama del deleite antes que arda, con la memoria de las llamas que para siempre arderán. Conforme á esto se escribe de uno de aquellos padres del yermo, que siendo una vez tentado del enemigo con

un mal pensamiento, puso la mano sobre unas brasas de fuego para ver si podia sufrir aquel poco de calor; y como no lo pudiese sufrir, volvi6se contra s3 mismo, y dijo: si no puedo sufrir este poco de calor por un espacio tan breve, ¿c3mo podr3 sufrir el fuego del infierno por espacio tan largo?

5. Aprovecha tambien esta consideracion para despertar en nuestros corazones el temor de Dios, el cual es principio de la sabiduria y comienzo de la caridad (*Eccles. 1 et 25*), y despues de ella es el mayor freno que podemos tener para todo lo malo. Y sobre todo esto aprovecha grandemente para temer el pecado visto el miserable galard6n que por 3l se da, que es la muerte perdurable. Por lo cual es mucho de maravillar c3mo los que esto creen y confiesan, osan cometer un pecado contra Dios. Dos grandes maravillas han acaecido en el mundo en este g3nero de cosas. La una, que habiendo nuestro Salvador hecho tantos milagros entre los hombres como hizo, hubiese muchos que no le quisiesen creer. Y la otra, que despues de haberlo ya creido, haya tantos que le osen ofender. Maravillosa cosa fu3 por cierto que habiendo el Se3or hecho un tan grande milagro, entre otros, como fu3 resucitar 3 L3zaro (*Joann. 11.*) de cua-

tro dias muerto, que muchos de los que allí se hallaron presentes, no quisiesen creer en Él: y maravilla es tambien que habiendo los hombres ya creido por su predicacion que hay pena y gloria para siempre, haya tantos que le osen ofender. Admirable cosa es ver despues de tales milagros tal infidelidad; y admirable es tambien ver despues de tal fé tales costumbres.

4. Mas porque esto mas viene por la falta de consideracion que de fé, por tanto es muy provechoso ejercicio considerar esto que nos dice la fé, para que entendida la gravedad de la pena, vivamos con mayor temor de la culpa, por la cual se merece tanta pena.

§ II.—*De dos maneras de penas que hay en el infierno.*

5. Y aunque sean innumerables las penas del infierno, todas ellas finalmente (como ya digimos) se reducen á dos, que son pena de sentido y pena de daño. Pena de sentido es la que atormenta los sentidos y cuerpos de los condenados: y pena de daño es haber de carecer para siempre de la vision y compañía de Dios. Estas dos maneras de penas responden á dos males y desórdenes que hay en el pecado: el uno de los cuales es amor desordenado de la criatura. y el otro es el menospre-

cio del Criador. Pues á estos dos males corresponden estas dos maneras de penas. Al amor y deleite sensual que se tomó en la criatura, corresponde la pena del sentido; para que el sentido que se deleitó contra lo que Dios mandaba, pague con el dolor de la pena la golosina de su culpa: y al menosprecio de Dios corresponde el perder para siempre al mismo Dios, porque pues el hombre primero lo desechó de sí, justo es que sea para siempre desechado de Él. Y porque entre estos dos males el postero (que es el menosprecio de Dios) es sin comparacion mayor que el primero, por eso la pena de daño (que á este mal corresponde) es sin comparacion mayor que la de sentido.

6. Comenzando pues por las penas de los sentidos exteriores, la primera es fuego de tan grande ardor y eficacia, que (segun dice S. Agustin) este nuestro de acá es como pintado, si se compara con él. Este fuego atormentará no solamente los cuerpos, sinó tambien las ánimas; y de tal manera las atormentará, que no las consumirá, porque asi la pena sea eterna. Lo cual dice S. Agustin que se hará por especial milagro: porque Dios, que dió su naturaleza á todas las cosas, dió esta propiedad á aquel fuego, que de tal manera atormente, que no consuma.

7. Pues mira tú ahora qué sentirán los malaventurados, estando siempre acostados en tal cama como ésta. Y para que mejor esto puedas entender, párate á imaginar lo que sentirias, si te echasen en una grande calera cuando ella estuviese mas viva y mas encendida, ó en algun grande horno de fuego, cual era aquel que encendió Nabucodonosor (*Dan. 3.*) en Babilonia, cuyas llamas subian cuarenta y nueve codos en alto, y por aqui podrás barruntar algo de lo que allí se pasará; porque si este nuestro fuego, que segun digimos, es como pintado, asi atormenta, ¿qué hará aquel que es verdadero? No me parece que seria necesario pasar adelante, si el hombre quisiese detenerse un poco en este paso, y hacer aqui una estacion hasta sentir esto como es.

8. Con esta pena se juntará otra contraria á ella, aunque no menos intolerable, que será un horrible frio, que con ninguno de los nuestros se puede comparar. el cual se dará por miserable refrigerio á los que arden en aquel fuego, pasandolos (como se escribe en *Job*) de las aguas de nieve (*Job. 24*) á los calores del fuego, para que no quede ningun género de tormento por probar á los que ningun género de deleite quisieron dejar de gustar.

9. Y no solamente los atormentará el frio

y el fuego, sinó tambien los mismos demonios con figuras horribles de fieras y monstruos espantables en que les aparecerán, los cuales con su vista atormentarán los ojos adúlteros y deshonestos, y los que se pintaron con artificiosos colores para ser lazos hermosos y redes de Satanás.

10. Esta pena es mucho mayor de lo que nadie puede pensar; porque si nos consta que algunas personas han perdido el sentido, y aun muerto de espanto, con la vista ó imaginacion de algunas cosas temerosas, y á veces la sospecha sola de ellas nos hace erizar los cabellos y temblar, ¿qué será el temor de aquel lago tenebroso, lleno de tan horribles y espantosas quimeras como allí se ofrecerán á los ojos de los malos? Especialmente si consideramos cuán horrible sea la figura del demonio, pues por tan terribles semejanzas nos la representa el mismo Dios en las Escrituras sagradas, como cuando en el libro de Job dijo así (*Job. 41*): ¿quién descubrirá la haz de su vestidura, y quién será poderoso para entrar en su boca, y quién abrirá las puertas con que se cubre su rostro? Al derredor de sus dientes está el temor: su cuerpo es como un escudo de acero, cubierto de escamas tan trabadas entre sí, que ni un poquito de aire puede colar por ellas.

Su estornudo es un resplandor de fuego , y sus ojos bermejean como los arreboles de la mañana. De su boca salen hachas como de teas encendidas , y de sus narices sale humo como de una olla que hierbe. Con su resuello hace arder las brasas y llamas que salen de su boca. Pues ¿ qué tanto nos espantará allí la vista de un tan horrible monstruo como por estas semejanzas es aquí figurado?

11. Al tormento de los ojos se añade otra pena terrible para las narices , que será un hedor incomportable que habrá en aquel lugar para castigo de los olores y atavíos que los hombres carnales y mundanos buscaron en este mundo , como lo amenaza Dios por Isaías , diciendo (*Isai. 3*): porque se envanecieron las hijas de Sion , y anduvieron los cuellos levantados ; halconeando con los ojos , y pavoneándose en su pasear , haciendo alarde de sus pompas y riquezas entre los flacos y desnudos ; por tanto el Señor les pelará los cabellos de la cabeza , con todos los otros atavíos profanos , y darles há en lugar de los suaves olores hedor , y en lugar de la cinta una soga , y en lugar de los cabellos ondeados la calva pelada ; y en lugar de la faja de los pechos un cilicio. Esta es la pena que se debe á los olores y atavíos de los hombres mundanos.

12. Para sentir algo de esta pena, párate á considerar aquel tan horrible género de tormento que un tirano crudelísimo inventó para justiciar los hombres, el cual tomando un cuerpo muerto, mandábalo tender sobre un vivo, y atando muy fuertemente al vivo con el muerto, dejábalos estar asi juntos, hasta que el muerto matase al vivo con la hediondez y gusanos que de él salían. Pues si te parece muy horrible este tormento, dime: ¿qué tal será aquel que procederá del hedor de todos los cuerpos de los condenados, y de aquel tan abominable lugar donde los malos están? Allí se dirán á cada uno de los miserables aquellas palabras de Isaías (14): descendió hasta los infiernos tu soberbia, y allí cayó tu cuerpo muerto: debajo de tí se tenderá la polilla, y la cobija que tendrás encima, serán gusanos.

13. Y si esta pena se da á las narices, ¿qué tales la que se dará á las orejas con las cuales se cometen mayores pecados? Estas pues serán atormentadas con perpetuas voces y clamores, y gemidos y blasfemias que allí sonarán. Porque asi como en el cielo no suena otra cosa siné Aleluya perpetua y alabanzas divinas, asi no suena otra cosa en esta infernal tienda de atormentadores, sinó blasfemias y maldiciones de Dios, y una desordenada me-

lodia de infinitas voces desiguales , que allí se cantarán al sonido de los martillos y golpes de los verdugos ; en la cual será tanta la confusión y variedad de las voces , y tan grandes los alaridos de toda aquella miserable carcelería , que ni cuando Troya se perdió , ni Roma se ardia , es todo nada en comparacion de lo que allí será.

14. Para sentir algo de esta pena , imagina ahora que pasases por un valle muy hondo , el cual estuviese lleno de una infinita muchedumbre de cautivos , heridos y enfermos , y que todos ellos estuviesen dando gritos y voces , cada uno de su manera , asi hombres , como mujeres , como niños y como viejos. Dime : ¿ qué parecería este ruido tan grande y de tanta confusión ? Pues ¿ qué parecerá aquel espantoso ruido de tan gran número de condenados , los cuales perpetuamente otra cosa no harán sinó gritar , blasfemar y renegar de Dios y de sus Santos ? ¿ Qué galera hay en el mundo que de tantos renegadores y forzados esté poblada ? Estos son los maitines que allí se cantan , esta es la triste capilla del príncipe de las tinieblas , y estos sus laudes y cantares , de los cuales serán hermanos y cofrades todos los murmuradores y maldicientes , y los que dieron sus oídos á las mentiras del enemigo.

15. Ni tampoco faltará á la lengua y al gusto regalado su tormento, pues leemos en el Evangelio (*Luc. 16*) la sed que padecía aquel rico goloso entre las llamas de sus tormentos, y las voces que daba al santo Patriarca, pidiéndole una sola gota de agua para refrescar la lengua que tenia tan abrasada.

§ III. — *Del tormento de los sentidos y potencias interiores del ánima.*

16. Gravísimas son todas estas penas de los sentidos exteriores del cuerpo; pero mucho mayores serán las de los sentidos interiores del ánima, á los cuales ha de caber tanto mayor parte de la pena, cuanto fueron mas negligentes en atajar la culpa. Porque primeramente la imaginacion será allí atormentada con una tan vehemente aprension de aquellos dolores, que en ninguna otra cosa pensará ni podrá pensar. Porque si vemos que cuando un dolor es muy agudo, no podemos, aunque queramos, apartar el pensamiento de él, porque el mismo dolor despierta la imaginacion para que otra cosa no piense sinó lo que le duele, ¿cuánto mas acaecerá esto allí, donde el dolor es sin comparacion mas intolerable? De esta manera la imaginacion avivará el dolor,

y el dolor á la imaginacion , para que asi por todas partes crezca el tormento del condenado. Estas serán las meditaciones continuas de aquellos que nunca quisieron, mientras vivian, acordarse de estas penas , para que los que no las quisieron pensar aqui para freno de su vida, las padezcan allí para castigo de su culpa.

17. La memoria tambien por su parte los atormentará, cuando allí se les acuerde de su antigua felicidad y de sus deleites pasados, por los cuales vinieron á padecer tales tormentos. Allí verán claramente cuán caro les costó aquella miserable golosina , y cuánta pimienta tenían aquellos bocados que tan dulces les parecian. Entre todas las maneras de adversidades, una de las mayores dice un Sabio, que es haberse visto en prosperidad , y despues venir á miseria. Pues cuando los ricos y poderosos de este mundo vuelvan los ojos atrás , y se acuerden de aquella primera prosperidad y abundancia en que vivieron , y vean como á aquella abundancia sucedió tanta esterilidad ; que no se les da una sola gota de agua , y que ya los regalos se trocaron en trabajos , y las delicadezas en miserias , y los olores en hedores , y las músicas en gemidos , ¿ qué tormento será tan grande el que con esta memoria recibirán ?

18. Mas mucho mayor aún será cuando se

pongan á medir la duracion de los placeres pasados con la de los dolores presentes; y vean como los placeres duraron un punto, y los dolores durarán para siempre. Pues ¿qué dolor será aquel, y qué gemido cuando echada bien esta cuenta, vean que todo el tiempo de su vida no fué mas que una sombra de sueño, y que por deleites que presto se acabaron, pasarán tormentos que nunca se acabarán?

19. Estas son las penas que padecerán en la memoria, acordándose de la felicidad pasada; pero mucho mayores serán las que padecerán en el entendimiento, considerando la gloria perdida. De aqui les nace aquel gusano remordedor de la conciencia, con que tantas veces amenaza la escritura divina (*Eccl. 7-Isai. 66 - Marc. 9.*), el cual noche y dia siempre morderá y roerá y se apacentará en las entrañas de los malaventurados. El gusano nace del madero, y siempre está royendo el madero de donde nació; y asi este gusano nació del pecado, y siempre tiene pleito con el mismo pecado que lo engendró.

20. Este gusano es un despecho y una penitencia rabiosa que tienen siempre los malos cuando consideran lo que perdieron, y la causa porque lo perdieron, y la oportunidad

que tuvieron para no perderlo. Esta oportunidad nunca se les quita de delante; ésta siempre (aunque en valde) les está comiendo las entrañas , y les hace estar siempre diciendo: ¡ ó malaventurado de mí , que tuve tiempo para ganar tanto bien , y no me quise de él aprovechar ! Tiempo hubo en que me ofrecían este bien , y me rogaban con el , y me lo daban de valde , y no lo quise. Por solo confesar y pronunciar por la boca mis pecados , me los perdonaban ; por solo pedir á Dios el remedio , me lo otorgaba ; por solo un jarro de agua fría me daba la vida perdurable. Ahora para siempre ayunaré y lloraré , y me arrepentiré de lo que hice , y todo será sin fruto. ¡ O cómo ya se pasó aquel tiempo , y nunca mas volverá ! ¿ Qué me dieron porque tanto aventuré ? Aunque me dieran todos los reinos y deleites del mundo , y que de ellos hubiera de gozar por tantos años cuantas arenas hay en la mar , todo esto era nada en comparacion de la menor pena que aqui se pasa. Y no dándome nada de esto , sinó una pequeña sombra de placer fugitivo , ¿ por esta tengo de llevar acuestas eterno tormento ? ¡ O malaventurado deleite , y malaventurado trueque , y malaventurado hora y punto en que asi me cegué ! ¡ O ciega de mí , ó miserable de mí , ó mil veces

malaventurado de mí, que así me engañé! Maldito sea quien me engañó, y maldito quien no me castigó, y maldito el padre que me regaló: maldita la leche que mamé, y el pan que comí, y la vida que viví. Maldito sea mi parto, y mi nacimiento, y todo cuanto ayudó y sirvió para que yo tuviese sér. Dichosos y bienaventurados los que nunca fueron, los que nunca nacieron, los vientres que no engendraron, y los pechos que no criaron.

21. De esta manera los miserables maldecirán á todas las criaturas, y principalmente á aquellas que les fueron causa de su perdicion. Así leemos en las vidas de los padres de un santo varon que vió en revelacion un pozo muy hondo lleno de grandes llamas de fuego, y en medio de ellas andaban un padre y un hijo atados uno á otro, maldiciéndose entre sí con grandísima rabia. El padre decía: maldito seas, hijo, que por dejarte rico, me hice usurero, y por esto me condené. Y el hijo decía: maldito seas, padre, que pensando que me hacias bien, me destruiste, pues me dejaste la hacienda mal ganada, por la cual me condené.

22. Sobre todo esto ¿cuáles serán los tormentos y dolores de la mala voluntad? En ella estará siempre una envidia rabiosa de la gloria de Dios y de sus escogidos, la cual les esta-

rá siempre royendo las entrañas, no menos que aquel gusano susodicho. De esta pena dice el Salmo (111): el pecador verá, y airarse há: con sus dientes regañará, y deshacerse há; y el deseo de los malos perecerá. Tendrán otrosí un tan grande aborrecimiento y ódio contra Dios, porque los detiene y castiga en aquel lugar, que así como el perro rabioso, herido con la lanza, se vuelve con gran furia á dar bocados en ella, así ellos querrian (si les fuese posible) despedazar á Dios, porque saben que Él es el que les hinca la lanza, y el que desde lo alto los hiere con la espada de su justicia. Tienen también grandísima obstinacion en lo malo, porque no les pesa, ni porque son malos, ni porque lo fueron, antes quisieran haber sido peores; y si les pesa por haber vivido mal, no es por amor que tengan con Dios, sino por su amor propio, y porque pudieran escusar aquellos tormentos, si de otra manera vivieran. Con esto tienen también una perpetua desesperacion, porque sienten tan mal de Dios y de su misericordia, que no esperan de ella que los podrá jamás perdonar, y aún porque están ciertos que nunca tendrán fin ni remedio sus penas. Y esta es la causa de sus blasfemias, y de aquel deslenguamiento contra Dios; porque como

ya no esperan nada de Él, procuran vengarse de Él en lo que pueden con sus lenguas rabiosas.

§ IV. — *De la pena que llaman de daño.*

23. ¿Quién podrá creer que despues de todas estas penas susodichas queda mas aún que padecer? Pues es cierto que todas estas penas son como nada en comparacion de lo que queda por decir. Mira tú cual será esta pena, pues tan horribles tormentos como los susodichos se llaman nada comparados con ella. Porque todas las penas que hasta aqui habemos dicho pertenecen por la mayor parte á la pena de sentido: queda despues de esta la pena de daño, que arriba tocamos, que es sin comparacion mayor. Lo cual parece claro por esta razon; porque no es otra cosa pena sinó privacion de algun bien que se poseía, ó se esperaba poseer; y quanto es mayor este bien, tanto es mayor la pena que se recibe quando se pierde, como parece claro en las pérdidas temporales, que quanto son de mayores bienes, tanto causan mayor dolor. Pues como Dios sea un bien infinito, y el mayor de todos los bienes, claro está que carecer de Él, será mal infinito, y el mayor de todos los males.

24. Demas de esto, como Dios sea centro del ánima racional, y el lugar donde ella tiene su reposo cumplido, de aqui nace que apartarse esta ánima de Dios, le es el mas penoso dolor y apartamiento de todos cuantos pueden ser. Por lo cual dice S. Crisóstomo, que mil fuegos del infierno que se juntasen en uno, no darían al ánima tanta pena, como le ha de dar este apartamiento de Dios.

25. No se puede explicar con palabras hasta dónde llegue este dolor. No es nada el apartamiento que suele intervenir en las guerras y cautiverios, y cuando quitan á los hijos de los pechos de sus madres, para lo que será aquella perpetua division y apartamiento. Pues para entender algo de esto, párate á mirar aquel tan horrible género de muerte con que algunos tiranos atormentaban á algunos Mártires, los cuales hacían bajar hasta el suelo dos ramas de dos grandes árboles, y á las dos puntas de ellas mandaban atar los pies del santo Mártir que querian ajusticiar; y esto hecho, mandábanlas soltar de presto, pára que resurtiendo ellas á sus lugares naturales; volase el cuerpo en lo alto, y lo despedazasen en el aire, llevándose cada una de las ramas su pedazo colgado. Pues si este apartamiento de las partes del cuerpo entre sí mismas era tan grande tormento, ¿qué

te parece que será aquel apartamiento de Dios, que no es la parte, sinó el todo de nuestra ánima, especialmente habiendo de durar, no tanto tiempo quanto fuese menester para subir las ramas á lo alto, sinó tanto quanto Dios fuere Dios?

§ V. — *De las penas particulares de los condenados.*

26. Sobre todas estas penas susodichas hay aún otras; porque estas son penas generales y comunes á todos los condenados, mas sobre estas hay otras particulares señaladas y proporcionadas á cada uno segun la calidad de su delito, como lo significó el profeta Isaías, cuando dijo (*Isai. 27*): medida se dará contra medida; porque así lo determinó el Señor en su corazon duro en el dia del estío. El estío significa el encendimiento y el furor de la ira divina. El corazon duro la terribilidad de la sentencia, que castigará culpas temporales con penas eternas. La medida contra medida será la cantidad y proporcion de la pena conforme á la calidad de la culpa. Porque allí ha de resplandecer la hermosura y órden de la divina justicia, dando á cada uno su merecido, segun la condicion de su pecado. De esta manera, dice un Doctor, que serán cástiga-

dos allí los avarientos con miserable necesidad. Los perezosos serán allí punidos con agujones encendidos. Los glotones serán atormentados con grandísima hambre y sed. Los carnales y deshonestos serán embestidos en llamas de piedra azufre hediondas. Los envidiosos aullarán con dolores entrañables como perros rabiosos. Los soberbios y presuntuosos serán llenos de perpetua confusion, y así todos los demás. Pues ¡ó idólatras del mundo, amadores de honra, allegadores de hacienda, inventores de nuevos trages, comidas y deleites! ¡ó ciudad triste y miserable de Babilonia (*Luc. 19*), quién tomase ahora llanto sobre tí, y te llorase otra vez con aquellas piadosas lágrimas del Salvador, diciendo: si conocieses ahora tú! ¡O si conocieses cuán caro te han de costar estos bocados, y cuán recios verdugos te han de ser allí esos ídolos que adoraste! Los que comen la fruta antes de tiempo es por fuerza que les haya de hacer dentera; y así porque los mundanos quisieron gozar antes de tiempo del descanso, y tener paraíso en el lugar de destierro, estaba claro que algún día les había de hacer dentera este bocado, según que lo amenaza Dios por su Profeta, diciendo (*Jerem. 31*): todo hombre que comiere las uvas acedas antes que madu-

ren, sepa cierto que le han de amargar. Pues aquel come las uvas antes que maduren, que quiere anticipar y prevenir en esta vida los deleites de la otra; al cual amargará despues este bocado, cuando sea castigado en el juicio de Dios, porque se adelantó á querer gozar y descansar antes de tiempo.

§ IV.—*De la eternidad de las penas del infierno.*

27. Y si todas estas penas son tan grandes, ¿qué será si juntamos con todas ellas la eternidad de los tormentos, y el nunca haberse de acabar? Pasados diez mil años, añadirse han otros cien mil; y despues de estos cien mil, añadirse han tantos millares de millones de años, cuantas estrellas hay en el cielo, y cuantas arenas hay en la mar; y despues de todo esto cumplido comenzarán á padecer de nuevo, y asi andará siempre la rueda perpetua de su tormento. Aparejado está, dice Isaías (30) desde ayer el valle de Tophet; aparejado está por mandamiento del Rey: su mantenimiento es fuego y mucha leña; y el soplo del Señor Dios de los ejércitos, asi como un arroyo de piedra azufre corriente, soplará en él. Este valle es el abismo de los infiernos, aparejado desde ayer; conviene sa-

ber, desde el principio del mundo, para castigo de los malos. Su manjar es fuego que abrasa y no acaba; y la materia que conserva este fuego, no es posible acabarse ni disminuirse con el tiempo. Y porque estén seguros que este fuego nunca se apagará, por eso tendrán los demonios siempre cargo de soplarlo y atizarlo, los cuales, como sean inmortales, nunca jamás se cansarán de soplar en él. Y si ellos se cansaren, por eso está ahí el soplo de Dios eterno, que nunca se cansará. Gran cosa sería si pudiesen los hombres entender algo de esta duracion como es; porque sin duda esto sería un gran freno de nuestra vida. Y por esto no será fuera de propósito traer aqui algunos ejemplos de cosas semejantes, para que por ellos se pueda entender algo de lo que esto es.

28. Párate pues á pensar aquella manera de tormento que se usa en algunas provincias, donde queman vivos á los malhechores; y cuanto es mayor su delito, tanto los queman con menor fuego, para que asi sea mas largo su tormento. Mas ¿qué tanto mas será lo que con esta tan ingeniosa crueldad se podrá añadir de espacio al tormento? Apenas podrá ser un dia natural. Pues dime ahora, ruégote; si tan terrible y tan inhumano linage de tor-

mento es el que aún no dura un día entero, y con poco fuego, ¿qué tal será aquel que dura por una eternidad, y con fuego tan grande? ¿Hay matemático en el mundo que pueda señalar aquí la ventaja que hay de uno á otro? Pues si por escapar un hombre de aquel tormento, no habria peligro, ni camino, ni trabajo á que no se pusiese, ¿qué sería razon que todos hiciésemos por escapar de este tormento?

29. Piensa tambien cuán terrible género de tormento era aquel que inventó aquel cruelísimo tirano Phaláris, de quien se escribe, que mandaba meter el hombre que habia de justiciar en el vientre de un toro hecho de metal, y que le hacía dar fuego por bajo, para que el hombre miserable con el calor del hierro se fuese poco á poco quemando, y no pudiese huir, ni se pudiese amparar, ni tuviese otro remedio sinó arder y bramar, y volquearse en aquel tan estrecho aposento hasta morir. ¿Quién oye decir esto, que no se le estremezcan las carnes en solo pensarlo? Pues dime ahora, cristiano, ¿qué es todo esto en comparacion de lo que aquí tratamos, sinó un sueño de aire? Pues si solo pensar esto nos espanta, ¿qué hará no pensar sinó padecer este tormento? Verdaderamente cosa es tan grande el penar para siempre,

que aunque no fuera mas que uno solo entre todos los hijos de Adan el que de esta manera hubiera de padecer, bastaba para hacernos temblar á todos. Porque no era mas que uno entre los discípulos de Cristo el que le habia de vender, y cuando Él dijo (*Matth. 26*): uno de vosotros me ha de entregar, todos comenzaron á temer y entristecerse, por ser aquel caso tan grave. Pues ¿cómo no temblamos nosotros sabiendo cierto que es infinito el número de los locos, y que es estrecho el camino de la vida? ¿Y que el infierno ha dilatado sus senos para recibir los muchos que van á él (*Eccl. 1. Matth. 7. Isaiaë 5*)? Si esto no creemos, dónde está la fé? Y si lo creemos y confesamos, ¿dónde está el juicio y la razon? Y si hay juicio y razon, ¿cómo no andamos dando gritos y voces por las calles? ¿Cómo no nos vamos por esos desiertos, como hicieron muchos de los Santos, á hacer vida entre las bestias por escapar de estos tormentos? ¿Cómo dormimos de noche? ¿Cómo no perdemos el seso, imaginando en tan extraño peligro, pues otros menores acaecimientos han bastado, no solo para desvelar y sacar de juicio los hombres, sinó tambien para acabarles la vida?

30. Pues esta es la mayor pena de los mi-

serables, saber que Dios y su pena corren á la pareja; y por esto su mal no tendrá consuelo, porque su pena no tiene fin. Si los malaventurados creyesen que despues de cien mil cuentos de años su pena se habia de acabar, esto solo tendrian por grandísimo consuelo, porque todo esto, aunque tarde, tendria fin. Mas su pena no le tiene; porque (como dice S. Gregorio) dasé allí á los malos muerte sin muerte, y fin sin fin, y defecto sin defecto; porque allí la muerte siempre vive, y el fin siempre comienza, y el defecto no sabe desfallecer. Por eso dijo el Profeta (*Psalm. 48*): asi como ovejas estan puestos en el infierno, y la muerte los pacerá. La yerba que se paca no se arranca del todo, porque queda viva la raiz, que es el origen de la vida, la cual la hace tornar á revivir para que otra vez se pueda paca. Y por esto es inmortal el pasto de los campos, porque siempre se paca, y siempre revive. Pues de esta manera se apacentará la muerte en los malaventurados; y asi como la muerte no se puede morir, asi nunca se hartará de este pasto, ni se cansará en este oficio, ni acabará jamás de tragar este bocado, porque ella tenga siempre que comer, y ellos siempre que padecer.

CAPÍTULO XV.

Meditaciones para el Sábado en la noche.

Este dia , será la meditacion de la bienaventuranza de la gloria.

1. Este dia , hecha la señal de la cruz , con la preparacion que se puso en el capitulo segundo , podrás pensar en la bienaventuranza de la gloria. Esta consideracion es tan provechosa , que si fuese ayudada con lumbre de viva fé , bastaria para hacernos dulces todos los trabajos y amarguras que pasásemos por este bien. Porque si el amor de la hacienda hace dulces los trabajos que se pasan por ella , y el amor de los hijos hace desear á la mujer los dolores del parto , ¿ qué haria el amor de este soberano bien , en cuya comparacion todos los otros no son bienes? Y si del patriarca Jacob se dice (*Genesis 29*) que le parecian poco los siete años de servicio por el amor grande que tenia á Raquel , ¿ qué haria el amor de aquella infinita hermosura , y de aquel eterno casamiento , si con ojos de fe viva se contemplase?

2. Pues para entender algo de este bien , puedes considerar estas cinco cosas entre otras que hay en él ; conviene saber , la escelencia del lugar , el gozo de la compañía , la vision de



L. W. R. G. S.

Dios, la gloria de los cuerpos, y finalmente el cumplimiento de todos los bienes que allí hay.

3. Primeramente considera la escelencia del lugar, y señaladamente la grandeza de él, que es admirable. Porque cuando el hombre lee en algunos gravísimos autores, que cualquiera de las estrellas del cielo es mayor que toda la tierra; y (lo que mas es) que algunas hay entre ellas de tan notable grandeza, que son noventa veces mayores que toda ella; y con esto alza los ojos al cielo, y vé en él tanta muchedumbre de estrellas, y tantos espacios vacíos, donde podrian caber muchas mas, ¿cómo no se espanta? ¿Cómo nó queda atónito y fuera de sí, considerando la inmensidad de aquel lugar, y mucho mas la de aquel soberano Maestro que de nada lo crió?

4. Pues la hermosura de él no se puede explicar con palabras: porque si en este valle de lágrimas y lugar de destierro crió Dios cosas tan admirables y de tanta hermosura, ¿qué habrá criado en aquel lugar, que es aposento de su gloria, tronode su grandeza, palacio de su Majestad, casa de sus escogidos, y paraíso de todos los deleites?

5. Despues de la escelencia del lugar, considera la nobleza de los moradores de él (*Daniel 7*) cuyo número, cuya santidad, cuyas riquezas y hermosura escede á todo lo que

se puede pensar. S. Juan dice (*Apoc. 5 et 7*) que es tan grande el número de los escogidos, que nadie basta para poderlos contar. San Dionisio dice que son tantos los Ángeles, que esceden, sin comparacion, todas cuantas cosas materiales hay en la tierra. Santo Tomás, conformándose con este parecer, dice (*1. p. q. 50. artic. 3*) que así como la grandeza de los cielos escede á la de la tierra sin proporcion, así la muchedumbre de aquellos espíritus gloriosos escede á la de todas las cosas materiales que hay en este mundo, con esta misma ventaja y proporcion. Pues ¿qué cosa puede ser mas admirable? Por cierto cosa es esta, que si bien se considerase, bastaba para dejar atónitos á todos los corazones. Y si cada uno de los Ángeles (aunque sea el menor de ellos) es mas hermoso que todo este mundo visible, ¿que será ver tanto número de Ángeles tan hermosos, y ver las perfecciones y oficios que cada uno de ellos tiene en aquella soberana ciudad? Allí discurren los Ángeles, ministran los Arcángeles, triunfan los Principados, alégranse las Potestades, enseñoreanse las Dominaciones, resplandecen las Virtudes, relampaguean los Tronos, lucen los Querubines, y arden los Serafines, y todos cantan alabanzas á Dios. Pues si la compañía

y comunicacion de los buenos es tan dulce y amigable, ¿qué será tratar allí con tantos buenos, hablar con los Apóstoles, conversar con los Profetas, comunicar con los Mártires, y finalmente con todos los escogidos?

6. Y si tan grande gloria es gozar de la compañía de los buenos, ¿qué será gozar de la compañía y presencia de aquel á quien alaban las estrellas de la mañana, de cuya hermosura el sol y la luna se maravillan, ante cuyo acatamiento se arrodillan los Ángeles, y de cuya presencia se glorían los hombres (*Job. 38*)? ¿Qué será ver aquel bien universal, en quien estan todos los bienes, y aquel mundo mayor, en quien están todos los mundos, y aquel que, siendo uno, es todas las cosas, y siendo simplicísimo, abraza las perfecciones de todas? Si tan grande cosa fué oír y ver al Rey Salomón, que decia la reina Sabá (*3. Reg. 10*): bienaventurados los que asisten delante de tí, y gozan de tu sabiduría, ¿qué será ver aquel sumo Salomón, aquella eterna sabiduría, aquella infinita grandeza, aquella inestimable hermosura, aquella inmensa bondad, y gozar de ella para siempre? Esta es la gloria esencial de los Santos, este es el último fin y centro de todos nuestros deseos.

7. Considera despues de esto la gloria de

los cuerpos, en los cuales ninguna cosa habrá que no esté glorificada (1. *Cor.* 15); porque allí cada uno de los miembros y sentidos tendrá su particular gloria y objeto en que se deleite; y allí los cuerpos gozarán de aquellas cuatro singulares dotes, que son sutileza, ligereza, impasibilidad y claridad, la cual será tan grande, que cada uno de aquellos cuerpos resplandecerá como el sol en el reino de su Padre (*Math.* 13, *Sap.* 5), Pues si no mas de un sol que está en medio de este cielo basta para dar luz y alegría á todo el mundo, ¿qué harán tantos soles y lámparas como allí resplandecerán?

8. Finalmente, por abreviar, en esta gloria se hallarán en uno todos los bienes, y de ella estarán desterrados todos los males. Allí habrá salud sin enfermedad, libertad sin servidumbre, hermosura sin fealdad, inmortalidad sin corrupcion, abundancia sin necesidad, sosiego sin turbacion, seguridad sin temor, conocimiento sin error, hartura sin hastío, alegría sin tristeza, y honra sin contradiccion. Allí será, dice S. Agustin, verdadera la gloria, donde ninguno será alabado por error ni por lisonja. Allí será verdadera la honra, la cual ni se negará al que la mereciere, ni se dará á quien no la mereciere. Allí será verdadera la paz, donde ni de sí ni de otro será el hombre molestado.

El premio de la virtud será el mismo que dió la virtud y prometió á sí por galardón de ella, que es el mayor y mejor de todas las cosas. Él será el fin de nuestros deseos, el cual se verá sin fin, y se amará sin hastío, y será alabado sin cansancio. Allí el lugar es ancho, hermoso, resplandeciente y seguro: la compañía muy buena y agradable: el tiempo de una manera, no ya distinto en tarde y mañana, sinó continuado con una simple eternidad. Allí habrá perpetuo verano, que con el frescor y aire del Espíritu Santo siempre florece. Allí todos se alegran, todos cantan, y todos siempre alaban á aquel Sumo dador de todo, por cuya largueza viven y reinan en su gloria. ¡O ciudad celestial, morada segura, tierra donde se halla todo lo que deleita, pueblo sin murmuracion, vecinos quiétos, y hombres sin ninguna necesidad! ¡O si se acabase ya esta contienda! ¡O si se concluyesen los días de mi destierro! ¡O como se alarga el tiempo de mi peregrinacion (*Psalm. 41*)! ¿Cuándo llegará este día? ¿Cuándo vendré, y pareceré ante la cara de mi Dios?

9. Acabada la meditacion, sígase luego el hacimiento de gracias, el ofrecimiento y peticion, como arriba se dijo en el capítulo segundo.

CAPÍTULO XVI.

Tratado de la consideracion de la gloria del paraiso, en el cual se declara mas por extenso la meditacion pasada.

§ 1. — *De lo que ayuda la meditacion de la bienaventuranza de la gloria para animarnos á todos los trabajos que se han de pasar por ella.*

1. Una de las cosas en que mas convenia tener siempre los ojos puestos en este valle de lágrimas, es la bienaventuranza de la gloria; porque esta sola consideracion bastaria para animarnos á todos los trabajos que se han de pasar por ella. Cuando prometió Dios al Patriarca Abraham la tierra de promision (*Genes. 15*), mandóle que la anduviese y la rodease toda, diciendo: levántate, y pasea toda esta tierra en ancho y en largo, y mírala por todas partes, porque á tí la tengo de dar. Levántate pues ahora, ánima mia, á lo alto, dejados acá bajo todos los cuidados y negocios terrenos, y vuela con álas de espíritu á aquella noble tierra de promision, y mira con atencion la longura de su eternidad, y la anchura de su felicidad, y la grandeza de sus riquezas, con todo lo demas que hay en ella.

2. De la reina Sabá se escribe (*Reg. 10*) que oída la fama de Salomón, vino á la ciudad de Jerusalén para ver las grandezas y maravillas que de aquel Rey le decian. Y pues no es menor la fama de aquella celestial Jerusalén, y de aquel sumo Rey que la gobierna, sube tú ahora con el espíritu á esta noble ciudad á contemplar la sabiduría de este Rey soberano, y la hermosura de este templo, y el servicio de esta mesa, y las órdenes de los que la sirven, y las libreas de los criados, y la policía y gloria de esta noble ciudad. Porque si sabes mirar cada cosa de estas, por ventura será tu espíritu levantado sobre sí, y conocerás que ni aún la mas pequeña parte de esta gloria te ha sido denunciada. Mas para esto es menester especial lumbré de Dios, como lo significó el Apóstol cuando dijo (*Ephes. 1*) suplico á aquel Dios de la gloria, y Padre de nuestro Señor Jesucristo, os dé espíritu de sabiduría, y alumbre los ojos de vuestro corazón, para que conozcais, qué tan grande sea la esperanza de vuestro llamamiento, y las riquezas de aquella heredad y gloria que El tiene aparejada para los Santos.

3. Y aunque en esta gloria haya muchas cosas que contemplar, mas particularmente puedes tú ahora considerar estas cinco mas

principales, que arriba tocámos; conviene saber, la escelencia del lugar, el gozo de la compañía, la vision de Dios, la gloria de los cuerpos, y la duracion y eternidad de todos estos bienes tan grandes.

§ II. — *De la hermosura y escelencia del lugar de la gloria.*

4. Primeramente considera la hermosura del lugar, la cual en figura nos describe San Juan en el Apocalipsi (21) por estas palabras; uno de los siete Ángeles habló conmigo, diciéndome: ven, y mostrarte hé la esposa, mujer del cordero. Y levantóme en espíritu en un monte alto y grande, y mostróme la ciudad de Jerusalén que descendia del cielo; la cual resplandecía con la claridad de Dios: y la lumbré de ella era semejante al resplandor de las piedras preciosas. Tenia esta ciudad un muro grande y alto, en el cual habia doce puertas, y en las puertas doce Ángeles, segun el número de las puertas. Los cimientos de los muros de esta ciudad eran todos labrados de piedras preciosas; y las doce puertas de ella eran doce piedras preciosas, cada puerta de su piedra; y la plaza de esta ciudad era oro limpio, semejante á un vidrio muy claro.

Y templo no ví en ella, porque el Señor Dios Todopoderoso es su templo y el Cordero. Y la ciudad no tiene necesidad de sol ni luna que la den lumbre, porque la claridad de Dios la alumbrá, y la lámpara que en ella arde, es el Cordero. Y mostróme también el Ángel un rio de agua viva, claro así como un cristal, el cual salía de la silla de Dios y del Cordero; y en medio de la plaza y de la una ribera del rio, y de la otra estaba plantado el árbol de la vida, que llevaba doce frutos en el año, cada mes el suyo; y las hojas de este árbol eran para salud de las gentes (*Ezech. 47*). Todo género de maldicion nunca jamás allí se verá, sinó la silla de Dios y del Cordero allí estarán, y sus siervos le servirán, y ellos verán su cara, y tendrán el nombre de Él escrito en sus frentes, y reinarán en los siglos de los siglos.

5. Hé aquí, hermano, dibujada la hermostira de esta ciudad, no para que hayas de pensar que hay en ella estas cosas así materialmente como suenan las palabras, sinó para que por estas entiendas otras mas espirituales y mas escelentes que por estas se nos figuran.

6. El asiento de esta ciudad es sobre todos los cielos: la grandeza y anchura de ella excede toda medida. Porque si cada una de las estrellas del cielo es tan grande como arriba

digimos; ¿qué tan grande será aquel cielo que abraza todas las estrellas y todos los cielos? No hay grandeza en el mundo que con esta se pueda comparar. Porque (como dice un Santo) desde los términos occidentales de España hasta los últimos de las Indias corre un navío, si le hace tiempo, en pocos días; mas aquella region del cielo á estrellas mas ligeras que rayos dá que caminar por muchos años.

7. Pues si preguntas por las labores de su edificio, no hay lengua que esto pueda declarar. Porque si esto que parece por defuera á los ojos mortales es tan hermoso, ¿qué será lo que allá está guardado á los ojos inmortales? Y si vemos que por manos de los hombres se hacen aqui algunas obras tan vistosas y de tanta hermosura, que espantan á los ojos de quien las mira; ¿qué será lo que tendrá obrado la mano de Dios en aquella casa real, y en aquel sacro palacio, y en aquella casa de soláz, que Él edificó para gloria de sus escogidos? ¡O cuán amables son dice el Profeta (*Psalm. 83*) tus tabernáculos, Señor Dios de las virtudes! Codicia y desfallece mi ánima contemplando los palacios del Señor.

8. Lo que principalmente suele ennoblecer las ciudades, es la condicion de los ciuda-

danos: si son nobles, si son muchos y concordados entre sí. Pues ¿quién podrá declarar en esta parte la excelencia de esta ciudad? Todos sus moradores son hijosdalgo, y ninguno hay entre ellos de baja suerte, porque todos son hijos de Dios. Son tan amigables entresí, que todos ellos son un ánima y un corazón; y así viven en tanta paz, que la misma ciudad tiene por nombre Jerusalén, que quiere decir vision de paz. Y si quieres saber el número y poblacion de esta ciudad, á esto te responderá S. Juan en el Apocalipsis (7), diciendo que vió en espíritu una tan grande compañía de bienaventurados, que no bastaria nadie para los contar, la cual habia sido recogida de todo linage de gentes, pueblos y lenguas. Los cuales estaban en presencia del trono de Dios y de su Cordero, vestidos de ropas blancas, y con palmas triunfales en las manos, cantando á Dios cantares de alabanza. Con lo cual concuerda lo que el profeta Daniel (*Dan. 7*): significa de este sagrado número diciendo millares, de millares servian al Señor de la Majestad, y diez veces cien mil millares asistian delante de Él.

9. Y no pienses que por ser tantos, están desordenados, porque no es allí la muchedumbre causa de confusion, sinó de mayor



L. BURTON

orden y armonía. Porque aquel que con tan maravillosa consonancia ordenó los movimientos de los cielos y los cursos de las estrellas, llamando á cada una por su nombre, ese ordenó todo aquel innumerable ejército de bienaventurados con tan maravilloso concierto, dando á cada uno su lugar y gloria, segun su merecimiento. Y asi un lugar es el que allí tienen las Vírgines, otro los Confesores, otro los Santos Mártires, y otro los Patriarcas y Profetas, otro los Apóstoles y Evangelistas, y asi todos los demás. Y de la manera que estan repartidos y aposentados los hombres, asi lo estan en su manera los Ángeles, divididos en tres gerarquías, las cuales se reparten en nueve coros, sobre todos los cuales reside el trono de la serenísima Reina de los Ángeles, que sola ella hace coro por sí, porque no tiene par ni semejante. Y sobre todos finalmente preside aquella santísima humanidad de Cristo, que está asentada á la diestra de la Majestad de Dios en las alturas.

10. Tú, ánima cristiana, discurre por estos coros, pasea por estas plazas y calles, mira la orden de estos ciudadanos, la hermosura de esta ciudad, y la nobleza de estos moradores. Salúdalos á cada uno por su nombre, y pídeles el sufragio de su oración. Saluda

tambien esa dulce pátria; y como peregrino que la vé aún desde lejos, envíale con los ojos el corazon, diciendo: Dios te salve, dulce pátria, tierra de promision, puerto de seguridad, lugar de refugio, casa de bendicion, reino de todos los siglos, paraíso de deleites, jardin de flores eternas, plaza de todos los bienes, corona de todos los justos, y fin de todos nuestros deseos. Dios te salve, madre nuestra, esperanza nuestra, por quien suspiramos, por quien hasta ahora damos gemidos y peleamos, pues no ha de ser en tí coronado sinó el que fielmente peleáre (2. *Timoth.* 2).

§ III. — *Del segundo gozo que el ánima recibirá con la compañía de los Santos.*

11 ¿Quién podrá despues de este gozo declarar el que se recibirá con aquella tan dichosa compañía? Porque alli la virtud de la caridad está en toda su perfeccion, á la cual pertenece hacer todas las cosas comunes. Aquella peticion del Salvador que dice (*Joann.* 17), ruégote, Padre, que ellos sean una misma cosa por amor, asi como nosotros lo somos por naturaleza; alli es donde perfectamente se cumple, porque alli son todos entre sí mas unos que los miembros de un mismo cuerpo, porque todos participan un mismo espíritu, el

cual dá á todos un mismo sér y una bienaventurada vida. Si no dime: ¿qué es la causa por qué los miembros de un cuerpo tienen entre sí tan grande unidad y amor? La causa es porque todos ellos participan de una misma forma, que es una misma ánima, la cual dá á todos ellos un mismo sér y una vida. Pues si el espíritu humano tiene virtud para causar tan grande unidad entre miembros de tan diferentes oficios y naturaleza, ¿qué mucho es que aquel Espíritu divino, por quien viven todos los escogidos (que es como ánima comun de todos), cause entre ellos otra mayor y mas perfecta unidad, pues es mas noble causa y de mas excelente virtud, y que da mas noble ser?

12. Pues dime ahora, si esta manera de unidad y amor hace todas las cosas comunes, asi las buenas como las malas (como lo vemos en los miembros de un mismo cuerpo, y en el amor de las madres para con los hijos, las cuales huelgan tanto con los bienes de ellos como con los suyos propios); siendo esto así, ¿qué gozo tendrá allí un escogido de la gloria de todos los otros, pues á cada uno de ellos ama como á sí mismo? Porque (como dice S. Gregorio) aquella heredad celestial para todos es una, y para cada uno toda: porque de los gozos de todos recibe cada uno tan grande ale-

gría como si él mismo los poseyera. Pues ¿qué se sigue de aquí, sinó que pues es casi infinito el número de los bienaventurados, serán casi infinitos los gozos de cada uno de ellos? ¿Qué se sigue, sinó que cada uno tendrá las excelencias de todos, pues lo que no tuviere en sí, tendrá en los otros? Estos son espiritualmente aquellos siete hijos de Job (1), entre los cuales habia tan grande amor y comunicacion, que cada uno de ellos por su orden hacia un dia de la semana su convite á todos los otros; de donde resultaba, que no menos participaria cada uno de la hacienda de los otros que de la suya propia; y asi lo propio era comun de todos, y lo comun propio de cada uno. Esto obraba en aquellos santos hermanos el amor y la hermandad. Pues ¿cuánto mayor es la hermandad de los escogidos, cuánto mayor el número de los hermanos, y cuántos mas bienes y riquezas de que gozar? Pues segun esto, ¿qué convite será aquel que nos harán allí los Serafines, que son los mas altos espíritus y mas allegados á Dios, cuando descubran á nuestros ojos la nobleza de su condicion, y la claridad de su contemplacion, y el ardor ferventísimo de su amor? ¿Qué convite harán luego los Querubines, donde estan encerrados los tesoros de la sabiduria de Dios?

¿Cuál será el de los Tronos y Dominaciones, y de todos los otros bienaventurados espíritus? ¿Qué será gozar y ver allí señaladamente aquel ejército glorioso de los Mártires, vestidos de ropas blancas, con sus palmas en las manos, y con las insignias gloriosas de sus triunfos? ¿Qué será ver juntas aquellas once mil Vírgines, y aquellos diez mil Mártires, imitadores de la gloria y de la cruz de Cristo, con otra muchedumbre innumerable? ¿Qué gozo será ver aquel glorioso Diácono con sus parrillas en la mano, resplandeciendo mucho mas que las llamas en que ardió, desafiando los tiranos, y cansando los verdugos con paciencia inexpugnable? ¿Cuál será ver la hermosísima virgen Catalina, coronada de rosas y azucenas, vencida la rueda de las navajas con las armas de la fe y de la esperanza? ¿Qué será ver aquellos siete nobles Macabeos con la piadosa y valerosa madre (*Machab. 7*), despreciando las muertes y los tormentos por la guarda de la ley de Dios? ¿Qué collar de oro y de perdrería será tan hermoso de mirar como el cuello del glorioso Bautista, que quiso antes perder la cabeza que disimular la torpeza del Rey adúltero (*Matth. 14*)? ¿Qué púrpura resplandecerá tanto como el cuerpo del bienaventurado S. Bartolomé por Cristo desollado? ¿Pues

qué será ver el cuerpo de san Esteban con los golpes de las piedras señalado (*Actor. 7*), si-
 nó ver una ropa rozagante, sembrada de rubíes
 y esmeraldas? Y vosotros, Príncipes gloriosos
 de la Iglesia Cristiana, ¿qué tanto resplande-
 ceréis, el uno con la espada, y el otro con el
 estandarte glorioso de Cristo, con quien fuis-
 teis coronados? ¿Pues que será gozar de cada
 una de todas estas glorias como si fuese pro-
 pia? ¿O convite glorioso! ¿O banquete real!
 ¿O mesa digna de Dios y de sus escogidos!
 Váyanse pues los mundanos á sus banquetes
 sucios y carnales á romper los vientres con
 sus excesos y demasías. Tal convite como es-
 te convenia para Dios, donde tales manjares
 se sirviessen.

13. Sube aún mas arriba sobre todos los
 coros de los Angeles, y hallarás otra gloria sin-
 gular, la cual maravillosamente alegra toda
 aquella corte soberana, y embriaga con ma-
 ravilloso dulzor la ciudad de Dios. Alza los
 ojos, y mira aquella Reina de misericordia lle-
 na de claridad y hermosura, de cuya gloria se
 maravillan los Angeles, y de cuya grandeza
 se glorían los hombres. Esta es la Reina del
 cielo (*Apoc. 12*), coronada de estrellas, y
 vestida del sol, calzada de la luna, y bendi-
 ta sobre todas las mujeres. Mira pues qué go-

zo será ver esta Señora y Madre nuestra, no ya de rodillas ante el pesebre, no ya con los sobresaltos y temores de lo que aquel santo Simeon la habia profetizado (*Luc. 2*); no ya llorando y buscando por todas partes al Niño perdido, sinó con inestimable paz y seguridad asentada á la diestra del Hijo, sin temor de perder jamás aquel tesoro. Ya no será menester buscar el silencio de la noche secreta para escapar el Niño de las celadas de Herodes (*Matth. 2*), huyendo á Egipto. Ya no se verá mas al pie de la cruz (*Joann. 19*), recibiendo sobre su cabeza las gotas de sangre que de lo alto caían, y llevando en su manto perpetua memoria de aquel dolor. Ya no padecerá mas el agravio de aquel triste cambio, cuando le dieron al discípulo por el Maestro, y al criado por el Señor. Ya no se oirán mas aquellas tan dolorosas palabras que debajo de aquel árbol sangriento con muchas lágrimas decia (*2. Reg. 18*): ;quién me diese que yo muriese por tí Absalón, hijo mio, hijo mio Absalón! Ya todo esto se acabó, y la que en este mundo se vió mas afligida que toda pura criatura, se verá ensalzada sobre toda criatura, gozando para siempre de aquel sumo bien, y diciendo (*Cant. 3*): ballado hé aquel que ama mi ánima: téngole, no le dejaré.

14. Y si este es tan grande gozo, ¿qué será ver aquella sacratísima humanidad de Cristo, y la gloria y hermosura de aquel cuerpo que por nosotros fué tan afeado en la cruz? Cosa será por cierto (como dice S. Bernardo) llena de toda suavidad, que vean los hombres á un hombre Criador de los hombres. Por honra propia tienen los deudos ver un deudo hecho Cardenal ó Papa; pues ¿cuánto mayor honra será ver aquel Señor, que es nuestra carne y nuestra sangre, asentado á la diestra del Padre, y hecho Rey de cielos y tierra? ¿Qué ufanos estarán los hombres entre los Ángeles, cuando vean que el Señor de la posada y el comun Criador de todos no es Angel sinó hombre? Si los hombres tienen por honra suya la que se hace á su cabeza (por la grande union que hay entre ellos y ella), ¿qué será allí donde tan estrecha es la union de los miembros y de la cabeza? ¿Qué será, sinó que todos tengan por suya propia la gloria de su Señor? Este será un gozo tan grande, que ningunas palabras bastan á darle debido encarecimiento, Pues ¿quién será tan dichoso, que merezca gozar de tanto bien? ¡O quien te me diese, hermano mio, que te mantienes de los pechos de mi madre, que te hallase yo allá fuera (*Cant. 8*), y te diese paz con labios de

devocion , y te abrazase con brazos de amor!
 ; O dulcísimo Señor ! ; cuándo será este dia?
 ; Cuándo pareceré delante de tu cara ? ; Cuán-
 do me verá harto de tu hermosura ? ; Cuán-
 do verá ese rostro en que desean mirar los
 Angeles ? (1. *Petr.* 1)

§ IV. — *Del tercer gozo que el ánima recibirá con
 la vision clara de Dios.*

15. Pues ; qué será sobre todo esto ver cla-
 ramente aquella divina cara , en que consiste
 la gloria esencial de los Santos ? Grandes mo-
 tivos de gloria son todos los que hasta aqui
 habemos dicho ; mas todos son pequeños , si se
 comparan con éste . De Isachar se dice , que
 vió el descanso que era bueno , y la tierra muy
 buena , y que por esto puso los hombros al
 trabajo , y se hizo tributario (*Gen.* 49). El
 descanso y la gloria de los Santos buena es ;
 mas la tierra que lleva á este descanso , muy
 buena es en superlativo grado ; porque esta es
 la cara y la hermosura de Dios . de cuya vista
 procede el descanso y gloria de ellos . Esta es
 la que sola basta para dar á nuestras ánimas
 cumplido reposo ; porque toda la dulcedum-
 bre y suavidad de las criaturas bien puede dar
 deleite al corazon humano , mas no hartura .

Pues si todos estos bienes susodichos tanto deleitan; ¿cuánto deleitará aquel bien que tiene en sí la perfeccion y suma de todos los bienes? Y si la sola vista de las criaturas es tan gloriosa, ¿qué será ver aquella cara, aquella lumbre y aquella hermosura, en quien resplandecen todas las hermosuras? ¿Qué será ver aquella esencia tan admirable, tan simplicísima y tan comunicable, y ver en ella de una vista el misterio de la beatísima Trinidad, la gloria del Padre, la sabiduría del Hijo, y la bondad y amor del Espíritu Santo?

16. Allí verémos á Dios, y verémos á nos, y verémos todas las cosas en Dios. Dice S. Fulgencio que asi como el que tiene un espejo delante, vé al espejo, y vé á sí mismo en el espejo, y vé todas las otras cosas que estan delante del espejo, asi cuando tengamos aquel espejo sin mancilla de la Majestad de Dios presente, verémos á Él, y verémos á nos en él, y despues todo lo que está fuera de él, segun el conocimiento mayor ó menor que tuviéremos de él. Allí descansará el apetito de nuestro entendimiento, y no deseará mas saber, porque tendrá delante todo lo que se puede saber. Allí descansará el de nuestra voluntad, amando aquel bien universal en quien estan todos los bienes, fuera del cual no hay mas

que gozar. Allí reposará nuestro deseo con el bocado de aquel 'soberano gozo, que de tal manera henchirá la boca de nuestro corazón, que no le quedará mas que desear. Allí serán perfectamente remuneradas aquellas tres virtudes con que Dios es aqui honrado; conviene saber, fe, esperanza y caridad: cuando á la fe se dé por premio la clara vision, á la esperanza la posesion, y á la caridad imperfecta la caridad en toda su perfeccion. Allí verán y amarán: gozarán y alabarán; y estarán hartos sin astío y hambrientos sin necesidad. Allí es donde siempre se canta aquel cantar casi nuevo, que S. Juan oyó cantar en su Apocalipsi (14). El cual llama casi nuevo, porque aunque él sea siempre de una manera (porque es una comun alabanza que responde á una comun gloria que todos tienen), pero con todo esto es siempre nuevo quanto al gusto y á la suavidad, porque el mismo sabor que tuvo á los principios, este tendrá para siempre sin fin. No encanece ni se envejece el alegría de los Santos, como tampoco envejecerán sus cuerpos; pues el que hace los cielos estar siempre nuevos á cabo de tantos años, ese hará que la flor de su gloria es té siempre verde, y que nunca se marchite.

§ V. — *Del cuarto gozo que el ánima recibirá con la gloria del cuerpo.*

17. Esta es la gloria esencial de las ánimas. Mas aquel justo Juez y Padre tan liberal no se contenta con solo glorificar las ánimas, sinó estiende tambien su magnificencia, por honra de ellas, á glorificar sus cuerpos; y dar lugar á las bestias en su palacio real. ¡O amador de los hombres! ¡O honrador de los buenos! Y ¿qué tiene que ver la carne podrida, y en todos sus apetitos como bestia, con el santuario del cielo? La carne que habia de estar atada en el establo, ¿cómo ha de ser colocada entre los Ángeles en el cielo? Deja, Señor, al polvo con el polvo, que no está bien la tierra sobre el cielo.

18. Mas aquel que dijo á Abraham (*Gen. 17*): honraré y multiplicaré á Ismael, aunque sea hijo de esclava, por lo que á tí toca; ese quiere hacer este favor á los cuerpos de los Santos por el parentesco que tienen con las ánimas de ellos. Quiere tambien este Señor que el que ayudó á llevar la carga, entre en el repartimiento de la gloria: y que así como el ánima, por conformarse en esta vida con la voluntad de Dios, viene despues á participar la gloria de Dios, así el cuerpo, que contra su naturaleza se

conformió con la voluntad del ánimo, venga también á participar la gloria de ella. Y de esta manera serán los justos en cuerpo y ánimo gloriosos; y como dice el Profeta (*Isai. 61*), poseerán en su tierra los bienes doblados, que es la gloria de las ánimas y de los cuerpos.

19. Pues ¿qué diré de la gloria de los sentidos? Cada uno tendrá allí su deleite y su gloria singular. Los ojos, renovados y esclarecidos ya sobre la lumbre del sol, verán aquellos palacios reales, y aquellos cuerpos gloriosos, y aquellos campos de hermosura, con otras infinitas cosas que allí habrá que mirar. Los oídos oirán siempre aquella música de tanta suavidad, que una sola voz bastaría para adormecer todos los corazones del mundo. El sentido del oler será recreado con suavísimos olores, no de cosas vaporosas como acá, sino proporcionadas á la gloria de allá. Y asimismo el gusto será lleno de increíble sabor y dulzura, no para sustentacion de la vida, sino para cumplimiento de toda gloria. Pues ¿qué sentirá entonces el anima del bienaventurado, cuando por la mortificacion y guarda de los sentidos, que duró tampoco tiempo, se vea así anegada en aquel abismo de gloria, sin hallar sueño ni cabo á tan grandes alegrías? ¡O trabajos bienaventurados! ¡O servicios

bien galardonados! ¡O cosa, no para hablarse, sino para sentirse y desearse, y buscarse con mil vidas que tuviésemos para dar por ella!

§ VI. *Del quinto gozo, que es la duracion de la eternidad de la bienaventuranza de la gloria.*

20. Mas ahora veamos porqué tanto espacio se concede esta bienaventuranza tan grande. Esto es lo que solo deberia bastar para hacernos andar dando voces, y llamando á todos los trabajos que lloviesen sobre nosotros, para servir y agradar á quien tan largas mercedes nos ha de hacer. Durará ese galardón tantos millares de años cuantas estrellas hay en el cielo, y mucho mas. Durará tantas centenas de millares de años cuantas gotas de agua han caido sobre la tierra, y mucho mas: durará finalmente mientras duraré Dios, que será en los siglos de los siglos; porque escrito está (*Psalm. 145*): el Señor reinará para siempre, y mas. Y en otro lugar (*Psalm. 144*): tu reino es reino de todos los siglos, y tu señorío de generacion en generacion.

21. Pues ¡ó Padre de misericordias, y Dios de toda consolacion! suplicote, Señor, por las entrañas de tu piedad, no sea yo privado de este soberano bien. Señor Dios mio, que tuviste por bien criarme á tu imágen y se-

mejanza, y hacerme capaz de tí, hinche este seno que tú criaste, pues lo criaste para tí. Mi parte sea, Dios mio, en la tierra de los vivientes (*Psalm. 141*): no me des, Señor, en este mundo descanso ni riqueza; todo me lo guarda para allá. No quiero heredarme con los hijos de Rubén en la tierra de Galaad (*Núm. 32*), y perder el derecho de la tierra de promision. Una sola cosa pedí al Señor, y esta siempre buscaré (*Psalm. 15*): que more yo en la casa del Señor todos los dias de mi vida.

CAPÍTULO XVII.

Meditacion para el Domingo en la noche.

Este dia será la meditacion de los los beneficios divinos.

1. Este dia, hecha lo señal de la cruz, con la preparacion que se puso en el capítulo segundo, pensarás en los beneficios divinos, para dar gracias al Señor por ellos, y para encenderte mas en el amor de quien tanto bien te hizo, y sentir mas las ofensas hechas contra tu piadoso Bienhechor.

2. Y aunque estos beneficios sean innumerables, todos ellos se pueden reducir á cinco maneras de beneficios; conviene saber, al be-

beneficio de la creacion, conservacion, redencion y vocacion, y á los beneficios ocultos que cada uno tendrá en sí recibidos.

3. Quanto al primer beneficio de la creacion, considera primeramente con mucha atencion lo que eras antes de que fueses criado, y lo que Dios hizo contigo, y te dió ante todo merecimiento, conviene saber, ese cuerpo con todos sus miembros y sentidos, y esa tan excelente ánima, criada á su imágen y semejanza, para un tan alto fin como es gozar de Dios, con aquellas tres tan nobles potencias, que son entendimiento, memoria y voluntad. Y mira bien que darte esta tal ánima, fue darte todas las cosas; pues está claro que ninguna perfeccion ni habilidad hay en alguna de todas las criaturas inferiores, que el hombre no tenga en sí eminentemente con mayor perfeccion, y que mediante la virtud y habilidad de su ánima no pueda contrahacer. Por donde parece que darnos esta pieza sola, fue darnos de una vez todas las cosas juntas.

4. Quanto al beneficio de la conservacion, mira cuán colgado está todo tu sér de la Providencia divina; como no vivirias un punto, ni darias un paso, si no fuese por Él; como todas las cosas del mundo crió para tu servicio (*Hebr. 1, 1. Matth. 18*); y hasta los mis-

mos Ángeles del cielo diputó para tu guarda y amparo. Considera con esto la salud que te da, las fuerzas, la vida, y el mantenimiento, con todos los otros, socorros temporales. Y sobre todo esto pondera mucho las miserias y desastres, en que cada dia ves caer los otros hombres, en los cuales pudieras tú tambien haber caido, si Dios por su piedad no te hubiera preservado.

5. Quanto al beneficio de la redencion puedes considerar dos cosas. La primera, cuántos y cuán grandes hayan sido los bienes que nos dió mediante el beneficio de la redencion. Y la segunda, cuántos y cuán grandes hayan sido los males que padeció en su cuerpo y ánima santísima para ganarnos estos bienes.

6. Quanto al beneficio de la vocacion, considera primeramente cuán grande merced de Dios fue hacerte Cristiano, y llamarte á la fe por medio del santo Bautismo, y hacerte tambien participante de los otros Sacramentos. Y si despues de este llamamiento, perdida ya la inocencia, te sacó de pecado, y volvió á su gracia, y te puso en estado de salud; ¿cómo le podrás alabar por este beneficio? ¿Qué tan grande misericordia fue aguardarte tanto tiempo, y sufrirte tantos pecados, y enviarte tantas inspiraciones, y no cortarte el hilo de

la vida, como le cortó á otros en ese mismo estado? ¿Y finalmente llamarte con tan poderosa gracia, que resucitases de muerte á vida, y abrieses los ojos á la luz eterna? ¿Qué misericordia fué, despues de ya convertido, darte gracia para no volver al pecado, y para vencer al enemigo; y finalmente para perseverar en lo bueno? Esta es aquella agua temprana y tardía que promete Dios por el profeta Joel (2), diciendo: y vosotros los hijos de Sion gozaos y alegráos en vuestro Señor Dios, porque os dió un maestro y enseñador de justicia, y porque hará descender sobre vosotros el agua temprana y tardía, conviene saber, la gracia preveniente con que comenzamos la sementera de las virtudes, y despues la subsecuente y final con que llega la sementera á su próspero fin.

7. Estos son los beneficios públicos y conocidos: otros hay secretos, que no conoce sinó el que los ha recibido: y aun otros hay tan secretos, que el mismo que los recibió, no los conoce, sinó solo aquel que los hizo. ¿Cuántas veces en este mundo habrás merecido por tu soberbia ó negligencia, ó desagradecimiento, que Dios alzase su mano de tí, y te desamparase, como habrá desamparado á otros muchos por algunas de estas causas (porque

por esto caen los que caen), y no lo ha hecho? ¿Cuántos males y ocasiones de males habrá prevenido el Señor con su providencia, deshaciendo las redes del enemigo, y acortándole los pasos, y no dando lugar á sus tratos y consejos? ¿Cuántas veces habrá hecho con cada uno de nosotros aquello que él dijo á S. Pedro (*Luc. 22*): mira que Satanás anda muy codicioso y negociado para aventaros á todos como á trigo en la hera, mas yo he rogado por tí que no desfallezca tu fe? Pues quién podrá saber estos secretos sino Dios? Los beneficios positivos bien los puede á veces conocer el hombre; mas los privativos que no consisten en hacernos bienes, sinó en librarnos de males; ¿quién los conocerá? Pues así por estos como por los otros, es razon que demos siempre gracias al Señor, y que entendamos cuán alcanzados andamos de cuenta, y cuánto mas es lo que le debemos, de lo que podremos pagar, pues aun no lo podemos entender.

8. Acabada la meditacion, sígase luego el hacimiento de gracias, el ofrecimiento y peticion, como arriba se dijo en el capítulo segundo.

CAPÍTULO XVIII.

Tratado de la consideracion de los beneficios divinos, en el que se declara mas por extenso la meditacion pasada.

§ I. — *De lo que Dios siente el desagradecimiento de sus beneficios: cómo lo castiga; y de qué bienes es principio el agradecimiento de estos beneficios.*

1. Una de las mayores quejas que nuestro Señor tiene de los hombres, y de que les ha de hacer mayor cargo el dia de la cuenta, es el desagradecimiento de sus beneficios. Por esta queja comenzó el profeta Isaías las primeras palabras de su profecía, llamando por testigos al cielo y la tierra contra la ingratitud y desconocimiento de los malos (*Isai. 1*). Oye, dice el, cielo; y recibe mis palabras en tus oídos, tierra, porque el Señor Dios ha hablado. Hijos crié y ensalcé, y ellos me han menospreciado. El buey conoció á su posesor, y el asno al pesebre de su Señor; mas Israel no me ha conocido, ni mi pueblo ha querido entender. Pues ¿qué cosa mas estraña que no reconocer los hombres lo que reconocen las bestias? Y (como dice S. Gerónimo sobre este paso) no los quiso comparar con otros animales mas entendidos, como es el perro, que por un po-

co de pan defiende la casa de su Señor, sinó con los bueyes y con los asnos, que son animales mas torpes y rudos, para dar á entender que los ingratos no son como quiera bestias, sinó muy mas brutos que las mas brutas de las bestias.

2. Pues ¿de qué pena será merecedora tan grande bestialidad? Muchas penas tiene Dios aparejadas para los ingratos: mas la mas justa y mas ordinaria es despojarlos de todos los beneficios recibidos, pues no acuden al dador con el debido agradecimiento de ellos. Porque (como dice S. Bernardo) el desagradecimiento es un viento abrasador que seca el arroyo de la divina misericordia, y la fuente de su clemencia, y la corriente de su gracia.

3. Pues asi como el desagradecimiento es causa de tan grandes males, asi por el contrario el agradecimiento es principio de grandísimos bienes, y especialmente de tres. El primero de amor de Dios; porque como dice Aristóteles, el bien es en sí amable; pero cada uno es mas inclinado á amar á su propio bien. Pues como los hombres naturalmente sean tan amadores de sí mismos y de su propio provecho, cuando claramente ven que todo lo que tienen es dádiva graciosa de aquel sumo Bienhechor, luego se inclinan á amar y querer bien á quien ven que les ha hecho tan-

to bien. De donde viene á ser que entre las consideraciones que mas aprovechan para alcanzar el amor de Dios, una de las mas principales es la de los beneficios divinos; porque cada uno de estos beneficios es como un tizon que aviva y enciende mas la llama de este amor. Y por consiguiente, considerar muchos de estos beneficios es juntar en uno muchos tizonas, para que asi se encienda mas y mas la llama de este fuego.

4. Aprovecha tambien esta consideracion para despertar en el hombre el deseo de servir á Dios, cuando considera la grande obligacion que tiene á quien tanto debe: porque si aun hasta las aves y las bestias brutas por esta causa responden á la voz de quien las llama, y obedecen como personas de razon á todo lo que se les manda, ¿cuánto mas justo será que haga ésto quien tanto mas recibió, y tanto mejor lo puede conocer?

5. Vale tambien esto mismo para despertar en nuestras ánimas dolor y arrepentimiento de los pecados. Porque cuando el hombre considera profundamente por una parte la muchedumbre de los beneficios que ha recibido de Dios, y por otra la muchedumbre de los maleficios que tiene hechos contra Él; ¿cómo podrá dejar de avergonzarse y confun-

dirse, y conocer mejor lo prieto par de lo blanco; conviene saber, la grandeza de su maldad, comparada con la grandeza de aquella suma bondad, la cual tanto tiempo perseveró en hacer bien á quien siempre perseveró en hacer mal?

6 Pues para estos tres fines debe considerar el hombre los beneficios divinos, y juntamente para dar al Señor gracias por ellos: y así cuando los fuere meditando, ha de ir con cuidado de hacer estas salidas en sus lugares, aplicando su corazón unas veces al amor de quien tanto bien le hizo, otras al deseo de su servicio, otras al dolor y arrepentimiento de sus pecados, y otras también á ofrecer sacrificio de alabanza y agradecimiento por ellos, que son aquellos becerricos de los lábios, que el Profeta quiere que ofrezcamos á Dios por los beneficios recibidos (*Oseeæ 14*).

7. Y aunque estos sean innumerables, solamente trataremos aquí de cinco géneros de beneficios mas principales (á los cuales se pueden reducir todos los otros); conviene saber, el beneficio de la creación, gobernación, redención y vocación, y finalmente los beneficios particulares y ocultos que cada uno podrá reconocer dentro de sí.

8. Y no se requiere que de una vez se ha-



yan de pensar todos estos beneficios; basta pensar uno, ó dos, ó tres bien pensados, y bien rumiados; porque los ejercicios de la meditacion no se han de tomar á destajo, como tarea que se ha de llegar al cabo, sinó como un mantenimiento de cada dia, que cuanto mas templadamente se toma, y mejor se digiere, tanto suele ser mas saludable.

§ II. — *Del beneficio de la creacion.*

9. Comenzando pues por el beneficio de la creacion, para que puedas mejor sentir algo de la grandeza de este beneficio, debes primero pensar muy profundamente lo que eras antes que fueses criado. Este es uno de los principales avisos que suelen dar en esta parte los maestros de la vida espiritual, asi para conocer la grandeza de este beneficio, como para la aniquilacion (que llaman), que es para ver el hombre clara y palpablemente como de su parte no es mas que pura nada. Considera pues cómo hoy há tantos años, y no mil años, ni cien años, sinó de ayer acá; conviene saber, de muy poco tiempo á esta parte, eras (á lo menos cuanto al ánima) nada, y fuiste *ab æterno* nada, y pudieras ser para siempre nada; que es ser menos que tierra:

menos que aire, y menos aún que una paja, finalmente nada.

10. Mira luego cómo esa nada no pudo hacer á sí misma algo, ni tampoco merecer que otro la hiciese algo; pues lo que no es, ni puede obrar ni merecer. Pues estando tú en esas tinieblas y en ese abismo tan profundo de la nada, plugo á aquella infinita bondad y misericordia, ante todo merecimiento, y por pura gracia, usar contigo de su virtud y omnipotencia, y sacarte con su poderosa mano de aquellas tinieblas, y de aquel abismo tan profundo del no ser al ser, y hacer que fueses algo. Y (como dice S. Agustín) no cualquiera algo, no piedra, no ave, no serpiente, sinó hombre, que es una de las mas nobles criaturas del mundo. Él te dió ese ser que tienes; Él compuso y organizó ese cuerpo tuyo, y lo guarneció por todas partes, así de miembros como de sentidos, con tan maravillosa providencia y artificio, que cada uno de ellos, si bien se considera, es por sí una grande maravilla y muy grande beneficio. Este es aquel beneficio que humildemente reconocia el santo Job (10), cuando decia: tus manos, Señor, me hicieron y formaron todo entero en derredor. Acuérdate, Señor, que así como de una masa de barro me hiciste, y que

en esta misma me volverás. De piel y de carne me vestiste: compusísteme de huesos y nervios: dísteme vida y misericordia, y guardaste mi espíritu con tu visitacion.

11. Pues ¿que diré de la nobleza de tu ánima, y de la alteza del fin para que fue criada, y de la imágen y capacidad que tiene? La imágen es la del mismo Dios, porque en hecho de verdad no hay cosa en la tierra que mas se parezca á Dios, ni por donde mas claro podamos venir en conocimiento de Él. Por donde los filósofos antiguos, y señaladamente Anaxágoras, no supieron otro nombre conveniente que poner á Dios sinó Mente; que es lo mismo que ánima racional, por la grande semejanza que hallaban entre Dios y ella. Y de aqui nace el no poder ser entendida perfectamente la sustancia de nuestra ánima; porque como ella sea tan semejante á aquella divina sustancia, la cual no puede ser en esta vida conocida, asi tampoco ella lo puede ser.

12. Pues el fin para que esta noble criatura fué criada, es conformé á esta dignidad; porque cóstanos que fué criada para ser participante de aquella bienaventurada gloria y felicidad de Dios, para morar en su casa, para comer en su mesa, para gozar de lo que goza, y vestir la misma ropa de inmortalidad

que Él viste, y reinar para siempre con Él. Y de aquí le viene al ánima esta maravillosa capacidad que tiene; la cual es tan grande, que todas las criaturas y riquezas del mundo juntas no son mas parte para hinchar el seno de su capacidad que un grano de mijo el espacio de todo el mundo.

15. Pues ¿con qué pagarémos al Señor esta dádiva tan grande? Si tanto debemos á los padres carnales por haber sido alguna parte en la fábrica de este cuerpo; ¿cuánto mas deberémos á aquel Padre Eterno, que por medio de ellos formó el cuerpo, y sin ellos crió el ánima, que es sin comparacion mas excelente que el cuerpo, y sin la cual el cuerpo no sería mas que un muladar hediondo? ¿Qué son los padres sinó un instrumento con que hizo Dios una pequeña parte de esta obra? Pues si tanto debes al instrumento de la obra, ¿cuánto mas deberás al principal agente que la hizo? Y si tanto debes al que entendió en hacer una parte, ¿cuánto mas deberás al que lo hizo todo? Si en tanto precio estimas la espada con que se ganó una ciudad, ¿en cuánto mas debes estimar al mismo rey que la ganó?

§ III. — *Del beneficio de la conservacion.*

14. Y no contento con haberte criado en tanta dignidad y gloria, Él mismo es el que

Después de criado te conserva en ella, como Él mismo lo dice por Isaías (48). Yo soy tu Señor Dios, que te enseñó lo que te conviene saber, y te gobiernó por el camino que andas. Muchas madres, contentas con solo el trabajo de haber parido los hijos, no se quieren encargar de la crianza de ellos, sino buscan para esto una ama que las descargue. Mas acá no es así, sino que el mismo Señor se quiso encargar de todo, de tal manera, que Él es la madre que nos engendró, y el alma que nos cria con la leche y regalo de su providencia, según que Él mismo lo testifica por un Profeta diciendo (*Oseæ 11*): yo era como ama de Efraim, y los traía en mis brazos, y ellos no entendieron el cuidado que yo tenía de ellos. De manera, que un mismo es el hacedor y el conservador de todo lo hecho; y así como sin Él nada se hizo, así también sin Él todo se desharía. Lo uno y lo otro confiesa claramente el profeta David por estas palabras (*Psal. 103*): todas las cosas, Señor, esperan de tí que les des su ración y mantenimiento á sus tiempos, y dándoselo Tú, lo reciben: y estendiendo Tú la mano de tu largueza, son llenas y abastadas de todo lo que han menester. Mas apartando Tú el rostro de ellas, luego se arruinarán y desfallecerán, y

se volverán á aquel mismo polvo de que fueron hechas. De manera, que asi como todo el movimiento y concierto de un reloj depende de las ruedas que lo traen y llevan en pos de sí; de tal modo que si ellas parasen, luego todo aquel artificio y movimiento pararia; asi todo el artificio de esta gran máquina del mundo depende de solo el peso de la divina providencia; de tal manera, que si ella faltase de por medio, todo lo demas luego faltaria.

15. Mas ¿qué tantos beneficios (si piensas) encierra en sí este beneficio? Todos cuantos puntos y momentos tienes de vida, son partes de este beneficio, pues en ninguno de ellos podrias vivir ni permanecer, si apartase Dios un punto sus ojos de tí. Todas cuantas criaturas hay en el mundo son parte de este beneficio, pues todas ellas vemos que sirven para este fin. De manera, que tuyo es el cielo y la tierra, y el sol y la luna y las estrellas, y el mar y los peces, y las aves y los árboles, y los animales, y finalmente todas las cosas, pues todas ellas están dedicadas á tu servicio. Este es aquel beneficio de que tanto se maravillaba el Profeta cuando decia (*Psalm. 8*): ¿qué cosa es, Señor, el hombre, porque asi te acuerdas de él, ó el hijo del hombre, porque asi lo visitas? Hicístele un poco menor

que los Ángeles; coronástele de gloria y de honra; y dístele señorío sobre todas las obras de tus manos. Todas las cosas pusiste debajo de sus pies, las ovejas, las vacas, y todos los animales del campo, las aves del cielo, y los peces de la mar, que caminan por las sendas de la mar. ¡O Señor Dios nuestro, cuán maravilloso es tu nombre en toda la tierra!

16. Y no contento con haber diputado para este fin todas las criaturas visibles, también quiso por su gran misericordia diputar las invisibles, que son aquellas nobilísimas inteligencias que asisten delante de Él, y ven su divina cara; pues como dice S. Pablo (*Hebr. 1, Matth. 18*): todos son oficiales en esta gran casa y familia de Dios, á quien está encomendada la tutela y guarda de los hombres. Finalmente, á todo el mundo ocupó en tu servicio, para que tú te ocupases en el suyo; y no quiso que debajo del cielo, ni sobre el cielo hubiese criatura exenta de tu aprovechamiento, porque dentro de tí no hubiese cosa que lo estuviese de su servicio.

17. Y aunque todo esto pasases de corrida, no debes pasar así las mercedes que Dios te ha hecho en haberte librado de infinitos acaecimientos y miserias que cada día vemos acaecer á los otros hombres. A uno ves tu-

llido, á otro ciego, á otro manco, á otro perniquebrado, á otro con los dolores de la piedra ó de la gota, ó con otros males semejantes. Porque en hecho de verdad no es otra cosa este mundo sinó un piélagó de infinitos trabajos; y apenas hallarás casa en toda esta tierra de Egipto (*Exod. 12*), donde no haya su gemido y su dolor. Pues dime tú ahora: ¿quién te dió á tí esa bula de exencion? ¿Quién te hizo tan privilegiado, que entre tantas maneras de lisiados estés tú sano? ¿Entre tanta muchedumbre de caidos estés en pie? ¿No eres tú hombre como todos, y pecador como todos, é hijo de Adán como todos? Pues si todos estos males vienen, ó por parte de la naturaleza, ó por parte de la culpa; habiendo en tí las mismas causas, ¿cómo no hay los mismos efectos? Pues ¿quién suspendió los efectos de estas causas? ¿Quién detuvo las corrientes de las aguas para que tú no perecieses en este comun diluvio, sinó sola la divina gracia? Pues echada bien esta cuenta, hallarás que todos los males del mundo son beneficios tuyos, y que por cada uno de ellos debes especial agradecimiento y amor. De manera, que por el beneficio pasado hallamos que todos los bienes del mundo son beneficios tuyos, pues todos sirven para tu con-

servacion ; mas ahora por éste conocemos que tambien todos los males del mundo son beneficios tuyos , pues de todos ellos te ha librado este Señor.

§ IV. — *Del beneficio de la redencion.*

18. Vengamos al beneficio inestimable de nuestra redencion , aunque mejor fuera adorar este misterio con un santo silencio , que hablar de él tan bajamente con lengua mortal. Perdiste por tu culpa aquella primera inocencia y gracia en que fuiste criado , y pudiera justamente aquella divina equidad dejarte en aquel estado miserable , como dejó al demonio , sin haber quién se lo demandára , y no lo quiso hacer : sinó antes por el contrario , trocando las iras en misericordias , acordó de hacer mayores mercedes , cuando habia recibido mayores ofensas. Y pudiendo Él remediar este daño con enviar un Ángel ó un Arcángel , y de otras muchas maneras , no quiso sinó venir Él mismo en persona : y pudiendo venir con majestad y gloria , quiso venir con humildad y pobreza , para enamorar-te mas de sí con este beneficio , y obligarte á mas con este ejemplo , y redimirte mas copiosamente con tan gran tesoro , y darte mas

claro á conocer lo mucho que te queria , para que así le quisieses , y lo mucho que en Él tenias , para que en Él esperases. Esto es lo que con mucha razon encarece el profeta Isaías por aquellas palabras , que segun la traslacion de los Setenta dicen así (*Isai. 63*): en todas las tribulaciones de los hombres no se fatigó ni cansó de padecer por ellos , y no quiso enviarlos embajador ni Ángel para que los redimiese ; sinó Él mismo en persona por la grandeza de su piedad quiso venir á redimirlos y traerlos sobre sus hombros todos los dias del siglo , aunque ellos conocieron mal este beneficio , y entrístecieron y provocaron á ira al Espíritu Santo.

19. Y si tanto debes á este Señor porque Él mismo en persona quiso venir á redimirte , ¿ cuánto mas le deberás por la manera en que te redimió , que fué con tan grandes trabajos ? Gran beneficio es por cierto que el Rey perdone al ladron los azotes que merece ; mas que el mismo Rey los quiera recibir en sus espaldas por él , este es sin comparacion beneficio mayor. ¿ Cuántos beneficios encierra en sí este beneficio ? Alza los ojos á aquel santo madero , y mira todas las heridas y dolores que padece allí el Señor de la Majestad , porque cada una de ellas es un beneficio por sí,

y grandísimo beneficio. Mira aquel inocentísimo cuerpo todo sangriento, sembrado de tantas llagas y cardenales, y reventada la sangre por tantas partes. Mira aquella santa cabeza caída de flaqueza, y derribada sobre los hombros: y aquella divina cara en que desean mirar los Ángeles, como está desemejada y arroyada con los hilos de sangre, á unas partes reciente y colorada, á otras fea y denegrida. Mira aquel mas hermoso rostro de todos los criados, y aquella cara que era comun deleite de los ojos que la miraban, cómo ha perdido ya toda la flor de su belleza. Mira aquel santo Nazaréo (*Thren. 4*) mas puro que la nieve, mas blanco que la leche, mas colorado que el marfil antiguo, cómo está mas obscurecido que los carbones, y tan desemejado y afeado, que apenas podrá de los suyos ser conocido. Mira aquella sagrada boca amarilla y mortecina, y aquellos lábios cárdenos y denegridos, cómo se mueven á pedir perdón y misericordia para sus mismos atormentadores (*Luc. 23*).

20. Finalmente, por do quiera que le mirares, hallarás que no hay en Él una sola parte libre de dolor, sinó que todo Él de pies á cabeza está cubierto de heridas. Aquella frente clara y aquellos ojos mas hermosos que el

sol, están ya oscurecidos y difuntos con la sangre y presencia de la muerte. Aquellos oídos, que oyén los cantares del cielo, oyen blasfemias de pecadores. Aquellos brazos tan bien formados y tan largos, que abrazan todo el poder del mundo, están descoyuntados y tendidos en el madero. Aquellas manos que criaron los cielos, y no hicieron mal á nadie, estan enclavadas y desgarradas con duros clavos. Aquellos sagrados pies, qué nunca anduvieron por el camino de los pecadores, estan mortalmente heridos y traspasados. Y sobre todo esto (*Cant. 1*) mira aquella cama donde yace y donde duerme aquel Esposo celestial al medio dia, cuán estrecha es y cuán dura, cómo no tiene allí sobre qué reclinar la cabeza. ¡O cabeza de oro! ¿cómo te veo por mi amor tan fatigada? ¡O cuerpo santo del Espíritu Santo concebido! ¿cómo te veo por mi amor tan herido y maltratado? ¡O dulce y amoroso pecho! ¿Qué quiere decir esa llaga? ¿Esa tan grande abertura? ¿Qué quiere decir tanta sangre? ¡Ay de mí, cómo te veo por mi amor fuertemente alanceado! ¡O cruz rigurosa! No estes ahora tan yerta: ablanda un poco tu dureza: inclíname esas ramas altas: abájame ese tan precioso fruto, para que lo pueda yo gustar.

¡O crueles clavos! Dejad esos pies y manos inocentes: venid á mi corazon y heridlo, que yo soy el que pequé, y no Él. ¡O buen Jesus! ¿Qué á tí con tantos dolores? ¿Qué á tí con la muerte, con los clavos y con la cruz? Verdaderamente con mucha razon dijo el Profeta (*Isai. 28*): muy agena y peregrina será su obra de quien Él es. ¿Qué cosa mas agena ni mas peregrina para la vida que la muerte; y para la gloria que la pena; y para la suma santidad é inocencia que imágen de pecador? Ciertamente, Señor, ese título y esa figura peregrina es para Tí. ¡O verdadero Jacob (*Gen. 27*), que con ropas ajenas y hábito peregrino nos ganaste la bendicion del Padre, pues tomando en Tí imágen de pecador, nos ganaste victoria contra el pecado! ¡O inefable bondad! O misericordia no debida! O amor nunca pensado! O incomprendible caridad! Dime, Señor; ¿qué viste en nosotros, qué servicio te hicimos, con qué obras te obligamos á pasar tales tormentos? ¡O maravillosa largueza, que sin haber de nuestra parte ningun merecimiento, ni de la tuya ninguna necesidad, quisiste por sola tu gracia y misericordia remediarnos por esta via! Aparecido há, dice el Apóstol, la benignidad y clemencia de nuestro Salvador (*Ad Ti-*

moth, 5), no por las obras de justicia que nosotros hicimos, sinó por su gran misericordia, por la cual nos hizo salvos. ¡O cuánto deseaba este Señor que sintiésemos esta misericordia, cuando por Isaías dijo aquellas palabras tan de notar (*Isai.* 45): no me invocaste, Jacob; ni trabajaste en mi servicio, Israel: no ofreciste tus carneros en holocausto, ni con tus sacrificios me glorificaste; mas con todo esto me hiciste servir en tus pecados, y me diste bien en qué entender con tus maldades. Yo soy, Yo soy el que perdono tus pecados por amor de Mí, y el que nunca mas de ellos me acordaré. Tráeme á la memoria, y entremos, si quieres, en juicio, y mira si tienes algo con que seas justificado.

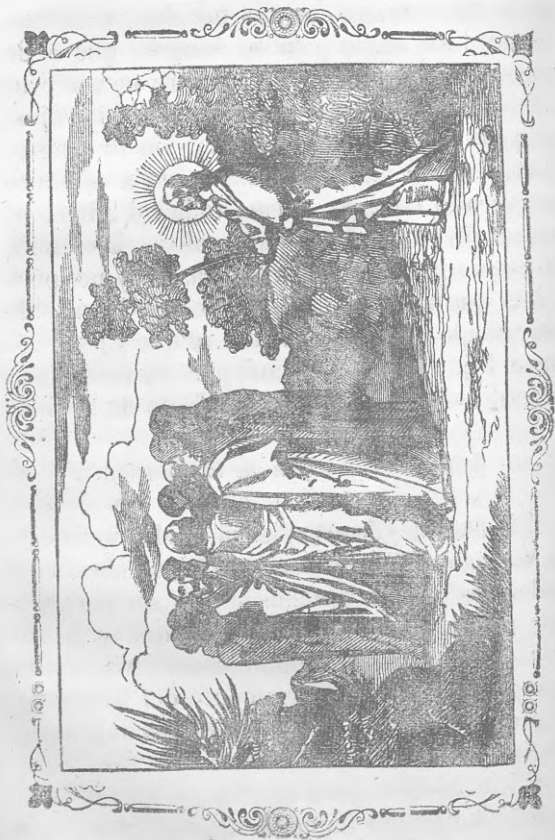
21. ¡Pues ó clementísimo y dulcísimo Señor! ¿Qué hay en mí con que te pueda yo pagar tan grande beneficio? Si yo tuviese todas las vidas de los hijos de Adán, y todos los dias y años del siglo, y todos los trabajos de los hombres que son, fueron y serán, todo esto seria nada para pagarte el menor de los trabajos que padeciste por mí. Y pues por ninguna vía puedo salir de esta deuda, páguete yo siquiera, Dios mio, con nunca jamás olvidarme de ella. Pídote, Señor, por las entrañas de tu inmensa caridad, que así

hieras mi corazón con tus heridas, y así embriagues mi ánima con tu sangre, que á doquiera que me volviere, siempre te vea crucificado; y doquiera que pusiere los ojos, todo me parezca resplandecer con tu sangre. Esta sea toda mi consolacion, estar siempre crucificado contigo: y esta toda mi afliccion, pensar otra cosa fuera de tí. Mira, Dios mio, el precio por que me compraste; y no permitas que un tan precioso tesoro haya sido derramado en valde por mí, ni que yo sea como el hijo abortivo, al cual pare su madre con gran dolor, y él no goza del fruto de la vida.

§ V. — *Del beneficio de la vocacion.*

22. Despues de esto piensa en el beneficio de la vocacion ó llamamiento de Dios, sin el cual todos los otros beneficios suelen ser para mayor condenacion del hombre. Aqui es de saber, que son dos los llamamientos divinos; uno á la fe mediante el Sacramento del Bautismo, y otro á la gracia, despues de perdida aquella inocencia primera bautismal.

23. Considera pues qué tan grande fue el beneficio del primer llamamiento mediante el santo Bautismo, donde fuiste alimpiado del pecado original; y librado del poder del demonio, y



hecho hijo de Dios, y heredero de su reino. Allí tomó Él tu ánima por esposa, y la adornó con atavíos convenientes á tal estado, que es con la gracia, y con las virtudes y dones del Espíritu Santo, y con otras muy mas ricas joyas y dones que las que se dieron á Rebeca, cuando la tomaron por esposa de Isaac (*Gen. 24*). Pues ¿qué hiciste tú por donde merecieses un tan grande beneficio cómo éste? ¿Cuántos millares, no ya de hombres, sino de naciones y gentes, por justo juicio de Dios no alcanzan este bien? ¿Qué fuera de tí si nacieras entre ellas? Carecieras del conocimiento del verdadero Dios, y adoraras piedras y palos. ¿Cuánto debes al Señor, que entre tanta muchedumbre de perdidos quiso que acertases tú á ser del número de los ganados, y de aquellos que hubiesen de nacer en los brazos de la iglesia; y criarse con la leche de los apóstoles y con la sangre de Cristo?

24. Y si despues de la gracia de este llamamiento perdiste por tu culpa la inocencia del Bautismo, y con todo esto el Señor tuvo por bien de llamarte segunda vez, ó muchas veces; ¿qué tanto le deberás por este beneficio? ¿Cuántos beneficios se encierran en este beneficio? Un beneficio fue aguardarte tanto tiempo, y darte espacio de penitencia, y su-

frirte en aquel estado de la culpa, sin cortar el árbol infructuoso que ocupaba la tierra, y recibia en vano las influencias del cielo (*Luc. 13*). Otro beneficio fue sufrirte tantos y tan enormes pecados, sin echarte en el infierno por ellos, donde por ventura estarán otros muchos penando por menores delitos que los tuyos. Otro beneficio fue enviarte tantas buenas inspiraciones y propósitos, aún en medio de tus mismos delitos, y perseverar tanto tiempo en llamar á quien no hacia otra cosa, sinó ofender á su llamador. Otro beneficio fue dar finalmente conclusion á tan largas porfias, y llamarte con tan poderosa voz, que con ella resucitases de muerte á vida, y salieses como otro Lázaro (*Joann. 11*) del sepulcro tenebroso de tus maldades, no ya atado de pies y manos, sinó suelto y libre de las prisiones del enemigo. Mas sobre todo esto, ¿qué beneficio fue darte allí no solo perdon de las culpas pasadas, sinó tambien gracia para no volver á ellas, con todos los otros atavíos que al hijo pródigo (*Luc. 15*) se dieron en su recibimiento, con los cuales anduvieses como hijo de Dios, y burlases del demonio, y triunfases del mundo, y tomases gusto en las cosas de Dios, que antes te eran desabridas, y disgusto en las del mundo, que antes eran tan sabrosas?

25. Pues ; qué será si demas de esto consideras á cuántos otros se negó este beneficio que á tí se concedió tan de gracia? Y siendo tú pecador como ellos, y tan indigno de este llamamiento como ellos, que quedándose ellos en su mal estado, te pusiese Dios á tí en estado de salud y de gracia, ¿con qué agradecimiento, con qué servicio le podrás pagar esta merced? ¿Qué sentirás cuando por virtud de este llamamiento te veas algun dia gozando para siempre de Dios en el cielo, y veas á otros compañeros y conocidos tuyos por falta de semejante gracia estar penando para siempre en el infierno? ;O cuánto hay que pensar en esta gracia! Dime: cuando aquel dichoso ladron, que con una palabra compró la vida perdurable, se vea en tan grande gloria (*Luc. 23*) como ahora posee, y vea á su compañero en tan grande tormento como es el del infierno, y se acuerde que él tambien era ladron como él, y pagaba por sus hurtos como él, y poco antes blasfemaba de Cristo como él, y que con todo esto se inclinaron aquellos ojos divinos á mirar á él, y darle tan grande luz, dejando al otro en sus tinieblas; ¿qué gracias te parece que dará por esta gracia? ;Cómo se alegrará con tan grande beneficio? ;Cómo se maravillará de tan

grande juicio? ¿Con qué amor amaré á aquel que lo quiso prevenir con un don tan admirable? Pues si te parece grande este beneficio, acuérdate que no es otro el que á tí se hizo por Cristo, cuando este mismo Señor puso sus ojos piadosos en tí, dejando de llamar con esta manera de llamamiento á tu vecino ó amigo que por ventura le habia ofendido menos que tú. Mira pues lo que por esto debes al Señor, y la razon que aqui se te ofrece para desear morir por su amor.

26. Sobre todo esto considera quanto le costó al Salvador este beneficio que á tí se dió tan de valde. A tí se dió de pura gracia, y á Él le costó la sangre y la vida, pues nos consta que sin ella, no pudieran ser perdonados nuestros pecados, ni curadas nuestras llagas. Dicen del pelícano que saca los hijos muertos, y que como así los vé, hiere su pecho con el pico hasta que lo hace manar sangre, con la cual rociados los hijuelos reciben calor y vida. Pues si tú quieres sentir que tan grande sea este beneficio, haz cuenta que cuando tú estabas en tus pecados muerto, aquel piadoso Pelícano, movido con entrañas de compasion, hirió su sagrado pecho con una lanza, y roció las llagas mortales de tu ánima con la suyas; y así con su muerte te dió vi;

da, y con sus heridas sanó las tuyas. No seas pues ingrato á tan grande y tan costoso beneficio sinó acuérdate (como te lo amonesta el Señor) de este dia, en el cual saliste de Egipto. Este fué tu pascua; este el dia de tu resurreccion, pues en él pasaste por el mar Bermejo de la sangre de Cristo á la tierra de promision, y en él resucitaste de muerte á vida (*Exod.* 13, 14).

§ VI. — *De los beneficios particulares.*

27. Estos son los beneficios generales; hay otros particulares que se hacen á cada uno, los cuales no puede conocer sinó el mismo que los ha recibido. En esta cuenta se ponen muchas maneras de bienes, ó de fortuna, ó de naturaleza, ó de gracia, que el Señor habrá dado á cada uno en particular; y asimismo muchos males y peligros, asi de cuerpo como de ánima, de que por su misericordia le habrá librado, por los cuales beneficios se debe tambien su agradecimiento, como por los pasados, porque son mas ciertas prendas del particular amor y providencia que el Señor tiene de nosotros. Estos tales beneficios no se pueden escribir en libros; mas débelos cada uno escribir en su corazon para juntarlos con estotros, y dar gracias al Señor por ellos.

28. Hay otros aún mas ocultos, que el

misimo que los ha recibido, no conoce, como son algunos peligros y lazos ocultos que el Señor suele prevenir y atajar con su providencia, porque entiende el daño que nos podrian hacer, si Él no los atajase. ¿Quién sabe cuántas tentaciones habrá Dios escusado al hombre, y de cuántas ocasiones de pecar le habrá librado? ¿Y cuántas veces habrá cortado los pasos y desarmado los lazos al enemigo, para que no cayésemos en ellos? Del santo Job dijo el mismo demonio (*Luc. 22. Job. 1*), que le tenia Dios cercado por todas partes para que ninguna cosa le pudiese dañar; y así suele este Señor traer á los suyos guardados como un vaso de vidrio en su vasera, para que nada les empezca.

29. Podrá tambien el hombre haber recibido de Dios algunos dones secretos sin que él mismo sepa de ellos; así como tambien puede y suele haber muchos pecados ocultos que el mismo que los hace no conoce. Pues así como por este género de pecados debemos cada dia hacer oracion con el Profeta, y decir (*Psalms 18*): de mis pecados ocultos librame, Señor, así tambien por aquel linage de beneficios debemos cada dia darle gracias, para que de esta manera ni quede pecado sin penitencia, ni beneficio sin agradecimiento.

Fin de las siete meditaciones de la semana en la noche.



CAPÍTULO XIX.

De las otras siete meditaciones de la sagrada Pasion, y de la manera que hemos de tener en meditarlas.

1. Despues de estas se siguen las otras meditaciones de la sagrada Pasion y Resurreccion de Cristo, á las cuales se podrán añadir los pasos principales de su vida santísima.

2. Aquí es de notar que seis cosas se han de meditar en la Pasion de Cristo. La grandeza de sus dolores, para compadecernos de ellos. La grandeza de nuestro pecado, que es la causa de ella, para aborrecerlo. La grandeza del beneficio, para agradecerle. La escelencia de la divina bondad y caridad que se descubre, para amarla. La conveniencia del misterio, para maravillarnos de él. La muchedumbre de las virtudes de Cristo que allí resplandecen, para imitarlas. Pues conforme á esto, cuando vamos meditando, debemos ir inclinando nuestro corazon unas veces á la compasion de los dolores de Cristo, pues fueron los mayores del mundo, asi por la delicadeza del cuerpo, como por la grandeza de su amor, como tambien por parecer sin ninguna manera de consolacion.

3. Otras veces debemos tener respeto á sacar de aquí motivos de dolor de nuestros pecados, considerando que ellos fueron la causa de que Él padeciese tantos y tan grandes dolores como padeció. Otras veces debemos sacar de aquí motivos de amor y de agradecimiento, considerando la grandeza del amor que Él por aquí nos descubrió, y la grandeza del beneficio que nos hizo, redimiéndonos tan copiosamente con tanta costa suya, y tanto provecho nuestro.

4. Otras veces debemos levantar los ojos á pensar la conveniencia del medio que Dios tomó para curar nuestras miserias; esto es, para satisfacer por nuestras deudas, para socorrer nuestras necesidades, para merecernos su gracia, para humillar nuestra soberbia, é inducirnos al menosprecio del mundo, al amor de la cruz, de la pobreza, de la aspereza, de las injurias, y de todos los otros virtuosos y honestos trabajos.

5. Otras veces debemos poner los ojos en los ejemplos de virtudes que en su sacratísima vida y muerte resplandecen. En su mansedumbre, paciencia, obediencia, misericordia, pobreza, caridad, humildad, benignidad y modestia, y en todas las otras virtudes que en todas sus obras y palabras, mas que

las estrellas del cielo resplandecen, para imitar algo de lo que en Él vemos, porque no tengamos ocioso el espíritu y gracia que de Él para esto recibimos, y así caminemos á Él por Él. Esta es la mas alta y la mas provechosa manera que hay de meditar la sagrada Pasion de Cristo (que es por via de imitacion), para que por la imitacion vengamos á la transformacion, y así podamos ya decir con el Apóstol: vivo yo, ya no yo; mas vive en mí Cristo.

6. Demás de esto conviene en todos estos pasos tener á Cristo ante los ojos presente, y hacer cuenta que le tenemos delante cuando padece; y tener cuenta no solo con la historia de su pasion, sinó tambien con todas las circunstancias de ella, especialmente estas cuatro, como arriba habemos tocado. Quién padece: por quién padece: cómo padece: por qué causa padece. ¿Quién padece? Dios Todopoderoso, infinito, inmenso &c. ¿Por quién padece? Por la mas ingrata y desconocida criatura del mundo. ¿Cómo padece? Con grandísima humildad, caridad, benignidad, mansedumbre, misericordia, paciencia, modestia &c. ¿Por qué causa padece? No por algun interés suyo, ni merecimiento nuestro, sinó por solas las entrañas de su infinita piedad y misericordia. Demas de esto, no se contente el

hombre con mirar lo que de fuera padece, sinó mucho mas lo que padece de dentro; porque mucho mas hay que contemplar en el ánimo de Cristo que en el cuerpo de Cristo, así en el sentimiento de sus dolores, como en los otros afectos y consideraciones que en Él habia.

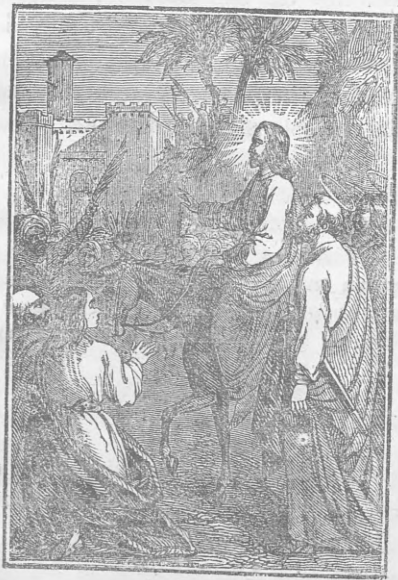
Presupuesto pues este pequeño preámbulo, comencemos á repartir y poner por órden los misterios de esta sagrada Pasion.

Comienzan las siete Meditaciones de la sagrada Pasion, de nuestro Salvador, para los dias de la semana por la mañana.

CAPÍTULO XX.

Meditacion del lavatorio de los pies de los discipulos, y de la institucion del Santisimo Sacramento para el Lunes por la mañana.

Este día, hecha la señal de la cruz, con la preparacion que se puso en el capítulo segundo, se ha de pensar en el lavatorio de los pies, y la institucion del Santísimo Sacramento.



§ I. — *El texto de los Evangelistas dice así.*

1. Como se allegase ya la hora de la cena (*Matt. 26. Marc. 14*), asentóse el Señor á la mesa, y los doce Apóstoles con Él, y díjoles (*Luc. 22*): con deseo he deseado comer con vosotros esta pascua antes que padezca. Y estando ellos cenando, dijo: en verdad os digo, que uno de vosotros me ha de vender. Y entristecidos mucho con esta palabra, comenzaron cada uno á decir: ¿por ventura soy yo, Señor? Y respondiósles diciendo: el que mete conmigo la mano en el plato, ese me venderá. Y el Hijo de la Virgen va su camino, así como está escrito de Él. Mas ay de aquel hombre por quien Él será vendido, bueno le fuera no haber nacido. Y respondiendo el mismo Judas que lo habia de vender, dijo: ¿por ventura soy yo, Señor? Respondióle el Señor: tú lo digiste.

2. Acabada la cena (*Juan. 13.*), levantóse de la mesa, y quitóse las vestiduras; y como tomase un lienzo, ciñóse con él, y echó agua en una vacía, y comenzó á lavar los pies de sus discípulos, y á limpiarlos con el lienzo que se habia ceñido. Llegó pues á Simon Pedro: díjole Pedro: Señor, ¿tú me

quieres lavar los pies? Repondióle Jesus, y díjole: lo que yo hago, no lo sabes tú ahora; saberlo has despues. Dice Pedro: nunca jamas Tú me lavarás los pies. Respondióle Jesus, y díjole: si no te laváre, no tendrás parte en mí. Dice Simon Pedro: Señor, de esa manera, no solamente los pies, sinó tambien las manos y la cabeza. Dícele Jesus; el que está lavado, no tiene necesidad que le laven mas que los pies, porque todo lo demás está límpio. Y vosotros ya estais límpios, aunque no todos. Sabia Él quién era el que lo habia de vender, y por esto dijo, no todos. Pues como acabó de lavar los pies, tomó sus vestiduras, y tornándose á sentar, díjoles: ¿entendeis esto que he hecho con vosotros? Vosotros me llamais Maestro y Señor, y bien decís, porque de verdad lo soy. Pues si os he lavado los pies siendo vuestro Señor y Maestro, vosotros debeis tambien unos á otros lavaros los pies, porque ejemplo os he dado en esto, para que como lo hice, asi vosotros lo hagais.

3. Acabado el lavatorio, tomó el pan, y bendijolo, y partiólo, y diólo á sus discípulos diciendo (*Matth. 26. Marc. 14. Luc. 22. 1. Cor. 11*): tomad, y comed: este es mi Cuerpo. Y tomando tambien el cáliz, dió gra-

cias, y entregóselo diciendo: bebed todos de este cáliz; porque esta es mi Sangre del nuevo Testamento, que por muchos será derramada en remision de los pecados. Y todas las veces que esto hiciéredes, hacedlo en memoria de mí.

§ II. — *Meditacion sobre estos pasos del texto.*

4. Contempla pues, ó ánima mia, en esta cena á tu dulce y benigno Jesus, y mira el ejemplo de inestimable humildad que aqui te dá, levantándose de la mesa, y lavando los pies de sus discípulos. ¡ O buen Jesus! ¿ qué es eso que haces? ¡ O dulce Jesus! ¿ por qué tanto se humilla tu Majestad? ¿ Qué sintieras, ánima mia, si vieras allí á Dios arrodillado ante los pies de los hombres, y ante los pies de Judas? ¡ O cruel! ¿ cómo no te se ablanda el corazon con esa tan grande humildad? ¿ Cómo no te rompe las entrañas esa tan grande mansedumbre? ¿ Es posible que tú hayas determinado de vender este mansísimo Cordero? ¿ Es posible que no te hayas ahora compungido con este ejemplo? ¡ O blancas y hermosas manos! ¿ cómo podeis tocar pies tan sucios y abominables? ¡ O purísimas manos! ¿ cómo no teneis asco de lavar pies en-

ludados en los caminos y tratos de vuestra sangre? Mirad, ¡ó espíritus bienaventurados, qué hace vuestro Criador! Salid á mirar desde esos cielos, y verlo heis arrodillado ante los pies de los hombres; y decid si usó jamás con vosotros de tal linage de cortesía. Señor, oí tus palabras, y temí (*Habacuc. 3*): consideré tus obras, y quedé espantado. ¡O Apóstoles bienaventurados! ¡cómo no temblais viendo esa tan grande humildad? Pedro, ¡qué haces? ¡Por ventura consentirás que el Señor de la majestad te lave los pies?

5. Maravillado y atónito S. Pedro, como viese al Señor arrodillado delante de sí, comenzó á decir: ¡tú, Señor, lavas á mí los pies? ¡No eres tú hijo de Dios vivo? ¡No eres tú el Criador del mundo, la hermosura del cielo, el paraíso de los ángeles, el remedio de los hombres, el resplandor de la gloria del Padre, la fuente de la sabiduría de Dios en las alturas? ¡Pues tú quieres á mí lavar los pies? ¡Tú, Señor de tanta majestad y gloria, quieres entender en oficio de tan gran bajeza? ¡Tú que fundaste la tierra sobre sus cimientos, la yhermoseaste con tantas maravillas? ¡Tú, que encierras el mundo en la mano, mueves los cielos, gobiernas la tierra, divides las aguas, ordenas los tiem-

pos, dispones las causas, beatificas los Ángeles, enderezas los hombres, y riges con tu sabiduría todas las cosas? ¿Tú has de lavar á mí los pies? ¿A mí, que soy un hombre mortal, un poco de tierra y ceniza, y un vaso de corrupcion, una criatura llena de vanidad, de ignorancia y de otras infinitas miserias, y lo que es sobre toda miseria, llena de pecados? ¿Tú, Señor, á mí? ¿Tú, Señor de todas las cosas, á mi el mas bajo de todas ellas? La alteza de tu Majestad, y la profundidad de mi miseria me hace fuerza que tal cosa no consienta. Deja pues, Señor mio, deja para los siervos ese oficio: quita esa tohalla: toma tus vestiduras: asiéntate en tu silla, y no me laves les pies. Mira no se avergüencen de esto los cielos, viendo que con esa ceremonia las pones debajo de la tierra; pues las manos en quien el Padre puso los cielos y todas las cosas vienes á poner debajo de los pies de los hombres. Mira no se afrente de esto toda la naturaleza criada, viéndose puesta debajo de otros pies que los tuyos. Mira no te desprecie la hija del rey Saúl viéndote con este lienzo vestido á manera de siervo, y diga (2. Reg. 6.): que no quiere recibir por Esposo ni por Dios al que vé entender en oficio tan vil.

6. Esto decia Pedro, como hombre que aún no sentia las cosas de Dios, y como quien no entendia cuánta gloria estaba encerrada en esta obra de tan gran bajeza. Mas el Salvador, que tambien lo conocia, y tanto deseaba dejarnos en aquella sazón por memoria un tan maravilloso ejemplo de humildad, satisfizo á la simplicidad de su discípulo, y llevó adelante lo comenzado. Aquí es mucho de notar, cuánto es lo que este Señor hizo por hacernos humildes; pues estando tan á la puerta de su pasión, donde habia de dar tan grandes ejemplos de humildad, que bastasen para asombrar cielos y tierra, no contento con esto, quisiese aún añadir este mas á todos ellos para dejar mas encomendada esta virtud. ¡O admirable virtud, cómo deben de ser grandes tus riquezas, pues tanto eres alabada, y cómo no deben ser conocidas, pues por tantas vias nos eres encomendada! ¡O humildad predicada y enseñada en toda la vida de Cristo (*Luc. 1*), cantada y alabada por boca de su Madre! ¡Flor hermosísima entre las virtudes, divina piedra imán que atraes á tí al Criador de todas las cosas! El que te desechare, será de Dios desechado, aunque esté en lo mas alto del cielo; y el que te abrazare, será de Dios abrazado, aunque sea el mayor pecador del

mundo. Grandes son tus gracias, y maravillosos tus efectos. Tú aplaces á los hombres, agradas á los Ángeles, confundes á los demonios, y atas las manos del Criador. Tú eres fundamento de las virtudes, muerte de los vicios, espejó de las vírgenes, y hospedería de toda la Santísima Trinidad. Quien allega sin tí, derrama: quien edifica y no sobre tí, destruye: quien amontona virtudes sin tí, el polvo lleva ante la cara del viento. Sin tí la vírgen es desechada de las puertas del cielo; y contigo la pública pecadora es recibida á los pies de Cristo. Abrazad esta virtud las vírgenes, porque por ella os aproveche vuestra virginidad. Buscadla vosotros, religiosos, porque sin ella será vana vuestra religion. Y no menos vosotros los legos, porque por ella sereis librados de los lazos del mundo.

7. Después de esto considera como acabando de lavar los pies, los limpia con aquel sagrado lienzo con que estaba ceñido: y sube mas arriba con los ojos del ánima, y verás allí representado el misterio de nuestra redencion. Mira cómo aquel lienzo recogió en sí toda la inmundicia de aquellos pies que estaban sucios, y asi ellos quedaron limpios; y el lienzo por el contrario quedaría todo

manchado y sucio despues de acabado aquel oficio. ¿Pues qué cosa mas sucia que el hombre concebido en pecado? ¿Y qué cosa mas limpia y mas hermosa que Cristo concebido del Espiritu Santo? Blanco y colorado es mi amado (dice la Esposa), y escogido entre millares (*Cant. 5*). Pues este tan hermoso y tan limpio quiso recibir en sí todas las manchas y fealdades de nuestras ánimas; conviene saber, las penas que merecian nuestros pecados; y dejándolas limpias y libres de ellas, Él quedó (como ves en la cruz) amancillado y afeado con ellas.

Por esto con mucha razon se maravillan los Ángeles de esta tan estraña fealdad, y preguntan por Isaías, diciendo (*Isai 63*): ¿por qué Señor, traes teñidas las vestiduras de color de sangre, y manchadas y sucias como las de los que pisan uvas en un lagar? Pues si esta sangre y estas manchas son ajenas (conviene saber, de nuestras culpas); dime, Rey de gloria ¿no tuvieran mejor los hombres su merecido que no Tú? ¿No estubiera mejor la basura en su muladar, que no en Ti, espejode hermosura? ¿Qué piedad te hizo deseartanto la limpieza de mi ánima, que con tal costa y detrimento de tu hermosura me la dieses? ¿Cuál es el hombre que con un lienzo labrado de

oro se pusiese á limpiar un plato sucio y desportillado? Bendito seas tú, Señor Dios mio, y bendígante tus Ángeles para siempre, pues quisiste venir á ser como un estropajo del mundo, recibiendo en Tí todas nuestras fealdades y miserias, que son las penas de nuestras culpas, para dejarnos libres de ellas.

8. Despues de esto considera aquellas palabras con que dió fin el Salvador á esta historia, diciendo (*Joann. 13*): ejemplo os he dado, para que como yo hice, asi vosotros hagais. Las cuales palabras no solo se han de referir á este paso y ejemplo de humildad, sinó tambien á todas las obras y vida de Cristo; porque ella es un perfectísimo dechado de todas las virtudes, especialmente de la que en este lugar se nos representa, que es la humildad, como lo declara muy copiosamente el bienaventurado mártir S. Cipriano en un sermon, por estas palabras: primeramente obra fué (dice él) de grande paciencia y humildad, que aquella tan alta Majestad quisiese descender del cielo á la tierra, y vestirse de nuestro barro (*Joann 1. Luc. 1*): y que disimulada la gloria de su inmortalidad, se hiciese mortal, para que siendo Él inocente y sin culpa, padeciese pena por los culpados. El Señor quiso ser bautizado del

siervo, y el que venia á dar perdon de los pecados, quiso ser lavado con agua de pecadores (*Matt. 3 et 4*). El que mantiene todas las criaturas, ayunó cuarenta dias en el desierto, y al cabo padeció hambre: porque los que la tenemos de las palabras de Dios y de su gracia, fuésemos abastados de ella. Peleó con el demonio que le tentaba; y contento con haber vencido su enemigo, no le quiso hacer mas mal que de palabra. A sus discípulos nunca despreció, como Señor á siervos; sinó con caridad y benevolencia, como de hermano, los trató. Y no es de maravillar que de esta manera se hubiese con los discípulos obedientes, pues pudo sufrir á Judas hasta el fin con tan larga paciencia, y comer en uno con su enemigo, y saber en lo que andaba, y no descubrirlo, ni desechar el beso del que lo vendia con tan falsa paz (*Jóann. 13*), ¿Pues cuál fué la paciencia que tuvo con los judíos hasta aquella hora? ¿Cuánto trabajó por inclinar aquellos corazones incrédulos á la fé con sus palabras? ¿Cuánto procuró por traer á Sí aquellos desconocidos con buenas obras? ¿Cómo respondia á los que le contradecian con mansedumbre? ¿Cómo soportaba á los soberbios con clemencia? ¿Con qué humildad daba lugar á la ira de sus enemigos y perseguidores? ¿Có-

mo trabajó por recobrar á aquellos que habían sido matadores de profetas y rebeldes contra Dios (*Matth. 26 et 27*) hasta la hora de la cruz? Pues en la hora de ella (antes que viniese al derramamiento de su sangre, y de su muerte cruel), ¿qué tan grandes fueron las injurias que les oyó con tanta paciencia? ¿Qué tantos los escarnios que padeció? ¿Cómo recibió con tanta paciencia el escupir de aquellas infernales bocas el que con la saliva de la suya poco antes había esclarecido los ojos del ciego (*Joann. .9*)? ¿Cómo sufrió azotes aquel en cuyo nombre sus siervos azotan con poderosa virtud á los demonios (*Joann. 19*)? ¿Cómo es coronado de espinas el que á sus mártires corona con flores eternas? ¿Cómo es herido en la cara con palmas el que da la palma de la victoria á los vencedores? ¿Cómo es despojado de la ropa terrena el que con ropas de inmortalidad viste los Santos? ¿Cómo es amargado con hiel el que nos dió el pan de los cielos, y abrevado con vinagre (*Matth. 27*) el que nos dió el cáliz de la salud? Aquel tan inocente, aquel tan justo (*Marc. 15, Isai. 53*)! Mas antes la misma inocencia y la misma justicia, es contado con los ladrones; y la verdad eterna es acusada con falsos testigos;

y el Juez del mundo es juzgado de los malos; y la palabra de Dios callando va á recibir sentencia de muerte. Y como en la hora de la cruz y muerte del Salvador se obscurezcan las estrellas y se turben los elementos, tiemble la tierra, y la noche encubra al dia, y el sol por no ver tal crueldad desvie sus ojos y rayos del mundo, Él no habla, ni se mueve, ni en el mismo trance de la muerte descubre la gloria de su Majestad; sinó hasta el fin continuamente sufre aquella tan larga contienda, para dejarnos ejemplo de perfecta paciencia. Y despues de todo esto, si aquellos mismos carniceros y verdugos de su cuerpo se convierten á penitencia, en ese punto los recibe, sin cerrar á nadie las puertas de su Iglesia. ¿Pues qué cosa puede ser de mayor benignidad y paciencia, que dar vida la sangre de Cristo al mismo que deramó la sangre de Cristo? Tal es y tanta la paciencia de Cristo (*Actor. 9*; la cual si tal y tanta no fuera, no tuviera hoy á San Pablo la Iglesia. Hasta aquí son palabras de S. Cipriano.

§ III. — *Del Santísimo Sacramento, y de las causas por qué fué instituido.*

9. Una de las principales causas de la venida del Salvador del mundo fué querer encender los corazones de los hombres en el amor de Dios. Así lo dice Él por S. Lucas (12): fuego vine á poner en la tierra, ¿qué tengo de querer sinó que arda? Este fuego puso el Salvador con hacer á los hombres tales y tan espantosos beneficios, y tan grandes obras de amor, que con esto les robase los corazones, y los abrasase en este fuego de amor. Pues como todas las obras de su vida santísima sirvan para este propósito, señaladamente sirven las que hizo en el fin de la vida, según que lo significa el Evangelista S. Juan diciendo (*Joann 13*): como amase á los amigos que tenia en el mundo, en el fin señaladamente los amó; porque entónces les hizo mayores beneficios, y les dejó mayores prendas de amor; entre las cuales una de las mas principales fué la institucion del Santísimo Sacramento: lo cual podrá entender muy á la clara quien atentamente considerare las causas de su institucion. Mas para esto abre Tú, clementísimo Salvador, nuestros



ojos, y danos lumbre para que veamos cuáles fueron las causas que movieron tu amoroso corazón á instituirnos y dejarnos este tan admirable Sacramento.

10. Para entender algo de esto, has de presuponer que ninguna lengua criada puede declarar la grandeza del amor que Cristo tiene á su Esposa la Iglesia; y por consiguiente á cada una de las ánimas que estan en gracia, porque cada una de ellas es tambien esposa suya. Por esto una de las cosas que pedia y deseaba el Apóstol S. Pablo (*Ephes. 3. Philip. 2.*) era que Dios nos diese á conocer la grandeza de este amor; el cual es tan grande, que sobrepaja toda sabiduría y conocimiento criado, aunque sea el de los Ángeles.

Causa primera de la institucion de este Sacramento.

11. Pues queriendo este Esposo dulcísimo partirse de esta vida, y ausentarse de su Esposa la Iglesia; porque esta ausencia no le fuese causa de olvido, dejóle por memorial este Santísimo Sacramento, en que se quedaba Él mismo, no queriendo que entre Él y ella hubiese otra menor prenda que despertase esta memoria que Él. Y así dijo entonces aquellas tan dulces palabras (*Luc. 22. 1. Corih. 11*): cada vez que esto hiciere-

des, hacedlo en memoria de mí, para que os acordeis de lo mucho que os quise, y de lo mucho que voy á hacer y padecer por vuestra salud. *Causa segunda.*

12. Quería tambien el Esposo dulcísimo en esta ausencia tan larga dejar á su Esposa compañía, porque no quedase sola, y dejóle la de este Sacramento, donde se queda Él mismo, que era la mejor compañía que le podia dejar.

Causa tercera.

13. Quería tambien entónces ir á padecer muerte por la Esposa, y redimirla y enriquecerla con el precio de su sangre; y para que ella pudiese cuando quisiese gozar de este tesoro, dejóle las llaves de él en este Sacramento; porque (como dice san Crisóstomo) todas las veces que nos llegamos á Él, llegamos á poner la boca en el costado de Cristo, y nos ponemos á beber de su preciosa sangre, y hacernos participantes de este soberano misterio. Mira pues cuáles sean los hombres, que por un poco de pereza dejan de llegarse á este tan alto convite, y de gozar un tan grande y tan estimable tesoro. Estos son aquellos malaventurados perezosos, de quien dijo el Sábio (*Prov. 19.*) esconde el perezoso la mano en el seno, y déjase morir de hambre por no

llevarla hasta la boca. ¿Qué mayor pereza puede ser, que por un tan pequeño trabajo como es el aparejo para este Sacramento, dejar de gozar de un tal tesoro, que vale mas que todo cuanto Dios tiene criado?

Causa cuarta.

14. Deseaba otrosí este celestial Esposo ser amado de su Esposa con grande amor; y para esto ordenó este misterioso bocado, con tales palabras consagrado, que quien dignamente lo recibe, luego es tocado y herido de este amor. ¡O misterio digno de estar impreso en lo íntimo de nuestros corazones! Díme, hombre: si un Príncipe se aficionase tanto á una esclava, que viniese á tomarla por esposa, y hacerla Reina y señora de todo lo que él tiene; ¿qué tan grande diríamos que habia sido el amor del Príncipe que tal hiciese? Y si por ventura, despues de hecho ya el casamiento, estuviese la esclava resfriada en el amor de tal esposo; y entendiendo él esto, anduviese perdido buscando algun bocado que darle á comer, con que la enamorase de sí; ¿qué tan escesivo diríamos que era el amor del Príncipe que hasta aquí llegase? Pues ¡ó Rey de gloria! que no se contentaron las entrañas de tu amor con tomar mi ánima por esposa (siendo como era esclava del enemigo),

sinó que viéndola aún con todo eso resfriada en tu amor, ordenaste de darle este misterioso bocado, y con tales palabras le transformaste, que tenga virtud para transformar en Tí las ánimas que lo comieren, y hacerlas arder en vivas llamas de amor. No hay cosa que mas declare el amor que el desear ser amado; y pues Tú tanto deseaste nuestro amor, que con tales invenciones lo buscaste, ¿quién de aqui adelante estará dudoso de tu amor? Cierto estoy, Señor mio, si te amo, que me amas: cierto estoy que no hé yo menester buscar nuevas artes para traer tu corazón á mi amor, como Tú las buscaste para el mio.

Causa quinta.

15. Quería otrosí aquel Esposo dulcísimo ausentarse de su Esposa; y como el amor no sufre la ausencia del amado, queria de tal manera partirse, que del todo no se partiese; y de tal manera irse, que tambien se quedase. Pues como ni á Él convenia quedarse, ni la Esposa podia con Él por entónces irse, dióse medio para que aunque Él se fuese, y ella quedase, nunca jamas de entre sí se partiesen. Pues para esto ordenó este divino Sacramento; para que por medio de él fuesen las ánimas unidas é in-

corporadas espiritualmente con Cristo con tan fuerte vínculo de amor, que de entrambos se haga una misma cosa. Porque así como del manjar y del que lo come, se hace una misma cosa, así también en su manera se hace del ánima y de Cristo: sinó que (como Él mismo dijo á S. Agustin) no se muda Él en las ánimas, sinó las ánimas en Él, no por naturaleza, sinó por amor y semejanza de vida.

Causa sexta.

16. Quería también asegurarla, y darla prendas de aquella bienaventurada herencia de la gloria, para que con la esperanza de este bien, pasase alegremente por todos los trabajos y asperezas de esta vida. Porque en hecho de verdad, no hay cosa que tanto haga despreciar todo lo de acá, como la esperanza firme de lo que gozaremos allá, según que lo significó el mismo Salvador en aquellas palabras que dijo á sus discípulos antes de la pasión (*Joann. 14*): si me quisiéredes bien, holgaros habríades de mi partida, porque voy al Padre. Como si dijera: es un tan gran bien ir al Padre, que aunque sea ir á Él por azotes y espinas, y clavos y cruz, y por todos los martirios y trabajos de esta vida, es cosa de inestimable ganancia y alegría. Pues para que la Esposa tuviese una muy firme esperan-

za de este bien, dejóle acá en prendas este inefable tesoro, que vale tanto como todo lo que allá se espera, para que no desconfiase que se le dará Dios en la gloria, donde vivirá toda en espíritu, pues no se le negó en este valle de lágrimas, donde vive en carne.

Causa sétima.

17. Quería tambien á la hora de su muerte hacer testamento, y dejar á la Esposa alguna manda señalada para su remedio, y dejóle ésta, que era la mas preciosa y provechosa que le pudiera dejar. Elías cuando se quiso ir de la tierra (4. *Reg.* 2), dejó el páblio al discípulo Eliseo, como quien no tenia otra hacienda de qué hacerlo heredero; y nuestro Salvador y Maestro, cuando se quiso subir al cielo, dejónos acá el páblio de su sagrado Cuerpo en este Sacramento, haciéndonos aquí herederos (como á hijos) de este tan gran tesoro. Con aquel páblio pasó Eliseo las aguas del rio Jordan sin ahogarse y sin mojarse, y con la virtud y gracia de este Sacramento pasan los fieles por las aguas de las vanidades y tribulaciones de esta vida, sin pecado y sin peligro.

Causa octava.

18. Quería finalmente dejar á nuestras ánimas suficiente provision y mantenimiento

con que viviesen , porque no tiene menos necesidad el ánima de su propio mantenimiento para vivir vida espiritual, que el cuerpo del suyo para la vida corporal. Si no, dime, ¿por qué causa há menester el cuerpo su ordinario mantenimiento cada dia? Claro está que la causa es porque el calor natural gasta siempre la sustancia de nuestros cuerpos; y por esto es menester que se repare con el mantenimiento de cada dia lo que con el calor de cada dia se gasta; porque de otra manera acabariase presto la virtud del hombre, y luego desfalleceria. ¡O si pluguiese á Dios quisiesen por aqui entender los hombres la necesidad que tienen de este divino Sacramento, y la sabiduría y misericordia de aquel que lo instituyó! ¿No está claro que tenemos acá dentro de estas entrañas un calor pestilencial, que nos vino por parte del pecado, el cual gasta todo lo bueno que en el hombre hay? Este es el que nos inclina al amor del siglo y de nuestra carne, y de todos los vicios y regalos; y con esto nos aparta de Dios, y nos entibia en su amor, y nos entorpece para todo lo bueno, y aviva para todo lo malo. Pues si tenemos acá dentro tan arraigado este perpetuo gastador, ¿no será razon que haya quien siempre repare lo que

siempre se está gastando? Si hay continuo gastador y no hay continuo reparador, ¿qué se puede esperar sinó un continuo desfallecimiento, y despues cierta caída? Basta para prueba de esto ver el curso del pueblo cristiano, el cual en el principio de la primitiva Iglesia, quando comia siempre de este manjar, vivia con él, y tenia fuerzas no solo para guardar la ley de Dios, sinó tambien para morir por Dios: mas ahora si está tan flaco y descaecido, es porque no come; y asi finalmente viene á perecer de hambre, como lo significó el Profeta quando dijo (*Isai. 5*): por eso fué mi pueblo llevado cautivo, porque no tuvo conocimiento de Dios, y los nobles de él murieron de hambre, y la muchedumbre de ellos pereció de sed. Pues para esto ordenó aquel sábio Médico (el cual tambien tenia tomados los pulsos de nuestra flaqueza) este Sacramento, y por eso lo ordenó en especie de mantenimiento, para que la misma especie en que lo instituia, nos declarase el efecto que obraba, y la necesidad que nuestras ánimas de él tenian.

19. Mira pues ahora si se pudiera dar en el mundo otra mayor muestra de amor, que dejarte Dios su misma Carne y Sangre en mantenimiento y en remedio. En muchas historias

leemos de algunas madres (4. Reg. 6. *Trhem.* 4) que viéndose en necesidad y estrecho de hambre, echaron mano de las carnes de sus propios hijos para mantenerse de ellos; y con el amor grande de la vida quitaban á los mismos hijos la vida por vivir. Esto habemos leído muchas veces; mas ¿quién jamas leyó que diese de comer la madre al hijo que perecía de hambre con su propia carne, y se cortase un brazo para dar de comer á su hijo, y fuese cruel para sí, por ser piadosa para con él? No hay madre en la tierra que tal haya hecho; mas aquel, mas que madre, que te vino del cielo, viendo que perecías de hambre, y que no habia otro mejor medio para sustentarte, que darte Él su misma carne en mantenimiento, aqui se entrega á los carniceros y á la muerte, para que tú vivas con este manjar. Y no solamente hizo esto una vez, sinó perpetuamente quiso que se hiciese; y para ello ordenó este Sacramento para que tú por aqui entendieses otro grado de mayor amor; el cual es, que asi como te da siempre la misma comida, asi está siempre aparejado para hacer la misma costa, si te fuere necesaria.

Causa novena.

20. Sobre todo esto has de considerar que

quiso este santísimo Reformador del mundo restituir al hombre en su antigua dignidad, y levantarlo tanto por gracia, cuanto habia caido por la culpa; y asi como la caida fue de la vida que tenia de Dios á vida de bestias, asi por el contrario quiso que fuese levantado de la vida de bestias en que habia quedado, á la vida de Dios que habia perdido. Pues para este fin ordenó la Comunión de este divinísimo Sacramento, mediante la cual viene el hombre á hacerse participante de Dios, y á vivir vida de Dios, como lo significa el mismo Salvador en aquellas altísimas palabras que dijo (*Joann. 6.*): quien come mi Carne y bebe mi Sangre, él está en mí, y yo en él, y asi como por estar mi Padre en mí, la vida que yo vivo es en todo conforme á la de mi Padre (que es vida de Dios), asi aquel en quien yo estuviere por medio de este Sacramento, vivirá como yo vivo; y asi ya no vivirá vida de hombre, sinó vida de Dios. Porque este es aquél altísimo Sacramento, en el cual Dios es recibido corporalmente, no para que Él se mude en los hombres, sinó para que los hombres se muden en Él por amor y conformidad de voluntad. Porque este divino manjar obra en quien dignamente lo recibe, lo que en él se obra y re-

presenta cuando se consagra. Porque así como por virtud de las palabras de la consagración lo que era pan se convierte en sustancia de Cristo, así por virtud de esta sagrada Comunión el que era hombre se viene por una maravillosa manera á transformar espiritualmente en Dios. De manera, que así como aquel sagrado pan una cosa es, y otra parece, y una era antes de la consagración, y otra después, así el que come de él, una cosa es antes de la Comunión, y otra después: y una cosa parece en lo de fuera, mas otra muy mas alta y excelente es en lo de dentro, pues el sér tiene de hombre, y el espíritu de Dios. ¿Pues qué gloria puede ser mayor que esta? ¿Qué dádiva mas rica? ¿Qué beneficio mas grande? ¿Qué mayor muestra de amor? Callen todas las obras de naturaleza, y callen también las de gracia; porque esta es obra sobre todas las obras, y esta es gracia singular.

21. ¡O maravilloso Sacramento! ¿Qué diré de tí? ¿Con qué palabras te alabaré? Tú eres vida de nuestras ánimas, medicina de nuestras llagas, consuelo de nuestros trabajos, memorial de Jesucristo, testimonio de su amor, manda preciosísima de su testamento, compañía de nuestra peregrinación, alegría de nuestro destierro, brasas para en-

cender el fuego del amor divino, medio para recibir la gracia, prenda de la bienaventuranza, y tesoro de la vida cristiana. Con este manjar es unida el ánima con su esposo, con este se alumbra el entendimiento, despiértase la memoria, enamórase la voluntad, deleítase el gusto interior, acreciéntase la devoción, derrítense las entrañas, ábrense las fuentes de las lágrimas, adormécense las pasiones, despiértanse los buenos deseos, fortalecese nuestra flaqueza, y toma con él aliento para caminar hasta el monte de Dios. ¿Qué lengua podrá dignamente contar las grandezas de este Sacramento? ¿Quién podrá agradecer tal beneficio? ¿Quién no se derretirá en lágrimas cuando vea á Dios unido consigo? Faltan las palabras y desfallece el entendimiento, considerando las virtudes de este soberano misterio.

22. Pues ¿qué deleite, qué suavidad, qué olores de vida se sienten en el ánima del justo en la hora que lo recibe? No suena entonces allí otra cosa sinó cantares dulcísimos del hombre interior, clamores de deseos, hacimientos de gracias, y palabras suavísimas en alabanza del amado. Porque allí el ánima devota por virtud de este venerable Sacramento es toda interiormente renovada, es llena de

gozo, es recreada con devocion, mantenida de paz, fortalecida en la fe, confirmada en la esperanza, y atada con lazos de caridad con su dulcísimo Redentor. De aqui viene cada dia hacerse mas ferviente en el amor, mas fuerte en la tentacion, mas presta para el trabajo, mas solícita en el bien obrar, y mas deseosa de la frecuentacion de este sagrado misterio.

23. Tales son tus dones, ¡ó buen Jesus! Tales las obras y deleites de tu amor, los cuales sueles comunicar á tus amigos por medio de este divino Sacramento, para que con estos tan grandes y tan poderosos deleites menosprecien todos los otros vanos y engañosos deleites. Pues abre desde ahora, ¡ó melífero amor! abre, ¡ó divina luz! los ojos interiores de tus fieles para que con rayos de fe viva te conozcan; y dilata sus corazones para que te reciban en sí; para que enseñados por Tí, busquen á Tí por Tí, y descansen en Tí, y sean finalmente por medio de este Sacramento unidos contigo, como miembros con su cabeza y como sarmientos con su vid, para que así vivan por tu virtud, y gocen de las influencias de tu gracia en los siglos de los siglos. Amen.

24. Acabada la meditacion, sígase luego el hacimiento de gracias, el ofrecimiento y peticion, como arriba se dijo en el capítulo segundo.



CAPÍTULO XXI.

Meditacion de la oracion del huerto y prision del Salvador, para el martes por la mañana.

Este dia, hécha la señal de la cruz, con la preparacion que se puso en el capítulo segundo, se ha de pensar en estos dos pasos; conviene saber, en la oracion del huerto, y en la prision del Salvador.

§ I. — *El texto de los Evangelistas dice asi.*

1. Acabada la cena, vino el Señor con sus discípulos al huerto, que se dice Gethsemaní, y dijoles (*Matth. 26. Marc. 14. Luc. 22. Joann. 18.*): esperad aquí hasta que vaya allí, y haga oracion. Y tomando consigo á Pedro, y dos hijos del Zebedéo, comenzó á temer y entristecerse, y dijoles: triste está mi ánima hasta la muerte; esperadme aquí, y velad conmigo. Y adelantándose un poquito de ellos, postróse en tierra, y caido sobre su rostro, oró y dijo: Padre mio, si es posible, pase este cáliz de mí; mas no se haga como yo lo quiero, sinó como Tú. Y vino á los discípulos, y hallólos durmiendo. Y dijo

á Pedro : ¿ Asi ? ¿ No pudiste una hora velar conmigo ? Velad y orad porque no entreis en tentacion. El espíritu está pronto, mas la carne flaca. Y otra vez volvió é hizo la misma oracion diciendo: Padre mio, si no puede pasar este caliz sin que lo haya de beber, hágase tu voluntad ; y vino otra vez, y halló los discípulos durmiendo, porque estaban sus ojos cargados del sueño ; y dejándolos asi, volvió la tercera vez, é hizo la misma oracion. Y aparecióle allí un Angel del cielo, confortándole ; y puesto en agonía, hacía mas larga su oracion. É hízose el sudor de Él asi como gotas de sangre que corrian hasta el suelo (*Luc. 22*). Entónces vino á sus discípulos, y díjoles : dormid ya y descansad : veis aqui llegada la hora, y el Hijo de la vírgen será entregado en manos de pecadores : levantáos, y vamos : catad que ahora vendrá el que me há de entregar. Aún Él estaba hablando, y hé aqui á Judas, uno de los doce, vino, y con él mucha compañía de gente con espadas y lanzas, y hachas, y armas y linternas, enviados por los príncipes de los sacerdotes y ancianos del pueblo. Y el que lo traía vendido dióles esta señal, diciendo : á cualquiera que yo besáre, prendedle vosotros, y llevadlo á buen recado. Y luego llegándose á Jesus,

dijo : Dios te salve, Maestro , y dióle paz en el rostro. Y díjole Jesus: amigo, ¿á qué viniste? Pues Simon Pedro, como tuviese una espada, desenvainóla, é hirió á un criado del pontífice, y cortóle la oreja derecha (*Joann. 18.*): y llamábase el criado Malco. Dijo entónces Jesus á Pedro: mete la espada en su vaina. ¿El cáliz que me dió mi Padre, no quieres que beba? Y como le tocase la oreja, sanóle. En aquella hora dijo Jesus á los príncipes de los sacerdotes, y á los príncipes del templo, y á los ancianos que habian venido á él: ¿como á ladron saliste á mí con espadas y lanzas? y habiendo yo cada dia estado con vosotros en el templo, no pusisteis las manos en mí. Mas esta es vuestra hora, y el poder de las tinieblas (*Luc. 22*). Entónces la gente de guerra, y el tribuno y los ministros de los judíos pusieron las manos en Jesus, y atarónle, y asi atado, lo trajeron primero á casa de Anás, porque era suegro de Caifás (*Joann, 18*), el cual era pontífice aquel año. Entónces todos los discípulos dejaron al Señor, y huyeron.

§ II.— *Meditacion sobre estos pasos del texto.*

2. ¿Qué haces, ánima mia? ¿Qué piensas? No es ahora tiempo de dormir. Ven conmigo

al huerto de Gethsemani, y allí oirás y verás grandes misterios. Allí verás cómo se entristece la alegría, y teme la fortaleza, y desfallece la virtud, y se confunde la majestad, y se estrecha la grandeza, y se anubla y oscurece la gloria.

3. Considera pues primeramente, como acabada aquella misteriosa cena, se fué el Señor con sus discípulos al monte Olivete á hacer oracion antes que entrase en la batalla de su Pasion, para enseñarnos como en todos los trabajos y tentaciones de esta vida habemos siempre de recurrir á la oracion, como á una sagrada áncora, por cuya virtud nos será quitada la carga de la tribulacion, ó se nos darán fuerzas para llevarla, que es otra gracia mayor. Porque como dice S. Gregorio (*Lib. 25. Moral. cap. 27 et 28*), mayor merced nos hace el Señor cuando nos dá esfuerzo para llevar los trabajos, que cuando nos quita los mismos trabajos.

4. Para compañía de este camino tomó consigo aquellos tres mas amados discípulos, S. Pedro, Santiago y S. Juan (*Matth. 17*), los cuales habian sido testigos poco antes de su gloriosa Transfiguracion, para que ellos mismos viesen cuán diferente figura tomaba ahora por amor de los hombres el que tan

glorioso se les habia mostrado en aquella vision. Y porque entendiesen que no eran menores los trabajos interiores de su ánima, que los que por defuera se comenzaban á descubrir, díjoles aquellas tan dolorosas palabras: triste está mi ánima hasta la muerte: esperadme aquí, y velad conmigo. Aquel Dios y hombre verdadero, aquel hombre mas alto que nuestra humanidad y que todo lo criado, cuyos tratos y conversacion era con aquel pecho de la suma Deidad, con la cual sola comunicaba sus secretos, ahora es en tanta manera entristecido, que descende á dar parte de su pena á sus criaturas, y á pedirle su compañía diciendo: esperadme aquí y velad conmigo. ¡O riqueza del cielo! ¡O bienaventuranza cumplida! ¡Quién te puso, Señor, en tal estrecho? ¡Quién te echó por puertas ajenas? ¡Quién te hizo mendigo de tus mismas criaturas, sinó el amor de enriquecerlas?

5. Díme, ¡ó dulcísimo Redentor! ¿Por qué temes la muerte que tú tanto deseabas, pues el cumplimiento del deseo mas es causa de alegría que de temor? No tenían los mártires ni la fortaleza ni la gracia que tú, sinó una sola partecita que de tí (que eres la fuente de la gracia) se les comunicaba; y con sola ésta entraban tan alegres en las conquistas

de los martirios: ¿y tú, que eres el dador de la fortaleza y de la gracia, te entristeces y temes antes de la batalla? Ciertamente, Señor, ese temor tuyo no es tuyo, sinó mio; así como aquella fortaleza de los mártires no era de ellos, sinó tuya. Tú temes por lo que tienes de nosotros, y ellos se esforzaron por lo que tenían de tí. La flaqueza de mi humanidad se descubre en los temores de Dios, y la virtud de tu Deidad se muestra en la fortaleza del hombre. Así que mio es ese temor, y tuya esta fortaleza; y por eso mia es tu ignominia, y tuya mi alabanza.

6. Quitaron la costilla al primer Adán (*Gén. 2*), para formar de ella á la mujer; y en lugar del hueso que le quitaron pusieronle carne flaca. ¿Pues qué es esto, sinó que de tí, nuestro segundo Adán, tomó el Padre Eterno la fortaleza de la gracia, para poner en la iglesia tu esposa (*Ephes. 5*), y de ella tomó la carne y la flaqueza para poner en tí? Pues por esto quedó la mujer fuerte y tú flaco: ella fuerte con tu virtud, y tú flaco con su flaqueza. Doblada merced fué esta que nos hiciste, Padre nuestro: que no contento con vestirnos de tí, te quisiste vestir de nosotros. Por lo uno y por lo otro te bendigan los Angeles para siempre, pues ni fuiste avariento en comuni-

carnos tus bienes, ni tuviste asco de recibir nuestros males. ¿Pues qué debo yo hacer considerando esto, sinó viéndome lleno de tus misericordias, gloriarme en tí, y viendo á tí por mi amor lleno de miserias, compadecerme de tí? Por lo uno me alegraré, y por lo otro me entristeceré: y así con lágrimas y alegría cantaré y lamentaré el misterio de tu Pasion, y estudiaré siempre en aquel libro de (*Ezequiel 2*), que de cantares y lamentaciones era escrito.

7. Acabadas estas palabras, apartóse el Señor de los discípulos (*Luc. 22*) quanto un tiro de piedra; y postrado en tierra con grandísima reverencia, comenzó su oracion diciendo: Padre, si es posible, traspasa de mí este cáliz; mas no se haga como yo lo quiero, sinó como tú. Y hecha esta oracion tres veces, á la tercera fué puesto en tan grande agonía, que comenzó á sudar gotas de sangre, que corrian por todo su sacratísimo cuerpo hilo á hilo hasta caer en tierra.

8. Considera pues al Señor en este paso tan doloroso, y mira como representándosele allí todos los tormentos que habia de padecer, y aprenhendiendo perfectísimamente con aquella imaginacion suya nobilísima tan crueles dolores como se aparejaban para el mas delicado de los cuerpos, y poniéndosele delante todos los

pecados del mundo, por los cuales padecía, y el desagradecimiento de tantas ánimas que no habian de reconocer este beneficio, ni querer aprovecharse de este tan grande y tan costoso remedio, fué su ánima en tanta manera angustiada, y sus sentidos y carne delicadísima tan turbados, que todas las fuerzas y elementos de su cuerpo se destemplaron, y la carne bendita se abrió por todas partes, y dió lugar á la sangre que manase por toda ella en tanta abundancia, que corriese hasta la tierra. Y si la carne, que de sola recudida padecía estos dolores, tal estaba, ¿qué tal estaría el ánima que directamente los padecía?

9. En los otros hombres, cuando se ven en algun súbito y grande trabajo, suele acudir la sangre al corazon, dejando los otros miembros frios y despojados de su virtud, por socorrer al miembro mas principal: mas Cristo por el contrario, como queria padecer sin ninguna manera de consuelo (porque fuese mas copiosa nuestra redencion), aún este pequeño alivio de naturaleza no quiso admitir por nuestro amor.

10. Mira pues al Señor en esta agonía, y considera no solo las angustias de su ánima, sinó tambien la figura de su sagrado ros-

tro. Suele el sudor principalmente acudir á la frente y á la cara: pues si salia por todo el cuerpo de Jesus la sangre, y corria hasta el suelo, ¿qué tal estaría aquella tan clara frente, que alumbra á la luz, y aquella cara tan reverenciada del cielo, estando como estaba toda goteada y cubierta de sudor de sangre? Y si los que mucho se aman, en las enfermedades y peñigos de muerte suelen estar colgados del rostro de sus amigos, mirando el color y los accidentes que muda la enfermedad, tú, ánima mia, que miras la cara de Jesus, ¿qué sientes cuando ves en ella señales tan estrañas y tan mortales? ¿Qué dolores serán los de adelante, cuando al principio de la enfermedad le toma tal agonía? ¿Qué sentirá padeciendo los dolores, pues en solo pensarlo suda sangre?

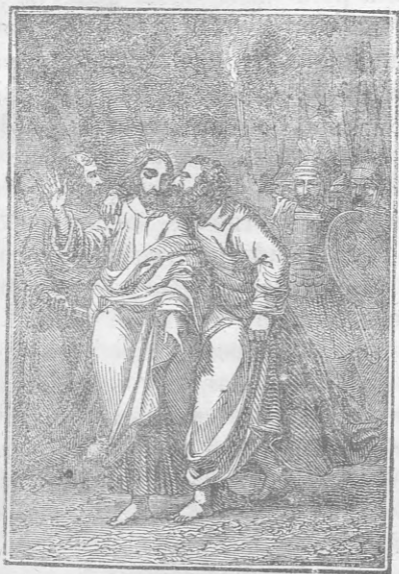
11. Si en este paso no te compadeces del Salvador, y si cuando Él suda sangre de todo su cuerpo, tú no viertes lágrimas de tus ojos, piensa que tienes corazon de piedra, Si no puedes llorar por falta de amor, á lo menos llora por la muchedumbre de tus pecados, pues ellos fueron causa de este dolor. No le azotan ahora los verdugos, no le coronan los soldados, no son los clavos ni las espinas las que ahora le hacen salir la sangre, sinó

tus culpas, estas son las espinas que le punzan, esos los verdugos que le atormentan, esa la carga tan pesada que le hace sudar ese sudor. ¡O cuán cara te cuesta, Salvador mio, mi salud y mi remedio! ¡O mi verdadero Adán (*Gen. 3*), salido del paraíso por mis pecados, que con sudores de sangre ganas el pan que yo tengo de comer!

12. Considera tambien en este mismo paso, por una parte aquella tan grande agonía y vigilias de Cristo, y por otra el sueño tan profundo de los discípulos, y verás aqui representado un grande misterio. Porque verdaderamente no hay cosa mas para sentir en el mundo, que ver el descuido en que viven los hombres, y el poco caso que hacen de un negocio tan grande como es el de su salvacion. ¿Qué cosa puede ser mas para sentir, que tan grande descuido en tan gran negocio? Pues si quieres entender lo uno y lo otro, mira al Salvador y mira á los discípulos en este paso. Mira cómo el Salvador, entendiendo en este negocio, está puesto en un tan profundo cuidado y agonía, que le hace sudar gotas de sangre; y mira á los discípulos por el contrario, tendidos por aquel suelo durmiendo con un sueño tan pesado, que no bastaba ni la reprehension del Maestro, ni la mala cama que allí tenian, ni

el desabrigo y sereno de la noche para hacerlos volver en sí. Mira pues qué tan grande es el negocio de la salvacion de los hombres, pues basta para hacer sudar gotas de sangre al que sostiene los cielos; y mira por otra parte en cuán poco lo tienen los mismos hombres, pues tan dormidos y descuidados están al tiempo que asi por ellos se desvela el mismo Dios. No se pudo mas encarecer lo uno y lo otro, que por estas dos cosas tan estrañas. Pues si trabajos agenos pusieron á Dios en tanto cuidado, ¿cómo vive con tan estraño descuido aquel, cuyo es el trabajo, y el negocio, y el provecho y el daño?

13. En este mismo cuidado y descuido podrás entender cuán de verdad sea este Señor nuestro Padre, y cómo tiene para con nosotros entrañas y corazon de Padre. ¿Cuántas veces acaece estar la hija durmiendo á sueño suelto (*Eccli. 42, 9*), y estar el padre toda la noche desvelado, pensando en su remedio? Pues asi este piadoso Padre, estando nosotros tan dormidos y descuidados de nuestra salud como aqui se representa, está Él toda la noche velando y trasudando, y agonizando, sobre dar orden como se pusiese cobro en nuestra vida.



§ III. — *De la prision del Salvador.*

14. Mira despues como acabada la oracion, llegó aquel falso amigo con aquella infernal compañía, renunciado ya el oficio del apostolado, y hecho adalid y capitán del ejército de satanáas. Mira cuán sin vergüenza se adelantó primero que todos, y llegado al buen Maestro, lo vendió con beso de falsa paz. Gran miseria es ser un hombre vendido por dineros, y mucho mayor si es vendido de sus amigos, y de aquellos á quien él hizo bien. Cristo es vendido de quien habia hecho no solamente discípulo, sinó Apóstol, y es vendido con engaños y traiciones, y es vendido á crueldísimos mercaderes, que no quieren mas de Él que la sangre y el pellejo para hartar su hambre. Mas ¿por qué precio es vendido? La bajeza del precio acrecienta la grandeza de la injuria. Dime, Judas, ¿por qué precio pones en almoneda al Señor de lo criado? Por treinta dineros. ¡O qué bajo precio ese para tan grande Señor! Por más subido precio se suele vender una bestia en el mercado, ¿y tú por éste vendes á Dios? No te tiene Él á tí en ese precio, pues te compra con su sangre. ¡O estima del hombre, y desestima de Dios! ¡Dios es verídico.

do por treinta dineros, y el hombre es comprado por la sangre del mismo Dios.

15. En aquella hora dijo el Señor á los que le venian á prender: asi como á ladron salisteis á mí con espadas y lanzas; y habiendo yo estado con vosotros cada dia en el templo, no estendisteis las manos en mí: mas esta es vuestra hora y el poder de las tinieblas. Este es un misterio de grande admiracion. ¿Qué cosa de mayor espanto que ver al Hijo de Dios tomar imágen no solamente de pecador, sinó tambien de condenado? Ésta es, dice Él, vuestra hora y el poder de las tinieblas. De las cuales palabras se saca, que por aquella hora fué entregado aquel inocentísimo cordero en poder de los príncipes de las tinieblas, que son los demonios, para que por medio de sus miembros y ministros ejecutasen en Él todos los tormentos y crueldades que quisiesen. Y asi como el santo *Job*. (1 et 2), por divina permision fué entregado en poder de satanáas, para que le hiciese todo el mal que quisiese, con tanto que no le tocasse en la vida, asi fué dado poder á los príncipes de las tinieblas, sin escepcion de vida ni de muerte, para que empleasen todas sus furias y rabias contra aquella santa humanidad. De aquí nacieron aquellos tantos ensayos y ma-

neras de escarnios y vituperios nunca vistos, con que el demonio pretendia hartar su ódio, vengar sus injurias, y derribar aquella santa ánima en alguna impaciencia, si le fuera posible. Mostróme Dios, dice el profeta (*Zach. 5*), á Jesus, sacerdote grande, vestido de una vestidura manchada, y satanás estaba á su diestra aparejado para hacerle contradicción. Mas el Salvador responde por su parte diciendo (*Psalm. 15*): ponía yo al Señor siempre delante mis ojos, porque Él está á mi diestra, para que no pueda yo ser movido. Piensa pues ahora tú hasta dónde se abajó aquella alteza divina por tí, pues llegó al postrero de todos los males, que es á ser entregado en poder de los ministros del demonio. Y porque la pena que tus pecados merecian era ésta, Él se quiso poner á esta pena, porque tú quedases libre de ella (*Psalm. 8*). ¡O santo Profeta! ¡De qué te maravillas, viendo á Dios hecho menor que los Angeles? Maravíllate ahora mucho mas de verlo entregado en poder de los ministros del demonio. Sin duda los cielos y la tierra temblaron de tan gran humildad y caridad.

16. Dichas estas palabras, arremetió luego toda aquella manada de lobos hambrientos con el manso cordero, y unos lo arreba-

taban por una parte, otros por otra; cada uno como mas podia. ¡O cuán inhumanamente le tratarían, cuántas descortesías le dirían, cuántos golpes y estirones le harian, qué gritos y voces alzarían como suelen hacer los vencedores cuando se ven ya con la presa! Toman aquellas santas manos (que poco antes habian obrado tantas maravillas), y átanlas fuertemente con unos lazos corredizos hasta desollarle los cueros de los brazos, y hasta hacerle reventar la sangre, y así lo llevan atado por las calles públicas con grande ignominia. ¡O espectáculo de grande admiracion! Piensa tú ahora qué sentirías si conociéses alguna persona de grande autoridad y merecimiento, y la vieses llevar por las calles públicas en poder de la justicia, con una soga á la garganta, cruzadas y atadas las manos, con grande alboroto y concurso del pueblo, y con grande estruendo de armas y de gente de guerra. Mira lo que en este caso sentirías, y luego alza los ojos y contempla este Señor de tanta reverencia, y que tales maravillas obraba en aquella tierra, y tales sermones predicaba, á quien reverenciaban todos los enfermos y necesitados, y pedían el remedio de todos sus males: mira cómo ahora lo llevan tan desautorizado y aver-

gonzado, medio andando, medio arrastrando, haciéndole llevar el paso, no cual á su gravedad y persona convenia, sinó cual queria la furia de sus enemigos, y el deseo que tenian de contentar á los fariseos, que tanta hambre tenian por ver ya aquella presa en sus uñas. Míralo muy bien cuál va por este camino, desamparado de sus discípulos, acompañado de sus enemigos, el paso corriendo, el huelgo apresurado, el color mudado, y el rostro ya encendido y sonroseado con la prisa del caminar. Y contempla en tan mal tratamiento de su persona tanta mesura en su rostro, tanta gravedad en sus ojos, y aquel semblante divino, que en medio de todas las descortesías del mundo nunca pudo ser obcurecido.

17. Sube luego mas arriba, y párate á considerar quién es éste que asi ves llevar con tanta deshonra. Éste es el Verbo del Padre, sabiduría eterna, virtud infinita, bondad suma, bienaventuranza cumplida, gloria verdadera, y fuente clara de toda hermosura. Mira pues cómo por tu salud y remedio es aquí atada la virtud, y presa la inocencia, escarnecida la sabiduría, y vituperada la honra, y atormentada la gloria, y enturbiada con lágrimas y dolores la fuente clara de toda

hermosura. Si tanto sintió el sacerdote Helí (1. Reg. 4), la prision del arca del Testamento que de espanto cayó de la silla donde estaba, y quebradas las cervices, súbitamente murió, ¿qué debe sentir el ánima cristiana cuando vé el arca de todos los tesoros de la sabiduría de Dios llevada y presa en poder de tales enemigos? Alábenlo pues los cielos y la tierra, y todo lo que en ellos es, porque oyó el clamor de los pobres, y no menospreció el gemido de sus presos, pues quiso Él ser preso por libertarlos (*Psalm. 68*).

§ IV. — *De los que espiritualmente atan las manos á Cristo nuestro Redentor.*

18. Pues ó clementísimo y dulcísimo Salvador, que quisisteis ser atado por desatarnos y librarnos de nuestro cautiverio, suplicote por las entrañas de misericordia que á este paso te trajeron, no permitas que cometa yo tan grande maldad, como es atarte las manos, como hicieron los judíos. Porque no solos ellos ataron tus manos, sinó tambien las ata el que resiste á tus santas inspiraciones, y no quiere ir por donde tú lo quieres guiar, ni recibir lo que tú misericordiosamente le quieres dar.

19. Tambien ata tus manos el que á su prójimo escandaliza, y lo aparta con su mal

ejemplo y consejo de su buen propósito, é impide la buena obra que tú comenzabas á obrar en él.

20. Los desconfiados tambien, Señor, y los incrédulos atan las manos de tu liberalidad y clemencia; porque asi como la confianza abre las manos de tu gracia, asi las ata la incredulidad y la desconfianza. Conforme á lo cual dice el Evangelista, que no podias hacer muchas virtudes y milagros en tu pátria, por la incredulidad de los vecinos y moradores de ella (*Matth. 13*).

21. Los desagradecidos tambien y los negligentes te atan las manos, y ponen impedimento á tu gracia; los unos porque no te dan gracias por la gracia, y los otros porque la tienen ociosa y baldía, sin querer aprovecharse de ella.

22. Finalmente, los que toman vanagloria por las gracias que les has dado, éstos tambien atan tus manos mas fuertemente, porque con esta culpa se hacen indignos de tu gracia. Porque no es razon que tú prosigas en hacer mercedes á quien toma de ellas ocasion para hacerse mas vano, ni que tú des las riquezas de tus gracias, á quien no te acude con el tributo de la gloria, sinó antes como traidor y robador se alza con ella, y usurpa los derechos de la gloria, que á tí solo pertenecian.

25. Tambien diria yo, Señor, que te atan las manos los parleros y los que tienen poco secreto de las consolaciones y sentimientos que les das; porque asi como los hombres avisados y discretos dejan de dar parte de sus secretos á los que se hallaron infieles en guardarlos, asi tú tambien muchas veces dejas de dar parte de los tuyos á los que sin causa los publican á otros, y toman de ahí ocasion para hacerse mas vanos.

24. Acabada la meditacion, síguese luego el hacimiento de gracias, el ofrecimiento y peticion, como arriba se dijo en el capítulo segundo.

CAPTULO XXI.

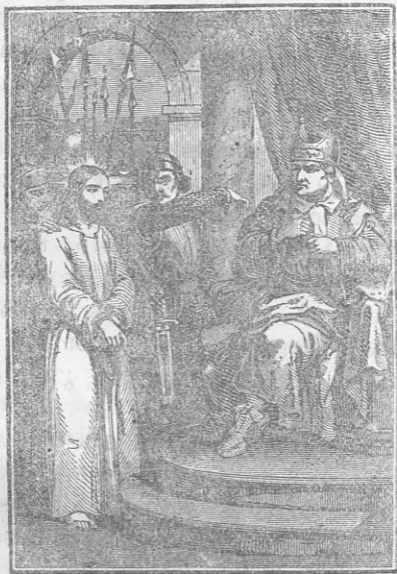
Meditacion de la presentacion de nuestro Redentor Jesucristo ante los pontífices y jueces, y de los azotes que padeciò atado á la columna, para el miérescoles por la mañana.

* Este dia, hecha la señal de la cruz, con la preparacion que se puso en el capítulo segundo, se ha de contemplar la presentacion del Señor ante los pontífices y jueces. La primera á Anás: la segunda á Caifás: la tercera á Herodes, la cuarta á Pilato, y despues de ésto los azotes á la columna.

§ I. — *El texto de los Evangelistas dice así.*

1. Pues como el Señor fuese presentado al pontífice Anás, preguntóle el pontífice por sus discípulos y doctrina. Respondióle Jesus: Yo públicamente he hablado al mundo: yo siempre enseñé en públicos ayuntamientos, y en el templo, donde todos los judíos se juntan, y en secreto no he hablado nada. ¿Qué me preguntas á mí? Pregunta á los que lo han oído, que ellos saben lo que yo he dicho. Como Él dijese ésto, uno de los ministros que asistian al pontífice dió una bofetada á Jesus, diciendo: ¿asi respondes al pontífice? Repondió Jesus: si mal hablé, muéstrame en qué; y si bien, ¿por qué me hieres?

2. Y envióle Anás atado á Caifás, donde los letrados de la ley y los ancianos estaban ayuntados. Y el príncipe de los sacerdotes y letrados buscaban algun falso testimonio contra Jesus, por donde le condenasen á muerte y no le hallaban, aunque se juntaron allí muchos falsos testigos. En fin vinieron dos falsos testigos y dijeron: éste dijo: yo puedo destruir el templo de Dios y volverle á reedificar despues de tres dias. Y levantándose el príncipe de los sacerdotes,



díjole: conjúrote de parte de Dios vivo, que nos digas si tú eres Cristo Hijo de Dios. Díjoles Jesus: tú lo digiste; mas en verdad os digo, que presto vereis el Hijo de la Vírgen asentado á la diestra de la virtud de Dios, y venir en las nubes del cielo. Entónces el príncipe de los sacerdôtes rasgó sus vestiduras, y dijo: blasfemado há; ¿qué necesidad tenemos aquí de testigos? Catad aquí, babeis oido la blasfemia, ¿qué os parece? Ellos respondieron: merecedor es de muerte. Entónces escupieron en su rostro, y diéronle de pescozones, y otros le daban en la cara bofetadas, y decian: profetizanos, Cristo, ¿quién es el que te hirió?

5. El dia siguiente por la mañana toda la muchedumbre de los príncipes del pueblo llevaron á Jesus á Pilato; y comenzaron á acusarle diciendo: á este hombre hallamos que pervertia nuestra gente, y vedaba que no se pagase tributo al César, diciendo que él era el rey Mesías. Y Pilato preguntóle, diciendo: ¿tú eres rey de los judíos? Y Él respondió: tú lo dices. Y siendo acusado de los príncipes de los sacerdotes y de los mas ancianos, no respondía nada. Entónces dijo Pilato: ¿no oyes cuántos testimonios dicen contra tí? Y Él no respondió á ninguna palabra:

tanto, que el juez estaba maravillado en gran manera. Dijo pues Pilato á los príncipes de los sacerdotes y á la gente: no hallo culpa en este hombre. Mas ellos daban voces, y porfiaban diciendo: ha alborotado el pueblo, enseñando por toda Judea, comenzando desde Galilea hasta aquí. Pilato, oyendo que se hacia mencion de Galilea, preguntó si por ventura aquel hombre fuese natural de Galilea; y como supo que era de la jurisdiccion de Herodes, envióle á él, que en aquellos dias estaba en Jerusalén. Y Herodes viendo á Jesus, gozóse mucho, porque habia mucho tiempo que deseaba verle, y habia oido muchas cosas de él, y esperaba ver algun milagro que hiciese delante de él. Estaban allí los príncipes de los sacerdotes y letrados de la ley acusándole fuertemente. Y menosprecióle Herodes con toda su córte, é hizo burla de él. Y vistiéndole de una vestidura blanca, volvióle á enviar á Pilato.

4. Y por razon del dia solemne de la pascua, tenia por costumbre el presidente soltarles un preso, cual ellos le pidiesen. Y tenia entónces preso un malhechor famoso, que se decia Barrabás. Pues ayuntándolos á todos en uno, dijoles Pilato: ¿á quién quereis que os suelte de los dos: á Barrabás ó á Jesus, que se

llama Cristo? Y ellos respondieron: no á éste, sinó á Barrabás; el cuál estaba en la cárcel por un ruido que habia hecho en la ciudad, en el cual habia muerto un hombre. Díjoles entónces Pilato: ¿pues qué haré de Jesus, que se llama Cristo? Dicen todos: sea crucificado. Entónces tomó Pilato á Jesus, y azotóle.

§ II. — *Meditacion sobre estos pasos del texto.*

5. Muchas cosas tienes, ánima mia, que contemplar hoy: muchas estaciones tienes que andar en compañía del Salvador, si no quieres con los discípulos huir, ó si no te pesan los pies para andar los caminos que el Señor tuvo por bien de caminar por tí. Cinco veces es hoy llevado á diversos jueces, y en cada casa de ellos es maltratado por tí, y paga tu merecido. En una casa es abofeteado; en otra escupido; en otra escarnecido; en otra azotado y coronado con espinas y sentenciado. Mira qué estaciones éstas para no quebrar el corazon, y para no andarlas los pies descalzos y corriendo sangre.

6. Vamos pues á la primera, que fué á casa de Anás, y mira como allí, respondiendo el Señor cortesmente á la pregunta que

el pontífice le hizo sobre sus discípulos y doctrina, uno de aquellos malvados que presentes estaban, dió una bofetada en su divino rostro, diciendo: ¿asi has de responder al pontífice? Al cual el Salvador benignamente respondió: si mal hablé, muéstrame en qué; y si bien, ¿por qué me hieres? Mira pues aquí, ¡ó ánima mia! no solamente la mansedumbre de esta respuesta, sinó tambien aquel divino rostro señalado y colorado con la fuerza del golpe, y aquella medida de ojos tan serenos y tan sin turbacion en aquella afrenta; y aquella ánima santísima en lo interior tan humilde y tan aparejada para volver la otra mejilla, si el verdugo lo pidiera. ¡O malaventurada mano, qué tal has parado el rostro, ante cuyo acatamiento se arrodilla el cielo, ante cuya Majestad tiemblan los Serafines y toda la naturaleza criada! ¿Qué viste en Él, porque asi borraste la figura de aquel que es traslado de la gloria del Padre, y asi afeaste y avergonzaste el mas hermoso de los hijos de los hombres?

7. Mas no será ésta la postrera de las injurias de esta noche; porque de esta casa llevan al Señor á la del pontífice Caifás, donde será razon que le vayas acompañando; y ahí verás eclipsado el sol de justicia, y escupido

aquel divino rostro en que desean mirar los Ángeles. Porque como el Salvador siendo conjurado por el nombre del Padre que dijese quién era, respondiese á esta pregunta lo que convenia á aquellos que tan indignos eran de oír tan alta respuesta; cegándose con el resplandor de tan grande luz, volviéronse contra Él como perros rabiosos, y allí descargaron sobre Él todas sus iras y rábias. Allí todos á porfía le dan de bofetadas y pescotones: allí escupen con sus infernales bocas en aquel divino rostro: allí le cubren los ojos con un paño, y dándole bofetadas en la cara, juegan con Él diciendo: adivina quién te dió. ¡O maravillosa humildad y paciencia del Hijo de Dios! ¡O hermosura de los Ángeles! ¿Rostro era ese para escupir en él? Al rincón mas despreciado suelen volver los hombres la cara cuando quieren escupir, ¿y en todo ese palacio no se halló otro lugar mas despreciado que tu rostro para escupir en él? ¿Cómo no te humillas con este ejemplo, tierra y ceniza? ¿Cómo ha quedado en el mundo rastro de soberbia despues de tan grande ejemplo de humildad? Dios calla escupido y abofeteado; los Ángeles y todas las criaturas tienen las manos quedas viendo así maltratar su Criador: ¿y el vil gusanillo trastorna el mundo

sobre un punto de honra? ¿De qué os espantais, hombres, por ver á Dios tan abatido y maltratado en el mundo, pues venia á curar la soberbia del mundo? Si te espanta la aspereza de la medicina, mira la grandeza de la llaga, y verás que tal llaga tal medicina como ésta requeria; pues aún con todo eso no está sana. Espántate de ver á Dios tan humillado; yo me espanto de ver á tí todavía tan soberbio estando Dios tan humillado. Espántate de ver á Dios abajado al polvo de la tierra; yo me espanto de ver que con todo esto el polvo y la tierra se levante sobre el cielo, y quiera ser mas honrado que Dios.

8. ¿Pues cómo no basta este tan maravilloso ejemplo para vencer la soberbia del mundo? Bastó la humildad de Cristo para vencer el corazon de Dios y amansarlo, ¿y no bastará para vencer el tuyo y humillarlo? Dijo el Angel al patriarca Jacob (*Gen. 32*): no te llamarás ya mas Jacob, sinó Israel será tu nombre; porque si para con Dios fuiste poderoso, ¿cuánto mas lo serás para con los hombres? Pues si la humildad y mansedumbre de Cristo prevalecieron contra el furor y contra la ira divina, ¿cómo no prevalecen contra nuestra soberbia? Si aplacaron y amansaron un corazon tan poderoso

como el de Dios airado, cómo no truecan y amansan el nuestro? Espántome, y mucho me espanto, ¿cómo con esta paciencia no se vence tu ira; con este abatimiento tu soberbia; con estas bofetadas tu presuncion; con este silencio tan profundo entre tantas injurias los pleitos que tú revuelves porque te tocaron en la ropa. Gran maravilla es ver que por medio de tan terribles injurias quisiese Dios derribar el reino de nuestra soberbia; y gran maravilla es tambien que hecho todo ésto, esté aún viva la memoria de Amalech debajo del cielo (*Reg. 15*), y queden todavía reliquias de esta mala generacion.

9. Cura pues en mí ¡ó buen Jesus! con el ejemplo de tu humildad la locura de mi soberbia; y pues la grandeza de tus llagas me dice claro que tengo necesidad de remedidor, tu remedio me diga que ya lo tengo.

§ III. — *De los trabajos que el Salvador pasó en aquella noche de su pasion, y de la negacion de san Pedro.*

10. Despues de ésto considera los trabajos que el Salvador pasó toda aquella noche dolorosa, porque los soldados que le guardaban escarnecian de Él, como dice S. Lucas (22), y tomaban por medio para vencer el

sueño de la noche estar burlando y jugando con el Señor de la Majestad. Mira pues ¡ó ánima mia! como tu dulce Esposo está puesto como blanco á las saetas de tantos golpes y bofetadas como allí le daban. ¡O noche cruel! ¡O noche desasosegada, en la cual ¡ó buen Jesus! no dormias, ni dormian los que tenian por descanso atormentarte! La noche fué ordenada para que en ella todas las criaturas tomasen reposo, y los sentidos y miembros cansados de los trabajos del dia descansasen; y ésta toman ahora los malos para atormentar todos tus miembros y sentidos, hiriendo tu cuerpo, afligiendo tu ánima, atando tus manos, abofeteando tu cara, escupiendo tu rostro, y atormentando tus oidos, para que en el tiempo en que todos los miembros suelen descansar, todos ellos en tí penasen y trabajasen. ¡Qué maitines éstos tan diferentes de los que en aquella hora te cantarían los coros de los Angeles en el cielo! Allá dicen: Santo, Santo; acá dicen, muera, muera, crucificalo, crucificalo. ¡O Angeles del paraíso, que las unas y las otras voces oíades! ¡qué sentiades viendo tan mal tratado en la tierra aquel á quien vosotros con tanta reverencia tratais en el cielo? ¡Qué sentiades viendo que Dios tales cosas padecia por los mismos que

tales cosas hacian? ¿Quién jamás oyó tal manera de caridad, que padezca uno la muerte por librar de la muerte al mismo que la dá? No se puede encarecer mas la malicia del hombre, que haber llegado á poner las manos en su mismo Dios: ni la bondad y misericordia de Dios, que haber querido padecer ésto por la criatura que tal hizo.

11. Crecieron sobre todo ésto los trabajos de aquella noche dolorosa con la negacion de S. Pedro (*Matth. 26. Marc. 14. Luc. 22. Jann. 18. Matth. 16*, etc.) Aquel tan familiar amigo, aquel escogido para ver la gloria de la Transfiguracion, aquel entre todos tan honrado con el principado de la Iglesia: ese primero que todos, no una, sinó tres veces en presencia del mismo Señor jura y perjura que no le conoce, ni sabe quién es. ¡O Pedro! ¿tan mal hombre es ese que ahí está, que por tan gran vergüenza tienes aún haberlo conocido? Mira que eso es condenarlo tú primero que los pontífices, pues das á entender en eso que es él persona tal, que tú mismo te desprecias y deshonoras de conocerle. ¿Pues qué mayor injuria que esa?

12. Volvióse entónces el Salvador, y miró á Pedro, y fuéronsele los ojos tras aquella oveja que se le habia perdido. ¡O vista de maravillo-

sa virtud! ¡O vista callada, mas grandemente significativa! Bien entendió Pedro el lenguaje y las voces de aquella vista, pues las del gallo no bastaron para despertarlo, y éstas sí. Mas no solamente hablan, sinó tambien obran los ojos de Cristo, y las lágrimas de Pedro lo declaran, las cuales no manaron tanto de los ojos de Pedro quanto de los ojos de Cristo.

13. De manera, que cuando alguna vez despertáres, y volvieres en tí, debes entender que ese es beneficio de los ojos del Señor que te miran. Ya habian cantado los gallos, y no se acordaba Pedro, porque aún no le habia mirado el Señor. Miróle, y acordose, y arrepiñtióse, y lloró su pecado, porque sus ojos abren los nuestros, y ellos son los que despiertan á los dormidos.

14. Luego dice el Evangelista (*Luc. 22*), que Pedro salió fuera, y lloró amargamente, para que entiendas que no basta llorar el pecado, sinó que es menester tambien huir el lugar y las ocasiones del pecado. Porque llorar siempre los pecados, y siempre repetirlos, eso es provocar siempre contra tí la ira del Señor.

15. Y no hay duda, que la principal culpa de Pedro fué haber tenido empacho y

temor de parecer discípulo de Cristo, y por esto se dice haberle negado. Pues si ésto es negar á Cristo, ¿cuántos cristianos hallarás que de esta manera le nieguen? ¿Cuántos hay que rehusan de confesar y comulgar, y orar y tratar de Dios, y conversar con buenos, y sufrir injurias, porque el mundo no los desestime y burle de ellos? Pues ¿qué es ésto sinó tener vergüenza de parecer discípulo de Cristo, y guardador de sus mandamientos? Y ¿qué es esto sinó negar á Cristo, como le negó S. Pedro, que tuvo vergüenza de parecer discípulo suyo? ¿Pues qué esperan los que ésto hacen, sinó aquel castigo y sentencia del Salvador, que dice: (*Luc. 9 et Marc. 8*): el que se afrentáre de parecer mi discípulo delante de los hombres, el Hijo de la Virgen se afrentará de reconocerlo por suyo, cuando venga con su majestad y con la del Padre y la de los santos Angeles.

16. Acabada ésta noche tan triste, llevan luego al Salvador á casa del Adelantado Pilato; y él (porque supo que era natural de Galilea) envióle á Herodes, que era Rey de aquella tierra, el cual le tuvo por loco, y como á tal le mandó vestir de una vestidura blanca (*Joann. 18. Luc. 23*), y así le volvió á enviar á Pilato. En lo cual parece que el Sal-

vador en este mundo no solo fué tenido por malhechor, sinó tambien por loco. ¡O misterio de grande veneracion! La principal virtud del cristiano es no hacer caso de los juicios y pareceres del mundo. Pues aquí tienes, hermano, donde puedes aprender muy bien esta filosofía, y consolarte con este ejemplo cada vez que fueres desestimado del mundo. Porque no te puede el mundo hacer injuria, ni levantar testimonio que primero no lo levantase á Cristo. Él fué tenido por malhechor y revolvedor del pueblo (*Joann. 19*), y por tal lo acusan ante los jueces, y le piden la muerte. Fué tenido por nigromántico y endemoniado, y así decian (*Matth. 12*): que en virtud de Belcebub lanzaba los demonios. Fué tenido por gloton y comedor, y así decian (*Matth. 11*): catad aquí un hombre tragador y bebedor de vino. Fué tenido por hombre que andaba en malos tratos y compañías, y así decian (*Matth. 9*): que se juntaba con publicanos y pecadores, y comia con ellos. Fué tenido por hombre de mala generacion y mala casta (*Luc. 15*), y así dijeron: tú samaritano eres, y demonio tienes (*Joann. 8*). Fué tenido por hereje y blasfemo, y así dijeron: (*Marc. 2*): que se hacia Dios, y que perdonaba los pecados como Dios. No faltaba

sinó que despues de todo ésto lo tuviesen por loco, y por tal es ahora tenido, no de quien quiera, sinó de los caballeros y cortesanos de Herodes; y asi lo visten como á loco, porque todos lo tuviesen por tal. ¡O inestimable humildad! ¡O ejemplo de toda virtud! ¡O consuelo de toda la tribulacion! Pues para que tú hagas poco caso de los juicios y aprecio del mundo, y veas cuán loco es, y cuán desatinado en sus dichos y hechos, y en sus pareceres y juicios, pon los ojos en este desecho de todas las virtudes, y en este consuelo general de todos los males: y mira aquí como la sabiduría de Dios es tenuta por locura; la virtud por maleficio; la verdad por heregia; la templanza por glotonería; el pacificador del mundo por alborotador del mundo; el reformador de la ley por quebrantador de la ley; el justificador de los pecadores por pecador y seguidor de pecadores.

17. En todas estas idas y venidas, y en todas estas demandas y respuestas ante los jueces, mira con grande atencion aquella medida del Salvador, aquella serenidad de rostro, aquella entereza de ánimo nunca vencido ni quebrantado con tan grandes encuentros. Y viéndose en presencia de tantos jueces y tribunales, en medio de tantas injurias

y heridas, entre tanta confusion de voces y clamores de los que le acusaban y pedian la muerte, entre tanta furia y r bia de enemigos, y aún estando ya la muerte y el madero de la cruz presente, en medio de tantas olas y torbellinos fué tan maravillosa su constancia, su paciencia y su templanza, que no hizo ni dijo cosa que no fuese de grande y generoso corazon. No salió de su boca palabra áspera ni dura; no se ocult  ni abaj    ruegos, ni suplicaciones, ni lágrimas; sinó en todo y por todo guardó la mesura que convenia   la dignidad de tan alta persona.   Qué silencio entre tantas y tan falsas acusaciones!   Qué miramiento (cuando habia de hablar) en sus palabras!   Qué prudencia en sus respuestas! Finalmente, tal fué la figura de su rostro y de su ánimo en estos negocios, que ella sola, sin mas testimonio, bastára para justificar su causa, si la bajeza de aquellos entendimientos tan groseros que alcanz ra   entender la alteza de esta probanza.

18. Acabada la Meditacion síguese luego el hacimiento de gracias, y peticion como arriba se dijo en el capítulo segundo.

§ IV. — *De los azotes que el Señor recibió en la columna.*

19. Despues de todas estas injurias considera los azotes que el Salvador padeció en la columna. Porque el juez, visto que no podia aplacar la furia de aquellos tan crueles enemigos, determinó hacer en Él un tan famoso castigo (*Joann. 19*), que bastase para satisfacer la rabia de aquellos tan crueles corazones; para que contentos con ésto dejasen de pedirle la muerte.

20. Este es uno de los grandes y maravillosos espectáculos que ha habido en el mundo ¿Quién jamás pensó que habian de caer azotes en las espaldas de Dios? Dice David (*Psalms. 90*): altísimo es, Señor, el lugar de tu refugio: no llegará mal adonde tú estuvieres, y el azote no tendrá que ver en tu morada. Pues ¿qué cosa mas lejos de la alteza y gloria de Dios, que la bajeza de los azotes? Castigo es este de esclavos y de ladrones; y tan abatido castigo, que bastaba ser uno ciudadano de Roma para no estar sujeto á él por culpado que fuese. Y con todo esto, ¡qué venga ahora el Señor de los cielos, el Criador del mundo, la gloria de los Angeles, la sabiduría, el poder y la gloria de Dios vivo,



á ser castigado con azotes! Creo verdaderamente que los coros de los Angeles estuvieron aquí como atónitos y espantados, mirando esta maravilla, y adorando y reconociendo la inmensidad de aquella divina bondad que aquí se les descubría. Porque si se hincharon los aires de voces y alabanzas el dia de su nacimiento (*Luc. 2*), no habiendo visto mas que los pañales y el pesebre, ¿qué harían ahora viendo los azotes y la columna? Pues tú, ánima mia, á quien tanto mas que á los Angeles toca este negocio, ¿cuánto mas lo debes sentir y agradecer?

21. Entra pues ahora con el espíritu en el pretorio de Pilato, y lleva contigo las lágrimas aparejadas, que serán bien menester para lo que allí verás y oirás. Mira cómo aquellos crueles y viles carniceros desnudan al Salvador de sus vestiduras con tanta inhumanidad, y cómo Él se deja desnudar de ellos con tanta humildad; sin abrir la boca, ni responder palabra á tantas descortesías como allí le dirían. Mira como luego atan aquel santo cuerpo á una columna, para que allí le pudiesen herir mas á su placer, dónde y cómo ellos mas quisiesen. Mira cuán solo estaba allí el Señor de los Angeles entre tan crueles verdugos, sin tener de su parte ni

padrinos ni valedores que hiciesen por Él, ni aún siquiera ojos que se compadeciesen de Él. Mira cómo luego comienzan con grandísima crueldad á descargar sus látigos y disciplinas sobre aquellas delicadísimas carnes, y cómo se añaden azotes sobre azotes, y llagas sobre llagas, y heridas sobre heridas. Allí verás luego ceñirse aquel sacratísimo cuerpo de cardenales, rasgarse los cueros, reventar la sangre, y correr á hilo por todas partes.

22. Mas sobre todo esto ¿qué sería ver aquella tan grande llaga que en medio de las espaldas estaría abierta, donde principalmente caían todos los golpes? Creo sin duda que estaría tan abierta y tan ahondada, que si un poco pasáran mas adelante, llegáran á descubrir los huesos blancos entre la carne colorada, y acabára aquella santa vida antes de la cruz en la columna. Finalmente, de tal manera hirieron y despedazaron aquel hermosísimo cuerpo, de tal manera le ataron y le cargaron de azotes, y sembraron de llagas, que ya tenia perdida la figura de quien era, y aún apenas parecia hombre. Mira pues, ánima mia, cuál estaría allí aquel mancebo hermoso y vergonzoso, estando (como estaría) tan maltratado, y tan avergonzado y desnudo. Mira cómo aquella carne tan delicada.

tan hermosa y como una flor de toda carne, es allí por todas partes abierta y despedazada.

23. Mandaba la ley de Moisés que azotasen á los malhechores, y que conforme á la medida de los delitos, asi fuese la de los azotes, con tal condicion que no pasasen de cuarenta (*Deuter. 25*), porque no caiga (dice la ley) tu hermano delante de tí feamente despedazado: pareciendo al dador de la ley que esceder este número era una manera de castigo tan atróz, que no se compadecia con las leyes de la hermandad. Mas en tí, ¡oh buen Jesus! que nunca quebrantaste la ley de la justicia, se quebrantan todas las leyes de la misericordia: y de tal manera se quebrantan, que en lugar de cuarenta te dan cinco mil y tantos azotes, como muchos santos Doctores testifican. Pues si tan afeado estaría un cuerpo pasando de cuarenta azotes, ¿cuál estaría el tuyo, dulcísimo Señor y Padre mio, pasando de cinco mil? ¡O alegría de los Angeles, y gloria de los bienaventurados! ¿quién asi te descompuso? ¿Quién afeó con tantas manchas el espejo de la inocencia? Claro está, Señor, que no fueron tus pecados, sinó los míos: no tus hurtos, sinó los míos, los que asi te maltrataron. El amor y la miseri-

cordia te cercaron, y te hicieron tomar esa carga tan pesada. El amor hizo que me diesses todos tus bienes, y la misericordia que tomases sobre tí todos mis males. Pues si en tales y tan seguros trances te pusieron misericordia y amor, ¿quién habrá que esté ya dudoso de tu amor? Si el mayor testimonio de amor es padecer dolores por el amado, ¿qué será cada uno de esos dolores sinó un testimonio de amor? ¿Qué serán todas esas llagas sinó unas bocas celestiales, que todas me predicen amor, y me demandan amor? Y si tantos son los testigos cuantos fueron los azotes, ¿quién podrá poner duda en la probanza que con tantos testigos es probada? Pues ¿cuál incredulidad es la mia, que con tales y tantos argumentos no se convence? Maravíllase el evangelista S. Juan (12) de la incredulidad de los judios, diciendo: que habiendo el Señor hecho tantas señales entre ellos para confirmar su doctrina, no quisiesen creer en Él. ¡O santo Evangelista! deja ya de maravillarte de esa incredulidad, y maravíllate de la mia. Porque no es menor argumento el padecer dolores para creer el amor de Cristo, que el hacer milagros para creer en Cristo. Pues si es gran maravilla, habiendo hecho tantos milagros, no creer lo que dice, ¿cuánto

mayor lo será, habiendo recibido por nosotros cinco mil y tantos azotes, no creer que nos ama?

24. Pues ¿qué será si juntamos con las heridas de la columna todos los otros pasos y trabajos de su vida, pues todos nacieron de amor? ¿Quién te trajo, Señor, del cielo á la tierra sinó amor (*Joann. 1 et 3*)? ¿Quién te abajó del seno del Padre al de la Madre, y te vistió de nuestro barro, y te hizo participante de nuestras miserias sinó amor? ¿Quién te puso en el establo (*Matth. 2. Luc. 2*), y te reclinó en un pesebre, y te echó por tierras estrañas sinó amor? ¿Quién te hizo traer acuestas el yugo de nuestra mortalidad por espacio de tantos años sinó amor? ¿Quién te hizo sudar y caminar, velar y trasnochar, y cercar la mar y la tierra buscando las ánimas sinó amor? ¿Quién ató á Sanson de pies y manos, y lo trasquiló y despojó de toda su fortaleza, y lo hizo escarnio de sus enemigos sinó el amor de Dálila su esposa (*Judic. 16*)? ¿Y quién á tí, nuestro verdadero Sanson, ató y trasquiló, y despojó de tu virtud y fortaleza, y te entregó en manos de tus enemigos para que te escarneciesen, y escupiesen y burlasen, sinó el amor de tu esposa la Iglesia, y de cada una

de nuestras ánimas (*Matth.* 27. *Marc.* 15. *Luc.* 23. *Joann.* 19)? ¿Quién, finalmente, te trajo hasta poner en un palo, y estar allí todo de pies á cabeza tan maltratado, las manos enclavadas, el costado partido, los miembros descoyuntados, el cuerpo sangriento, las venas agotadas, los lábios secos, la lengua amargada, y todo finalmente despedazado? ¿Quién pudo hacer tal estrago como éste sinó el amor? ¡O amor grande! ¡O amor gracioso! ¡O amor tal, cual convenia á las entrañas y á la inmensidad de aquel que es infinitamente bueno y amoroso, y todo amor!

25. Pues con tales y tantos testimonios como éstos, ¿como no creeré yo, Señor, que me amas, pues es cierto que no has mudado en el cielo el corazón que tenias en la tierra (*Genes* 40)? No eres tú como aquel copero de Faraon, que cuando se vió en prosperidad se olvidó de los humildes amigos que en la cárcel habia dejado; sinó antes la prosperidad y gloria de que ahora gozas en el cielo, te hace tener mayor piedad de los hijos que dejaste acá en la tierra. Pues si es cierto que tanto me amas, ¿Cómo no te amaré yo? ¿Cómo no esperaré en tí? ¿cómo no me fiaré de tí? ¿Cómo no me tendré yo por dichoso y rico, teniendo al mismo Dios por

tal amigo? Gran maravilla es por cierto que me ponga ya en cuidado alguna cosa de esta vida, pues tengo de mi parte un tan rico y tan poderoso amador, por cuyas manos pasa todo.

26. Acabada la meditacion, sígase luego el hacimiento de gracias, el ofrecimiento y peticion, como arriba se dijo en el capítulo segundo.

CAPTULO XXIII.

Meditacion de la corona de espinas del Hijo de Dios, del Ecce-homo, y de cómo llevó la cruz acuestas, para el Jueves por la mañana.

* Este dia, hecha la señal de la cruz, con la preparacion que se puso en el capítulo segundo, se ha de pensar la coronacion de espinas y el Ecce-homo, y como el Salvador llevó la cruz acuestas.

§ I. — *El texto de los Evangelistas dice asi:*

1. Entónces, conviene saber, despues de haber azotado al Señor los soldados del presidente, recibiendo á Jesus en la audiencia, convocaron allí toda la gente de guerra, y desnudándolo de sus vestiduras, cubriéronlo con una ropa colorada; y tegiendo una corona de espinas, pusiéronla sobre su cabeza, y una caña en su mano derecha, é hincadas las



rodillas, burlaban de Él, diciendo: Dios te salve, Rey de los judíos. Y escupiendo en Él, tomaban la caña que tenia en la mano, y heríanle con ella en la cabeza, y dábanle de bofetadas.

2. Salió pues otra vez Pilato, y dijoles. veis aquí os lo traigo fuera, para que conozcais que no hallo en Él causa para ajusticiarlo. Salió pues Jesus fuera, puesta la corona de espinas en la cabeza, y vestida la ropa de púrpura, y dijo Pilato: *Ecce-homo*. Pues como lo viesen los Pontífices y los ministros del pueblo, daban voces, diciéndole: crucificalo, crucificalo. Díceles Pilato: tomadlo vosotros, y crucificadlo, porque yo no hallo causa para crucificarlo. Respondiéronle los judíos, diciendo: nosotros tenemos ley, y segun esta ley ha de morir, porque se hizo Hijo de Dios. Pues como oyese Pilato estas palabras, temió mas. Y entrando otra vez en la audiencia, dijo á Jesus: ¿de dónde eres tú? Y Jesus no le respondió. Dícele Pilato: ¿á mí no me hablas? ¿No sabes que tengo poder para crucificarte, y poder para soltarte? Respondió Jesus: no tendrias poder ninguno sobre mí, si no te fuera dado de arriba; y por tanto el que me entregó en tus manos mayor pecado tiene sobre sí. Desde entónces procuraba Pi-

lato soltarle: mas ellos daban grandes voces pidiendo que fuese crucificado, y prevalecian las voces de ellos. Y Pilato determinó que se cumpliese su peticion: y soltóles al que por razon del homicidio y escándalo habia sido echado en la cárcel, y entregó á Jesus á la voluntad de ellos.

3. Y tomaron á Jesus, y sacáronlo fuera; y llevando él sobre sí la cruz, salió al lugar que se decia Calvario. Seguía en este camino mucha compañía del pueblo, y de mujeres que iban llorando y lamentando en pos de él; y volviéndose á ellas, díjoles: hijas de Jerusalén, no lloreis sobre mí, sinó sobre vosotras llorad y sobre vuestros hijos, porque presto vendrán dias en que digan; bienaventuradas las estériles, y los vientres que no engendraron y los pechos que no criaron. Entónces comenzarán á decir á los montes: caed sobre nosotros; y á los collados: cubridnos; porque si ésto hacen en el madero verde, ¿qué se hará en el seco?

§ II. — *Meditacion sobre estos pasos del texto.*

4. Salid, hijas de Sion (*Cant. 3*), y mirad al rey Salomón con la corona que le coronó su madre en el dia de su desposorio,

y en el día de la alegría de su corazón. Anima mia, ¿qué haces? Corazón mio, ¿qué piensas? Lengua mia, ¿cómo has enmudecido? ¿Cuál corazón no revienta? ¿Cuál dureza no se ablanda? Qué ojos se pueden contener de lágrimas, teniendo delante de sí tal figura? ¡O dulcísimo Salvador mio! Cuando yo abro los ojos, y miro este retablo tan doloroso que aquí se me pone delante, ¿cómo no se me parte el corazón de dolor? Veo esa delicadísima cabeza, de que tiemblan los poderes del cielo, traspasada con crueles espinas. Veo escupido y abofeteado ese divino rostro, oscurecida la lumbre de esa frente clara, cegados con la lluvia de la sangre esos ojos serenos. Veo los hilos de sangre que gotean de la cabeza y descienden por el rostro, y borran la hermosura de esa divina cara. Pues ¿cómo, Señor, no bastaban ya los azotes pasados, y la muerte venidera, y tanta sangre derramada, sino que por fuerza habían de sacar las espinas sangre de la cabeza á quien los azotes perdonaron? Si por denuestos y bofetadas lo habías (para satisfacer por las que yo te dí pecando) ¿ya no habías recibido muchas de éstas toda la noche pasada? Si sola tu muerte bastaba para redimirnos, ¿para qué tantos ensayos? ¿para qué tantas

invenciones y maneras de vituperios? ¿Quién jamás oyó ni leyó tal manera de corona, y tal linaje de tormento? ¿De qué entrañas salió esta nueva invencion al mundo, que de tal manera sirviese para deshorrar un hombre, que no menos le atormentase que deshorrarse? ¿No bastan los tormentos que se han usado en todos los siglos pasados, sinó que se han de inventar otros nuevos en tu passion? Bien veo, Señor mio, que no eran estas injurias necesarias para mi remedio: bastaba para ésto una sola gota de tu sangre: mas eran convenientísimas para que me declarases la grandeza de tu amor, y para que me echases cadenas de perpetua obligacion, y para que confundieses los atavíos y galas de mi vanidad, y me enseñases por aquí el menosprecio de la gloria del mundo.

5. Pues para que sientas algo, ánima mia, de este paso tan doloroso, pon primero ante tus ojos la imágen antigua de este Señor, y la excelencia de sus virtudes; y luego vuelve á mirarlo de la manera que aquí está. Mira la grandeza de su hermosura, la medida de sus ojos, la dulzura de sus palabras, su autoridad, su mansedumbre, su serenidad, y aquel aspecto suyo de tanta veneracion. Míralo tan humilde para con sus discípulos, tan blande

para con sus enemigos, tan grande para con los soberbios, tan suave para con los humildes, y tan misericordioso para con todos. Considera cuán manso haya sido siempre en el sufrir, cuán sábio en el responder, cuán piadoso en el juzgar, cuán misericordioso en el recibir, y cuán largo en el perdonar.

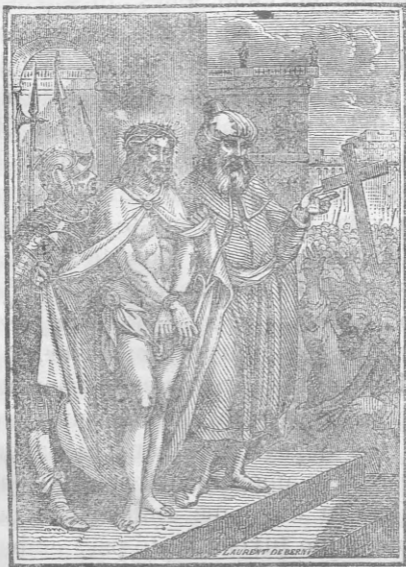
6. Y despues que asi lo hubieres mirado, y deleitádote de ver una tan acabada figura, vuelve los ojos á mirarle tal cual aquí le ves: cubierto con aquella púrpura de escarnio, la caña por cetro real en la mano, y aquella horrible diadema en la cabeza, y aquellos ojos mortales, y aquel rostro difunto, y aquella figura toda borrada con la sangre, y afeada con las salivas que por todo el rostro estaban tendidas. Míralo todo dentro y fuera: el corazón atravesado con dolores, el cuerpo lleno de llagas, desamparado de sus discípulos, perseguido de los judíos, escarnecido de los soldados, y despreciado de los pontífices, desechado del rey inicuo, acusado injustamente, y desamparado de todo favor humano.

7. Y no pienses ésto como cosa ya pasada, sinó como presente: no como dolor ajeno, sinó como tuyo propio. Tú mismo ponte en lugar del que padece, y mira lo que sentirías si en una parte tan sensible como es

la cabeza, te hincasen muchas y muy agudas espinas que penetrasen hasta los huesos: ¿y qué digo espinas? una sola punzada de un alfiler que fuese apenas la podrias sufrir. Pues ¿qué sentiría aquella delicadísima cabeza con aquel linaje de tormento?

8. Pues ¡ó resplandor de la gloria del Padre! ¿quién te ha maltratado? ¡O espejo sin mancha de la Majestad de Dios! ¿quién te ha manchado todo? ¡O rio que sales del paraíso de deleites, y alegras con tus corrientes la ciudad de Dios! ¿quién ha enturbiado estas tan serenas y tan dulces aguas? Mis pecados, Señor mio, las han enturbiado: mis maldades las han oscurecido. ¡Ay de mí, pobre y miserable! ¡Ay de mí! ¿Y qué tal habrán parado mis pecados á mi ánima cuando tal pararon los agenos la fuente clara de toda la hermosura? Mis pecados son, Señor, las espinas que te punzan: mis locuras la púrpura que te escarnece: mis hipocresías y fingimientos las ceremonias con que te desprecian: mis atavíos y vanidades la corona con que te coronan. Yo soy tu verdugo, yo soy la causa de tu dolor. Limpió el rey Ezequías el templo de Dios (2. Paralip. 29), que estaba por los malos profanado, y toda la basura que en él habia mandó echar en el

arroyo de los cedros. Yo soy ese templo vivo, por los demonios profanado, y ensuciado con infinitos pecados; y tú eres el río limpio de los cedros, que sustentas con tus corrientes toda la hermosura del cielo. Pues ahí son lanzados todos mis pecados, ahí desaparecen mis maldades. Porque por el mérito de esa inefable caridad y humildad con que te inclinaste á tomar sobre tí todos mis males, no solo me librate de ellos, mas tambien me hiciste participante de tus bienes. Porque tomaste mi muerte, me diste tu vida: porque tomaste mi carne, me diste tu espíritu: porque tomaste sobre tí mis pecados, me diste tu gracia. Asi que, Redentor mio, todas las penas tuyas son tesoros y riquezas mias. Tu púrpura me viste, tu corona me honra, tus cardenales me hermosean, tus dolores me regalan, tus amarguras me sustentan, tus llagas me sanan, tu sangre me enriquece, y tu amor me embriaga. ¿Qué mucho es que tu amor me embriague, pues el amor que tú me tuviste bastó para embriagarte, y dejarte como á otro Noé tan avergonzado y desnudo (*Genes. 9*)? Con la púrpura encendida de ese amor sostienes esa púrpura de escarnio; y con el celo de mi aprovechamiento esa caña en la mano; y con la compasion de mi perdimiento esa corona de confusion.



§ III. — *Del Ecce-homo.*

9. Acabada la coronacion y escarnio del Salvador, tomóle el juez por la mano, asi como estaba tan mal tratado, y sacándole á vista del pueblo furioso, díjoles: *Ecce-homo*. Como si dijera: si por envidia le procurábadeis la muerte, veislo aquí tal, que no está para tenerle envidia, sinó lástima. Temíades no se hiciese Rey, véislo aquí tan desfigurado, que apenas parece hombre. De estas manos atadas ¿qué os temeis? A este hombre azotado ¿qué mas le demandais?

10. Por aquí puedes entender, ánima mia, qué tal saldría entónces el Salvador, pues el juez creyó que bastaba la figura que allí traia para quebrar el corazon de tales enemigos. En lo cual puedes muy bien entender cuán mal caso sea no tener un cristiano compasion de los dolores de Cristo; pues ellos eran tales, que bastaban (segun el juez creyó) para ablandar unos tan fieros corazones. Donde hay amor hay dolor. Pues ¿cómo dice que tiene amor de Cristo quien no tiene compasion de Cristo viéndolo en esta figura?

11. Y si tan gran mal es no compadecerse de Cristo, ¿qué será acrecentar sus martirios, y añadir dolor á su dolor? No pudo

ser mayor crueldad en el mundo, que de pues de demostrada por el juez tal figura, responder los enemigos aquella tan cruel palabra: crucificalo, crucificalo. Pues si tan grande fué esta crueldad, ¿cuál será la de un cristiano que con las obras dice otro tanto, ya que con las palabras no lo diga? ¿No dice S. Pablo (*Hebr. 6*), que el que peca vuelve otra vez á crucificar al Hijo de Dios, pues cuánto es de su parte hace cosa con que le obligaria otra vez á morir, si la muerte pasada no bastára? Pues ¿cómo tienes tú corazón y manos para crucificar tantas veces al Señor de esta manera? Deberías considerar que asi como el juez presentó aquella figura tan lastimera á los judíos, creyendo que no habia otro medio mas eficaz para apartarlos de su furor que quella vista, asi el Padre Eterno la representa hoy á todos los pecadores, entendiendo que á la verdad no hay otro medio mas poderoso para apartarlos del pecado, que ponerles delante tal figura. Haz pues ahora cuenta que te la pone él tambien á tí delante, y que te está diciendo: *Ecce-homo*: como si dijese: mira ese hombre cuál está, y acuérdate que es Dios, y que está de la manera que aquí lo ves, no por otra causa sinó por los pecados del mundo. Mira cuál pararon los

pecados á Dios. ¡Mira qué fué menester para satisfacer por el pecado! Mira cuán aborrecible es á Dios el pecado, pues tal paró la cara de su Hijo por destruirlo! Mira la venganza que tomará Dios del pecador por sus pecados propios, pues tal la tomó del Hijo por los agenos! Mira finalmente el rigor de la divina justicia, y la malicia del pecado, la cual tan espantosamente resplandece en la cara de Cristo. Pues ¿qué mas se pudiera hacer para que los hombres temiesen á Dios y aborreciesen el pecado?

12. Parece que se hubo Dios aquí con el hombre como la buena madre con la mala hija que se le comienza á hacer liviana. Porque cuando no le valen ya las palabras ni castigos, vuelve las iras contra sí misma: dáse de bofetadas, y despedázase la cara, y pónese así desfigurada delante de la hija, porque por esta via conozca ella la grandeza de su yerro, y siquiera por lástima de la madre se aparte de él. Pues esta manera de remedio parece que tomó Dios aquí para castigo de los hombres, poniéndoles delante su divina imágen, que es la cara de su Hijo, tan maltratada y desfigurada: para que ya que por tantas reprensiones y castigos como les habia enviado antes por boca de sus profetas no se

querian apartar del mal, se apartasen siquiera por lástima de ver tal aquella divina figura. De manera que antes ponía las manos en los hombres, ahora vino á ponerlas en Sí, que era lo último que se podía hacer. Y por ésto, aunque siempre fué gran maldad ofender á Dios, mas despues que tal figura tomó para destruir el pecado, no solo es grande maldad, sinó tambien grandísima ingratitud y crueldad.

13. Perseverando en la contemplacion de este mismo paso, demas del aborrecimiento del pecado, puedes tambien de aquí toma grande esfuerzo para confiar en Dios, considerando esta misma figura, la cual asi como es poderosa para mover los corazones de los hombres, asi tambien lo es (y mucho mas) para mover el de Dios. Para lo cual debes considerar que la misma figura que sacó entónces el Salvador á los ojos del pueblo furioso, esa misma representa hoy á los del Padre piadoso, tan fresca y tan corriendo sangre como estaba aquel mismo dia. Pues ¿qué imágen puede ser mas eficaz para amansar los ojos del Padre, que la cara amancillada de su Hijo? Este es el propiciatorio de oro (*Exod. 25. Genes. 9*): este es el arco de diversos colores puesto entre las nubes del

cielo, con cuya vista se aplaca Dios. Aquí se apacentaron sus ojos: aquí quedó satisfecha su justicia: aquí se le restituyó su honra: aquí se le hizo tal servicio, cual convenia á su grandeza.

14. Pues dime, hombre flaco y desconfiado, si en este paso estaba tal la figura de Cristo, que bastaba para amansar los ojos crueles de tales enemigos, ¿cuánto mas lo estará para amansar los ojos de aquel Padre piadoso, especialmente padeciendo por su honra y obediencia todo aquello que padecia? Compárame ojos con ojos, y persona con persona, y verás cuánto mas segura tienes tú la misericordia del Padre presentándole esta figura, que tuvo Pilato la de los judíos cuando allí se la presentó. Pues en todas tus oraciones y tentaciones toma este Señor por escudo, y ponlo entre tí y Dios, y preséntalo ante Él, diciendo: *Ecce homo*. He aquí, Señor Dios mio (*Ezech. 22. Jer. 5*), el hombre que tú buscabas tantos años há para que se pusiese de por medio entre y Tí los pecadores. Hé aquí el hombre tan justo como á tu bondad convenia, y tan justificado cuanto nuestra culpa demandaba. Pues ¡oh defensor nuestro! míranos, Señor (*Psalm. 83*), y para que así lo hagas, pon los ojos en la cara de



tu Cristo. Y tú Salvador y Medianero nuestro (*Psalm. 83*), no ceses de presentarte ante los ojos del Padre por nosotros, y pues tuviste amor para ofrecer tus miembros al verdugo para que los atormentase, ténlo, Señor, para presentarlos al Padre Eterno para que por Tí nos perdone.

§ IV. — *De como el Salvador llevó la cruz acuestas.*

15. Pues como Pilato viese que no bastaban las justicias que se habian hecho en aquel santo Cordero para amansar el furor de sus enemigos, entró en el pretorio y asentóse en su tribunal para dar final sentencia en aquella causa. Estaba ya á las puertas aparejada la cruz, y asomaba por lo alto aquella temerosa bandera, amenazando á la cabeza del Salvador. Dada pues ya y promulgada la sentencia cruel, añaden los enemigos una crueldad á otra, que fué cargar sobre aquellas espaldas tan molidas y despedazadas con los azotes el madero de la cruz (*Joann. 19*). No rehusó con todo esto el piadoso Señor esta carga, en la cual iban todos nuestros pecados, sinó antes la abrazó con suma caridad y obediencia por nuestro amor; y así camina su camino como otro verdadero Isaac (*Genes. 22*) con la leña en



los hombros al lugar del sacrificio. Repartida va la carga entre los dos: el Hijo lleva la leña y el cuerpo que ha de ser sacrificado; y el Padre lleva el fuego y el cuchillo con que lo ha de sacrificar. Porque el fuego del amor de los hombres, y el cuchillo de la divina justicia, pusieron en la cruz al Hijo de Dios. Estas dos virtudes litigaron en el pecho del Padre, pidiendo cada una su derecho. El amor decia que perdonase á los hombres, y la justicia que castigase á los pecadores. Pues porque los hombres quedasen perdonados, y los pecados castigados, dióse por medio que muriese el inocente por todos. Este es el fuego y el cuchillo que llevaba en sus manos el Patriarca Abraham para sacrificar á su hijo; porque el amor de nuestra salud y el celo de la justicia hicieron al Padre Eterno ofrecer su Hijo á la cruz.

16. Camina pues el Inocente con aquella carga tan pesada sobre sus hombros tan flacos, siguiéndole mucha gente, y muchas piadosas mujeres, que con sus lágrimas le acompañaban. ¿Quién no habia de derramar lágrimas viendo al Rey de los Ángeles caminar paso á paso con aquella carga tan pesada (*Luc. 23*), temblando las rodillas, inclinado el cuerpo, los ojos mesurados, el

rostro sangriento, con aquella guirnalda en la cabeza, y con aquellos tan vergonzosos clamores y pregones que daban contra él?

17. Entre tanto, ánima mia, aparta un poco los ojos de este cruel espectáculo, y con pasos apresurados, con aquejados gemidos, con ojos llorosos, camina para el palacio de la Virgen; y cuando á ella llegáres, derribado ante sus pies, comienza á decirle con dolorosa voz: ¡oh Señora de los Ángeles, reina del cielo, puerta del paraíso, abogada del mundo, refugio de los pecadores, salud de los justos, alegría de los santos, maestra de las virtudes, espejo de limpieza, dechado de paciencia y de toda perfeccion! ¡Ay de mí, Señora mia! ¿Para qué se ha guardado mi vida para esta hora? ¿Cómo puedo yo vivir, habiendo visto con mis ojos lo que ví? ¿Para qué son mas palabras? Dejo á tu unigénito Hijo y mi Señor en manos de sus enemigos con una cruz acuestas para ser en ella ajusticiado.

18. ¿Qué sentido puede aquí alcanzar hasta dónde llegó este dolor á la Virgen? Desfalleció aquí su ánima, y cubriósele la cara y todos sus virginales miembros de un sudor de muerte, que bastára para acabarle la vida si la dispensacion divina no la guardára para mayor trabajo y para mayor corona.

19. Camina pues la Virgen en busca del Hijo, dándole el deseo de verle las fuerzas que el dolor la quitaba. Oye desde lejos el ruido de las armas, el tropel de la gente, y el clamor de los pregones con que lo iban pregonando. Vé luego resplandecer los hierros de las lanzas y alabardas que asomaban por lo alto: halla en el camino las gotas y el rastro de la sangre que bastaban ya para mostrarla los pasos del Hijo, y guiarla sin otra guía. Acércase mas y mas á su amado Hijo, y tiende sus ojos oscurecidos con el dolor, para ver, si pudiese, al que amaba su ánima. ¡O amor y temor del corazón de María! Por una parte deseaba verle, y por otra rehusaba de ver tan lastimera figura. Finalmente, llegada ya donde le pudiese ver, míranse aquellas dos lumbreras del cielo una á otra, y atraviésanse los corazones con los ojos, y hieren con la vista sus ánimas lastimadas. Las lenguas estaban enmudecidas para hablar; mas al corazón de la Virgen hablaba el afecto natural del Hijo dulcísimo, y le decía: ¿para qué veniste aquí, paloma mia, querida mia, y Madre mia? tu dolor acrecienta el mio, y tus tormentos atormentan á mí. Vuélvete, Madre mia, vuélvete á tu posada, que no pertenece á tu pureza virginal



compañía de homicidas y ladrones. Si lo quisieres así hacer, templarse ha el dolor de ambos, y quedaré yo para ser sacrificado por el mundo, pues á tí no pertenece este oficio, y tu inocencia no merece este tormento. Vuélvete pues ¡ó paloma mia! á la arca, hasta que cesen las aguas del diluvio (*Gen. 8*), pues aquí no hallarás donde descansen tus pies. Allí vacarás á la oracion y contemplacion acostumbrada, y allí levantada sobre tí misma, pasarás como pudieres ese dolor.

20. Pues al corazon del Hijo respondería el de la santa Madre, y le diría: ¿por qué me mandas eso, Hijo mio? ¿Por qué me mandas alejar de este lugar? Tú sabes, Señor mio y Dios mio, que en presencia tuya todo me es lícito, y que no hay otro oratorio sinó donde quiera que tú estás. ¿Cómo puedo yo partirme de tí sin partirme de mí? De tal manera tiene ocupado mi corazon este dolor, que fuera de él ninguna cosa puedo pensar; á ninguna parte puedo ir sin tí, y de ninguna pido, ni puedo recibir consolacion. En tí está todo mi corazon, y dentro del tuyo tengo hecha mi morada, y mi vida toda pende de tí. Y pues tú por espacio de nueve meses tuviste mis entrañas por morada, ¿por qué no tendré yo estos tres dias por morada



las tuyas? Si ahí dentro me recibieres, ahí seré yo contigo crucificado crucificada, y contigo sepultado sepultada. Contigo beberé de la hiel y vinagre, y contigo penaré en la cruz, y contigo juntamente espiraré.

21. Tales palabras en su corazón iría diciendo la Virgen; y de esta manera se anduvo aquel trabajoso camino hasta llegar al lugar del sacrificio.

22. Acabada la meditación, síguese luego el hacimiento de gracias, y petición, como arriba se dijo en el capítulo segundo.

CAPÍTULO XXIV.

Meditación del sagrado misterio de la cruz de nuestro Salvador, y de las siete palabras que en ella habló, para el Viernes por la mañana.

* Este día, hecha la señal de la cruz, con la preparación que se puso en el capítulo segundo, se ha de contemplar el misterio de la cruz, y aquellas siete palabras que el Señor en ella habló.

§ I. — *Síguese el texto.*

1. Vinieron, dice el Evangelista, al lugar que se dice Gólgota (*Joann. 19*), que es el monte Calvario, y allí dieron á beber al Señor



vino mezclado con hiel; y como lo gustase, no lo quiso beber. Era entónces hora de tercia, y crucificáronle; y con él crucificaron dos ladrones, uno á la diestra y otro á la siniestra. Y allí se cumplió la escritura que dice (*Isai. 53. Marc. 15*): con los malos fué reputado. Escribió tambien un título Pilato, y púsolo sobre la cruz, y estaba escrito en él: *Jesus Nazareno, Rey de los judíos*. Este título leyeron muchos judíos; porque el lugar donde Jesus fué crucificado, estaba cerca de la ciudad, y estaba escrito con letras hebreas, griegas y latinas. Decian pues á Pilato los Pontífices de los judíos (*Joann. 19*): no escribas Rey de los judíos, sinó que él dijo: Rey soy de los judíos. Respondió Pilato: lo escrito escrito.

2. Mas los soldados despues que lo hubieron crucificado (*Isai. 19. Matth. 27*), tomaron sus vestiduras, y repartiéronlas en cuatro partes, para que les cupiese á cada uno la suya. Y tomaron tambien la túnica, la cual no era cosida, sinó tegida de alto á bajo. Dijeron pues entre sí los soldados: no partamos esta túnica, sinó echemos suertes sobre quién se la llevará. Para que se cumpliese la escritura, que dice: partieron mis vestiduras entre sí (*Psalms. 21*), y sobre

mi vestidura echaron suertes. Esto fué lo que hicieron los soldados.

5. Y los que pasaban por aquel camino blasfemaban del Señor, meneando las cabezas, y diciendo (*Matth. 27. Marc. 15*): ¡ah! Tú que destruyes el templo de Dios, y en tres dias lo vuelves á reedificar, hazte salvo á tí mismo. Si eres Hijo de Dios, desciende de la cruz. Asimismo los príncipes de los sacerdotes escarnecian de él con los letrados de la ley, y con los ancianos, y decian: á otros hizo salvos, y á sí no puede salvar. Pues que es rey de Israel, descienda de la cruz, y creerémos en él. Tiene su esperanza en Dios, libréle, si quiere librarle; pues él dijo (*Matth. 27. Luc. 21*): Hijo soy de Dios. Y con aquellas mismas palabras le daban en cara los ladrones que estaban crucificados con él. Mas Jesus decia: *Padre, perdónalos, que no saben lo que se hacen.*

4. Y uno de los ladrones que estaban allí colgados lo blasfemaba diciendo (*Luc. 23*). si tú eres Cristo, salva á tí y á nos. Y respondiendo el otro, decia: ¿ni aún tú temes á Dios estando padeciendo la misma pena? Nosotros justamente padecemos, pues recibimos el pago de nuestras obras: mas éste no ha hecho mal ninguno. Y decia á Jesus

Señor, acuérdate de mí cuando estuvieres en tu reino. Y díjole Jesus: *en verdad te digo hoy serás conmigo en el paraíso.*

5. Y estaba en pie junto á la cruz de Jesus su Madre, y una hermana de su Madre, que se decia María, mujer de Cleofas, y María Magdalena (*Joann. 19*).

6. Pues como viese Jesus á la Madre, y al discípulo que él amaba, que asimismo estaba allí, dijo á su madre: *Mujer, cata ahí tu hijo.* Y luego al discípulo: *cata ahí tu Madre.* Y desde aquella hora el discípulo la tomó por Madre.

7. Y á la hora de nona clamó Jesus con gran voz diciendo: *Elí, Elí, lamma sabacthani!* Que quiere decir: *Dios mio, Dios mio, ¿por qué me desamparaste?* Y algunos de los circunstantes decian (*Matth. 27. Marc. 15*): cata que llama á Elías. Otros decian: esperad, veamos si viene Elías á librarle.

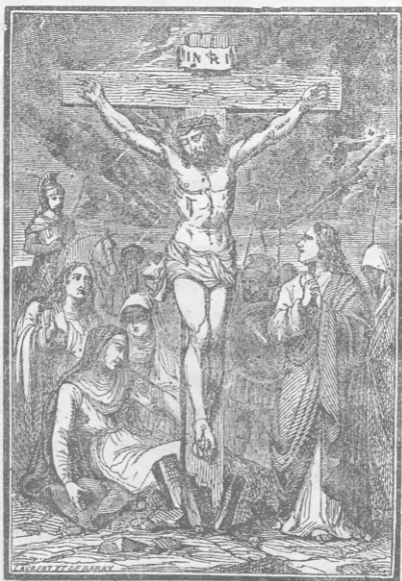
8. Despues de ésto, sabiendo Jesus que ya todas las cosas eran cumplidas, porque se cumpliese la escritura, dijo: *sed tengo.* Y estaba allí á la sazón un vaso lleno de vinagre, y ellos, tomando una esponja llena de vinagre, y atándola en una caña con una rama de hisopo, pusiéronsela en la boca, y

como tomase Jesus el vinagre, dijo, *acabado es.*

9. Y clamando otra vez con una voz grande; dijo: *Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu.* Y desde la hora de sexta se hicieron tinieblas sobre toda la tierra hasta la hora de nona. Y el velo del templo se partió en dos partes, desde lo alto hasta lo bajo; y la tierra tembló, y las piedras se partieron; y muchos cuerpos de santos que dormían resucitaron. Y estaban todos sus amigos y conocidos, y las mujeres, mirándole desde lejos, entre las cuales estaban María Magdalena, y María madre de Santiago el menor, y de Josef y Salomé, las cuales cuando el Señor estaba en Galilea le seguian, y proveian lo necesario de sus haciendas: y otras muchas mujeres que juntamente con él habian subido á Jerusalén.

§ II. — *Meditacion sobre estos pasos del texto.*

10. Venido habemos, ánima mia, al sacro monte Calvario, y llegado á la cumbre del misterio de nuestra reparacion. ¡O cuán maravilloso es este lugar! Verdaderamente esta es casa de Dios, puerta del cielo, tierra de promision, y lugar de salud. Aquí está plantado el árbol de la vida (*Genes. 3 et 28*):



aquí está sentada aquella escalera mística que vió Jacob, que junta el cielo con la tierra, por donde los Angeles descienden á los hombres, y los hombres suben á Dios. Este es ¡ó ánima mia! lugar de oracion: aquí debes adorar y bendecir al Señor, y darle gracias por este sumo beneficio, diciendo así: adoramoste, Señor Jesucristo, y bendecimos tu santo Nombre, pues por medio de esta santa cruz redimiste el mundo; gracias sean dadas á tí, clementísimo Salvador, porque así nos amaste, y lavaste de nuestros pecados con tu sangre, y te ofreciste por nosotros en esa cruz, para que con el olor suavísimo de este noble sacrificio, encendido con el fuego de tu amor, satisfacieses y aplacases á Dios. Bendito seas para siempre, Salvador del mundo, Reconciliador de los hombres, Reparador de los Angeles, Restaurador de los cielos, Triunfador del infierno, vencedor del demonio, Autor de la vida, destruidor de la muerte, y Redentor de los que estaban en tinieblas y sombra de muerte.

11. Todos pues los que teneis sed (*Isai. 55*), venid á las aguas; y los que no teneis oro ni plata, venid á recibir todos los bienes de valde. Los que deseais agua de vida, esta es aque

lla piedra mística, herida con la vara de Moisés (*Exod. 17*) en el desierto, de la cual salieron aguas en abundancia para el pueblo sediento. Los que deseais paz y amistad con Dios (*Gen. 35*), esta es tambien aquella piedra que roció el patriarca Jacob con óleo, y la levantó por título de amistad y paz entre Dios y los hombres. Los que deseais vino para curar vuestras llagas, éste es aquel racimo que se trajo de la tierra de promision á este valle de lágrimas (*Núm. 13*), el cual ahora es pisado y ultrajado en el lugar de la cruz para nuestro remedio. Los que deseais el óleo de la divina gracia, éste es aquel vaso precioso de la viuda de Eliseo (*4. Reg. 4*) lleno de óleo, con que todos hemos de pagar nuestras deudas; y aunque el vaso parece pequeño para tantos, no mireis á la cantidad, sinó á la virtud, la cual es tan grande, que mientras hubiere vaso que henchar, siempre correrá la vena de este sagrado licor.

III.

12. Despierta pues ahora, ánima mia, y comienza á pensar el misterio de esta santa cruz, por cuyo fruto se reparó el daño de aquel venenoso fruto del árbol vedado, como

lo significó el esposo á la esposa en los cantares, cuando dijo (*Cant. 8. Gen. 3*): debajo de un árbol te resucité, esposa, porque debajo de otro árbol fué deshonrada tu madre cuando fué engañada por la antigua serpiente.

13. Mira pues cómo llegado ya el Salvador á este lugar, aquellos perversos enemigos (porque fuese mas vergonzosa su muerte) le desnudan de todas sus vestiduras hasta la túnica interior, que era toda tegida de alto á bajo sin costurá alguna. Mira pues aquí con cuánta mansedumbre se deja desollar aquel inocentísimo cordero sin abrir su boca, ni hablar palabra contra los que así le trataban. Antes de muy buena voluntad consentia ser despojado de sus vestiduras, y quedar á la vergüenza desnudo; porque con ellas se cubriese mejor que con hojas de higuera la desnudez de aquellos que por el pecado habian perdido la vestidura de la inocencia y de la gracia recibida. Dicen algunos doctores, que para desnudar al Señor esta túnica le quitaron con grande crueldad la corona de espinas que tenia en la cabeza, y despues de ya desnudo se la volvieron á poner de nuevo, é hincarle otra vez las espinas por el cerebro, y hacer nuevas aberturas y llagas en él. Y es de creer cierto que usarian de esta crueldad



los que de otras muchas y muy estrañas usaron con él en todo el proceso de su pasión.

14. Y como la túnica estaba pegada á las llagas de los azotes, y la sangre estaba ya helada, y abrazada con la misma vestidura, al tiempo que se la desnudaron (como eran tan agenos de piedad aquellos malvados) despegáronse de golpe, y con tanta fuerza, que le desollaron y renovaron todas las llagas de los azotes, de tal manera que el santo cuerpo quedó por todas partes abierto y como descortezado, y hecho todo una grande llaga que por todas partes manaba sangre.

15. Considera pues aquí, ánima mia, la alteza de la divina bondad y misericordia, que en este misterio tan claramente resplandece. Mira cómo aquel que viste los cielos de nubes y los campos de flores y hermosura, es aquí despojado de todas sus vestiduras. Mira cómo la hermosura de los Ángeles aquí es afeada, y la alteza de los cielos humillada, y la majestad y grandeza de Dios abatida y avergonzada. Mira cómo aquella sangre real corre hilo á hilo por el cerebro y por los cabellos y por la barba sagrada, hasta teñir y regar la tierra. Considera el frio que padecería aquel santo cuerpo, estando como estaba despedazado y desnudo,

no solo de sus vestiduras, sinó tambien de los cueros y de la piel, y con tantas puertas y ventanas de llagas abiertas por todo él. Y si estando san Pedro vestido y calzado la noche antes padecia frio (*Joann. 18*), cuánto mayor lo padecería aquel delicadísimo cuerpo estando tan llagado y desnudo?

16. Por donde parece que aunque en todo el discurso de su vida nos dió el Salvador tan maravillosos ejemplos de desnudez y pobreza, mas en la muerte se nos dió por un perfectísimo espejo de esta virtud; pues allí estuvo tan pobre, que no tuvo sobre qué reclinar su cabeza, y para dar á entender que no habia tomado cosa del mundo, ni se le habia pegado nada de él. Conforme á este ejemplo leemos del bienaventurado S. Francisco; verdadero imitador de esta pobreza de Cristo, que al tiempo que quiso espirar, se desnudó de todo cuanto sobre si tenia, y derribándose de la cama en el suelo, se abrazó con la tierra desnudo, para imitar en ésto como fiel siervo la desnudez y pobreza del Señor. Ea pues, ánima mia, aprende tú tambien aquí á seguir á Cristo pobre y desnudo: aprende á menospreciar todo lo que no puede dar el mundo, para que merezcas abrazar al Señor desnudo con

brazos desnudos , y ser unida con él por amor que tambien esté desnudo, sin mezcla de otro peregrino amor.

§ IV.

17. Despues de ésto considera como el Señor fué enclavado en la cruz , y el dolor que padecería al tiempo que aquellos clavos gruesos y esquinados entraban por las mas delicadas partes del mas delicado de todos los cuerpos. Y mira tambien lo que la Virgen sentiría cuando viese con sus ojos , y oyese con sus oidos los crueles y duros golpes que sobre aquellos miembros divinales tan á menudo caian. Mira como luego levantaron la cruz en alto , y como la fueron á meter en un hoyo que para ésto tenian hecho , y cómo (segun eran crueles los ministros) al tiempo de asentarlá , la dejaron caer de golpe , y así se estremecería todo aquel santo cuerpo en el aire , y se rasgarian mas las llagas , y crecerian mas sus dolores.

18. Pues ¡ó Salvador y Redentor mio ! ¿Qué corazon habrá tan de piedra , que no se parta de dolor , pues en este dia se partieron las piedras (*Matth. 27*) , considerando lo que padeces en esa cruz? Cercado te

han, Señor, dolores de muerte (*Psalm. 17 et 68*), y embestido han sobre Tí las olas de la mar; atollado has en el profundo de los abismos, y no hallas sobre qué estribar. El Padre te ha desamparado, ¿qué esperas, Señor mio, de los hombres? Los enemigos te dan grita, los amigos te quiebran el corazón, tu ánima está afligida, y no admites consuelo por mi amor. Duros fueron cierto mis pecados, y tu penitencia lo declara. Véote, Rey mio, cosido con un madero: no hay quien sostenga tu cuerpo sinó tres garfios de hierro; de ellos cuelga tu sagrada carne sin tener otro refrigerio: cuando cargas el cuerpo sobre los pies, desgárranse las heridas de los pies con los clavos que tienen atravesados; cuando lo cargas sobre las manos, desgárranse las heridas de las manos con el peso del cuerpo. No se pueden socorrer los miembros unos á otros sinó con igual perjuicio. Pues la santa cabeza atormentada y enflaquecida con la corona de espinas, ¿qué almohada la sostendrá? ¿O cuán bien empleados fueran allí vuestros brazos, serenísima Vírgen, para este oficio, mas no servirán ahora allí los vuestros, sinó los de la cruz! Sobre ellos se reclinará la sagrada cabeza cuando quisiere descansar; y el refrigerio que de ellos reci-

birá será hincarse mas las espinas por el cerebro. Sobre todo esto veo esas cuatro liagas principales como cuatro fuentes que están siempre manando sangre: veo el suelo encharcado y arroyado de sangre: veo ese tan precioso licor hollado y derramado sobre la tierra, dando voces y clamando mejor que la sangre de Abél (*Gen. 4*), pues aquella pedia venganza contra el homicida, mas ésta pide perdon para el pecador (*Hebr. 12*).

§ V.— *De la compasion del Hijo á la Madre, y de la Madre al Hijo en la cruz.*

19. Crecieron los dolores del Hijo con la presencia de la Madre, con los cuales no menos estaba su corazon crucificado de dentro, que el sagrado cuerpo lo estaba de fuera. Dos cruces hay para Tí, ¡ó buen Jesus! en este dia: una para el cuerpo, y otra para el ánima: la una es de pasion, y la otra de compasion. La una traspasa el cuerpo con clavos de hierro, y la otra tu ánima santísima con clavos de dolor.

20. ¡Quién podrá ¡ó buen Jesus! declarar lo que sentias cuando considerabas las angustias de aquella ánima santísima, la cual tan de cierto sabias contigo estar crucificada en la cruz? ¡Cuándo veias aquel

piadoso corazon traspasado y atravesado con cuchillo de dolor? ¿Cuándo tendias los ojos sangrientos, y mirabas aquel divino rostro cubierto de amarillez de muerte, y aquellas angustias de su ánima, sin muerte ya mas que muerta, y aquellos rios de lágrimas que de sus purísimos ojos salian, y oías los gemidos que se arrancaban de aquel sagrado pecho esprimidos con el peso de tan grave dolor? Verdaderamente no se puede encarecer lo mucho que esta invisible cruz atormentaba tu piadoso corazon.

21. Y ¿quién otrosí podrá, ¡ó bendita Madre! declarar la grandeza de los dolores y ánsias de tus entrañas cuando veías morir con tan graves tormentos al que viste nacer con tanta alegría? ¿Cuándo veías escarnecido y blasfemado de los hombres aquel que allí viste alabado de ángeles? ¿Cuándo veais aquel santo cuerpo que tú tratabas con tanta reverencia, y criaste con tanto regalo, tan maltratado y atomentado de los malos? ¿Cuándo mirabas aquella divina boca que tú con leche del cielo recreaste, amargada con hiel y vinagre, y aquella divina cabeza que tantas veces en tus virginales pechos reclinaste, ensangrentada y coronada de espinas? ¡O cuántas veces alzabas los ojos á lo alto para

mirar aquella divina figura que tantas veces alegró tu ánimo mirándola, y se volvian los ojos del camino, porque no podia sufrir tu vista la ternura del corazon!

22. ¿Pues qué lengua podrá declarar la grandeza de este dolor? Si las ánimas que verdaderamente aman á Cristo, cuando contemplan estos dolores ya pasados tan tiernamente se compadecen de él, ¿qué harías tú siendo Madre, y mas que Madre, viendo de presente con tus ojos padecer á tal Hijo tal pasion? Si aquellas mujeres que acompañaban al Señor (*Luc. 23*) cuando caminaba con la cruz, sin haberle nada, ni tenerle parentesco, lloraban y lamentaban por verlo ir con tan lastimera figura, ¿cuáles serían tus lágrimas cuando vieses á quien tanto te tocaba, no solo llevando la cruz acuestas, sinó enclavado ya, y levantado en la misma cruz?

23. Y con ser tan grandes estos dolores, no rehusaste, Virgen bendita, la compañía de la cruz, ni le volviste las espaldas, sinó allí estuviste junto á ella, no caída, ni derribada, sinó en pie, como columna de fortaleza, contemplando con inestimable dolor al Hijo en la cruz; para que asi como Eva (*Gen. 3*), mirando con deleite aquel

fruto y árbol de muerte intervino en la perdición del mundo, así tú, mirando con tan grande amargura el fruto de vida que de aquel árbol pendía, interviniéses en el remedio del mundo.

§ VI. — *Otra meditacion de la doctrina que se aprende al pie de la cruz.*

24. Estaba (dice el Evangelista) junto á la cruz la Madre de Jesus, y la hermana de su Madre María mujer de Cleofas, y María Magdalena (*Joann. 19*). ¡Quién me diese ahora que en compañía de estas bienaventuradas tres Marías estuviese yo siempre al pie de la cruz! ¡O bienaventuradas Marías! ¿Quién os ha hecho estar tan fijas al pie de la cruz? ¿Qué cadena es esa que así os tiene atadas á este árbol sagrado? ¡O Cristo muerto, que mortificas los vivos, y das vida á los muertos! ¡O vosotros, Ángeles del paraiso! no os indigneis contra mí (aunque pecador y malo) si me atreviere á llegar á esta santa compañía; porque el amor me trae y me fuerza á abrazarme con esta cruz. Si estas tres Marías no quieren apartarse de la cruz, ¿dónde me partiré yo, pues en ella está toda mi salud? Primero se helará el fuego, y el agua naturalmente se calentará, que mi

corazon se aparte de esta cruz mientras yo sintiere lo que el amor me ha enseñado, cuán grande bien sea estar siempre al pie de la cruz. ¡O cruz! tú atraes á tí mas fuertemente los corazones que la piedra imán al hierro: tú alumbras mas claramente los entendimientos que el sol los ojos: tú abrasas mas encendidamente las ánimas que el fuego los carbones. Atráeme pues á tí ¡ó santa cruz! fuertemente: alúmbrame continuamente: inflámame poderosamente, para que mi pensamiento nunca se aparte de tí. Y tú, ¡ó buen Jesus! alumbra los ojos de mi ánima para que te sepa yo mirar en esa cruz, y porque no solo contemple los crueles dolores que por mí padeciste, para compadecerme de ellos, sinó tambien los ejemplos de tan maravillosas virtudes como ahí me descubriste, para imitarlos.

25. Pues ¡ó Maestro del mundo! ó Médico de las ánimas! aquí me llevo al pie de tu cruz á presentarte mis llagas; cúrame, Dios mio, y enséñame lo que debo hacer. Conózcome, Señor, por muy sensual, y amigo de mí mismo, y veo que ésto impide mucho mi aprovechamiento. Muchas veces por tomar mis recreaciones y pasatiempos, ó por temor del trabajo del ayunar ó madru-

gar, pierdo los piadosos y devotos ejercicios, los cuales perdidos, soy perdido. Esta sensualidad mia me es importuna: querria comer y beber delicadamente á sus horas y tiempos: querria despues de las comidas y cenas tener sus pláticas y recreaciones: huélgase aquella hora de pasear por los vergeles, y tomar allí su refrigerio: enséñame tú, Salvador mio, lo que debo yo hacer por tu ejemplo. ; O cuánta confusion es para mí ver cómo trataste tú ese mas delicado de todos los cuerpos! En medio de las agonias y dolores de muerte no le diste otra comida ni otro eletuario sinó aquel que hicieron los crueles boticarios, de hiel y vinagre confecionado. ; Quién tendrá pues de aquí adelante lengua para quejarse que le den la comida fria ó salada, ó mal aderezada, ó que se la den tarde ó temprano, viendo la mesa que pusieron á tí, Dios mio, en tiempo de tanta necesidad? En lugar de los donaires y pláticas que yo busco en mis cenas y convites, los donaires que tú tenias eran las voces de los que meneando sus cabezas te escarnecian y blasfemaban diciendo (*Matth. 27. Marc. 15*): ; ah! que destruyes el templo de Dios, y en tres dias lo vuelves á reedificar: esta era la música de tu comida; y el pasear del vergel

era estar enclavado de pies y manos en la cruz; aunque otro vergel hubo donde fuiste acabada la cena, mas no á pasear, sinó á orar: no á tomar aire, sinó á derramar sangre: no á recrearte, sinó á entristecerte y estar puesto en agonía de muerte. ¿Pues qué diré de los otros refrigerios de tu carne bendita? La mia quiere la cama blanda, la vestidura preciosa, y la casa grande y espaciosa: dime tú; ó amor santo! ¿cuál es tu cama, cuál es tu casa, y cuál es tu vestidura? Tu vestidura es la desnudez, y una púrpura de escarnio. Tu casa es estar en público al sol y al aire; y si otra busco, es un establo de bestias. Las raposas tienen cuevas, y los pájaros del aire nidos, (*Matth. 8*), y tú, Criador de todas las cosas, no tienes sobre qué reclinar la cabeza. ¡O curiosidades y demasías! ¿cómo sois vosotras acogidas en tierra de cristianos? O bien seamos cristianos, ó bien desechemos de nosotros todos estos regalos y demasías, pues nuestro Señor y Maestro no solo desechó de sí todo lo demasiado, sinó tambien lo necesario.

26. La cama, Señor mio, me queda por ver qué tal es. Dime; ó dulcísimo Señor! ¿dónde yaces, dónde duermes al mediodia (*Cant. 1*)? Aquí me pongo á tus pies, ensé-

ñame lo que debo hacer , porque esta sensualidad mia no quiere bien entender el lenguaje de tu cruz. Yo deseo la cama blanda ; y si despierto á la hora de rezar , déjome vencer de la pereza , y aguardo el sueño de la mañana , por dar á mi cabeza reposo. Dime tú, Señor , ¿ qué reposo tuviste en esa cama de la cruz ? Cuando estabas ya cansado de estar acostado sobre un lado , ¿ cómo te volvías del otro para mejor descansar ? ¿ Aquí no revienta el corazón ? ¿ Aquí no muere toda sensualidad ? ¡ O consuelo de pobres , ó confusion de ricos , ó esfuerzo de penitentes , ó condenacion de regalados y sensuales ! Ni la cama de Cristo es para vosotros , ni su gloria. Dáme, Señor , gracia para que á ejemplo tuyo mortifique yo esta mi sensualidad : y si no me la das , suplicote se acabe en esta hora mi vida , porque no se sufre que estando tú en esa cruz recreado con hiel y vinagre , busque yo sabores y regalos ; y estando tú tan pobre y desnudo , ande yo perdido tras de los bienes del mundo ; y teniendo tú por cama un madero , busque yo la cama blanda y el regalo del cuerpo.

27. Avergüénzate pues , ó ánima mia , mirando al Señor en esta cruz , y haz cuenta que desde ella te predica y te castiga , dicien-

do: ó hombre, yo por tí recibí una corona de espinas, ¿y tú traes en desprecio mio una guirnalda de flores? Yo por tí estendí mis manos en la cruz, ¿y tú las estienes á los placeres y bailes? Yo no tuve muriendo una sed de agua, ¿y tú buscas preciosos vinos y y manjares? Yo estuve en la cruz, y en toda la vida que viví, lleno de deshonoras y dolores, ¿y tú andas toda la tuya perdido tras de las honras y deleites? Yo me dejé abrir el costado para darte mi corazon, ¿y tú tienes el tuyo abierto para vanos y peligrosos amores?

§ VII. — *De la paciencia que habemos de tener en los trabajos á imitacion de Cristo.*

28. Enseñado me has, Señor, desde esa cátedra las leyes de la templanza: enséñame tambien ahora las de la paciencia, que me es mucho necesaria. Curado has la parte concupiscible de mi ánima, cura tambien la irascible, pues tu cruz es medicina de todo el hombre, y las hojas de ese árbol sagrado son sanidad de las gentes (*Ezech. 47. Apoc. 22*). Algunas veces he dicho entre mí: no querria airarme con nadie, con todos querria tener paz; y para esto me parece que sería bien

huir de toda compañía, por escusar todas las ocasiones de turbacion y de ira.

29. Mas ahora conozco en esto mi flaqueza, porque no es vencer la ira huir de la compañía, sinó cubrir la imperfeccion. Quiero pues de aquí adelante estar aparejado para hacer vida no solamente con los buenos, sinó tambien con los malos, y tener paz con los que aborrecen la paz. Yo propongo de hacerlo así: dáme tú, Dios mio, gracia para que lo pueda cumplir. Si me quitáren la hacienda, no por eso me entristezca yo, pues te veo en esa cruz tan despojado y desnudo. Si me quitáren la honra, tampoco ésto me haga perder la paz; pues ahí te veo tan deshonorado y abatido. Si me faltáren los amigos, no por eso me confunda yo; pues ahí te veo solo y desamparado no solo de tus discípulos y amigos, sinó tambien de tu mismo Padre. Y si de tí me pareciere alguna vez que soy desamparado, no por eso pierda la confianza, pues no la perdiste Tú, que acabando de decir (*Matth. 27. Luc. 23*): *Dios mio, Dios mio, ¿por qué me desamparaste?* luego encomendaste tu espíritu en las manos de aquel que te habia desamparado. Pues yo os llamo desde aquí, angustias y persecuciones, que vengais á dar sobre mí, pues no me podeis

hacer otra cosa que darme ocasion para ser imitador de mi Señor Jesucristo.

50. Mas ¡ó Señor mio! si los trabajos fueren largos y prolijos, ¿con qué me consolaré? Porque los tuyos, aunque fueron grandes, parece que fueron breves, porque aun no duró veinte horas todo el martirio de tu pasion. Pues el que há diez años que está en una cama, ó en una cárcel, ó en continuas necesidades y guerras dentro de su misma casa, ¿qué consuelo hallará en tí para tan larga contienda? Responde, Señor mio, á esta pregunta, pues tú eres la palabra y la sabiduría del Padre. Díme si eres tú el consuelo universal de todos los males, aunque sean prolijos, ó si hemos de buscar para éstos otro consolador. Ciertamente no es menester otro consuelo sinó tú; porque sin duda esa cruz en que padeces no fué martirio de un solo dia, sinó de toda la vida. Porque desde la misma hora y punto de tu santísima concepcion se te puso delante asi la cruz, como todo lo que en ella habias de padecer, y asi la tragiste delante de los ojos esos dias que viviste. Porque asi como todas las cosas pasadas y venideras estaban presentes á tu divino entendimiento, asi tambien lo estaban todos los martirios é instrumentos de tu pa-

sion. Allí estaba la cruz y los clavos, y los azotes y las espinas, y la lanza cruel: allí estaban todos estos cuchillos tan presentes como cuando los viste con tus ojos el mismo viernes de la cruz. Nosotros por recios males que padezcamos, siempre tenemos alguna hora de reposo cuando la medicina ó el alivio nos lo dá; mas tu pena cuasi siempre fué continúa, ó á lo menos muchas veces te atormentaba en el ánima, mientras en este mundo viviste. Y aunque esta pena no te atormentára, bastaba para continuo tormento el celo de la honra del Padre, y de la salud de nuestras ánimas, el cual de verdad comia y despedazaba tu corazon, y te era mas cruel martirio que el de la misma muerte. Juntábase con esto la obstinacion de aquel pueblo rebelde, y la dureza de todos los otros pecadores, para cuyo remedio fuiste enviado: los cuales no habian de querer aprovecharse de este beneficio, ni reconocer el tiempo de su visitacion. De aquí nacieron aquellas piadosas lágrimas que derramaste sobre Jerusalén (*Luc. 19*); y de aquí aquellas quejas que diste por Isaías, diciendo (*Isai 19*): yo dije en vano he trabajado; de valde, y sin causa he gastado mi fortaleza.

31. Pues aquí tienes, ánima mia, con quien

acompañarte y consolarte en los largos trabajos, porque aunque los trabajos postrimeros de aquel santo cuerpo fueron breves, los de su piadoso corazon y ánima fueron prolijos y largos.

32. Acabada la meditacion, sígase luego el hacimiento de gracias, el ofrecimiento y peticion, como arriba se dijo en el capítulo segundo.

CAPÍTULO XXIV.

Meditacion de la lanzada que se dió al Salvador; del descendimiento de la cruz; llanto de nuestra Señora, y oficio de la sepultura, para el Sábado por la mañana.

*. Este dia, hecha la señal de la cruz, con la preparacion que se puso en el capítulo segundo, se ha de contemplar la lanzada que se dió al Salvador, y el descendimiento de la cruz, con el llanto de nuestra Señora, y oficio de la sepultura.

§ I. — *El texto de los Evangelistas dice asi.*

1. En aquel tiempo los judíos, porque era pascua, no queriendo que los cuerpos se quedasen en la cruz el dia del Sábado, porque era muy solemne aquel dia del Sábado

(*Joann.* 19), rogaron á Pilato que les quebrasen las piernas, y los quitasen de la cruz. Vinieron pues soldados, y quebraron las piernas del primero de los crucificados, y luego del otro. Y como viniesen á Jesus, y le viesen ya muerto, no le quebrantaron las piernas, sinó uno de los soldados abrió con una lanza su costado, y luego salió de él sangre y agua. Y el que lo vió dá de ello testimonio, y sabemos que su testimonio es verdadero.

2. Y como se llegase ya la tarde, vino Josef de Aritmathea, noble caballero (el cual esperaba tambien el reino de Dios), y osadamente entró á Pilato, y pidió el cuerpo de Jesus. Y Pilato maravillóse que ya fuese muerto. Y llamando al centurion, preguntóle si era ya muerto. Y como supiese de él que lo era, concedió á Josef el cuerpo. Vino tambien con él Nicodemus, aquel que habia venido á hablar á Jesus de noche, el cual traia cuasi cien libras de unguento hecho de mirra y aloe. Y Josef compró una sábana, y bajándole de la cruz, envolviéronle en aquel lienzo con aquellos olores, segun que los judíos tienen por costumbre sepultar los muertos. Y habia en aquel lugar donde le crucificaron un huerto, y en el huerto un sepulcro nuevo donde ninguno habia sido sepultado. Allí pues

por razon de la pascua de los judíos, porque estaba cerca la sepultura, pusieron á Jesus. Y María Magdalena, y María madre de Josef, miraban el lugar donde le ponian (*Marc. 15*).

§ II.— *Meditacion sobre estos pasos del texto.*

3. Hasta aquí has celebrado, ánima mia, la muerte y los dolores del Hijo; tiempo es ya que comiences á celebrar y lamentar los de la madre, pues para esto asiéntate ahora un poco á los pies del profeta Jeremías (*Thren. 1.*) y tomándole las palabras de la boca, con amargo y doloroso corazon, suspirando dí así: ¿cómo quedas ahora sola, inocentísima Virgen? ¿cómo quedas viuda, la Señora del mundo? ¿Y sin tener ninguna culpa, te han hecho tributaria de tanta pena? ¿O Virgen santísima! querria consolarte, y no sé como: querria aliviar un poco la grandeza de tus dolores, y no sé por qué camino. Reina del cielo, si la causa de tus dolores eran los de tu Hijo bendito, y no los tuyos (porque mas amabas á él que á tí), ya han cesado sus dolores, pues el cuerpo no padece, y toda su ánima es ya gloriosa: cese pues la mansedumbre de tus gemidos, pues cesó la causa de tu dolor. Lloraste

con el que lloraba, justo es que goces ahora con el que ya se goza. Ciérrense las fuentes de esos purísimos ojos, mas claros que las aguas de Hesebón (*Cant. 7*), y ahora turbios y oscurecidos con la lluvia de tantas lágrimas. Aplacada es ya la ira del Señor con el sacrificio del verdadero Noé (*Genes. 8*): cese pues el diluvio de tus sacratísimos ojos, y esclarázcase la tierra con nueva serenidad. Salida es ya la paloma del arca: señales traerá, cuando vuelva, de la clemencia divina: alégrate con esta esperanza, y cesen ya tus gemidos. El mismo Hijo tuyo pone silencio á tus clamores, y te convida á nueva alegría en sus cantares, diciendo (*Cant. 2*): el invierno es ya pasado; las lluvias y los torbellinos han cesado; las flores han parecido en nuestra tierra; levántate, querida mia, hermosa mia y paloma mia, que moras en los agujeros de la piedra y en las aberturas de la cerca (que es en las heridas y llagas de mi cuerpo); deja ahora esa morada y ven conmigo.

4. Bien veo, Señora, que no basta nada de esto para consolaros, porque no se ha quitado, sinó trocado vuestro dolor. Acabóse un martirio y comienza otro. Renuévanse los verdugos de vuestro corazón, é idos unos,

sucedan otros con nuevos géneros de tormentos, para que con tales mudanzas se os doble el tormento de la pasion. Hasta aquí llorábadeis sus dolores, ahora su muerte: hasta aquí su pasion, ahora vuestra soledad: hasta aquí sus trabajos, ahora su ausencia: una ola pasó, y otra viene á dar de lleno en lleno sobre vos, de manera que el fin de su pena es comienzo de la vuestra.

5. Y como si esta pena fuera pequeña, veo que os aparejan otra no menor. Cerrad, Señora mia, cerrad los ojos, y no mireis aquella lanza que va enristrada por el aire dónde va á parar. Cumplido es ya vuestro deseo: escudo sois hecha de vuestro Hijo; pues aquel golpe á vos hiere, y no á él. Deseábadeis los clavos y las espinas; eso era para su cuerpo: la lanzada se guardaba para vos. ¡O crueles ministros, ó corazones de hierro! ¿Y tan poco os parece lo que ha padecido el cuerpo vivo, que no ló quereis perdonar despues de muerto? ¿Qué rabia de enemistad hay tan grande que no se aplaque cuando ve el enemigo ya muerto delante de sí? Alzad un poco esos crueles ojos, y mirad aquella cara mortal, aquellos ojos difuntos, y aquel caimiento de rostro, y aquella amarillez y sombra de muerte: que aunque seais

mas duros que el hierro y que el diamante, y que vosotros mismos, viéndolo, os amansaréis. . . ¿Por qué no os contentais con las heridas del Hijo, sinó tambien quereis herir á la madre? A ella herís con esa lanza, á ella tira ese golpe, á sus entrañas amenaza la punta de ese hierro cruel.

6. Llega pues el ministro con la lanza en la mano, y atraviésala con gran fuerza por los pechos desnudos del Salvador. Estremecióse la cruz en el aire con la fuerza del golpe; y salió de allí agua y sangre, con que se lavan los pecados del mundo. ¡O rio que sales del paraíso, y riegas con tus corrientes toda la haz de la tierra! ¡O llaga del costado precioso, hecha mas con el amor de los hombres, que con el hierro de la lanza cruel! ¡O puerta del cielo, ventana del paraíso, lugar de refugio, torre de fortaleza, santuario de los justos, sepultura de peregrinos, nido de las palomas sencillas, y lecho florido de la esposa de Salomon! Dios te salve, llaga del costado precioso, que llagas los devotos corazones; herida que hieres las ánimas de los justos; rosa de inefable hermosura; rubí de precio inestimable; entrada para el corazon de Cristo; testimonio de su amor, y prenda de la vida perdurable. Por

tí entran los animales á guarecerse del diluvio (*Genes. 7*) en el arca del verdadero Noé: á tí se acogen los tentados; en tí se consuelan los tristes; contigo se curan los enfermos; por tí entran al cielo los pecadores, y en tí duermen y reposan dulcemente los desterrados y peregrinos. ¡O fragua de amor, casa de paz, tesoro de la iglesia y vena de agua viva que salta hasta la vida eterna! Ábreme, Señor, esa puerta; recibe mi corazón en esa tan deleitable morada; dame por ella paso á las entrañas de tu amor; beba yo de esa dulce fuente; sea yo lavado con esa santa agua, y embriagado con ese tan precioso licor. Adormézcase mi ánima en ese pecho sagrado: olvide aquí todos los cuidados del mundo; aquí duerma, aquí coma, aquí cante dulcemente con el profeta diciendo (*Psalms. 131*): esta es mi morada en los siglos de los siglos: aquí moraré, porque esta morada escogí.

§ III.—*Del descendimiento de la cruz, y llanto de la Virgen.*

7. Despues de esto considera como fué quitado aquel santo cuerpo de la cruz, y recibido en los brazos de la Virgen. Llegan pues el mismo dia sobre tarde aquellos dos varo-



nes (*Joann. 19*) Josef y Nicodemus, y arrimadas sus escaleras á la cruz, descienden en brazos el cuerpo del Salvador. Como la Virgen vió que acabada ya la tormenta de la cruz llegaba el sagrado cuerpo á tierra, aparéjase ella para darle puerto seguro en sus pechos, y recibirlo de los brazos de la cruz en los suyos. Pide pues con grande humildad á aquella noble gente, que pues no se habia despedido de su Hijo ni recibido de él los postreros abrazos en la cruz al tiempo de su partida, la dejen ahora llegar á él, y no quieran que por todas partes crezca su desconsuelo, si habiéndoselo quitado por un cabo los enemigos vivo, ahora los amigos se lo quitan muerto. ¡O por todas partes desconsolada, Señora! Porque si te niegan lo que pides, desconsolarte has; y si te lo dan, como lo pides, no menos te desconsolarás. No tienen tus males consuelo sinó en sola tu paciencia. Si por una parte quieres escusar un dolor, por otra parte se dobla. ¿Pues qué hareis, santos varones? ¿Qué consejo tomaréis? Negar á tales lágrimas y á tal Señora cosa que pida, no conviene: y darle lo que pide es acabarle la vida. Temeis por una parte desconsolarla, y temeis por otra no seáis por ventura homicidas de la Madre, como fueron los

enemigos del Hijo. Finalmente, vence la piadosa porfia de la Vírgen, y pareció á aquella noble gente (segun eran grandes sus gemidos) que sería mayor crueldad quitarle el Hijo, que quitarle la vida; y asi se lo hubieron de entregar.

8. Pues cuando la Vírgen lo tuvo en sus brazos, ¿qué lengua podrá explicar lo que sintió? ¡O Ángeles de paz! llorad con esta sagrada Vírgen; llorad cielos; llorad estrellas del cielo; y todas las criaturas del mundo acompañad el llanto de María. Abrázase la Madre con el cuerpo despedazado, apriétalo fuertemente en sus pechos (para ésto solo le quedaban fuerzas) mete su cara entre las espinas de la sagrada cabeza, júntanse rostro con rostro, tíñese la cara de la Madre con la sangre del Hijo, y riégase la del Hijo con las lágrimas de la Madre. ¡O dulce Madre! ¿Es ese por ventura vuestro dulcísimo Hijo? ¿Es ese el que concebistes con tanta gloria, y paristes con tanta alegría? ¿Pues qué se hicieron vuestros gozos pasados? ¿Dónde se fueron vuestras alegrías antiguas? ¿Dónde está aquel espejo de hermosura en quien vos os mirábadeis? Ya no os aprovecha mirarle á la cara, porque sus ojos han perdido la luz. Ya no os aprovecha darle voces, y ha-

blarle, porque sus orejas han perdido el oír. Ya no se menea la lengua que hablaba las maravillas del cielo; ya están quebrados los ojos que con su vista alegraban al mundo. ¿Cómo no habláis ahora, Reina del cielo? ¿Cómo han atado los dolores vuestra lengua? La lengua estaba enmudecida, mas el corazón allá dentro hablaría con entrañable dolor al Hijo dulcísimo y le diría:

9. ¡O vida muerta, ó lumbre oscurecida, ó hermosura afeada! Y ¿qué manos han sido aquellas que tal han parado vuestra divina figura? ¿Qué corona es esta que mis manos hallan en vuestra cabeza? ¿Qué herida es esta que veo en vuestro costado? ¡O sumo Sacerdote del mundo! ¿Qué insignias son estas que mis ojos ven en vuestro cuerpo? ¿Quién ha manchado el espejo y hermosura del cielo? ¿Quién ha desfigurado la cara de todas las gracias? ¿Estos son aquellos ojos que oscurecían al sol con su hermosura? ¿Estas son las manos que resucitaban los muertos á quien tocaban? ¿Esta es la boca por donde salían los cuatro ríos del paraíso? ¿Tanto han podido las manos de los hombres contra Dios? Hijo mio y sangre mia, ¿de dónde se levantó á deshora esta fuerte tempestad? ¿Qué ola ha sido ésta que así te me ha

llevado? Hijo mio, ¿qué haré sin tí? ¿Adónde iré? ¿Quién me remediará? Los padres y los hermanos afligidos venian á rogarte por sus hijos y por sus hermanos difuntos; y tú con tu infinita virtud y clemencia los consolabas y socorrias. Mas yo que veo muerto á mi Hijo, y mi Padre, y mi Hermano, y mi Señor, ¿á quién rogaré por él? ¿Quién me consolará? ¿Dónde está el buen Jeus Nazareno, Hijo de Dios vivo, que consuela á los vivos, y dá vida á los muertos? ¿Dónde está aquel grande Profeta, poderoso en obras y palabras?

10. Hijo, antes de ahora descanso mio, y ahora cuchillo de mi dolor, ¿qué hiciste porque los judíos te crucificasen? ¿Qué causa hubo para darte tal muerte? ¿Estas son las gracias de tantas buenas obras? ¿Este es el premio que se dá á la virtud? ¿Esta es la paga de tanta doctrina? ¿Hasta aquí ha llegado la maldad del mundo? ¿Hasta aquí la malicia del demonio? ¿Hasta aquí la bondad y clemencia de Dios? ¿Tan grande es el aborrecimiento que Dios tiene contra el pecado? ¿Tanto fué menester para satisfacer por la culpa de uno? ¿Tan grande es el rigor de la divina justicia? ¿En tanto tiene Dios la salud de los hombres?

11. ¡O dulcísimo Hijo mio! ¿qué haré sin tí? Tú eras mi Hijo, mi Padre, mi Esposo, mi Maestro, y toda mi compañía. Ahora quedo como huérfana sin padre, viuda sin esposo, y sola sin tal maestro y tan dulce compañía. Ya no te veré mas entrar por mis puertas, cansado de los discursos y predicacion del evangelio. Ya no limpiaré mas el sudor de tu rostro asoleado y fatigado de los caminos y trabajos. Ya no te veré mas asentado á mi mesa comiendo y dando de comer á mi ánima con tu divina presencia. Fenecida es ya mi gloria; hoy se acaba mi alegría, y comienza mi soledad,

12. Hijo mio, ¿no me hablais? ¡O lengua del cielo, que á tantos consolastes con vuestras palabras, á tantos diste habla y vida! ¿Quién os ha puesto tanto silencio que no hablais á vuestra Madre? ¿Cómo no me dejais siquiera alguna manda con yo me consuele? Yo la tomaré con vuestra licencia. Esta corona real será la manda: de estos clavos y de esta lanza quiero ser vuestra heredera. Estas joyas tan preciosas guardaré yo siempre en mi corazon: allí estarán hincados vuestros clavos: allí estará guardada vuestra corona, y vuestros azotes y vuestra cruz. Este

Este es el mayorazgo que yo elijo para mí mientras me duráre la vida.

13. ¡Cómo dura poco el alegría en la tierra, y cómo se siente mucho el dolor despues de mucha prosperidad! ¡O Bethelén y Jerusalem, cuán diferentes dias he llevado en vosotras! ¡Qué noche fué aquella tan clara, y qué dia este tan oscuro! ¡Qué rica entónces, y qué pobre ahora! No podia ser pequeña la pérdida de tan gran tesoro. ¡O Ángel bienaventurado! ¿Dónde están ahora aquellas tan grandes alabanzas de la antigua salutacion (*Luc. 1*)? No era vana mi turbacion ni mi temor en aquella hora, porque á grandes alabanzas por fuerza es que se ha de seguir ó gran caida ó grande cruz. No quiere el Señor que esten sus dones ociosos; nunca dá honra sin carga, ni mayoría sin servidumbre, ni mucha gracia sinó para mucho trabajo. Entónces me llamaste llena de gracia; ahora estoy llena de dolor. Entónces bendita entre las mujeres; ahora la mas afligida de las mujeres. Entónces digiste: el Señor es contigo; ahora tambien está conmigo; mas no vivo, sinó muerto, como lo tengo en mis brazos.

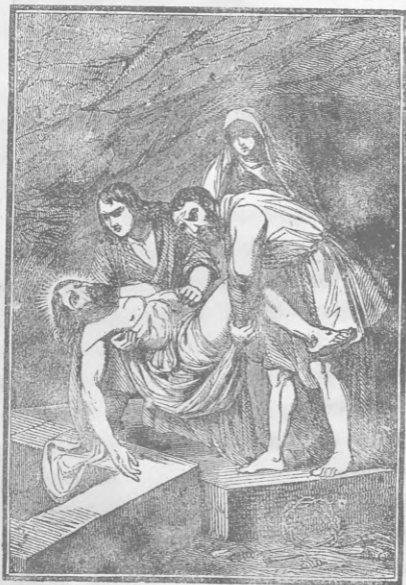
14. ¡O dulce Redentor mio! ¿Fué alguna culpa tenerte yo en mis brazos con tanta ale-

gría recién nacido, por do viniese ahora á tenerte en ellos tan atormentado? ¿Fué algun pecado recibir tanto gozo en darte la dulce leche de mis pechos, porque ahora me hayas querido dar á beber un cáliz de tanta amargura? ¿Fué algun yerro mirarme yo en tu rostro como en un espejo luciente, porque ahora has querido que te vea yo tan afeado y atormentado? ¿Fué algun delito amarte tanto, porque ahora has querido que el amor se me hiciese verdugo, y que tanto mas padeciese cuanto mas te amo?

15. ¡O Padre Eterno, ó amador de los hombres, piadoso para con ellos, y para con vuestro Hijo riguroso! Vos sabeis cuán grandes sean las olas y tempestad de mi corazón. Vos sabeis que cuantos azotes y heridas ha recibido este santo cuerpo, tantas muertes ha llevado este corazón. Mas con todo esto yo la mas afligida de todas criaturas os doy gracias infinitas por este dolor. Bástame quererlo Vos para que yo me consuele. De vuestra mano, aunque sea el cuchillo, lo meteré yo en mis entrañas. Por los favores y por los dolores igualmente os doy las gracias: por el usufructo de vuestros bienes, de que hasta aquí he gozado, os bendigo: y porque ahora

me lo quitais, no me indigno, sinó antes os vuelvo vuestro depósito con hacimiento de gracias. Por lo uno y por lo otro os bendigan los Ángeles, y mis lágrimas tambien con ellos os bendigan. Mas suplícoos, Padre mio, si Vos de ello sois servido, os deis por contento con treinta y tres años de martirio que hasta aquí se han pasado. Vos sabeis que desde el dia que aquel santo Simeon (*Luc. 2*) me anunció este martirio, se echó acíbar en todos mis placeres, y desde entónces traigo este dia atravesado en el corazón. En medio de mis alegrías me salteaba siempre la memoria de este dolor, y nunca tuve gozo tan puro que no se aguase con los dolores y temores de este dia. Bien sé que todo esto fué encaminado por vuestra providencia, y que vos quisisteis que desde entónces tuviese yo conocimiento de este misterio, para que asi como el Hijo trajo siempre la cruz ante los ojos desde el dia de su concepcion, asi tambien la trajese la Madre. Así quereis Vos que los vuestros en esta vida siempre padezcan: y en este valle de lágrimas no quereis que sean grandes ni perpetuas vuestras alegrías, aunque sean en Vos. Pues, ó Rey mio, ha-

bed ya por bien que sea este el postrero de mis martirios, si Vos de ello sois servido, y si no, hágase en ésto y en todo vuêstra divina voluntad. Si para una mujer os parece poco un martirio, bien sabeis Vos que tantas veces he sido mártir, cuantas fué herido el cuerpo de mi Salvador. Ya se acabaron sus martirios, y el mio viéndolo se renueva. Mandad á la muerte que vuelva por los despojos que dejó, y lleve á la Madre con el Hijo á la sepultura. ¡O dichosa sepultura, que has sucedido en mi oficio, y la corona que á mí quitan, á tí la dan, pues encerrarás dentro de tí al que tuve yo encerrado en mis entrañas! Mis huesos se alegrarían si allí se viesen, y allí sería de verdad, mi vida en la sepultura. El corazon y ánima que yo puedo, yo la sepultaré: mas Vos tambien, Señor mio, el cuerpo que yo no puedo sin Vos. ¡O muerte! ¿por qué eres tan cruel, que me apartas de aquel, en cuya vida estaba la mia? Mas cruel eres á las veces en perdonar que en matar. Piadosa fueras para mí si nos lleváras á entrambos; mas ahora fuiste cruel en matar al Hijo, y mas cruel en perdonar á la Madre.



16. Tales palabras en su corazón diría la Virgen, y semejantes las dirían aquellas santas Marías que le acompañaban. Lloraban todos los que presentes estaban; lloraban aquellas santas mujeres; lloraban aquellos nobles varones; lloraba el cielo y la tierra; y todas las criaturas acompañaban las lágrimas de la Virgen. Lloraba otrosí el santo Evangelista, y abrazado con el cuerpo de su Maestro, decía: ¡O buen Maestro y Señor mio! ¿Quién me enseñará ya de aquí adelante? ¿A quién iré con mis dudas? ¿En cuyos pechos descansaré? ¿Quién me dará parte de los secretos del cielo? ¿Qué mudanza ha sido ésta tan estraña? Antenoche me tuviste en tus sagrados pechos, dándome alegría de vida, ¡y ahora te pago aquel tan grande beneficio teniéndote en los míos muerto (*Joann. 13*)! ¿Este es el rostro que yo ví transfigurado en el monte (*Luc. 9*)! ¿Esta es aquella figura mas clara que el sol de medio dia!

17. Lloraba tambien aquella santa pecadora, y abrazada con los pies del Salvador, decía: ¡ó lumbre de mis ojos, y remedio de mi ánima! Si me viere fatigada de los pecados, ¿quién me recibirá? ¿Quién curará mis llagas (*Luc. 7*)? ¿Quién responderá por mí? ¿Quién me defenderá de los fariseos? ¡O cuán

de otra manera tuve yo estos pies, y los lavé cuando en ellos me recibiste! ¡O amado de mis entrañas, quién me diese ahora que yo muriese contigo! ¡O vida de mi ánima! ¿cómo puedo decir que te amo, pues estoy viva, teniéndote delante de mis ojos muerto?

18. De esta manera lloraba y laméntaba toda aquella santa compañía, regando y lavando con lágrimas el cuerpo sagrado. Llegada pues ya la hora de la sepultura, envuelven el santo cuerpo en una sábana limpia, atan su rostro con un sudario, y puesto encima de un lecho, caminan con él al lugar del monumento, y allí le depositan aquel precioso tesoro. El sepulcro se cubrió con una losa, y el corazón de la Madre con una oscura niebla de tristeza. Allí se despide otra vez de su Hijo: allí comienza de nuevo á sentir su soledad: allí se vé ya desposeida de todo su bien, y allí se le queda el corazón sepultado, donde quedaba su tesoro.

§ IV. — *Aquí se declara por qué la sagrada Virgen, y por qué todos los justos son afligidos en esta vida con diversas tribulaciones.*

19. ¡O Padre Eterno! Ya que por tu infinita bondad y misericordia quisiste que así padeciese tu bendito Hijo por nuestros pecados, ¿por qué quieres que padezca tam-

bien esta sagrada Virgen, que ni por los pecados ajenos merece muerte (pues basta la del Hijo), ni tampoco por los suyos, pues no los tiene? ¿Cuán fácilmente se pudiera templar este trabajo, si en aquella sazón se hallara fuera de Jerusalén, donde no viera con sus ojos al Hijo morir, ni creciera tanto su dolor con la vista del objeto presente! ¡O maravillosa dispensacion y consejo de Dios! Quieres Señor, que padezca, no por la redencion del mundo, sinó porque no hay en el mundo cosa que mas te agrade que el padecer por tu amor. No hay en todo lo criado cosa mas preciosa que en el cielo el amor glorioso de los bienaventurados (*Philip. 1. Act. 5*); y en la tierra el amor atribulado de los justos. En la casa de Dios no hay otra mayor honra que padecer por su amor. Entre todas las buenas obras y servicios que el Salvador te hizo en este mundo, ésta fué la que principalmente señalaste y aceptaste para que fuese el medio de nuestra reparacion (*Matth. 13*). Esta fué la joya y la piedra preciosa que entre todas las riquezas de virtudes que aquel tan rico mercader te puso delante mas te agradó, para darle por ella todo lo que pedia que era el remedio del mundo. Pues si tan rica es esta joya, no es razon

que faltase tal pieza como ésta á la mas perfecta de las perfectas, y aquella que tanto agradó á los ojos de Dios.

20. Y demas de todo ésto no hay obra en el mundo que mas declare la verdadera virtud que el padecer trabajos por amor de Dios, porque la prueba del verdadero amor es la verdadera paciencia por el amado: y ninguna otra probanza es tan sin sospecha como ésta. Asi como el mismo Dios nunca descubrió á los hombres tan claramente la grandeza de su amor (por muchos otros beneficios que les hizo) hasta que vino á padecer por ellos, asi nunca ellos descubrirán el suyo enteramente (por muchos servicios que le hagan) hasta que vengan á padecer por él. La tribulacion, dice S. Pablo (*Rom. 5*), es ocasion y materia de paciencia; y la paciencia es la prueba de la verdadera virtud; y esta prueba nos da la esperanza de la gloria. Pues por esta causa siempre debe el hombre tener por sospechosa toda virtud y santidad que en sí conozca, hasta que sea probada con el testimonio de la tribulacion. Porque, como dice el Sábio (*Ecc. 27*), los vasos de barro se prueban en el horno; mas los corazones de los justos en fragua de la tribulacion.

21. No hizo Dios en todas las obras de

la naturaleza cosa que estuviese ociosa: mucho menos querrá que en la gracia esten sus dones ociosos. Y por ésto Él se tiene cargo de repartir á cada uno de los escogidos la carga que ha de llevar, conforme á las fuerzas y al talento de la gracia recibida. De manera, que no se tiene aquí respeto á la mayor privanza para mayor regalo, sinó para mayor trabajo. Darnos has, Señor, dice el Profeta (*Psalm. 79*), á beber lágrimas por medida; y la medida será ésta: que el mas privado comunmente sea mas afligido y atribulado. Cuando Moisés hizo aquellas amistades y conciertos de paz entre Dios y su pueblo, dice la escritura divina que roció á todo el pueblo con un hisopo de sangre (*Exod. 24*); y ésto hecho, el resto de la sangre que quedaba derramó sobre el altar. Pues por aquí entiendan todos los que determinan ser amigos de Dios, que sus amistades han de ser celebradas y dedicadas con sangre, no solo con la de Cristo, sinó tambien con la propia de cada uno, que es con la paciencia y sufrimiento de los trabajos. Él bebió primero del cáliz en aquella postrera cena que cenó con los discípulos; mas despues de haber Él bebido, dió las sobras á los convidados (*Marc. 14*), y mandó que las repartiesen entre sí, y bebiese cada uno de ellos tambien su trago. De manera que á todos ha de caber su parte de este cáliz; y todos es menester que como miem-

bros de Cristo se conformen con Cristo en el padecer (*Rom. 8*). Sinó que en ésto está la diferencia, que los hombres populares é imperfectos hasta que sean rociados con sangre; mas los que están mas allegados á Dios, y son tales que merecen ya ser llamados altares suyos, éstos no solo han de ser rociados con sangre, sinó teñidos y bañados en sangre. Porque para los fuertes se guardan las batallas mas fuertes y el premio y las coronas mayores. Las dos personas que en este mundo hubo mas amadas de Dios fueron Jesucristo y su Madre; y la ventaja que hicieron á todas las criaturas en la virtud, esa les hicieron en el padecer. No ha habido en el mundo dos personas mejores, ni mas atribuladas que estas dos.

22. Consoláos pues todos los atribulados, pues mientras mas los fuéredeis, mas semejantes seréis á Jesucristo y á su madre. Consoláos, atribulados; que no por eso sois mas desamparados de Dios; antes (si paciencia teneis) mas queridos y mas amados. Consoláos otra y otra vez, atribulados; porque no hay sacrificio mas agradable á Dios que el corazon atribulado (*Psalms. 50*), ni señal mas cierta de su amistad que la paciencia en la tribulacion. No infame nadie las tribulaciones, porque eso es infamar á Cristo y á su Madre, y al mismo Dios, que siempre envia tribulaciones á sus amigos.

23. ¿Qué cosa es la tribulacion sinó cruz? ¿Pues qué será infamar la tribulacion sinó infamar la cruz? ¿Y qué huir de la tribulacion sinó huir de la cruz? Pues si adoramos la cruz muerta, que es la figura de la cruz, ¿por qué huimos de la viva, que es el padecer por la cruz? Esto es ser como los judíos, de quien dice el Salvador (*Matth. 23*), que habiendo perseguido á los profetas, venian despues á edificarles muy grandes y suntuosos sepulcros, honrándolos despues de muertos, y persiguiéndolos cuando eran vivos. Pues á éstos en su manera parece que imitan los malos cristianos, los cuales adorando por una parte la cruz muerta, por otra escupen y reniegan de la viva, que es el padecer por la cruz.

24. Y no se debe nadie desconsolar diciendo que padece por sus pecados, ó sin pecados; porque como quiera que padezcas, todo eso es finalmente padecer en cruz (*2. Machab. 6. et Nahum. 1. et Tob. 2. et ad Hæbr. 12*). Si padeces por tus pecados, padeces en la cruz del buen Ladrón; mas si padeces sin pecados y sin culpa, por eso te deberias mas consolar, porque eso es padecer en la cruz del Salvador.

25. Acabada la meditacion, sigase luego el hacimiento de gracias y peticion, como arriba se dijo en el capítulo segundo.



CAPITULO XXVI.

Meditacion de cómo descendio el Salvador al limbo: de su gloriosa Resurreccion, y del aparecimiento á nuestra Señora, á la Magdalena y á los discipulos, para el Domingo por la mañana.

* Este dia, hecha la señal de la cruz, con la preparacion que se puso en el capítulo segundo, pensarás en el misterio de la gloriosa Resurreccion, en el cual podrás meditar estos cuatro pasos principales, conviene saber: la descendida del Señor al limbo, y la Resurreccion de su sagrado cuerpo, el aparecimiento á nuestra Señora, y despues á la Magdalena y á los discipulos.

§ I. — *El texto de los Evangelistas dice asi.*

1. El Domingo siguiente, despues del Viernes de la cruz, vino María Magdalena muy de mañana, antes que esclareciese, al sepulcro (*Joann. 20. Marc. 16. Luc. 24*), y vió quitada la piedra de él, y que no estaba allí el cuerpo. Pues como no le halló, estábase allí fuera de la casa, del monumento en el huerto llorando. Y estando asi llorando inclinóse, y miró en el monumento y vió dos Ángeles asentados, vestidos de blanco, uno á

la cabecera y otro á los pies del lugar donde fuera puesto el cuerpo de Jesus. Los cuales le dijeron: mujer, ¿por qué lloras? Y ella respondió: porque han llevado á mi Señor, y no se dónde le pusieron, Y como dijo ésto volvió el rostro, y vió al Señor, y no le conoció. Díjole pues el Señor: mujer, ¿por qué lloras? ¿A quién buscas? Ella creyendo que era el hortelano de aquel huerto, díjole: Señor, si tú le tomaste, dime dónde le pusiste, que yo lo llevaré. Dijo entónces el Señor: ¿María? Respondió ella: ¿Maestro? Dícele el Señor: no toques en mí, sinó ve, y dí á mis hermanos que subo á mi Padre y á vuestro Padre, y á mi Dios y á vuestro Dios. Vino luego María Magdalena, y dió cuenta de ésto á los discípulos, diciendo: ví al Señor; y díjome ésto y ésto que os dijese.

2. En este mismo dia en la tarde estando las puertas cerradas donde estaban ayuntados los discípulos por miedo de los judíos: vino el Señor, y púsose en medio de ellos, y díjoles: paz sea con vosotros. Y como ésto dijese, mostróles las manos y el costado. Alegráronse pues los discípulos visto el Señor. Díjoles otra vez: paz sea con vosotros. Asi como el Padre me envió al mundo, asi yo envío á vosotros. Y dichas estas palabras, sopló,

y díjoles: recibid el Espíritu Santo. Cuyos pecados perdonáredeis serán perdonados, y los que retuviéredeis serán retenidos.

3. En este tiempo Tomás, uno de los doce, que se llamaba por otro nombre Dídimos, no estaba con los discípulos cuando vino Jesús. Y despues de venido, dijéronle los otros discípulos: visto habemos al Señor. A los cuales él respondió: si no viere en sus manos los agujeros de los clavos, y pusiere mi dedo en el lugar de ellos, y mi mano en su costado, no lo creeré. Y pasados ocho dias, estando otra vez los discípulos dentro del cenáculo, y Tomás tambien con ellos, vino el Señor otra vez cerradas las puertas, y puesto en medio de ellos díjoles: paz sea con vosotros. Y luego dijo á Tomás: pon aquí tu dedo, mira mis manos, y llega tu mano, y ponla en mi costado, y no quieras ser incrédulo, sino fiel. Respondió Tomás, y dijo: Señor mio y Dios mio. Y díjole el Señor: porque me viste, Tomás, creíste. Bienaventurados los que no vieron y creyeron. Otras muchas señales hizo Jesús en presencia de sus discípulos, que no están escritas en este libro. Mas éstas se escribieron, para que creais que Jesucristo es Hijo de Dios, y para que creyéndo-lo así, alcanceis vida por él.

§ II. — *Meditacion sobre estos pasos del texto.*

4. Este es el dia que hizo el Señor: gocémosnos y alegrémonos en él (*Psalm. 117*). Todos los dias hizo el Señor, que es el Hacedor de los tiempos; mas éste señaladamente se dice que hizo Él, porque en este acabó la mas excelente de sus obras, que fué la obra de nuestra redencion (*Joann. 4*). Pues asi como ésta se llama por excelencia la obra de Dios, por la ventaja que hace á todas sus obras, asi tambien éste se llama dia de Dios, porque en él se acabó ésta, que fué la mas excelente de todas sus obras.

5. Dícese tambien que este dia hizo el Señor, porque todo lo que hay en él fué hecho por sola su mano. En las otras fiestas y misterios del Salvador siempre se halla algo que hayamos hecho nosotros; porque siempre hay en ellos algo de pena, y la pena nació de nuestra culpa; y por esto hay algo de nos. Mas este dia no es de trabajo ni de pena, sinó destierro de toda pena, y cumplimiento de toda gloria; y asi todo él es puramente de Dios. Pues en tal dia como éste, ¿quién no se alegrará? En este dia se alegró toda la humanidad de Cristo, y se alegró la Madre de Cristo, y se alegraron los discípulos de

Cristo, y se alegró el cielo y la tierra, y hasta al mismo infierno cupo parte de esta alegría. Mas claro se ha mostrado el sol este dia que todos los otros, porque razon era que sirviese al Señor con su luz en el dia de sus alegrías, asi como le sirvió con sus tinieblas en el dia de su pasion. Los cielos, que viendo padecer al Señor, se habian oscurecido por no ver á su Criador desnudo (*Matth. 27*), éstos ahora parece que con singular claridad resplandecen, viendo como sale vencedor del sepulcro. Alégrese pues el cielo; y tú, tierra, toma parte de esta alegría, porque mayor resplandor nace hoy del sepulcro que del mismo sol que alumbra en el cielo. Dice un doctor contemplativo que todos los domingos cuando se levantaba á maitines era tanta el alegría que recibia acordándose del misterio de este dia, que le parecia que todas las criaturas del cielo y de la tierra en aquella hora cantaban á grandes voces, y decian: en tu Resurreccion, Cristo, aleluya; los cielos y la tierra se alegren, aleluya.

6. Pues para sentir algo del misterio de este dia, piensa primeramente como el Salvador, acabada ya la jornada de su pasion, con aquella misma caridad que subió por nosotros en la cruz, descendió á los infiernos

á dar cabo á la obra de nuestra reparacion (*Psalm. 15. Ephes. 4. Zach. 9. Act. 2. Eccl. 24. Oseeæ 6*). Porque asi como tomó por medio el morir para librarnos de la muerte, asi tambien el descender al infierno para librar á los suyos de él.

7. Desciende pues el noble Triunfador á los infiernos, vestido de claridad y fortaleza: cuya entrada describe Eusebio Emisseno, por estas palabras: ¡ó luz hermosa, que resplandeciendo desde la alta cumbre del cielo, vestiste de súbita claridad á los que estaban en tinieblas y sombras de muerte! Porque en el punto que el Redentor allí descendió, luego aquella eternal noche resplandeció, y el estruendo de los que lamentaban cesó; y toda aquella cruel tienda de atormentadores tembló viendo al Salvador presente (*Exod. 15*). Allí fueron conturbados los príncipes de Edom, y temblaron los poderosos de Moab, y pasmáronse los moradores de la tierra de Canaam. Luego todos aquellos infernales atormentadores en medio de sus oscuridades y tinieblas comenzaron entre sí á murmurar, diciendo: ¿quién es ese tan terrible, tan poderoso y tan resplandeciente? Nunca tal hombre como éste se vió en nuestro infierno: nunca á estas cuevas tal persona nos envió hasta

hoy el mundo. Acometedor es éste, no deudor: quebrantador es, no pecador: juez parece, no culpado: á pelear viene, no á penar. Decidme, ¿dónde estaban nuestras guardas y porteros cuando este conquistador rompió nuestras cerraduras, y por fuerza nos entró? ¿Quién será éste que tanto puede? Si éste fuese culpado, no sería tan osado; y si trajera alguna oscuridad de pecado no resplandecerían tanto nuestras tinieblas con su luz. Mas si es Dios, ¿qué tiene que ver con el infierno? Y si es hombre, ¿cómo tiene tanto atrevimiento? Si es Dios, ¿qué hace en el sepulcro? Y si es hombre, ¿cómo ha despojado nuestro limbo? ¡O cruz, que así has burlado nuestras esperanzas, y causado nuestro daño! En un madero (*Gen. 3*), alcanzamos todas nuestras riquezas, y ahora en un madero las perdimos.

8. Tales palabras murmuraban entre sí aquellas infernales compañías, cuando el noble Triunfador entró allí (*Ibid. 3*) á liberar sus cautivos. Allí estaban recogidas todas las ánimas de los justos que desde el principio del mundo hasta aquella hora habían salido de esta vida. Allí viéradéis un profeta aserrado, y otro apedreado, y otro quebradas las cervices con una barra de hierro, y

otros que con otras maneras de muertes glorificaron á Dios. ¡O compañía gloriosa! ¡O nobilísimo tesoro del cielo! ¡O riquísima parte del triunfo de Cristo! Allí estaban aquellos dos primeros hombres (*Genes. 2. et 3*) que poblaron el mundo, que asi como fueron los primeros en la culpa, asi lo fueron en la fé y en la esperanza. Allí estaba aquel santo viejo que con la fábrica de aquella grande arca (*Ibid. 8*), guardó simiente para que se volviese á poblar el mundo despues de las aguas del diluvio. Allí estaba aquel primer padre de los creyentes (*Genes. 17*), el que mereció primero que todos recibir el testamento de Dios, y la señal y divisa de los suyos en su carne. Allí estaba su obediente hijo Isaac (*Ibid. 22*), que llevando acuestas la leña en que habia de ser sacrificado, representó el sacrificio y el remedio del mundo. Allí estaba el santo Padre de las doce tribus (*Ibid. 27*), que ganando con ropas ajenas y hábito peregrino la bendicion del padre, figuró el misterio de la Humanidad y Encarnacion del Verbo divino. Allí estaba tambien como huésped y nuevo morador de aquella tierra el santo Bautista (*Matth. 14*), y el bienaventurado viejo que no quiso salir del mundo hasta que viese con sus ojos el

remedio del mundo, y lo recibiese en sus brazos (*Luc. 2*), y cantase antes que muriese, como cisne, aquella dulce cancion. Tambien tenia su lugar allí el pobrecito Lázaro del Evangelio (*Luc. 16*), que por medio de sus llagas y paciencia mereció ser participante de tan noble compañía y esperanza.

9. Todo este coro de ánimas santas estaban allí gimiendo y suspirando por este dia; y en medio de ellos (como maestro de capilla), aquel santo rey y profeta repetia sin cesar aquella su antigua lamentacion, diciendo (*Psalms. 41*): como el ciervo desea las fuentes de las aguas, asi desea mi ánima á Tí, mi Dios. Fuéronme mis lágrimas pan de noche y de dia, mientras dicen á mi ánima: ¿dónde está tu Dios? ¡O santo rey! si esa es la causa de tu lamentacion, cesa ya de ese cantar, porque aquí está ya tu Dios presente, y aquí está tu Salvador. Muda pues ahora ese cantar, y canta lo que mucho antes en espíritu cantaste, cuando escribiste (*Ibid. 84*): bendijiste, Señor, á tu tierra, y sacaste á Jacob de cautiverio. Perdonaste la maldad de tu pueblo, y disimulaste la muchedumbre de sus pecados. Y tú, santo Jeremías, que por el mismo Señor fuiste apedreado, cierra ya el libro de las lamentaciones que escribias

por ver á Jerusalén destruida, y el templo de Dios asolado; porque otro mas hermoso templo que ese verás de aquí á tres dias reedificado, y otra mas hermosa Jerusalén por todo el mundo renovada.

10. Pues como aquellos bienaventurados padres vieron ya sus tinieblas alumbradas, y su destierro acabado, y su gloria comenzada, ¿qué lengua podrá explicar lo que sentirían? Cuán de veras, viéndose ya salidos del cautiverio de Egipto, y ahogados sus enemigos en el mar Bermejo, cantarían todos y dirían (*Exod. 15*): cantemos al Señor, que gloriosamente ha triunfado, pues al caballo y al cadallero arrojó en el mar. Con qué entrañas aquel primer padre de todo el género humano, derribado ante los pies de su Hijo y Señor, y diría: veniste ya, muy amado Señor, y muy esperado, á remediar mi culpa: veniste á cumplir tu palabra, y no echaste en olvido á los que esperaban en Tí. Venció á la dificultad del camino la piedad grande, y á los trabajos y dolores de la cruz la grandeza del amor.

11. No se puede con palabras explicar el alegría de estos padres; mas mucho mayor era sin comparacion la que el Salvador tenia viendo tanta muchedumbre de ánimas remediadas por su pasion. Por cuán bien emplea-

dos d'arias entónces, Señor, los trabajos de la cruz, cuando vieses el fruto que comenzaba ya á dar aquel árbol sagrado. Con dos hijos que nacieron al patriarca Josef en la tierra de Egipto (*Gen. 41*), ya no hacia caso de todos sus trabajos pasados. Y en significacion de ésto, al primero que en aquella tierra nació puso por nombre Manasés, diciendo: hecho me ha Dios olvidar de todos mis trabajos y de la casa de mi padre. Pues ¿qué sentiría el Salvador cuando se viese ya cercado de tantos hijos, acabado el martirio de la cruz, cuando se viese aquella oliva preciosa con tantos y tan hermosos pimpollos al derredor de sí.

§ III.— *De la resurreccion del cuerpo del Salvador.*

12. Mas ¡ó Salvador mio! ¿qué haceis que no dais parte de vuestra gloria á aquel cuerpo santísimo que os está aguardando en el sepulcro? Acordáos que la ley del repartimiento de los despojos dice (*Josue 22. Num. 31. 1. Reg. 50*): que igual parte ha de caber al que se queda en las tiendas, que al que entra en la batalla. Vuestro santo cuerpo quedó aguardándoos en el sepulcro, y vuestra ánima santísima entró á pelear en el infierno: repartid con él de vuestra gloria, pues habeis ya vencido la batalla.

13. Estaba el santo cuerpo en el sepulcro con aquella dolorosa figura que el Señor lo habia dejado, tendido en aquella losa fria, amortajado con su mortaja, cubierto el rostro con un sudario, y sus miembros todos despedazados. Era ya despues de la media noche, á la hora del alba, cuando queria prevenir el Sol de justicia al de la mañana, y tomarle en este camino la delantera. Pues en esta hora tan dichosa entra aquella ánima gloriosa en su santo cuerpo: ¿y qué tal (si piensas) lo paró? No se puede ésto explicar con palabras: mas por un ejemplo se podrá entender algo de lo que es. Acaece algunas veces estar una nube muy oscura y tenebrosa hácia la parte del poniente, y si cuando el sol se quiere ya poner la toma delante, y la hiere y embiste con sus rayos, suele pararla tan hermosa, tan arrebolada y tan dorada, que parece al mismo sol. Pues asi aquella ánima gloriosa, despues que embistió en aquel santo cuerpo, y entró en él, todas sus tinieblas convirtió en luz, y todas sus fealdades en hermosura; y del cuerpo mas afeado de los cuerpos hizo el mas hermoso de todos ellos. De esta manera resucita el Señor del sepulcro, todo ya perfectamente glorioso, como primogénito de

los muertos, y figura de nuestra resurreccion. Este es aquel santo patriarca Josef (*Gen. 41*), salido ya de la cárcel, trasquilados los cabellos de su mortalidad, vestido de ropas inmortales, y hecho señor de la tierra de Egipto. Este es aquel santo Moisés (*Exod. 2*), sacado de las aguas y de la pobre canastilla de juncos, que despues vino á destruir todo el poder y carros de Faraon. Este es aquel santo Mardoqueo (*Esther. 6, 7 et 8*), despojado ya de su saco y cilicio, y vestido de vestiduras reales, el cual vencido su enemigo, y crucificado en su misma cruz, libró á todo su pueblo de la muerte. Este es aquel santo Daniel (*Dan. 14*), salido ya del lago de los leones, sin haber recibido perjuicio de las bestias hambrientas. Este es aquel fuerte Sanson (*Jud. 26*), que estando cercado de sus enemigos, y encerrado en la ciudad, se levanta á la media noche, y quebranta sus puertas y cerraduras, dejando burlado los propósitos y consejos de sus adversarios. Este es aquel santo Jonás (*Jonæ. 2*), entregado á la muerte por librar de ella á sus compañeros, el cual entrando en el vientre de aquella gran bestia, al tercero dia es lanzado en la ribera de Nínive. ¿Quién es éste que estando entre las hambrientas quijadas de la bestia

carnicera no pudo ser comido de ellá , y engolfado en los abismos de las aguas gozó de aires de vida , y sumido en el profundo de la perdición , la misma muerte le sirvió? Este es nuestro Salvador glorioso , á quien arrebató aquella cruel bestia que jamás se harta , que es la muerte ; la cual despues que le tuvo en la boca , conociendo la presa , tembló en tenerla. Porque dado caso que la tierra despues de muerto le tragó , mas hallándole libre de culpa , no pudo detenerle en su morada ; porque la pena no hace al hombre culpado , sinó la causa.

§ IV. — *De cómo el Salvador apareció á la Virgen nuestra Señora.*

14. Ya , Señor , habeis glorificado y alegrado esa carne santísima que con Vos padeció en la cruz : acordáos que tambien es vuestra carne la de vuestra Madre , y que tambien padeció ella con Vos , viéndoos padecer en la cruz. Ella fué crucificada con Vos , justo es que tambien resucite con Vos. Sentencia es de vuestro Apóstol (*Rom. 6*) , que los que fueron compañeros de vuestras penas , tambien lo han de ser de vuestra gloria ; y pues esta Señora os fué fiel compañera desde el pesebre hasta la cruz en todas vuestras penas , justo es que

tambien ahora lo sea de vuestras alegrías. Serenad aquel cielo oscurecido, descubrid aquella luna eclipsada, deshaced aquellos nublados de su ánima entristecida, enjugad las lágrimas de aquellos virginales ojos, y mandad que vuelva el verano florido despues del invierno de tantas aguas.

15. Estaría la santa Virgen en aquella hora en su oratorio recogida, esperando esta nueva luz. Clamaba en lo íntimo de su corazon, y como piadosa leona daba voces al Hijo muerto al tercero dia, diciendo: levántate, gloria mia: levántate, salterio y vihuela (*Psalm. 56*): vuelve triunfador al mundo: recoje, buen pastor, tu ganado: oye hijo mio, los clamores de tu afligida madre; y pues éstos fuerón parte para hacerte bajar del cielo á la tierra, éstos te hagan ahora subir de los infiernos al mundo. En medio de estos clamores y lágrimas resplandece súbitamente aquella pobre casita con lumbre del cielo, y ofrécese á los ojos de la Madre el Hijo resucitado y glorioso. No sale tan hermoso el lucero de la mañana, no resplandece tan claro el sol de medio dia, como resplandeció en los ojos de la Madre aquella cara llena de gracias, y aquel espejo sin mancilla de la gloria divina. Vé el cuerpo del Hijo resucitado y glorioso, despedidas ya

todas las fealdades pasadas, vuelta la gracia de aquellos ojos divinos, y restituida y acrecentada su primera hermosura. Las aberturas de las llagas, que eran para la Madre cuchillos de dolor, las vé hechas fuentes de amor. Al que vió penar entre ladrones lo vé acompañado de Santos y Ángeles. Al que la encomendaba desde la cruz al discípulo (*Joann. 19*), vé cómo ahora estiende sus amorosos brazos, y le dá dulce paz en su rostro. Al que tuvo muerto en sus brazos lo vé ahora resucitado ante sus ojos. Tiénele y no le deja: abrázale, y pídele que no se le vaya. Entónces, enmudecida de dolor, no sabia qué decir: ahora, enmudecida de alegría, no puede hablar.

16. ¿Qué lengua, qué entendimiento podrá comprender hasta dónde llegó este gozo? No podemos entender las cosas que exceden nuestra capacidad, sinó por otras menores, haciendo como una escalera de lo bajo á lo alto, y conjeturando las unas por las otras. Pues para sentir algo de esta alegría considera el alegría que recibió el patriarca Jacob (*Gen. 45*) cuando despues de haber llorado con tantas lágrimas á Josef su muy amado hijo por muerto, le dijeron que era vivo, y Señor de toda la tierra de Egipto. Dice la escritura divina

que cuando le dieron estas nuevas, fué tan grande su alegría y espanto, que como quien despierta de un pesado sueño, así no acababa de entrar en su acuerdo, ni podía creer lo que los hijos le decían. Y ya que finalmente lo creyó, dice el texto que volvió su espíritu á revivir de nuevo, y que dijo estas palabras: bástame este solo bien, si Josef mi hijo es vivo: iré, y verlo hé antes que muera. Pues dime ahora: si quien tenía otros once hijos en casa, tanta alegría recibió en saber que uno solo á quien él tenía por muerto era vivo, ¿qué alegría recibiría la que no tenía mas que uno, y ese tal, y tan querido, cuando despues de haberlo visto muerto le viese ahora resucitado y glorioso, y no Señor de toda la tierra de Egipto, sinó de todo lo criado? ¿Hay entendimiento que esto pueda comprender? Verdaderamente tan grande fue esta alegría, que no pudiera su corazón sufrir la fuerza de ella, si por especial milagro de Dios no fuera para ello confortado. ¡O Virgen bienaventurada! Bástate solo este bien: bástate que tu Hijo sea vivo, y que lo tengas delante, y que lo veas antes que mueras, para que no tengas mas que desear. ¡O Señor, y cómo sabes consolar á los que padecen por Tí! No parece ya grande aquella

primera pena en comparacion de esta alegría. Si asi has de consolar á los que por Tí padecen, bienaventuradas y dichosas sus pasiones, pues asi han de ser remuneradas.

17. Conforme á esto se debe pensar como el Salvador apareció á sus discípulos (*Marc. 16. Joann. 20*), y señaladamente á la santa Magdalena, de que aquí no tratamos al presente, por no alargar mas esta meditacion.

18. Acabada la meditacion, sígase luego el hacimiento de gracias y peticion como arriba se dijo en el capítulo segundo.

CAPÍTULO XXVII.

De algunos avisos que se deben tener en el ejercicio de la oracion mental.

1. Todo lo que hasta aquí se ha dicho sirve para darnos materia de consideracion, que es una de las principales partes de este negocio; porque la mayor parte de la gente no tiene suficiente materia de consideracion, y asi por falta de ella faltan muchos en este ejercicio. Ahora diremos sumariamente de la manera y forma que en esto se podrá tener. Y aunque de esta materia el principal maestro sea el Espíritu Santo, pero todavía la experiencia nos ha mostrado ser tan necesarios algunos avisos en esta parte, porque el ca-

mino para ir á Dios es árduo, y tiene necesidad de guia, sin la cual muchos andan mucho tiempo perdidos y descaminados.

Aviso primero.

2. Sea pues el primer aviso éste, que cuando nos pusiéremos á considerar alguna cosa de las sobredichas en sus tiempos y ejercicios determinados, no debemos estar tan atados á ella, que tengamos por mal hecho salir de aquella á otra, cuando halláremos en ella mas devocion, mas gusto ó mas provecho. Porque como en fin todo sirve á la devocion, lo que mas sirviere para este fin, eso se ha de tener por lo mejor; aunque ésto no se debe hacer por livianas causas, sinó con ventaja conocida.

Aviso segundo.

3. Sea el segundo aviso, que trabaje el hombre por escusar en este ejercicio la demasiada especulacion del entendimiento, y procure tratar este negocio mas con afectos y sentimientos de voluntad, que con discursos y especulaciones de entendimiento; porque sin duda no aciertan este camino los que de tal manera se ponen en la oracion á meditar los misterios divinos, como si los estu-

tudiasen para predicar; lo cual mas es derramar el espíritu que recogerlo, y andar mas fuera de sí que dentro de sí. Pues para acertar en este negocio, lléguese el hombre con el corazon de una viejecita ignorante y humilde, y mas con voluntad dispuesta y aparejada para sentir y aficionarse á las cosas de Dios, que con entendimiento despavilado y atento para escudriñarlas; porque esto es propio de los que estudian para saber, y no de los que oran y piensan en Dios para llorar.

Aviso tercero.

4. El aviso pasado nos enseña cómo debemos sosegar el entendimiento, y entregar todo este negocio á la voluntad; mas el presente pone tambien su tasa y medida á la misma voluntad, para que no sea demasiada ni vehemente en su ejercicio. Para lo cual es de saber que la devocion que pretendemos alcanzar no es cosa que se ha de alcanzar á fuerza de brazos, como algunos piensan, los cuales con demasiado ahinco y tristezas forzadas y como hechizas procuran alcanzar lágrimas y compasion cuando piensan en la pasion del Salvador: porque ésto suele secar mas el corazon, y hacerlo mas inhábil para la Visitacion del Señor, como enseña Casiano. Y de-

mas de ésto suelen estas cosas hacer daño á la salud corporal y á veces dejan el ánima tan atemorizada con el sinsabor que allí recibió, que teme otra vez tornar al ejercicio, como cosa que experimentó haberle dado mucha pena.

5. Conténtese pues el hombre con hacer buenamente lo que es de su parte, que es hallarse presente á lo que el Señor padeció mirando con una vista sencilla y sosegada, y un corazon tierno y compasivo, y aparejado para cualquier sentimiento que el Señor le quisiere dar, lo que por él padeció; y mas dispuesto para recibir el afecto que su misericordia le diere, que para esprimirle á fuerza de brazos. Y esto hecho, no se congoje por lo demas quando no le fuere dado.

6. De todo lo susodicho podremos colegir cuál sea la manera de atención que debemos tener en la oracion, porque aquí principalmente conviene tener el corazon no caído ni flojo, sinó vivo, atento y levantado á lo alto.

Aviso cuarto.

7. Mas asi como es necesario estar aquí con esta atención y recogimiento de corazon, asi por otra parte conviene que esta atención

sea templada y moderada, porque no sea dañosa á la salud, ni impida á la devocion; porque algunos hay que fatigan la cabeza con la demasiada fuerza que ponen para estar atentos á lo que piensan, como ya digimos; y otros hay que por huir de este inconveniente están allí muy flojos y remisos, y muy fáciles para ser llevados de todos vientos.

8. Para huir de estos extremos conviene llevar tal medio, qui ni con la demasiada atencion fatiguemos la cabeza, ni con el descuido y flojedad dejemos andar vagueando el pensamiento por do quisiere. De manera, que asi como solemos decir al que va sobre una bestia maliciosa que lleve la rienda templada, conviene saber, ni muy apretada ni muy floja, porque ni vuelva atrás, ni camine con peligro, asi debemos procurar que vaya nuestra atencion moderada, y no forzada; con cuidado, y no con fatiga congojosa.

9. Mas particularmente conviene avisar que al principio de la meditacion no fatiguemos la cabeza con demasiada atencion, porque euando ésto se hace suelen faltar para adelante las fuerzas, como faltan al caminante euando al principio de la jornada se dá mucha prisa á caminar.

Aviso quinto.

10. Mas entre todos estos avisos el principal sea, que no desmaye el que ora, ni desista de su ejercicio cuando no siente luego aquella blandura de devocion que él desea. Necesario es con longanimidad y perseverancia esperar la venida del Señor, porque á la gloria de su Majestad, y á la bajeza de nuestra condicion, y á la grandeza del negocio que tratamos, pertenece que estemos muchas veces esperando y aguardando á las puertas de su palacio sagrado.

11. Pues cuando de esta manera hayas aguardado un poco de tiempo, y el Señor viniere, dále gracias por su venida; y si te pareciere que no viene, humíllate delante de él, y conoce que no mereces lo que no te dieron, y conténtate con haber hecho allí sacrificio de ti mismo, y negado tu propia voluntad, y crucificado tu apetito, y luchado con el demonio y contigo mismo, y hecho á lo menos eso que era de tu parte.

12. Y si no adoraste al Señor con la adoracion sensible que deseabas, basta que lo adorases en espíritu y en verdad, como él quiere ser adorado. Y creeme cierto, que este es

el paso mas peligroso de esta navegacion, y el lugar donde se prueban los verdaderos devotos; y que si de éste sales bien, en todo lo demas te irá prósperamente.

Aviso sexto.

13. Y no es diferente documento del pasado, ni menos necesario, avisar que el siervo de Dios no se contente con cualquier gusto que halle en su oracion, como hacen algunos, que en derramando una lágrima, y sintiendo alguna ternura de corazon, piensan ya que han cumplido con su ejercicio. Esto no basta para lo que aquí pretendemos. Porque asi como no basta para que la tierra fructifique un pequeño rocío de agua, que no hace mas que matar el polvo, y mojarla por defuera, sinó es menester tanta agua, que cale hasta lo íntimo de la tierra, y la deje todá empapada en ella para que pueda fructificar, asi tambien es acá necesaria la abundancia de este rocío y agua celestial para dar el fruto de buenas obras.

14. Pues por esto con mucha razon se aconseja que tomemos para este santo ejercicio el mas largo espacio que pudiéremos. Y mejor sería un rato largo que dos cortos;

porque si el espacio es breve, y todo él se gasta en sosegar la imaginacion, y aquietar el corazon; y si despues de ya quieto nos levantamos del ejercicio cuando le habiamos de comenzar, aprovechará poco. Y descendiendo mas en particular á limitar este tiempo, paréceme que todo lo que es menos de hora y media ó dos horas, es corto plazo para la oracion; porque muchas veces se pasa mas de media hora en templar la vihuela, y en aquietar, como dije, la imaginacion, y todo el otro espacio es menester para gozar el fruto de la oracion.

15. Verdad es que cuando este ejercicio se tiene despues de algunos otros santos ejercicios, mas dispuesto se halla el corazon para este negocio; y asi, como en la leña seca, muy mas presto se enciende este fuego celestial. Tambien en el tiempo de la madrugada sufre ser mas corto, porque es el mas aparejado de cuantos hay para este oficio; mas el que fuere pobre de tiempo por sus muchas ocupaciones, no deje de ofrecer su cornadillo con la pobre viuda en el templo, porque si esto no queda por su negligencia, aquel que á todas las criaturas provee conforme á su necesidad y naturaleza, proveerá tambien á él segun la suya.

Aviso sétimo.

16. Conforme á este documento se dá otro semejante á él; y es, que cuando el ánima fuere visitada en la oracion, ó fuera de ella, con alguna particular visitacion del Señor, que no la deje pasar en vano, sino que se aproveche de aquella ocasion que se le ofrece; porque es cierto que con este viento navegará mas el hombre en una hora, que sin él en muchos días. Asi se dice lo hacia el bienaventurado S. Francisco, de quien escribe S. Buenaventura que era tan particular el cuidado que en esto tenia, que si andando camino lo visitaba nuestro Señor con alguna particular visitacion, hacia ir delante los compañeros, y él estabase quedo hasta acabar de rumiar y digerir aquel bocado que le venia del cielo. Los que asi no lo hacen suelen comunmente ser castigados con esta pena; conviene saber, que no hallen á Dios cuando lo buscáren, pues cuando él los buscaba no los halló.

CAPÍTULO XXVIII.

Qué cosa sea la devoción.

1. El mayor trabajo que padecen las personas que se dan á la oracion es la falta de

devocion que muchas veces en ella sienten; porque cuando ésta no falta, ninguna cosa hay mas dulce ni mas fácil que orar. Por esta razón, ya que habemos tratado de la materia de la oracion, y del modo que se podrá tener; será bien tratemos ahora de las cosas que ayudan á la devocion, y tambien de las que la impiden, y de las tentaciones mas comunes de las personas mas devotas, y de algunos avisos que para este ejercicio serán necesarios. Mas primero hará mucho al caso declarar qué cosa sea devocion, porque sepamos antes qué tal sea la joya porque militamos.

2. Devocion dice santo Tomás que es una virtud, la cual hace al hombre pronto y hábil para toda virtud, y le despierta y facilita para el bien obrar. La cual definicion manifiestamente declara la necesidad y utilidad grande de esta virtud, porque en ella está encerrado mas de lo que algunos puedan pensar.

3. Para lo cual es de saber que el mayor impedimento que tenemos para bien vivir es la corrupcion de la naturaleza, que nos vino por el pecado, de la cual procede una grande inclinacion que tenemos para el mal, y una grande dificultad y pesadumbre para el bien; y estas dos cosas nos hacen dificultoso

el camino de la virtud, siendo ella de suyo la cosa mas dulce, mas hermosa y mas amable del mundo.

4. Pues contra esta dificultad y pesadumbre proveyó la divina Sabiduría de convenientísimo remedio, que es la virtud y socorro de la devocion. Porque asi como el viento cierzo esparce las nubes, y deja el cielo sereno y desombrado, asi la verdadera devocion sacude de nuestra ánima toda esta pesadumbre y dificultad, y la deja por entónces habilitada para todo bien; porque esta virtud de tal manera es virtud, que tambien es un especial don del Espíritu Santo, un rocío del cielo, y un socorro y visitacion de Dios, alcanzado por la oracion, cuya condicion es pelear contra esta dificultad, despedir esta tibieza, dar esta prontitud, alumbrar el entendimiento, esforzar la voluntad, encender el amor de Dios, apagar las llamas de los malos deseos, causar hastío del mundo y aborrecimiento del pecado, y dar al hombre por entónces otro fervor, otro espíritu, otro esfuerzo y aliento para obrar bien: de manera que asi como Sanson quando tenia cabellos tenia mayores fuerzas que todos los otros hombres del mundo, y quando éstos le faltaban era tan flaco como los otros, asi lo es

tambien el ánima del cristiano , fuerte cuando tiene esta devocion, y flaca cuando no la tiene. Esta es pues la mayor alabanza que se puede dar á esta virtud , que siendo una sola , es como un estímulo y aguijon de todas las otras ; y por esto el que de verdad desea caminar por el camino de las virtudes no vaya sin estas espuelas , porque no podrá sacar de haron á su mala bestia si va sin ellas.

5. De lo dicho parece claro qué cosa sea la verdadera y esencial devocion. Porque no es devocion aquella ternura de corazon ó consolacion que sienten algunas veces los que oran , sinó esta prontitud y aliento para bien obrar , de donde muchas veces acaece hallarse lo uno sin lo otro cuando el Señor quiere probar los suyos. Verdad es que esta devocion y prontitud muchas veces merece aquella consolacion ; y por el contrario , esta misma consolacion y gusto espiritual acrecienta la devocion esencial. Y por esta causa los siervos de Dios pueden con mucha razon desear y pedir estas alegrías y consolaciones , no por el gusto que en ellas hay , sinó porque son causa del acrecentamiento de esta devocion , que nos habilita para bien obrar , como dice el Profeta. Por el camino de tus mandamientos , Señor^c.

corrí cuando dilataste mi corazón; conviene saber, con el alegría de tu consolacion, que fué causa de esta ligereza. Pues de los medios por donde se alcanza esta devocion pretendemos ahora aquí tratar; y porque esta virtud es estímulo de todas las otras virtudes, por eso tratar de los medios por donde se alcanza la devocion es tratar de los medios por donde se alcanzan todas las virtudes.

CAPITULO XXIX.

De nueve cosas que ayudan á alcanzar la devocion.

1. Las cosas pues que ayudan á la devocion son muchas; porque primeramente hace mucho al caso tomar estos santos ejercicios muy de veras y muy á pechos, con un corazón muy determinado y ofrecido á todo que lo que fuere necesario para alcanzar esta preciosa margarita, por árduo y dificultoso que sea; porque es cierto que ninguna cosa grande hay que no sea dificultosa, y así tambien lo es ésta, á lo menos á los principios.

2. Ayuda tambien la guarda del corazón de todo género de pensamientos ociosos y vanos, y de todos los afectos y amores peregrinos, y de todas las turbaciones y mo-

vimientos apasionados; pues está claro que cada cosa de estas impide la devocion, y que no menos conviene tener el corazon templado para orar y meditar, que la vihuela para tañer.

3. Ayuda tambien la guarda de los sentidos, especialmente de los ojos, de los oidos y de la lengua; porque por ella se derrama el corazon, y por los ojos y oidos se hinche de diversas imaginaciones de cosas con que se perturba la paz y sosiego del ánima. Por donde con razon se dice que el contemplativo ha de ser sordo, ciego y mudo, porque cuanto menos se derrame por fuera, tanto mas recogido estará de dentro.

4. Ayuda para esto mismo la soledad, porque no solo quita las ocasiones de distraimiento á los sentidos y al corazon, y las ocasiones de los pecados, sinó tambien convida al hombre á que more dentro de sí mismo, y trate con Dios y consigo, movido con la oportunidad del lugar, que no admite otra compañía que ésta.

5. Ayuda otrosí la leccion de los libros espirituales y devotos, porque dan materia de consideracion, y recogen el corazon, y despiertan la devocion, y hacen que el hombre de buena gana piense en aquello que le

supo dulcemente; mas antes siempre se representa á la memoria lo que abunda en el corazon.

6. Ayuda la memoria continúa de Dios, y el andar siempre en su presencia, y el uso de aquellas breves oraciones que san Agustin llama jaculatorias; porque éstas guardan la casa del corazon, y conservan el calor de la devocion, como arriba se platicó. Y asi se hallará el hombre cada hora pronto para llegar á la oracion. Este es uno de los principales documentos de la vida espiritual, y uno de los mayores remedios para aquellos que ni tienen tiempo ni lugar para darse á la oracion, y quien trajere siempre este cuidado, en poco tiempo aprovechará mucho.

7. Ayuda tambien la continuacion y perseverancia en los buenos ejercicios en sus tiempos y lugares ordenados, mayormente á la noche, ó á la madrugada, que son los tiempos mas convenientes para la oracion, como toda la escritura nos enseña.

8. Ayudan las asperezas y abstinencias corporales, la mesa pobre, la cama dura, el cilicio y la disciplina, y otras cosas semejantes, porque todas estas cosas, asi como nacen de devocion, asi tambien despiertan,

conservan y acrecientan la raíz de donde nacen, que es esta misma devocion.

9. Ayudan finalmente las obras de misericordia, porque nos dan confianza para parecer delante de Dios, acompañan nuestras oraciones con servicios, porque no se pueden del todo llamar ruegos secos, y merecen que sea misericordiosamente recibida la oracion, pues procede de misericordioso corazon.

CAPITULO XXX.

De nueve cosas que impiden la devocion.

1. Y asi como hay cosas que ayudan á la devocion, asi tambien hay cosas que la impiden, entre las cuales es la primera los pecados, no solo los mortales, sinó tambien los veniales; porque éstos, aunque no quitan la caridad, quitan el fervor de la caridad, que es casi lo mismo que devocion: por donde es razon evitarlos con todo cuidado, ya que no fuese por el mal que nos hacen, á lo menos por el bien que nos impiden.

2. Impide tambien el remordimiento de la conciencia, que procede de los mismos

pecados, cuando es demasiado, porque trae el ánimo inquieta, caída, desmayada y flaca para todo buen ejercicio.

3. Impide también cualquiera amargura y desabrimiento de corazón y tristeza desordenada, porque con esto muy mal se puede compadecer el gusto y suavidad de la buena conciencia y de la alegría espiritual.

4. Impiden otrosí los cuidados demasiados, los cuales son aquellos mosquitos de Egipto, que inquietan el ánimo, y no la dejan dormir este sueño espiritual que se duerme en la oración; antes allí más que en otra parte la inquietan y divierten de sus ejercicios.

5. Impiden también las ocupaciones demasiadas, porque ocupan el tiempo y ahogan el espíritu; y así dejan al hombre sin tiempo y sin corazón para vacar á Dios.

6. Impiden los regalos y consolaciones sensuales, porque éstas hacen desabridos los ejercicios espirituales; y allende de esto, el que se dá mucho á las consolaciones del mundo no merece las del Espíritu Santo, como dice S. Bernardo.

7. Impide el regalo en el demasiado comer y beber, mayormente las cenas largas, porque éstas hacen muy mala cama á los espirituales ejercicios y á las vigiliass sagradas.

porque el cuerpo pesado y harto de mantenimiento, muy mal aparejado está para volar á lo alto.

8. Impide el vicio de la curiosidad, asi de los sentidos como del entendimiento, que es querer oír, ver y saber nuevas; porque todo esto ocupa el tiempo, inquieta el ánima, derrámala en muchas partes, y asi impide la devocion.

9. Impide finalmente la interrupcion de todos estos santos ejercicios, si no es cuando se dejan por causa de alguna piadosa ó justa necesidad; porque es muy delicado el espíritu de la devocion, el cual despues de ido, ó no vuelve, ó á lo menos con dificultad.

10. Y por esto, asi como los árboles quieren sus riegos ordinarios, y en faltando éstos, luego desfallecen y desmedran, asi tambien lo hace la devocion cuando le falta el riego de la devota consideracion.

11. Todo esto se ha dicho asi sumariamente para que mejor se pudiese tener en la memoria; la declaracion de esto podrá ver quien quisiere con el ejercicio y larga experiencia.

CAPITULO XXXI.

De las tentaciones mas comunes que suelen fatigar á los que se dan á la oracion , y de sus remedios.

1. Ahora será bien tratar de las tentaciones mas comunes de las personas que se dan á la oracion , y de sus remedios , las cuales por la mayor parte son las siguientes. La falta de las consolaciones espirituales , la guerra de los pensamientos importunos , los pensamientos de blasfemia é infidelidad , la desconfianza de aprovechar , y la presuncion de estar ya muy aprovechado. Estas son las mas comunes tentaciones que hay en el camino ; los remedios de las cuales son los siguientes.

2. Primeramente , al que le faltáren las consolaciones espirituales , el remedio es que no por eso deje el ejercicio de la oracion acostumbrada , aunque le parezca desabrida y de poco fruto ; sinó póngase en la presencia de Dios como reo culpado , y examine su conciencia , mire si por ventura perdió esta gracia por su culpa , y suplique al Señor con entera confianza le perdone , y declare las riquezas inestimables de su paciencia y misericordia en sufrir y perdonar á quien otra cosa no sabe sinó ofenderle.

3. De esta manera sacará provecho de su sequedad, tomando ocasion para mas humillarse, viendo lo mucho que peca; y para mas amar á Dios, viendo lo mucho que le perdona. Y aunque no halle gusto en estos ejercicios no desista de ellos, porque no se requiere que sea siempre sabroso lo que ha de ser provechoso; á lo menos esto se halla por experiencia, que todas las veces que el hombre persevera en la oracion con un poco de atencion y cuidado, haciendo buenamente lo poco que puede, al cabo sale de allí consolado y alegre viendo que hizo de su parte algo de lo que era en sí. No es mucho durar en la oracion cuando es mucha la consolacion, y lo mucho es, que cuando la devocion es poca, la oracion sea mucha, y mucho mayor la humildad, la paciencia y la perseverancia en el bien obrar.

4. Tambien es necesario en estos tiempos andar con mayor solicitud y cuidado que en los otros, velando sobre la guarda de sí mismo, examinando con mucha atencion sus pensamientos, palabras y obras, porque como entónces nos falte el alegría espiritual, que es el principal remo de esta navegacion, es menester suplir con cuidado y diligencia lo que falta de gracia: cuando asi te vieres, has

de hacer cuenta, como dice S. Bernardo, que se han dormido las velas que te guardaban, y que se han caido los muros que te defendian. Y por eso toda la esperanza de salud está en las armas, pues ya no te ha de defender el muro, sinó la espada y la destreza en pelear. ¡O cuánta es la gloria del alma que de esta manera batalla, que sin escudos se defiende, y sin armas pelea, y sin fortaleza es fuerte, y hallándose en batalla sola, toma el esfuerzo y ánimo por compañía.

5. Este es el toque principal en que se prueba la firmeza de los amigos, si son verdaderos ó no.

6. Contra la tentacion de los pensamientos importunos que nos suelen combatir en la oracion, el remedio es pelear varonilmente y perseverantemente contra ellos, aunque esta resistencia no ha de ser con demasiada fatiga y congoja de espíritu, porque no es este negocio tanto de fuerza, quanto de gracia y humildad. Y por esto cuando el hombre se halláre de esta manera, debe volverse á Dios sin congoja, pues esto no es culpa, ó es muy liviana; y con toda humildad y devocion le diga: veis aquí, Señor mio, quién yo soy: ¿qué se esperaba de este muladar sinó semejantes olores? ¿Qué se es-

peraba de esta tierra que Vos maldigisteis sinó zarzas y espinas? Este es el fruto que ella puede dar, si vos, Señor, no la limpiáis. Y dicho ésto, torne á atar su hilo como de antes, y espere con paciencia la visitacion del Señor, que nunca falta á los humildes. Y si todavía te inquietaren los pensamientos, y tú todavía perseverantemente les resistieres, é hicieres lo que es en tí, debes tener por cierto que mucha mas tierra ganas en esta resistencia, que si estuvieras gozando de Dios á todo sabor.

7. Para remedio de las tentaciones de blasfemia, es de saber, que asi como ningun linaje de tentacion es mas penosa que ésta, asi ninguna hay menos peligrosa; y asi el remedio es no hacer caso de estas tentaciones, pues el pecado no está en el sentimiento, sinó en el consentimiento y en el deleite; el cual aquí no hay, sinó antes lo contrario; y asi mas se puede llamar ésta pena que culpa, porque cuán lejos está el hombre de recibir alegría con estas tentaciones, tan lejos está de tener culpa en ellas. Y por eso el remedio, como dije, es menospreciarlas, y no temerlas; porque cuando demasiadamente se temen, el mismo temor las despierta y las levanta.

8. Contra las tentaciones de infidelidad el remedio es que acordándose el hombre por

un cabo de la pequeñez humana, y por otro de la grandeza divina, piense en lo que Dios le manda, y no sea curioso en querer escudriñar sus obras, pues vemos que muchas de ellas esceden á nuestro saber. Y por tanto el que quiere entrar en este santuario de las cosas divinas, ha de entrar con mucha humildad y reverencia, y llevar consigo ojos de paloma sencilla, y no de serpiente maliciosa, y corazon de discípulo, y no de juez temerario. Hágase como niño pequeño, porque á los tales enseña Dios sus secretos. No cure de saber el por qué de las obras divinas: cierre los ojos de la razon, y abra solo el de la fé, porque éste es el instrumento con que se han de tantear las obras de Dios. Para mirar las obras humanas muy bueno es el ojo de la razon humana, mas para mirar las divinas no hay cosa mas desproporcionada que él. Mas porque ordinariamente esta tentacion es al hombre penosísima, el remedio es el de la pasada, que es de no hacer caso de ella, pues mas es esta pena que culpa; porque no puede haber culpa en lo que la voluntad es contraria, como asi se declaró.

9. Contra las tentaciones de la desconfianza y de la presuncion, que son vicios contrarios, es forzoso que haya diversos remedios.

Para la desconfianza el remedio es considerar que este negocio no se ha de alcanzar por solas tus fuerzas, sinó por la divina gracia, la cual tanto mas presto se alcanza, quanto mas el hombre desconfia de su propia virtud, y confia en la sola bondad de Dios, en quien todo es posible.

10. Para la presuncion el remedio es considerar que no hay mas claro indicio de estar el hombre muy lejos, que creer que está muy cerca. Mírate tambien como en un espejo en la vida de los santos, y en la de otras personas señaladas que ahora viven en carne, y verás que eres ante ellos como un enano en presencia de un gigante, y asi no presumirás.

11. Otra tentacion es el deseo demasiado de las consolaciones y gustos espirituales, y desprecio de los otros que no las tienen. Pues para remedio de esta tentacion quiero declarar cuál sea el fin que se debe tener en estos espirituales ejercicios, para lo cual es de saber que como esta comunicacion con Dios sea tan dulce y tan deleitable (segun que dice el sábio), de aquí nace que muchas personas atraidas con la fuerza de esta maravillosa suavidad (que es sobre todo lo que se puede decir) se llegan á Dios, y se dan á todos los espirituales ejercicios, asi de la leccion como

de la oracion y uso de Sacramentos , por el gusto grande que hallan en ellos , de tal manera , que el principal fin que á éstos los lleva es el deseo de esta maravillosa suavidad. Este es un grande y universal engaño en que caen muchos. Porque como el principal fin de todas nuestras obras haya de ser amar á Dios, y buscar á Dios , estos mas aman á sí , y buscan á sí ; conviene saber , su propio gusto y contentamiento , que á Dios.

12. Y lo que mas es , que de este mismo engaño se sigue otro no menor , que es juzgar el hombre á sí y á los otros por estos gustos y sentimientos , creyendo que tanto tiene cada uno mas ó menos de perfeccion , quanto mas ó menos gusta de Dios , lo que es un engaño muy grande.

13. Pues contra estos dos engaños sirve este aviso y regla general , que cada uno entienda que el fin de todos estos ejercicios y de toda la vida espiritual es la obediencia de los mandamientos de Dios y el cumplimiento de la divina voluntad ; por lo cual es necesario que muera la voluntad propia , para que asi viva y reine la divina , pues es tan contraria á ella. Y porque tan gran victoria como ésta no se puede alcanzar sin muy grandes favores y regalos de Dios , por esto principal-

mente se ha de ejercitar la oracion para que por ella se alcancen estos favores, y se sientan estos regalos, para salir con esta empresa al cabo. Y de esta manera y para tal fin se pueden pedir y procurar los deleites de la oracion (segun que arriba digimos), como lo pedia David cuando decia: vuélveme, Señor, el alegría de tu salud, y confirmame con espíritu principal.

14. Pues conforme á ésto, entenderá el hombre cuál ha de ser el fin que ha de tener en estos ejercicios, y por aquí tambien entenderá por dónde ha de estimar y medir su aprovechamiento y el de los otros; que es, no por los gustos que hubiere recibido de Dios, sinó por lo que él por sí hubiera padecido, asi por hacer la voluntad divina, como por negar la suya propia. Por lo cual dicen muy bien los santos, que la verdadera prueba del hombre espiritual no es el gusto de la oracion, sinó la paciencia de la tribulacion, la abnegacion de sí mismo, y el cumplimiento de la divina voluntad; aunque para todo esto aprovecha grandemente asi la oracion como los gustos y consolaciones que en ella se dan.

R. Pues conforme á ésto, el que quisiere

no de Dios, mire cuánto crece cada día en humildad interior y exterior, cómo sufre las injurias de los otros; cómo sabe dar pasada á las flaquezas ajenas; como acude á las necesidades de sus prójimos; cómo se com-padece y no se indigna contra los defectos ajenos; cómo sabe esperar en Dios en el tiempo de la tribulacion; cómo rige su lengua, cómo guarda su corazon; cómo trae domada su carne con todos sus apetitos y sentidos; cómo se sabe portar en las prosperidades y adversidades; cómo se repara y provee en todas cosas: con todo esto mire si está muerto al amor de la honra, y del regalo del mundo; y segun lo que en ésto hubiere aprovechado ó desaprovechado, asi se juzgue, y no segun lo que siente ó no siente de Dios. Y por esto siempre ha de tener un ojo, y el mas principal, en la mortificacion, y el otro en la oracion, porque esa misma mortificacion no se puede perfectamente alcanzar sin el socorro de la oracion.

LAUS DEO.





G 59871

DIRECTORIO

Y

F. LUIS DE GRANADA.

G 59871